

Bajo el mismo sol
Victoria Munilla Giménez

Myrada Consultoría Editorial
myrada.editorial@gmail.com
editorialmyrada.epizy.com

Primera Edición, Marzo de 2021
Impresión y Maquetación: Myrada Consultoría Editorial
Diseño de portada: Myrada Consultoría Editorial
Corrección: Myrada Consultoría Editorial

© Victoria Munilla Giménez 2021
Todos los Derechos Reservados

*“Nunca ande por el camino trazado, porque él sólo conduce
adonde ya fueron otros”.*

Alexander Graham Bell



BAJO EL MISMO SOL

NO SOLO EL MAR

SABE ESCRIBIR LA HISTORIA EN SU HORIZONTE

VICTORIA MUNILLA
GIMÉNEZ



ÍNDICE

CAPÍTULO I	I	CAPÍTULO XVI	131
CAPÍTULO II	11	CAPÍTULO XVII	137
CAPÍTULO III	19	CAPÍTULO XVIII	143
CAPÍTULO IV	25	CAPÍTULO XIX	157
CAPÍTULO V	33	CAPÍTULO XX	167
CAPÍTULO VI	39	CAPÍTULO XXI	179
CAPÍTULO VII	45	CAPÍTULO XXII	185
CAPÍTULO VIII	51	CAPÍTULO XXIII	193
CAPÍTULO IX	59	CAPÍTULO XXIV	199
CAPÍTULO X	77	CAPÍTULO XXV	205
CAPÍTULO XI	89	CAPÍTULO XXVI	223
CAPÍTULO XII	93	CAPÍTULO XXVII	229
CAPÍTULO XIII	99	CAPÍTULO XXVIII	239
CAPÍTULO XIV	105	CAPÍTULO XXIX	247
CAPÍTULO XV	113	CAPÍTULO XXX	255
		AGRADECIMIENTOS	267



PRÓLOGO

El desarrollo de esta novela se lleva a cabo a finales del siglo XVIII, concretamente entre los años 1776 al 1797. Parte desde la perspectiva de tres personajes diferentes, cuyas circunstancias les dan una visión muy heterogénea del mundo en el que viven. Guiados por el destino unirán sus caminos y sortearán los peligros representados por los altos cargos políticos de Calcuta. Estamos en una época convulsa, donde existe una rivalidad extrema entre las principales naciones imperialistas y donde la típica frase “el fin justifica los medios” está marcada a fuego en la mente de los principales antagonistas. Estos se mueven por intereses propios, por lo que la traición y la intriga están garantizadas y estas tendrán un papel fundamental en el final de la obra.

Junto a la situación política y económica que envuelve a los personajes, debemos contar con la situación social de la época. En ella, existe un marcado contraste entre las normas establecidas y la necesidad de saltárselas para sobrevivir. A través de los personajes se muestra un marcado contraste entre la apariencia respetable y las intenciones ominosas. Una sociedad marcada por prejuicios, que no concede oportunidades a aquellos que considera inferiores. Encontraremos el contrabando como vehículo para la venganza y el saqueo, al mismo tiempo, que se convierte en un instrumento de salvación para los protagonistas. En algunos de ellos germinará un sentimiento que les sacará de las tinieblas mientras que otros, sentirán como su carácter se curte a base de decepciones. Todos a su manera, evolucionarán para mostrarnos el espectacular mundo tejido con el nombre Bajo el mismo sol.



PENSILVANIA, 20 DE FEBRERO DE 1776

Esa mañana hacía mucho frío. La casa familiar de los Showerd aún estaba oscura. Los tablones de madera, carcomidos por la humedad, chirriaban a veces sin razón alguna.

Una repentina ráfaga de viento disipó las nubes por unos segundos, dejando que las primeras luces del día atravesaran las rudimentarias persianas de madera. El espejo le devolvió la imagen de un mestizo de cabello negro con unas ojeras que marcaban prominentemente su rostro. Una zona áspera bajo la barbilla revelaba los notorios signos de la pubertad. Esa mañana cumpliría los dieciséis años.

Bajó raudamente hacia la cocina. Incluso en la penumbra de la planta baja fue capaz de guiarse con destreza, recorriendo aquellos pasillos del lugar que durante años había sido su hogar. Parecía haberse anticipado al resto de sus hermanos, cuando oyó ruido al otro lado de la puerta. Al abrirla se reveló la figura de una muchacha de cabello castaño y esbelta figura.

—No es necesario que madrugues tanto, Margaret. Apenas ha salido el sol —dijo, dirigiéndose hacia ella y colocando un beso sobre su frente. Observó el crepitar de la olla humedeciéndose los labios.

—Tengo que limpiar y prepararte el almuerzo, Walker —contestó, sujetando el asa del caldero con la falda de su delantal—. Te he hecho un caldo, hoy hace mucho

frío. Creo que aún queda alguna morcilla en la despensa.

—Siento cargarte con tanto trabajo.

—No te preocupes por eso, solo quiero ayudarte. —Le dedicó una sonrisa y colocó frente a su hermano un plato con morcilla, tomate y huevos, junto al humeante caldo.

Margaret era tan solo una muchacha de doce años, pero ya era tan diligente y eficaz como lo había sido su difunta madre. Cada mañana se levantaba con las primeras luces del día. Ocupaba su tiempo en el manejo del hogar y cuidaba de los más pequeños, los mellizos Elías y Judy. Tenían solo seis años y eran tan alegres como revoltosos. Sin embargo, su hermana tenía un carácter tan dulce y paciente, que lograba controlarlos. Por suerte para ella, nunca se levantaban tan temprano.

Con un enorme parecido a su madre, portaba una sedosa cabellera castaña y piel cobriza. Sus formas eran aún planas bajo un vestido viejo de satén. Sus ojos tan azules como los de Walker. Aunque aún tuviera un rostro infantil, sus pómulos eran altos y sus labios carnosos. Walker jamás había dudado que se convertiría en una mujer preciosa. «Espero que su carácter no termine amargándose», reflexionó recordando a su madre.

Su vida nunca había sido fácil. Sus circunstancias les habían ocultado a los ojos del mundo. Un mundo que no quería saber nada de ellos. Aquello se había decidido antes de que ninguno de sus hermanos naciera.

Sus padres se conocieron durante la guerra de los franceses y los indios. Ambos de bandos distintos y con intereses enfrentados, nunca pensaron que se unirían. Su madre, Shadka, pertenecía a la tribu india mohawk que se había unido al bando francés para luchar contra la invasión inglesa. Según le había contado su madre, esos demonios blancos habían venido del otro lado del mar y se estaban adueñando cada vez más de sus tierras. Pronto se haría palpable su falta de disciplina en el combate.

Shadka, en contra de los deseos del jefe del clan, se había unido a la guerrilla. Por desgracia fue capturada en una batalla previa a la de las llanuras de Abraham. Los ingleses tomaron una considerable cantidad de prisioneros. Los interrogaron sin mucho éxito. Según sus costumbres, era preferible morir a traicionar a su clan. En ese escenario conocería al padre de sus futuros hijos.

Arthur Showerd era coronel del ejército británico cuando la capturó. Movidado por sus regios principios de caballerosidad, se encargó de custodiarla e interrogar a su escuadrón, impidiendo los intentos de tortura de otros oficiales más extremistas. Tras meses de maniobras, la admiración que sentía hacia Shadka fue evolucionando, incluso al punto de verse correspondido. Fue entonces cuando engendraron a su primer hijo.

Cuando sus superiores se dieron cuenta de su existencia intentaron acusar al señor Showerd de traidor y ajusticiarlo. Hubo un escandaloso juicio en Filadelfia pero, a pesar del revuelo, varios amigos del ejército intervinieron en su favor. A ello se le sumó la colaboración de la madre de Walker, que acordó dar información militar valiosa a los generales.

Aquello resultó en un indulto para su marido. El abogado defensor del señor Showerd se las arregló para protegerla a ella. Convirtiéndose pues en una traidora para los mohawk, se quedó con Arthur. Admitieron públicamente su romance y se casaron. Ya no había razón para ocultar lo evidente.

Al contrario de lo que esperaban no fueron aceptados. Al terminar la guerra, los remordimientos por el rechazo de su tribu empezaron a atenazar a Shadka. Tampoco fue aceptada ni entre los ingleses ni entre los colonos por sus orígenes. El señor Showerd no corrió una suerte mejor. Sus acciones durante la contienda atravesaron todo el territorio inglés. De la noche a la mañana pasó de ser un héroe de guerra a un traidor fornicador de salvajes. Para proteger a su esposa e hijo construyó una casa en los bosques colindantes a la localidad de Hanover, lejos del núcleo urbano.

El aislamiento que la señora Showerd soportó, provocó que ella se hiciera muy dependiente de su marido. Quedó en cinta dos años después dando a luz a un varón al que llamaron Ruldof. Después vino Margaret y, al final, los mellizos. El señor Showerd se encargó personalmente de la educación de sus hijos.

Les enseñó a leer y a escribir. Walker y Ruldof, además, adquirieron conocimientos en ciencia, medicina y matemáticas. Mientras que su esposa, Shadka, enseñó a Margaret la mayor parte del tiempo. Incluyendo en su educación el idioma de su tribu y sus costumbres. El señor Showerd consideraba que las costumbres de los mohawk no ayudaban a sus hijos a integrarse. Por ello, no consintió que ningún

otro las aprendiera.

Pero la paz no dura eternamente. Iba a Filadelfia con frecuencia a visitar al general Thomas Brown, veterano de guerra y gran amigo. Por las noticias que traía a la vuelta, los colonos estaban muy descontentos con la corona británica. Jorge III, el rey de Inglaterra, tenía grandes esperanzas expansionistas y, para costear sus guerras, oprimía a los colonos a base de impuestos. El estricto control comercial que ejercía no mejoraba la situación. Muchos estaban hartos de arrastrar los gastos de un imperio que estaba al otro lado del océano y qué consideraban cada vez más extranjeros. Los vínculos que los unían comenzaron a desgastarse.

Se movilizaron innumerables revueltas. El señor Showerd, profetizó que pronto estallaría una guerra civil. Por desgracia, no erró en sus predicciones. Como indultado por la corona inglesa, estaba obligado a pertenecer al bando inglés a pesar de su empatía con algunos liberales. Su forzada incongruencia no le sentó muy bien a algunas personas que comenzaron a conspirar contra su familia. Pero el coronel previó sus intenciones.

Habló en secreto con el general Brown, para construir un refugio para su parentela en los valles más recónditos de los montes Apalaches. Donde nadie pudiera encontrarlos.

Una noche, el señor Showerd reveló a sus hijos la existencia de la cabaña. Los instruyó en la caza y la supervivencia, y utilizó estas como excusa para visitar el refugio con frecuencia. La llenaron poco a poco de víveres hasta que se convirtió en un hogar autosuficiente. Hacía mucho hincapié en que memorizaran el camino. Cada peculiaridad del sendero se convertía en objeto de un exhaustivo estudio, y esconder sus huellas en una rutina. Después de tres semanas con la misma dinámica, Ruldof se quejó imperante.

—¿No entiendo por qué tenemos que ir y venir todo el rato! Tenemos un maldito mapa. ¡Ya sabemos ir! —Pasó sus dedos por las manos llenas de callos.

Su padre lo miró y después a su hermano.

—Tu hermano sabe ir... ¿y tú?

—Sí, padre

El señor Showerd no dijo ni una palabra. Se levantó de la mesa con el mapa en la mano y lo arrojó al fuego. Miró las llamas hasta que el papel desapareció.

—Espero que no hayáis mentido. Puede costaros la vida.

Después de eso, llegó la noticia. La guerra había comenzado y el señor Showerd debía cumplir con su deber. Se despidió de su familia y se marchó. Shadka estaba embarazada de dos meses por ese entonces, pero eso no impidió que su marido se fuera.

Quedaron a cargo del doctor Foster, que tenía un pequeño dispensario en la ciudad de Filadelfia. Él se encargó de proveerlos de lo que necesitaban del pueblo y, a través del general Brown, les traía noticias de la marcha de la contienda.

Cuatro meses después llegó una carta del general. Arthur Showerd había muerto en combate. La noticia cayó como un balde de agua helada sobre todos, pero fue peor para su madre. Al verse privada del amor de su vida y con la culpa de haber traicionado a los suyos, cayó en una profunda depresión.

Apenas se alimentaba y el doctor Foster advirtió del peligro que aquello podría conllevar. Pero Shadka no hacía otra cosa que mirar al porche, con la esperanza de que su marido regresara. Mantenía la mirada perdida en el camino de barro y solo hablaba en mohawk con Margaret.

La noche que se puso de parto hubo una gran tormenta. Gran parte del techo de la segunda planta lo arrancó el aire y el agua se colaba por doquier. Margaret tenía a los mellizos a cada lado con una manta de tela gruesa y pesada sobre sus cabezas, sentados en el borde de la escalera. La orquesta formada por los truenos, el viento y la lluvia iba acompañada del estremecedor sonido de los gritos de una mujer.

La señora Showerd yacía en la sala de estar con las piernas levantadas y abiertas mientras Ruldo y Walker la ayudaban. La comadrona que atendió a la nuera del general Brown no llegó a causa de la tormenta y no tuvieron más remedio que intervenir.

Aún se le avecinaba el recuerdo de toda esa sangre. Los gritos ensordecedores. Los golpes continuos contra las maderas y los sollozos sumados al temporal. Después solo el silencio. La pequeña criatura que era su hermana yacía inmóvil. Su madre era la encarnación de la muerte. Sus ojos estaban hundidos y su piel tan pálida y demacrada que cuando la habitación se iluminaba por los truenos, les causaba pavor mirarla. Allí donde deberían estar sus ojos solo había cuencas negras y sus piernas escuálidas estaban pegajosas por la sangre. Ruldof estaba acurrucado por el miedo, en la otra punta del salón. Walker no permitió que sus otros hermanos intervinieran hasta que los adultos llegaron. Varios meses habían pasado desde aquello. Ahora él era el mayor y el que debía cuidar del resto. Con la guerra en las puertas de casa, la precaución se convirtió en su dogma.

Tras terminar el desayuno se dirigió al pasillo y levantó la vista por el traqueteo de las pisadas de sus dos hermanos pequeños. A base de codazos se dirigían a desayunar como todas las mañanas. Flexionó las rodillas y asió por la cintura a ambos levantándolos del suelo.

—¿A dónde creéis que vais enanos? —Su hermana Judy pataleaba, con su muñeca todavía en la mano. Elías, por su parte, se había inclinado tanto para escapar que quedó con sus piernas pegadas a la cara de Walker.

—Buenos días, Walker —dijo Judy.

Tenía rizos negros y ojos del mismo color. Cuando sonreía se veía la ausencia de un diente. Siempre iba pegada a su muñeca a la que llamaba Lady Teresa y que lucía un bello atuendo fucsia.

—Vamos a desayunar... —intervino Elías con rebeldía.

Él era el más parecido a un indio que el resto. Su piel era la más oscura de los hijos y su cabello y ojos tan negros como los de Judy. Sentía una profunda conexión con esta última, pero una aversión obsesiva con Lady Teresa.

—¿No podéis ir andando como la gente normal?

—¡JUDY! ¡ELIAS!

Unos pasos atronadores descendieron la escalera. Parecía que el techo se derrumbaría sobre sus cabezas.

—Yo de vosotros me escondería bajo las faldas de Margaret —susurró, al tiempo que los soltaba justo antes de que su hermano Ruldof apareciera por el pasillo.

Walker y él compartían el mismo cabello, pero sus ojos eran marrones. Era alto y la pubertad le había saludado a una edad temprana. En ese momento tenía el ceño fruncido y el orinal en la mano.

—¿Qué han hecho esta vez?

—Esos enanos de mierda me han puesto el orinal en la cabeza. ¡Voy a matarlos!
—Se dirigió a la cocina con un aura asesina, pero Walker lo sujetó.

—Mejor vete a lavarte. Margaret no te dejará desayunar así. Ella se encargará de castigarlos. —Walker contuvo la risa cuando percibió un líquido corriendo por el cuello de Ruldof.

—¡Ella es demasiado blanda! Necesitan una mano dura que les quite las tonterías
—chirrió mientras temblaba de rabia.

—¡Hazme caso Ruldof! Tenemos que ir a cazar. Apenas tenemos carne. —Intentó objetar, pero le interrumpió—. Lávate y ve a desayunar. Que Margaret se encargue de los mellizos. Iré a alimentar a los animales. Trae los mosquetes contigo cuando termines.

—Ojalá pudiera usarlos contra... —El final de la frase se perdió por el pasillo.

La brisa de la mañana acarició los mechones que escaparon de su coleta. Frotó sus manos en un intento de alejar el frío. Los caballos ya estaban preparados cuando Ruldof salió de la cabaña limpio y con los mosquetes.

Tras horas de búsqueda y de inspeccionar las trampas, atraparon a un par de conejos. Algo insuficiente, teniendo en cuenta que a veces podían tardar semanas en hallar buenas piezas.

Iban a volver a casa cuando Ruldof se quedó quieto como si le hubieran clavado

en el sitio. Walker se acercó a él en silencio y vio lo que estaba mirando. Un venado adulto con una impresionante cornamenta pastaba en un pequeño claro del bosque. Era una gran oportunidad y Ruldof lo sabía. Unas ligeras señales a su hermano bastaron para que le pasara el arma cargada y amartillada. Se acercaron al animal todo lo que pudieron, prescindiendo de los caballos y ocultándose tras la maleza. El viento les era favorable y el venado no se había percatado de su presencia.

Walker apuntó al animal. El tiempo pareció detenerse y el ruido del viento, el canto de los pájaros y las respiraciones de los hermanos parecían trasladarse a un segundo plano. Solo un disparo y se acabaría. Tendrían bastante carne para terminar el invierno.

La bala silbó e impactó contra el ciervo. El animal cayó de un golpe seco. Los pájaros levantaron el vuelo y como si el propio Ruldof tuviera alas, salió disparado hacía el enorme macho. El mayor en cambio se quedó petrificado. Un golpe infalible, pero el mosquete permanecía intacto. La pólvora no se había quemado.

—¡Ruldof, vuelve aquí!

Ruldof ya había llegado a donde estaba el animal. Un ruido de hierba se escuchó a su lado.

—Buen tiro, hermano. —Ruldof levantó la vista y sus ojos se abrieron aún más.

—Es mi día de suerte. He cazado un ciervo y un puto indio. —Una pistola intentó apuntar a Ruldof.

Este fue más rápido. Al ver las intenciones del soldado, le agarró la muñeca en que llevaba la pistola con ambas manos. Ruldof no tenía tanta fuerza para quitársela, pero era escurridizo como una culebra. Entrelazó sus brazos alrededor del antebrazo del portador del arma. No importaba cuantos golpes recibía, Ruldof no le soltaba. Pero un error, un solo error, y tendría que enterrarle. «Tienes que hacer algo», se decía así mismo Walker.

Corría con todas sus fuerzas. El corazón latía muy rápido y su respiración entrecortada amenizaba con el sonido de la hierba bajo sus pies. Sus ojos fijos en su hermano. Los golpes le habían abierto una herida sangrante en la frente. Entonces

pasó. Su hermano le mordió. Presa del dolor la pistola cayó al suelo y se disparó. Por suerte solo atravesó una rama de un árbol cercano.

—¡Maldito salvaje hijo de puta! —Le propinó un puñetazo en la cara. Ruldof se tropezó con la pata del ciervo—. ¡Te destriparé como a un puerco! —dijo, sacando un puñal del cinto cuando Rudolf quedó sentado y aturdido.

«No voy a llegar. Lo va a matar». —Las gotas de sudor corrían por la frente de Walker. El hombre avanzó hacia él. Ruldof cerró los ojos.

El eco de un disparo le hizo abrirlos. El soldado parado frente a él lo miraba con el arma en alto, mientras la sangre resbalaba por su uniforme. El soldado cayó de bruces sobre él, tosiendo sangre en su cara y manchando su ropa.

—¡Ruldof!; ¿Estás bien?! —Paralizado, ni siquiera reaccionó cuando le quitó a ese hombre de encima—. ¡Por el amor de Dios, dime algo! —dijo, obligándolo a mirarlo.

—Está muerto...

—¡Escucha! Ruldof, ¿recuerdas el camino que lleva a la cabaña del valle?

—Sí, pero vamos juntos... —dijo, volviendo en sí.

—Llévatelos y oigas lo que oigas no mires atrás. —Walker se levantó y se colocó el mosquete y la pistola en el cinturón.

—¡¿Qué vas a hacer tú?! —Se levantó de un salto y se puso a su lado.

—Voy a distraerles para que escapes.

—Pero... ¿quiénes son?

Los ojos del mayor de los hermanos se dirigieron al soldado que yacía en el suelo. Bajo toda la sangre, pudo distinguir las ropas rojas, los calcetines blancos y la casaca...

—Los casacas rojas.



LONDRES, 16 DE MAYO DE 1776

La joven dama llevaba horas parada en el centro de su alcoba esperando que su madrina se pusiera de acuerdo con las prendas. Las criadas iban y venían como un enjambre de abejas atolondradas.

La cama quedó sepultada bajo cientos de telas de mil colores distintos y de gran calidad. Mientras, la señora Steely los miraba de cerca con suma atención. Estaba tan ciega por aquel entonces que debía pegar las prendas a sus lentes. Parecía estar olfateándolas. No decía apenas una palabra y clavaba la mirada con la misma intensidad que el juez de un tribunal. Despachaba todos los vestidos con una mueca de desagrado, hasta que su paciencia se colmaba y sus mejillas se coloreaban de un rojo intenso.

—¡Estás ciega! ¡Ese estampado es horrible! Esa tela y esos colores... ¡No son dignos de una doncella como Lidia Warbouth! —La sirvienta que tenía el vestido era la más joven y salió disparada hacia la puerta, asustada y avergonzada en cuanto Ingrid dejó de mirarla.

—Madrina... no es necesario que... —quiso intervenir Lidia.

—¡Tonterías niña! ¡Eres una gran dama y por mi único oído bueno que vestirás como tal! —Puso los brazos en jarras y miró hacia la puerta—. ¡¿Qué hacéis ahí paradas?! Id a preparar el té, ¡los invitados están a punto de llegar!

La señora Steely era la madrina de la señorita Warbouth. Era la hermana mayor de la difunta señora Warbouth y aunque solo tenía treinta y ocho años, aparentaba ser mucho mayor. Desde muy pequeña tuvo problemas de visión que se vieron agravados por la edad. Era de cuerpo abultado y enormes pechos, con una cara tan redonda como una hogaza de pan. Tenía el cabello rubio recogido en un moño, ojos marrones y labios delgados. Además, estaba sorda de un oído, por lo que no era consciente de los gritos que pegaba cada vez que hablaba con alguien. Las criadas debían soportarlo con obediencia y sumisión.

—Déjame ver... —dijo, sujetando otro de la infinidad de vestidos que le habían mostrado—. ¡Este sí! Debes ponerte este, Lidia... ¡Este sin duda te quedará bien! ¡Vamos niñas, traed el miriñaque! —dijo, pasando el vestido a una de las criadas mientras las otras obedecían su orden.

El vestido era de seda de la más alta calidad con unas varillas en la parte de la espalda que lo mantenían erguido. Su estampado era muy hermoso, con flores de cientos de tonos de rosa, rojo y violeta en un fondo de color crema. Tenía las mangas largas. Su corpiño estaba ligeramente adornado con perlas y con un escote recto ajustado. El tono verde de las hojas hacía juego con los ojos verdes de la dama y su cabello rubio en tirabuzones enmarcaba su juvenil rostro. Un maquillaje ligero adornaba su tez dándole un aspecto angelical.

—¡Ahora sí que estás presentable! —dijo Ingrid Steely, empujando a su sobrina hacia el espejo.

—¡Le queda como anillo al dedo, señorita Lidia! —dijo emocionada Susan Bonnie.

Siendo la criada más antigua del señor Warbouth y la mujer que en la práctica había sustituido a su madre, Lidia le tenía tanto cariño como si fuera de su sangre. Era bajita y flaca, con profundas arrugas, pero con una sonrisa tan dulce y un carácter tan afable, que a los ojos de Lidia se veía hermosa y jovial.

—Ya me gustaría a mí que fuera un anillo lo que tuviera... Has salido a tu madre, bonita de cara, pero con poco pecho... —hizo una mueca con la boca y siguió—, si te parecieras más a mí, ¡ya estarías casada y preñada! —dijo, estrujándose un seno

que ni siquiera le cabía en la mano.

—Madrina, solo tengo quince años...

—¡Tonterías! ¡Tu madre se casó a los trece! —cortó airada.

«Y por eso murió en el parto», pensó Lidia. Su madre había sido una mujer hermosísima y sagaz por todo lo que decían de ella y por los retratos que el señor Warbouth mandó pintar después de la boda. Perteneecía a una familia de clase alta, con más alcurnia que fortuna. El señor Warbouth, en cambio, no solo poseía un patrimonio enorme que incluía propiedades, barcos, y carruajes, también era médico militar y un importante accionista en la Compañía Británica de las Indias Orientales. Viajaba con frecuencia para asegurar sus inversiones. Se reunía con altos cargos del gobierno y la realeza inglesa. Gozaba de una posición privilegiada en todos los aspectos.

Para su abuelo materno tener una preciosa hija que llamara la atención de un hombre así, fue un auténtico milagro para la familia. Con unas rentas superiores a veinte mil libras al año, se distinguieron inmediatamente en los pedestales más altos de la sociedad del momento. No volvieron a tener problemas de deudas y sus otras hijas pudieron acceder a partidos más ventajosos de los que cabría esperar.

Su padre tenía veintisiete años cuando conoció a Elisabeth Dearly y un año después la convirtió en la señora Warbouth. Tenía catorce años cuando quedó embarazada, pero era demasiado joven para el esfuerzo que suponía el parto. Pudieron salvar a su hija, pero ella no sobrevivió. Robert Warbouth no hablaba de ello con nadie y había desarrollado una profunda obsesión por la protección de su hija.

Lidia palpó sus caderas y se miró al espejo. «Yo también tengo caderas estrechas. ¿Me sucederá lo mismo?». Dejó caer sus brazos y miró al frente con molestia antes de volverse y caminar hacia la puerta. Determinó con resolución que eso no le pasaría a ella.

Al final de las escaleras se extendía un gran salón donde su padre y su madrina organizaban los bailes y las recepciones sociales. En él esperaban los invitados de su padre, los señores Satherfile. Eran miembros de una de las familias más destacadas

de la ciudad de Londres y los dueños de numerosas tiendas y mercados donde se distribuían multitud de alimentos exóticos de otros países. Iban acompañados de su hijo, el joven Ross Satherfile. Un muchacho flaco y delgado, de cabello castaño y con una nariz enorme. Pero lo peor era su carácter; extravagante y emplumado, matizado con un profundo narcisismo.

—Está preciosa, señorita Lidia. Es un placer volver a verla —dijo Ross, haciendo una forzada reverencia.

—El placer es mío... Señor Satherfile, señora Satherfile..., mi padre se alegrará mucho de volver a verlos.

—Nosotros estamos muy honrados de estar aquí —espetó el señor Satherfile—, fue muy agradable recibir la invitación de su padre.

—El señor Warbouth bajará enseguida —dijo la madrina—. Está tratando un pequeño asunto con el señor Bewlong. ¡Esperémoslo en el saloncito tomando un refrigerio! La señora Bewlong y su hija Catherine ya están ahí.

Entraron al saloncito donde la opulencia y elegancia de la familia no dejaron indiferentes a los Satherfile, que no perdieron el tiempo en expresar sus alabanzas cargadas de peloteo. Toda la sala estaba decorada con tonos vivaces, encuadrados con zócalos de caoba perfectamente barnizados y brillantes. Exquisitos muebles de la más alta calidad, apoyados sobre extensas alfombras, adornaban la estancia bajo la mirada de los antepasados de los Warbouth que presidían los pasillos en grandes lienzos.

Sentadas en uno de los sillones estaban la señora y la señorita Bewlong. Ambas compartían el mismo tono cobrizo en su cabello y sus ojos, pero sus caracteres eran muy dispares. Mientras que la madre era una mujer efusiva y atolondrada, la hija era calmada y reservada. Sin embargo, la señorita Catherine Bewlong ocupaba un lugar especial para Lidia, pues era su más querida y apreciada amiga. Poseía una inteligencia privilegiada y un sentido del humor hiriente enormemente divertido.

Tras las muestras propias de cortesía entre las familias, los señores Satherfile quedaron irremediabilmente atrapados por la conversación de la señora Bewlong y su madrina, de la que por mucho que deseaban librarse apenas obtenían éxito.

Por su parte, Lidia y Catherine conversaban entre ellas, con algunos intentos de Ross de intervenir. Sin embargo, quedó palpable que al joven le aburría hablar de arte, música y otras distracciones. En lugar de eso, intentaba derivar la conversación a enaltecer sus propias cualidades. Finalmente, carraspeó y se disculpó, acercándose a la mesa de postres. Por un momento, las damas se libraron de su compañía.

—Esperemos que al menos no estornude —dijo Catherine en un susurro mientras se alejaba—. Si lo hace deberás llamar a Susan para que vuelva a encender las velas del salón.

—Catherine, a veces puedes ser muy ofensiva. —Lidia cubrió con sutileza su boca para ocultar su sonrisa.

—Eres tú quién debería exteriorizar su ofensa. Permanecer ahí sentada como una mona de feria, escuchando las vanidades de un hombre desesperado por ascender. Debe ser realmente duro.

—Una situación a la que estoy acostumbrada —dijo con resignación.

—Sin duda, pero te suplico que no te esmeres mucho en tus modales, si no el pobre Ross hará el ridículo cuando hincó la rodilla. —Suspiró con fingido pesar y continuó—. Doy las gracias de no ser ni la mitad de guapa y rica que tú. Esperemos que tu padre y el mío vengan pronto a rescatar a nuestros apreciados amigos —dijo mirando en dirección a su madre.

El deseo de Catherine no se hizo esperar mucho y ambos caballeros entraron en la sala. Tras las debidas formalidades, los caballeros se pusieron a jugar una partida de naipes, mientras que las señoras discutían ampliamente sobre moda. Las horas transcurrían raudas para las dos amigas, hasta que el señor Warbouth se levantó para despedir a sus invitados. Tras las debidas cortesías y extensas adulaciones por parte de los Satherfile, la casa volvió a sumirse en la habitual tranquilidad en que solía encontrarse. Su madrina se había metido en sus aposentos aquejada por un repentino dolor de cabeza.

—Bueno, hija, ¿qué te ha parecido el joven Ross Satherfile? —dijo el señor Warbouth, sentándose a su lado.

—Me ha parecido que está enormemente complacido consigo mismo. —Su progenitor puso su mano sobre la suya.

—Es algo narcisista y petulante, ¿verdad?

La mirada evidente de su hija respondió a la pregunta. Aun así, Lidia añadió.

—Tú no tienes la culpa de su carácter.

—Eres tan dulce y comprensiva, Lidia... Me aseguraré de que te cases con un noble inteligente y honesto. —La expresión de Lidia cambió por un instante.

—Padre... y si te dijera que no quiero casarme... al menos por ahora. —Su padre le miró en silencio—. Me gustaría escribir y... —Él se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Ya hemos hablado de esto, Lidia. En nuestro mundo, nos guste o no, existen una serie de normas y deberes que debemos cumplir. Tú eres mi única hija y mis continuos viajes me ponen en una situación delicada. Tantos meses fuera es siempre un riesgo. Me gustaría asegurarme de que tienes a tu lado un hombre bueno que cuide de ti.

El señor Warbouth acarició el rostro entristecido de su hija y lo inclinó hacia él.

—Tienes todos los medios a tu alcance para ser escritora —continuó su padre—. No obstante, la libertad no es tan hermosa como la pintan. ¿Crees que eres la primera joven con sueños? Todos los tenemos, pero como todo en esta vida, tiene un precio. Y ser la heredera única de la fortuna de los Warbouth también lo tiene. —Le sonrió con ternura apartando un mechón de su rostro—. No deseo darte falsas esperanzas hija, ¿lo entiendes?

—Lo que entiendo... es que no seré feliz con una vida impuesta.

—De momento no tendrás más reuniones como la de hoy —dijo tras un prolongado silencio—. De todas formas, me han convocado en la Corte de St. James.

—Significa que viajas de nuevo. ¿A dónde vas esta vez? —dijo, levantándose del

asiento.

—No lo sé... pero por lo que me ha comentado el señor Bewlong será un viaje muy largo, donde me tendré que ausentar durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —La tela de su vestido sufría entre sus dedos.

—Probablemente años —concluyó su padre.

—¿¡Años!?! Padre, ¡no es justo que te alejes de nosotras tanto tiempo!

Mantuvo su mirada largamente en el señor Warbouth. Sus ojos verdes y su mentón fuerte le daban un aspecto aristocrático muy atractivo, a pesar de sus años. Tenía ligeras entrias, pero su cabello liso bien aceitado brillaba por la luz de las velas, con reflejos dorados. Solo tenía cuarenta y tres años y multitud de pretendientas viudas, pero el señor Warbouth, aunque caballeroso, no permitía avances a ninguna de ellas. La mirada de su padre, que permanecía perdida en algún punto de la pared, la tenía intrigada.

—No tendrá sentido que te sientas así —dijo con una sonrisa pesarosa—, porque, aunque el señor Bewlong no me ha dicho dónde ni cuánto tiempo quería el rey Jorge mantenerme lejos de Londres, si me ha dado ciertos detalles.

—¿Qué detalles? —dijo, con el corazón en un puño.

—Viajaré como representante de su majestad para afianzar la soberanía inglesa y mi única hija y heredera vendrá conmigo.

La estancia estaba muy bien iluminada aquella noche, pero la noticia que recibió Lidia la hizo sentir que la oscuridad se cernía irremediabilmente sobre ella.





MANILA, 18 DE MAYO DE 1776

El mar estaba más calmado de lo habitual. El barco estaba anclado a escasas millas del límite más austral de Playa Honda. Adentrarse abiertamente en la bahía de Manila habría sido una estupidez. Desde hacía varios años se había intensificado la vigilancia de los puertos comerciales y el trabajo se había vuelto aún más peligroso. Con las edificaciones en la costa y en el acceso a la bahía, podía avistarse cualquier barco que navegara desde bien lejos. Incluso en la oscuridad de la noche podían ser descubiertos. Para preservar la privacidad, la totalidad del barco había quedado envuelto en tinieblas y las únicas luces que se veían eran las del puerto.

Hacia varias horas que esperaban. Permanecían expectantes en un silencio imperturbable que parecía extenderse por momentos. Jamal cerró sus ojos e inspiró profundamente mientras la brisa marina acariciaba sus rasgos. Junto a la sal, le llegaron matices de canela y clavo. Esa era una parte de la ruta de las especias.

—¡Capitán! —El señor Arrow señaló hacia la costa—. ¡La señal! —Jamal le ordenó callar.

—¡Conner! —Un hombre de baja estatura con algunos dientes manchados se paró a su lado—. Prepara los botes enseguida tenemos que darnos prisa.

—¡Sí, capitán! —Su mirada siguió clavada en la luz distante que parpadeaba.

Se dirigió raudamente hacia el castillo de popa mientras sus hombres arriaban las cuerdas de los botes. De vez en cuando se escuchaba la salpicadura de la madera sobre las aguas. Cogió una lámpara de aceite y se colocó en el límite de la baranda. Sucesivamente, subía y bajaba la tapa que ocultaba la llama. La luz de la costa dejó de parpadear.

—¡Señor Arrow! —dijo, bajando las escaleras hasta el centro de la cubierta—. Quédese aquí cuidando del barco. El cocinero y el grumete se quedarán con usted. —El otro asintió.

En completo silencio los botes bogaron. Cada uno ligeramente más adelantado que el anterior. Jamal Bashir permanecía en la proa del primero, dando instrucciones a sus hombres para esquivar las rocas. Había realizado la misma ruta muchas veces y sabía el camino de memoria e incluso de noche.

No obstante, a medida que se acercaban las luces eran más nítidas y la niebla se desvanecía. Los remos empezaban a encallarse en la arena de la playa y los hombres se vieron obligados a bajar y arrastrar los botes hacia la orilla. Toda la tripulación tenía las piernas caladas hasta por encima de las rodillas. Jamal paseó su vista por la playa hasta que encontró lo que venía buscando. Había tres hombres plantados en la arena.

Dos de ellos eran desconocidos para el capitán, pero no el tercero. Ya había hecho suficientes negocios estos últimos tres años para reconocerlo.

—¡Sandro! Una hermosa noche para navegar.

—Y también para cobrar —dijo, estrechándole la mano—. Me han dicho que tu último viaje fue muy lucrativo.

—Las molestias ocasionadas acidificaron la recompensa —dijo restando importancia al asunto.

—Sí, lo sé, Jamal, esos cerdos nos están jodiendo el negocio.

—Tú compartes algo más que la lengua con ellos... No deberías morder la mano que te da de comer —advirtió con evidente sorna.

—¡Que les jodan al rey de España y a su panda de mamones! ¡Se están haciendo de oro y yo todavía estoy esperando mi parte! —mencionó acalorado—, tomaré lo que me corresponde antes de que las otras potencias se lo arrebaten. ¡No voy a seguir tragándome mosquitos en esta isla de mierda para quedarme con las manos vacías! —Acompañó sus palabras con aspavientos de disgusto.

Sandro era funcionario de aduanas en la ciudad de Manila. Había vivido allí desde que se embarcó en Sevilla rumbo a la isla hace más de veinte años. Marchó, como muchos otros, en busca de fortuna y se casó con la hija de un oficial de marina. Ocupó el puesto que hoy en día ostentaba. Los años pasaron y Sandro vio cómo su carrera se estancaba. Se dio a la bebida y a las mujeres, hasta que su físico deteriorado y sus deudas, le volvieron violento con su esposa. Había encontrado en el contrabando una salida a aquella vida repleta de frustraciones.

—No te preocupes, si cumples con tu parte todo irá bien. ¿Lo tienes? —preguntó Jamal, mirando las mercancías.

—Sí, sí ¡Ahí! ¡En los carros!

Gruñó unas órdenes a sus hombres de manera tan brusca que impregnó cada palabra con saliva. Regresó ante el capitán Bashir con unas telas de gran calidad, hermosamente confeccionadas y con colores tan variados como llamativos.

—Auténticos mantones de Manila y otras sedas de gran calidad como ves.

—Mis hombres contarán las cajas.

—¿Aún no te fías de mí, Jamal? —La mirada de fastidio podía haberle atravesado.

—No he llegado tan lejos en el mundo del contrabando, fiandome de la gente. —Uno de sus hombres le susurró al oído. Lanzó una bolsa de monedas a las manos de Sandro.

—Ya... —Contó celosamente hasta que se percató de algo—. Aquí no está todo.

—Me prometiste cien cajas y solo hay noventa y ocho, ¿lo recuerdas?

—Si es justo que me pagues menos, no es una queja. Pero has quitado más de la

cuenta... —Estrujó con rabia la bolsa mientras se le hinchaba la papada.

—Ya sabes que en este negocio las decepciones son caras de pagar. —Miró sin mostrar ninguna expresión—. ¿Tienes algo que objetar? —dijo, apoyando la mano en la empuñadura de su cuchillo.

Sandro miró a todos sus hombres y empezó a sudar.

—No, claro que no —dijo forzando una sonrisa—. Verás, es que tengo algunos gastos este mes y estarás ausente durante un tiempo... ¿Podrías prestarme lo que falta?

—¿Y para qué es si puede saberse? —La bilis empezó a acumularse dentro de él. Sandro no pareció darse cuenta.

—Ya sabes, la mujer, tengo que mantenerla...

—¿A qué mujer te refieres? A la madre de tus hijos o a esa niña filipina de diecisiete años que te estás follando. —Cuando le miró una expresión de asombro apareció en su rostro.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo, Sandro, y también sé dónde has dejado las dos cajas que faltan —dijo acercándose a él—. Espero que no te estés riendo de mí... —El frío acero rozó su entrepierna.

—Jamal, nunca se me ocurriría...

—Eso seguro. —Levantó el arma y apoyó su filo en su nariz—. Recuerda que tu cuñado es un hombre muy violento. Alguien podría contarle lo que le haces a su pobre hermana. —El cuchillo volvió a su guarda.

—¿A dónde irás ahora? —Ante el peligro, cambió de tema.

—Tengo que hacer escala en otras zonas de las islas, pasaré por Java dentro de unos días y también por Borneo. —Había más paradas, pero no deseaba informar de ellas.

—¿Después te irás a Occidente?

—Debo pasar por la India, mi contacto allí tiene el resto de la mercancía. —Miró hacia los botes prácticamente llenos—. Después venderé todo esto.

—Bueno, me temo que no te veré en muchos meses entonces... —le dio la mano y la estrujó con fuerza—, si no te matan antes, claro —dijo con resentimiento.

—Eso sería contraproducente para ti.

Reemprendió la marcha hacia el barco con sus hombres, la playa se desvaneció tras ellos y todo volvió a quedar en silencio. Junto a la luz de la luna y las estrellas ya se podía ver la silueta del barco.

—Conner...

—Sí, capitán —dijo mansamente.

—Asegúrate de que su cuñado le haga una visita.

—¿Estás seguro? ¿No afectará a tu negocio?

—El contrabando es un negocio lucrativo. Hay más hombres dispuestos a sustituirlo.

Los botes por fin golpearon el costado del barco. Se apresuraron en subir el cargamento y abandonaron la zona de Playa Honda. Aún les quedaban muchos cargamentos para arribar en la India.





ACAPULCO, 21 DE MAYO DE 1776

La mayor parte de las heridas ya le habían sanado hace semanas. Cuando le capturaron estaba convencido de que iba a morir en ese bosque que tanto amaba. Había matado a uno de ellos, pero primero les tocaba divertirse.

Los siguientes que vinieron les tenían completamente rodeados. No iban a caballo, así que Ruldof se escabulló sin muchos problemas. Le costó el siseo de una bala en la pantorrilla hacer que se marchara, pero valió la pena.

Cuando se hubo marchado se escondió detrás de un árbol. Cargó su mosquete lo más rápido que pudo mientras las balas levantaban la corteza del tronco que tenía como escudo. Cuando el arma estuvo cargada, disparó a un casaca roja, esta vez sin éxito. Consiguió efectuar tres disparos más antes de sentir un fuerte golpe en el costado.

Walker cayó de bruces sobre el suelo y escupió hierbas y barro mientras esquivaba los golpes. Consiguió aferrarse al arma y tirar al suelo al hombre. Ya tenía la navaja en alto cuando un segundo hombre le sujetó de la muñeca. Un tercero se encargó del otro brazo. Le mantuvieron de rodillas mientras el hombre que había tirado al suelo le gritaba y maldecía.

No tuvo que esperar demasiado a que el primer golpe cayera sobre su cara. Mientras le sujetaban, solo podía ver a ese hombre asestando golpes devastadores

sobre él. Sus gemidos de dolor producían un efecto incitante. El sabor cobrizo de la sangre llegó finalmente y sus dientes se tiñeron de un siniestro tono rojizo.

«Pensar que los soldados que lucharon con mi padre van a golpearme hasta matarme». La ironía era tal que le pareció hasta divertido. Un golpe más aterrizó en su cara. Ahora no podía ver apenas por el ojo izquierdo. Cuando cayó, uno de ellos le cogió del brazo y le golpeó con dureza. Un grito ensordecedor salió de su garganta cuando sintió el hueso romperse. Siguieron pateándole hasta que el sonido del acero siseó detrás de él.

—¡Alto! —Una voz autoritaria gritó detrás de la pequeña aglomeración de soldados y ordenó que le dieran la vuelta—. Deseo verlo antes.

Apareció ante Walker un hombre de peluca blanca bajo el sombrero, con una cantidad de ribetes en la casaca que revelaba tener un rango militar superior al resto. Él había desenvainado la espada y la puso en su cuello. Le hizo levantar la mirada hasta que se topó con la suya.

—¿Así que tú eres el que ha matado a uno de mis hombres?

—¡Es un puto indio, capitán! ¡Ha matado a uno de los nuestros! —El hombre calló al instante al recibir una mirada fulminante del oficial.

—Un indio normal no tiene esos ojos —determinó, analizando al mestizo.

—¡Pues se los sacaré! —dijo el que le quitó la daga.

Su ojo derecho habría abandonado su lugar si el capitán del escuadrón no hubiera cambiado la espada de cuello.

—Usted no hará nada sin mi orden, ¿lo entiende, señor Smith? —Cuando su hombre se retiró, le devolvió la mirada—. Yo he visto esos ojos antes... —Su sonrisa le hizo temblar.

Siempre se había enorgullecido de parecerse a su padre más que cualquier otro hijo. En este momento, Walker solo deseaba que le hubieran sacado los ojos antes de que lo advirtiera. Todos conocían la historia de Arthur Showerd, pero muy pocos habían visto a alguno de sus hijos.

Todos sus hermanos habían permanecido ocultos. Se sabía de su existencia, pero no había una idea clara de cuántos eran ni de su aspecto. Solo uno de los hijos de Arthur había permanecido cara al público y ese era Walker.

—Eres uno de los hijos que ese traidor de Arthur Showerd tuvo con esa puta indígena.

—¿Eres el hijo del puto Showerd?! —El soldado lo soltó como si le quemara.

—Soy Walker Showerd.

—¿Dónde están tus hermanos? —preguntó el capitán, envainando la espada.

—Si mi plan fuera decírtelo, no os habría disparado.

—Tu plan era muy noble, pero insuficiente. ¡Vosotros volved al campamento, coged los caballos y seguid esas huellas! No puede haber ido muy lejos.

—Matemos a este señor... Déjeme hacerlo...

—No, él no va a morir aquí. —Se agachó y le miró a los ojos. Nadie le había mirado así—. Tengo pensado algo mejor para ti.

Por supuesto que había pensado algo mejor. En ese momento no imaginaba el alcance de su creatividad. Le habían subido esa misma mañana a una carreta de suministros atado y amordazado. Le habían pegado otro golpe en la cabeza para evitar que diera problemas. Cuando despertó ya era de noche.

Sus heridas estaban vendadas y solo dos hombres acompañaban al capitán. Los demás habían ido tras Ruldof. «Espero que hayas volado lejos, gorrioncillo». Recordó el apelativo cariñoso que solía usar cuando era más pequeño.

Al ver a otros hombres y mujeres, todos de piel negra atados con cadenas, lo comprendió todo. El dueño hablaba con el capitán y de vez en cuando le miraba a él. Sus hombres le arrastraron a su encuentro cuando vieron que les llamó.

—¿Qué coño le habéis hecho? —se quejó el capitán del barco.

—Es muy problemático, pero aguanta muy bien los golpes —dijo el soldado con una sonrisa.

—Tardará tiempo en sanar... Te pagaré solo la mitad.—Cuando el oficial dijo que se lo daba gratis, el otro enseñó sus dientes podridos—. Está bien. ¡Traedlo aquí! —dijo, antes de que los soldados le subieran al barco

Walker sintió como le sujetaban del brazo roto con fuerza.

—Vas a sufrir muchísimo muchacho, tanto que desearás estar muerto y cuando estés en el infierno recuerda que Jonathan Bradley fue el que te envió allí.

—No lo olvidaré.

Su cara chocó con las maderas de una bodega sucia, repleta de ratas, orina y heces junto con otras cien personas. Se acurrucó en una esquina e intentó dormir mientras unos marineros le encadenaban los tobillos. Antes de hundirse en la oscuridad vio el rostro de su hermano Ruldof antes de que se fuera.

—«Prométeme que no olvidarás el camino a casa». —Escuchó las últimas palabras de su hermano. Él estaba llorando como el día que murió su madre. Como el día que dejó de llamarle gorrioncillo.

—No lo olvidaré.

Había amanecido dolorido y mareado. Era consciente de ello por la luz que se colaba a través de las rendijas de los tablones de la cubierta. A ninguno se les permitía salir de allí, por lo que hacían sus necesidades en los escasos cubos que había esparcidos por el primer nivel de la bodega o directamente en el suelo.

Solo recibían gachas y agua dos veces al día. Alguna vez les daban carne salada. Habían perforado algunos agujeros en la madera para la que los «animales», como ellos les llamaban, pudieran respirar, pero no era suficiente. La deficiencia en la limpieza era evidente, y el olor insoportable. Los gemidos de dolor y los llantos eran la música que amenizaba sus días.

Cuando había alguna tormenta, el barco se balanceaba de un lado a otro y la bodega se llenaba de rostros convulsos y amarillentos. Las cadenas le rozaban tanto

que tenía la piel lacerada y sangrante. Incluso cuando el barco dejaba de zozobrar, la cabeza continuaba martilleándole.

Las infecciones y las enfermedades eran comunes y no pasaba un solo día sin que lanzaran algún muerto por la borda. Estaban apiñados unos a otros, pero nadie tenía ganas de hablar. Los esclavistas no eran amigos de los cuchicheos. Por lo visto había habido motines la semana anterior y habían ahogado con las cadenas a uno de los marineros. Así, cuando algún esclavo hablaba más de lo que ellos consideraban apropiado, le propinaban una paliza.

A uno de los chicos le habían roto la mandíbula de una patada. Apenas podía comer. Cada vez que intentaba meterse una cucharada, las gachas se le deslizaban por la comisura de la boca. No tenía más remedio que intentar tragar sin masticar nada y alzaba la cabeza hacia arriba como si fuera una gaviota. A los pocos días, se atragantó intentando comer la carne seca y lo lanzaron por la borda.

No había muchas mujeres, pero sin duda se llevaban la peor parte. No solo lidiaban con las mismas adversidades del viaje, también debían aguantar las vejaciones a las que las sometían los tripulantes. Tanto si se portaran bien como si no, eran violadas con frecuencia.

Por la noche, los marineros sacaban ron y bebían todo lo que podían aguantar. Ya borrachos bajaban a la bodega en busca de algunas de las mujeres. Cualquiera de ellas les valía, aunque tenían predilección por las más jóvenes.

Había una muchacha particularmente joven justo frente a él. Se llamaba Vallet. Tenía trece años. Con una piel bruniada a causa del sudor y un cabello largo que le recordaba mucho a Margaret. Tenía un vestido blanco y azul de tela gruesa, raído y muy sucio.

La cuarta noche de su estancia, Walker escuchó unos pasos a trompicones que se acercaban y observó al capitán en el final de la escalera. Llevaba una botella de ron vacía en la mano y los ojos le brillaban con repulsiva lujuria. En cuanto se acercó, Vallet se pegó con tanto fervor y rapidez a la pared, que pensó que podría atravesarla.

Él se abalanzó sobre ella, intentando abrirla las piernas al tiempo que se

desenlazaba los cordones del pantalón. Con un miembro aún flácido intentaba penetrarla. Sus intentos infructuosos encendían su enfado y al no sentir el calor apremiante en su verga, la pegaba. El color rojo sobre negro le hacía reírse a carcajadas. Eructaba con frecuencia, acosándola con un hedor agrio. Vallet recibía golpes y escupitajos en respuesta a una impotencia de la que ella no tenía culpa.

—¡Déjala en paz! —Walker se levantó con el cabestrillo aún en el brazo. Nadie decía nada. Pero él veía a Margaret en los ojos de Vallet.

—¡Cierra la puta boca, indio de mierda!

Con un movimiento rápido Walker desvió la botella que el capitán le había lanzado. Sin embargo, esta le golpeó en la clavícula y se rompió. El cristal le besó en los hombros y el cuello, dibujando arañazos y heridas punzantes. Después le empujó y le hizo caer de bruces contra el suelo. Siseó de dolor al sentir algunos cristales en su espalda.

—¡Te voy a enseñar a no meterte en mis asuntos!

Su cuerpo pesaba como el plomo y era incapaz de moverse. Vallet le miraba a través de las piernas del capitán, moviendo la cabeza de un lado a otro. Mantenía las manos en su cara, pero incapaz de apartar la vista, observaba la escena entre sus dedos. Al cabo de un rato, el capitán empezó a fatigarse y dejó de golpearlo. Respiró profundamente y miró al mestizo.

—¡Que te sirva de lección esta vez! Comemierda.

Al menos estaba tan distraído con él, que se olvidó por completo de Vallet y volvió con sus hombres a cubierta. Tras incorporarse y apoyarse en la pared miró a la chica.

—No debiste meterte... —Apenas era un susurro imperceptible.

—¿Hubieras preferido que le hubiera dejado? Hoy te dejarán en paz gracias a mi —dijo sonriendo, consciente de que debía ser feísimo en ese momento.

Con un brillo enigmático en los ojos, Vallet se levantó rápidamente. Envolvió sus faldas alrededor de la cintura y le miró sin ninguna timidez.

—No me has salvado de nada. ¿Crees que es la primera vez que me violan?

Vio lo que quería mostrarle. Su intimidad estaba completamente sucia y cubierta de semen reseco. Pero lo peor eran las heridas. Tenía la zona inflamada, como si la tuviera en carne viva. También tenía cortes en la parte interna de los muslos y moratones. Había visto suficiente para saber que el más mínimo roce, en lugar de placer, provocaría dolor.

—Cuando alguien interfiere, son todavía peores. —Dejó caer las faldas—. Ahora lo has sentido tú. Mañana me tocará a mí.

La noche siguiente entendería el significado de sus palabras. Volvió a oír pasos que descendían la escalera. Esta vez al capitán le acompañaban otros tres hombres. El capitán le miró con fanfarronería.

—He pensado que, si no te gusta que yo me folle a la negra, voy a dejar que se la follen ellos. —Su mirada pasó fugaz a Vallet—. Antes solo la compartía con mi oficial y el contraestre, pero necesitas una lección.

—Eres una basura.

—Si no hablaras tan bien inglés te arrancarí la lengua. —Le cogió de los dos brazos y le obligó a ponerse de rodillas.

—Mira bien indio, nuestro capitán no quiere que pierdas detalle —dijo uno de los marineros, mientras cogía a Vallet del pelo y la ponía en la mitad del pasillo.

Sería demasiado horrible describir lo que le hicieron y lo que le obligaron a ver. La bodega se llenó de sombras danzantes a la luz anaranjada de las velas. Iban acompañadas de los ensordecedores gritos de Vallet y las risas y los gemidos de los marineros. Así debía ser el infierno. Cuando terminaron, Vallet parecía muerta. Con el vestido hecho jirones ni siquiera podía ya taparse. Los labios le temblaban como si estuviera invocando a un ser de otro mundo o susurrando a un ente invisible.

Sobre el lienzo negro había machas rojas y blancas y sus ojos desorbitados miraban a la nada. Su respiración era sollozante y en su mente no asomaba nada que pudiera consolarla. Aquello era una prueba irrefutable y definitiva de la degradación

humana.

—¿Cómo alguien puede hacerle esto a una persona? —Sus ojos estaban vidriosos de rabia.

—Para ellos no somos personas, chico —habló un hombre muy viejo. Portaba más cicatrices que ningún otro y cuando algún marinero bajaba siempre lo miraba con resignación—. Somos peores que las bestias.

—Ellos son peores que las bestias y su mayor poder reside en hacer que vosotros os lo creáis.





SENEGAL, 3 DE AGOSTO DE 1776

Lidia se resistió de todas las maneras que creyó posibles. Había gritado, maldecido y pataleado como una niña pequeña. En ese momento no parecía ni de lejos una dama. Había sido arrastrada al barco *King's Pride*. Nada de eso había servido para impedirlo.

Una vez encerrada en el camarote, con el tocado desecho y las ropas arrugadas, no pudo evitar ponerse a llorar. Sobre la cama de plumas que el rey había dispuesto para ella no podía evitar sentirse desgraciada mientras oía como el capitán ordenaba a sus hombres soltar amarras.

No recibió visitas hasta dos horas después de emprender el viaje. Fue entonces cuando su criada Eren la visitó y pudo arreglarse. La criada trajo consigo una jarra de vino dulce y una bandeja de comida exuberante, donde las frutas, el queso y la carne de pichón suponían un holgorio para la vista y los sentidos.

—No quiero nada —dijo, cruzándose de brazos. Echó sin miramientos a Eren y se tumbó en la cama.

Fue al día siguiente cuando el señor Warbouth le pidió disculpas por la forma en la que le trataron, pero qué, como ella, no tenía elección.

Después de exponer a su hija la conversación privada que tuvo con el señor Bewlong, visitó la Corte de St James para entrevistarse directamente con el rey y sus

consejeros.

Al finalizar la reunión, se llegó a la conclusión que la Compañía Británica de las Indias Orientales necesitaba afianzar sus posiciones en la región de Bengala. Aumentando aún más la presencia inglesa en la zona, no solo asegurarían su posición frente a otras potencias, sino que disminuiría la proliferación de mestizos. Era un deseo de todo el gobierno y de la monarquía asentar indefinidamente familias inglesas de confianza en las colonias conquistadas, para que controlaran el comercio y vigilaran el cumplimiento de las leyes y los intereses del gobierno.

Robert Warbouth, aparte de sus ocupaciones y relaciones, conocía los intereses del Parlamento y el rey de primera mano. Gozaba de su confianza y pertenecía a una de las familias más ilustres y antiguas de la sociedad inglesa.

Si tenía éxito al asentarse allí, sería un incentivo para otras familias igualmente prestigiosas. Por tanto, se consideró más que un gran honor. Era una obligación que viajara a Calcuta.

Uno de los principales responsables establecidos desde hace algunos años, el coronel Demian Samuel Hastings, había manifestado la necesidad de una esposa para establecerse allí definitivamente y el hecho de que el señor Warbouth tuviera una hija en edad de merecer, era un incentivo más a favor del viaje.

Los preparativos para tan inesperada travesía se iniciaron sin demora y se dispusieron dos lujosos camarotes para la familia. Sin embargo, la señora Steely no los acompañó. Debido a su delicada salud y a la necesidad de que alguien cuidara de la casa, era menester que permaneciera en Londres. Aunque después de enterarse de que la esperaba un marido más allá del mar y de lo lejos que debían ir, la desilusión de no ser incluida en el viaje no la afectó.

Susan, en cambio, se despidió de su amada Lidia con tanto fervor que esta suplicó a su padre llevarla con ellos. Él se negó apelando a la edad de la señora Bonnie y a su papel indispensable como ama de llaves. Fue Eren quien su tía eligió para acompañarla. Era una joven de dieciséis años, huérfana y muy diligente es sus quehaceres. Perfecta para aguantar el duro camino que les aguardaba. Lidia estaba sorprendida cuando pensaba en lo rápido que había cambiado su vida en apenas

cuatro días.

Las primeras semanas fueron horribles para ella. Jamás había viajado en barco y permanecía en su camarote la mayor parte del tiempo. Los mareos eran constantes y no era capaz de mantener la comida en el estómago por más de diez minutos.

Estaba aún más pálida que de costumbre y apenas tenía fuerzas. Su padre, ya familiarizado con este tipo de dolencias, le daba una infusión de jengibre y le instaba a tomar el aire en cubierta. La brisa marina era agradable pero sus achaques apenas le permitían disfrutarla. Sin embargo, cuando se cumplió un mes de estar en alta mar, el balanceo se convirtió en algo natural.

Por primera vez en todo el viaje advirtió la belleza que había ante ella. Inmensas extensiones de un manto azul bañado por los rayos del sol y la espuma de las olas, componían un cuadro maravilloso repleto de esplendor. De vez en cuando, criaturas marinas salían del agua describiendo saltos y acrobacias junto a la estela del barco. Los atardeceres que teñían de rojo y naranja el cielo solo eran superados por el brillo plateado de la luna sobre el agua en las noches de plenilunio. «Pensar que un camino tan hermoso va a conducirme al infierno», pensó desesperanzada.

Finalmente, habían atracado en una tierra desconocida, pero allí no olía a especias. Hacía muchísimo calor y el aire estaba lleno de polvo. Había un olor putrefacto, cuyo origen no era capaz de identificar. Desembarcó con su padre y su criada Eren para estirar las piernas. El mercado era el lugar más bullicioso y concurrido que había visto en meses.

Tenían una escolta que los seguía muy de cerca a gusto de Eren. Cada vez que se paraba de golpe a mirar algo chocaba con uno de los guardias y le salía una risita tonta. El señor Warbouth caminaba en primer lugar con el brazo de su hija enhebrado en el suyo. Observaban en silencio los pequeños puestos de pescado y fruta a medida que avanzaban. Las moscas danzaban por los escaparates siendo ahuyentadas por amplias hojas de palma blandidas por los mercaderes.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Lidia.

—La isla de Gorea. El capitán dice que necesita comprar algunos suministros para continuar el viaje —dijo su padre con la voz tensa—. Espero que no tarde... no

quiero permanecer aquí mucho tiempo.

—¿Por qué dices eso? —Su voz se congeló.

Delante de ellos había una enorme plaza aglomerada de personas. Iban vestidas con mejores ropas que las de los hombres y las mujeres que cuidaban los puestos que habían pasado. Capitanes y nobles de otros países, cuyo acento se delataba al hablar, participaban en un bullicioso espectáculo. Numerosos acentos occidentales y otras lenguas que escapaban a su comprensión.

Todos gritaban y levantaban las manos diciendo cifras cada vez más altas. Alzando paletas para que se les viera mejor y maldiciendo cada vez que alguien decía otra cifra.

Pero lo que le llamó la atención de la subasta no eran las personas de la plaza, sino los que estaban sobre una tribuna. Había un hombre de piel negra con extensas heridas en el cuerpo ya cicatrizadas y bañado por el sol. Enormemente musculoso y alto, solo vestía un calzón blanco.

Estaba encadenado y donde los grilletes le apretaban tenía horribles heridas. Otra cadena aún más pesada le oprimía el cuello, donde salían dos cuerdas sujetas por dos guardias a su lado. El hombre que presentaba las «mercancías» hablaba varias lenguas y describía sus cualidades dando alaridos.

—Parece muy peligroso... —dijo Eren con voz temblorosa.

—¿Qué están haciendo?

—Es una subasta de esclavos.

Su padre le explicó que aquel hombre era un mandingo y, cuando dijo lo que eso significaba, añadió que estos hombres solían venderse para participar en las peleas clandestinas o para trabajos pesados como, por ejemplo, en una cantera.

—Son personas, no bestias... —comentó Lidia horrorizada.

—No debimos desembarcar —concluyó rotundamente—. Pensé que un paseo te sentaría bien, pero me equivoqué. —Apresuradamente dio la vuelta guiando a su



hija.

La columna entera de la escolta empezó a regresar hacía el puerto hasta que el grito del negrero hizo girar la cabeza de Lidia.

—¡Ha llegado el momento de subastar a nuestras hembras negras! ¿Quién de vosotros desea adquirir a esta diosa de ébano?

De la multitud que abarrotaba la escalera salió a rastras una joven. Tenía el cabello revuelto y negro. Su figura era esbelta con unas caderas bien marcadas y uno de sus voluminosos pechos sobresalía del vestido de seda blanca que llevaba. Se tomó un momento para mirarla a los ojos y vio que miraba de un lado a otro, como lo haría un cervatillo entre una manada de lobos.

—¡Basta ya! —Algunos hombres de la subasta se volvieron para mirarla. Sintió como unos dedos grandes le tapaban la boca.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —Su padre estaba encolerizado—. No te entrometas. No estamos en Inglaterra.

Una vez que estuvieron más alejados de la plaza y el ruido bullicioso se hubo alejado, su padre aflojó su agarre, la colocó frente a él y la hizo mirarle.

—No vuelvas a alzar la voz así, hija —advirtió, sujetándola firmemente de los hombros—. Debes pasar desapercibida y hasta que no estemos a salvo en Calcuta no volverás a salir del barco.

—¿Por qué dices eso?

—Si fueras consciente de lo que vi en sus miradas no harías esa pregunta.

El capitán del barco volvió dos horas después. A la media hora de su regreso perdieron de vista definitivamente la isla de Gorea.





AUSTRALIA, 22 DE AGOSTO DE 1776

Hacia tres días que habían atracado y el cielo seguía tan nublado como el primer día. Había llovido mucho desde su llegada. Los ríos estaban crecidos, el cielo crujía como si fuera a partirse y la tierra era húmeda e intransitable. Las mercancías que debían entregar ya estaban en la bodega del barco, pero no había sido nada fácil llevarlas hasta allí.

Las vaguadas que utilizaban normalmente esta deban anegadas. El agua era demasiado profunda y al intentar cruzar con uno de los dos carros las ruedas quedaron atrancadas a escasos metros de la orilla. Había un asentamiento holandés río abajo donde habían construido un puente. Acercarse no era una opción.

Rompieron las barandas del carro para construir una balsa improvisada. Fueron pasando las cajas hacia el otro lado bajo la lluvia. El barro les llegó a algunos hasta las rodillas y, al secarse, parecían tener botas de piedra. Hubo algunas pérdidas, pero tendrían tiempo para reponerlo. De todas formas, no podrían embarcar hasta que se calmara un poco el clima. Decidieron que pasarían unos días allí para descansar y reponer las despensas.

A partir de ahora recorrerían millas marinas guarecidos entre las islas. Los animales que llevaban estaban destinados a un noble de la India que apenas podía ponerse en pie y vestía prendas de lo más estafalarias. Deseaba tener el mayor zoológico de bestias exóticas del mundo, por lo que Jamal siempre le llevaba algún

ejemplar único. Juzgando el aprecio que le tenía le cobraba el doble. «Que siga comiendo así y lo expongan en el jardín cuando vengan las visitas... Sería la bestia más exótica de la India».

Jamal se levantó de la hamaca y volvió a entrar en la pequeña tienda. Se dirigió al lecho de bambú que hacía de cama a recoger el resto de su ropa esquivando los brazos de la mujer que yacía desnuda allí. Había pasado tres días encamándola y, aunque el sexo era una práctica muy complaciente, no olvidaba que tenía responsabilidades de las que ocuparse.

Antes de salir de la cabaña, Jamal se paró en la entrada de la tienda y pronunció unas extrañas palabras en otra lengua. La mujer respondió tirándole un beso y él salió definitivamente de allí. Al dejar la protección de la choza el aire fresco hacía que se le erizaba la piel. Una sensación agradable después del calor pegajoso del mar de Bismarck y del que había soportado en el lecho de Shatk'iala.

La playa apareció ante su vista. La mayoría de sus hombres estaban allí, trasladando al barco las últimas provisiones. «Si somos rápidos llegaremos a Ceilán antes de que termine el año», meditó.

—¡Jamal! —Se dio la vuelta ante la llamada del señor Conner—. Pensé que tendría que enviar al crío a buscarte. ¿Te lo has pasado bien?

—Estaba tomándome mi tiempo para despedirme de Shatk'iala.

—Estas mujeres del clan yolngu son muy serviciales.

—Y tienen buena conversación. —Comenzó a caminar hacia el bote.

—Sobre todo si no entiendes lo que dicen.

Jamal miró de soslayo a Conner. Este no conocía la lengua de los Yolngu y tampoco se había esforzado en aprenderla. Aun así, disfrutaba de la compañía de las mujeres de la tribu tan íntimamente como su capitán. Cuando Jamal le preguntaba por qué no intentaba aprender alguna palabra para comunicarse con ellas, él se limitaba a decir: «Solo quiero follármelas, muchacho. Para que lo entiendan me basta con meterles un dedo en el coño». Jamal se limitaba a sonreír.

Cuando llegaron al bote el líder del clan Yolngu, Ghalachij'a, estaba allí. Su piel oscura como el carbón hacía un hermoso contraste con las pinturas tribales blancas que tapizaban su cuerpo. Dos brazaletes de plumas de colores pardos adornaban sus brazos. También tenía una especie de túnica y unas sandalias que le habían traído como presente. Estaba mascando tabaco al tiempo que hablaba con el señor Arrow. Aunque era con el grumete con quien hablaba realmente.

Hacía tres años que habían empezado a comerciar con ellos. Fue cuando el barco de Jamal, el Titán del Índico, navegaba por el límite norte del país, en el mar de Arafura. Hacía mucho viento y el oleaje era muy fuerte. Una vez arriadas las velas, pudieron soportar los bandazos de las olas.

Sin embargo, las pequeñas embarcaciones de los Yolngu eran arrastradas con facilidad y las olas golpeaban con fuerza los mástiles. Los partieron como si fueran ramitas y los hombres de una de las balsas cayeron al agua.

Las corrientes los estaban arrastrando mar adentro de manera inexorable. La experiencia de Jamal en ultramar le permitía imaginarse qué les pasaría si las olas les sacaban de la bahía.

En circunstancias normales los habrían dejado a su suerte. Sin embargo, habían tenido que partir precipitadamente de Numea y sus provisiones eran escasas. Si ayudaban a esos hombres, podrían granjearse la hospitalidad de los indígenas.

Cuando los tres hombres estuvieron a bordo, hicieron lo posible para meterse en la bahía de las tierras de Arnhem. Al desembarcar, las mujeres mantenían a sus hijos a la espalda en el límite de la selva. Solo los hombres se habían atrevido a acercarse a ellos, manteniendo la mirada fija en las armas que colgaban de sus cinturas. Al ver a sus hermanos con vida, los invitaron a pasar la tormenta en su poblado.

Solo podían comunicarse con gestos, pero aun así pudieron entenderse. Les dieron comida y refugio en agradecimiento. Los Yolngu mantenían cierto recelo hacía los recién llegados a pesar del rescate.

Pasaron unos días bastante agradables y su barco tenía unas provisiones decentes. Al capitán le sorprendió que la relación con la tribu fuera tan provechosa. A sus hombres también les pareció excelente, incluso a aquellos que le sugirieron pasar a

la tribu por la espada en el primer contacto.

Antes de irse, el jefe se acercó a ellos con un niño y se lo dio al capitán como sirviente para sus viajes. Ese muchacho se convertiría en un auténtico grumete. Se llamaba Burak Mattja, pero todos lo llamaban Bu.

Aunque era difícil comunicarse con él, no tenía ningún miedo a las alturas y no ponía ninguna pega para subirse a lo alto de las velas. Estaba acostumbrado a navegar y se adaptó muy rápido a ese estilo de vida.

En un año ya podía hablar con soltura con ellos. Según contó, se había quedado huérfano a los cuatro años y, como ninguna mujer quería hacerse cargo de él, quedó bajo la protección del líder del clan. Eso no significaba que le trataran bien.

La mujer del jefe no lo soportaba y envenenaba a sus hijos contra él. Recibía continuas humillaciones y palizas por parte de ellos, que quedaban en simples travesuras para su padre. El día que aparecieron este le comentó que viajaría con ellos en pago a las vidas que habían salvado. Aunque más bien parecía que quería librarse de él.

En cambio, Bu era una bendición. Ayudaba en la cocina, limpiaba la cubierta y se encargaba de vigilar desde la cola. También hacía cualquier otra tarea que se le ordenaba y no daba problemas. Al completar el segundo año ya era un jugador perspicaz en los dados y las cartas, sabía defenderse y los ayudaba en ocasiones con los trapicheos. Jamal le tenía mucho cariño, pero era con el señor Arrow con quien pasaba la mayor parte del tiempo.

Desde aquellos días el pequeño Bu, que ahora contaba con nueve años, se había convertido en un miembro imprescindible de la tripulación y era su intérprete con el clan Yolngu.

Con su ayuda empezaron a comerciar mucho con su antiguo pueblo. El capitán y sus hombres les traían objetos de todos sus viajes: sedas de Manila, especias de la India, cuscús de Sudáfrica, tabaco de América y armas de los balanda. Ellos les daban animales exóticos de la isla. Había muchos animales venenosos en las tierras de los Yolngu, pero el conocimiento sobre los mismos era escaso y casi nadie se atrevía a cazarlos. Pero ellos contaban con la ayuda de un clan nativo.

Como consecuencia, eran unos de los principales traficantes de especies venenosas de Asia y la demanda se disparó en el continente debido a los constantes y crecientes conflictos. Cuando les decían a los miembros de la tribu que el veneno lo usaban contra los balanda, ponían mucho más ahínco en su captura.

—¡Amigo Jamal! —dijo el jefe del clan. También había aprendido algunas palabras de Bu—. Mucho vicio. Dormir tarde —dijo sonriente.

—Shatk'iala mucho vicio —contestó imitándole.

—Ella gusta mucho... ¿No quieres esposa Yolngu?

—¿Y privar a otras mujeres del placer de usarme? —Acompañó la frase con un guiño.

—¡Te deseo buen viaje amigo! —Le estrechó la mano mientras mostraba unos dientes manchados por el tabaco.

—Volveré dentro de un año y medio a hacer la ruta. ¡Te traeré más tabaco! — Sintió una fuerte palmada en la espalda que casi le hace tropezar.

Comenzaron la marcha hacia el barco. Apenas unos minutos después ya estaban en cubierta. Se dio la orden y las velas se desplegaron raudas ondeando al viento.

«No tardaremos mucho en llegar, tenemos el viento a favor», pensó Jamal mirando los mástiles. La cara oeste de la bahía tapó la visión de la playa y de las personas de la tribu. Bu estaba mirando apoyado en la baranda en la misma dirección, mientras el viento le mecía su juvenil cabellera.

—¿Echas de menos tu clan, Bu? —pronunció Jamal.

—No... —dijo Bu tras una breve pausa—, me alegro de perderles de vista. De haber tenido una daga le hubiera rebanado el cuello a Durak.

—¿Vas en serio, niño? Durak es muy alto, no llegarías a su cuello ni saltando — Jamal sonrió al pequeño y se apoyó en la baranda del barco. Bu le miró desafiante.

—Todos los hombres deben descansar en algún momento y aún no he visto a

ninguno que duerma de pie —dijo, con los pequeños ojos negros entornados.

—En ese caso vas a necesitar esto. —Jamal lanzó una pequeña navaja al niño que la cogió al vuelo—. Pero si lo matas, procura hacerlo de forma que no perjudique a mis negocios.

Bu esbozó una amplia sonrisa y se dirigió hacia la proa. El capitán observó cómo iba corriendo a enseñarle la navaja al señor Arrow. Este le sonrió y le frotó la cabeza cariñosamente hasta que el pequeño le soltó. Su contraмаestre siempre había tenido un carácter atrayente para los niños. Jamal, por su parte, pensó en la evolución que había experimentado el grumete.

—Creo que ya he encontrado a alguien que me sustituya —susurró con una sonrisa en los labios.





SUDÁFRICA, 5 DE OCTUBRE DE 1776

Apoyada en la baranda del barco, Lidia observaba como parte de la tripulación junto con su padre bajaban por la pasarela.

Los modales de su padre para con ella habían cambiado. Desde que abandonaron la isla de Gorea la arrastró a su cuarto y en cuatro días no le vio por ninguna parte. Se pasaba las noches en su camarote o en alguna reunión con el capitán. Tenía la mente puesta en otro sitio y apenas articulaba dos palabras juntas.

«Quizás todavía está enfadado por lo de Gorea», pensó pesarosa Lidia. Algunos marineros se habían quedado en el barco junto al primer oficial, un tal señor Collins. A pesar de ello, le dirigían a Lidia miradas indirectas cuando el oficial les perdía de vista, rastrellando sus curvas en el proceso. Otros simplemente la miraban con recelo, como si su presencia en el barco fuera indeseable.

¿Por qué la miraban así? En el primer caso era incómodo y en el segundo ella no tenía la culpa de estar en el barco. De haber hecho caso a sus deseos se hubiera quedado en casa y seguiría escribiendo.

Su sueño era ser escritora. Su padre le permitía escribir y formarse siempre que no descuidara sus otras obligaciones. Aun así, se había mostrado bastante reacio a tomar dicha profesión en serio.

Como heredera única de la fortuna de los Warbouth se esperaba que se casara con

un miembro ilustre de la alta sociedad inglesa y, según le había expresado en cierta ocasión su padre, no todos los hombres aprobaban esas inclinaciones.

Puede que a su marido no le gustara la idea de que su esposa fuera escritora. La sociedad no encajaba con agrado los modernismos que consistían en que una mujer negociara con los editores y publicara un libro con su nombre en la portada. Ni siquiera tener un nombre ilustre le aseguraba la oportunidad de mostrar sus obras.

Si su marido le negaba su ayuda tendría que dejar definitivamente sus sueños o relegarse a escribir para ella misma y su familia. Por otra parte, el contenido de sus novelas románticas era, en opinión de su padre, bastante artificial.

—Tu forma de redactar es correcta, Lidia —le oyó comentar una vez—, pero tus personajes carecen de profundidad suficiente. Son amores demasiado idealizados. La vida real no es así.

Por ello, su padre no daba mucho crédito a sus ideas. Para él, Lidia no tenía experiencia de vida suficiente para describir con fidelidad los sentimientos amorosos de sus personajes. En eso debía darle la razón, ella jamás se había enamorado. «Si se iba a casar a lo mejor lograba dar este toque del que hablaba su padre».

—No quiero que te hagas muchas ilusiones con la escritura. Si te casas con el coronel, te quedarás en Calcuta a vivir. Allí no vas a encontrar muchos lectores —le comentó durante el viaje.

Por lo que sabía, Calcuta era una ciudad en desarrollo con escasa población culta. La mayoría de sus habitantes eran analfabetos y tenían preocupaciones mucho más apremiantes que la lectura. Su padre deseaba fervientemente ser abuelo y que se casara con un buen hombre. Ella lo sabía perfectamente, a pesar de no oírlo de sus labios.

Puede que el hecho de casarse con un hombre que había viajado por todo el mundo le diera una visión más favorable a sus objetivos. Además de la escritura, Lidia amaba a los niños y para ella tener una vida junto a un hombre que diera alas a sus sueños y a la vez la amara, sería una victoria completa y una gran fuente de inspiración. Sin embargo, eso solo podría responderlo cuando llegara a Calcuta y conociera al coronel Demian S. Hastings.

Miró por el rabillo del ojo y vio cómo su doncella Eren se acercaba. Era una grata compañía y así Lidia se sentía menos sola. Al pasar, uno de los marineros la siguió con la mirada hasta que llegó a la baranda.

—¿Estáis bien, señorita Warbouth?

—Sí. ¿Por qué nos miran así? —preguntó Lidia rodando los ojos hacia el puerto.

—Son hombres, señorita..., algunos piensan en nosotras como un estorbo y otros como un pasatiempo —sentenció con agudeza.

Eren era joven e inocente la mayor parte del tiempo y sobre todo ante el señor Warbouth, pero Lidia encontraba de vez en cuando algunos comentarios sagaces muy refrescantes que le recordaban a Catherine Bewlong.

—Eso no es un consuelo teniendo en cuenta los meses de viaje que nos quedan.

—Podría haber bajado con su padre a puerto, ¿Por qué no ha ido?

Lidia se distrajo durante unos minutos con un grupo de marineros que sacaban pescado de las redes que habían subido a una de las barcasas.

—Mi padre no quiere que lo acompañe.

—Seguro que tiene una buena razón para ello —dijo, apoyando su mano en la de Lidia.

De repente, una gota cayó en su mano e inició una leve llovizna. El señor Collins se apresuró al encuentro de las damas y trazó una pequeña reverencia.

—Estará mejor dentro, señorita. Las tormentas aquí no son muy frecuentes, pero sí muy abundantes.

—Gracias, señor Collins. Esperaremos dentro a que regrese mi padre.

Ambas se dirigieron hacia las escaleras con pasos cada vez más apresurados. La lluvia estaba empezando a empeorar y Eren y Lidia se metieron en el camarote. Bebieron té mientras bordaban, escuchando el chapoteo de la lluvia sobre el agua y

el casco del barco.

—Parece que el señor Collins tenía razón —dijo Eren, mientras miraba a través de la ventana.

—No creo que mi padre y el capitán tarden mucho en volver.

—Debería hablar con él cuándo vuelva, señorita. Ha estado muy raro estos días.

«Eren también se ha dado cuenta», pensó, con la mirada fija en la ventana.

Al día siguiente, casi al atardecer, Lidia se acercó a la baranda donde estaba su padre. La misma cara de preocupación y el ceño fruncido de estos días, seguía en su rostro. Ella pasó una mano por su brazo para anunciar su presencia. Su padre pegó un pequeño respingo ante su toque. Aun así, le dirigió una sonrisa apagada.

—¿Has salido a tomar un poco de aire fresco?

—Sí, necesitaba pasear por cubierta. Si sigo comiendo y tumbándome en mi cama continuamente, no reconocerás a tu hija cuando llegemos a Calcuta —admitió jocosa.

—Ten cuidado, Lidia. Después de hacer un viaje tan largo por el coronel, no podemos decepcionarlo —dijo el señor Warbouth, siguiendo la broma.

—¿Qué sucede?

—Estoy preocupado —determinó con contundencia. Miró a su hija hasta que se atrevió a continuar—. No tiene sentido ocultarlo. Se dice que hay revueltas en la India, es posible que haya una guerra.

—¿Una guerra? —exclamó Lidia, con los ojos abiertos de par en par—. Padre, ¿entonces qué...?

—No te preocupes por eso, a nosotros no nos pasará nada —interrumpió su padre—. Es demasiado tarde para volver atrás. El capitán tiene órdenes precisas de arribar en Calcuta. También lleva suministros para nuestros aliados. De todas formas, ya he enviado un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Advierto al coronel dónde hemos arribado y le preguntó cuál es la ruta más segura para ir. —Se acercó a su hija y la asió de los hombros—. Puedes estar tranquila. Si los rumores son ciertos, los maratha estarán ocupados con sus revueltas como para ir persiguiendo navíos de pasajeros.

—Una vez en Calcuta, ¿estaremos seguros?

—¡Por supuesto! Confía en mí.

Abrazada a su padre vio como Eren se dirigía a ellos. Palmeó la espalda de su progenitor y este la soltó siguiendo la mirada de su hija. La criada se acercó con pasos firmes y una sonrisa en el rostro.

—Señor Warbouth, señorita Lidia, la cena ya está servida.

—Vamos, querida —dijo el padre de Lidia ofreciéndole su brazo.

Eren avanzó detrás de ellos mientras Lidia se permitía mirar de nuevo el atardecer. Vio como el astro rey se teñía de rojo y como las sombras comenzaban a engullir las últimas luces de aquel día. Hacía meses pensó en como un camino tan hermoso iba a conducirla a un infierno. Ahora realmente, lo era.





SINGAPUR, 17 DE NOVIEMBRE DE 1776

La posada estaba rebotante de marineros aquella noche y el ambiente estaba cargado de un fuerte olor a alcohol y sudor. El ruido era tan intenso que no se podía mantener conversación alguna con nadie a menos que se hablara a gritos.

La música y los cánticos desafinados de los borrachos amenizaban el ambiente, mientras que la tripulación de Jamal se divertía. Su capitán decidió darles un respiro después de tanto trabajo.

Su contacto en Bengala le había enviado un mensaje. La guerra entre el Imperio maratha y los asentamientos ingleses en la India había empezado. Por lo que le comentó su informador, el consejo de Bombay había interferido a favor del príncipe maratha Raghunathrao para darle asistencia militar con el fin de ayudarlo a conseguir el liderazgo del imperio.

El Consejo inglés había firmado un tratado años atrás con los maratha para comerciar con libertad en las tierras de Bombay, Madrás y Bengala, siempre y cuando se mantuvieran al margen de sus guerras. No dudaba del deseo expansionista de los ingleses. Había ejercido el contrabando durante bastante tiempo como para dudar de la avaricia humana.

Sin embargo, reflexionaba con escasa satisfacción sobre el asunto. Los ingleses tenían presencia militar en la India y una buena posición estratégica. Pero habían

aceptado el tratado sin pedir la opinión al Consejo en Madrás y Bengala. La falta de aviso provocó mucha polémica y descontento en dichas regiones.

Los maratha no iban a pasar esta traición por alto. Él habría declarado la guerra unos meses más tarde, cuando las peleas dentro del propio imperio les hubieran dejado hechos trizas. Todos conocían a la élite de los maratha y sabían que las conspiraciones y guerras internas que disputaban eran, para ellos, un modo de vida. Sus gobernantes duraban muy poco en el poder. Ellos eran sus mejores clientes en cuanto a la compra de venenos.

Ya había hecho varios viajes por Asia llevando animales venenosos y recogiendo el veneno ya elaborado para venderlo. A Jamal le importaba bien poco a quien fueran a matar. Si pagaban al día y bien, no hacía preguntas. No obstante, se encargaba de tener toda la información posible para mantener a raya a todos los que intentaran aprovecharse o amenazarle.

En cada transacción que hacía siempre iba incluida la misma amenaza silenciosa: «Mientras no intentes joder mis planes, nadie se enterará de los tuyos».

A los que les faltaba coraje y palabra no duraban mucho en el negocio y Jamal tenía ambas cosas. Gracias a ello, había hecho negocio con grandes cargos de Asia y África, llegando a la friolera de diez años de trayectoria clandestina.

Había matado, había robado y había disfrutado haciéndolo. No era ningún santo. Aun así, se consideraba un profesional. Sabía que a un hombre vivo se le sacaba más provecho que a uno muerto, y no mataba a nadie a menos que fuese totalmente necesario.

En cambio, con la traición era implacable. Como hizo con Sandro. No era la primera vez que le engañaba. Compartía información clasificada con las putas con las que se acostaba y eso ponía en peligro a toda la banda. Las dos cajas de sedas fue la gota que colmó el vaso.

Jamal había visto suficiente del mundo para detestarlo. Los negocios le obligaban a confraternizar con gente de la peor calaña y distintos grados de maldad. Desde el ricachón que compraba especies exóticas como colección, hasta el que le encargaba veneno para deshacerse del problema. Jamal no entendía qué interés podía tener un

hombre en convertirse en emperador.

«Mandar en la sombra era mucho más rentable y seguro. ¡Que otro se lleve los aplausos! Y, de paso, que se ponga una diana en la cabeza» pensó, echando un trago largo de la botella que sostenía en la mano.

No era necesario darle más vueltas. Su contacto le había dicho que esperase en la isla de Ceilán hasta que le diera permiso para atracar en Calcuta, y eso pensaba hacer. Pasó la mirada por las mujeres del burdel. Ellas ya estaban flanqueadas por hombres muy conocidos para él. Su tripulación era de lo más diversa y peculiar. En la actualidad, contaba con quince miembros.

El señor William Arrow era un hombre natural de Irlanda que se había embarcado en una galera inglesa para luchar en la guerra contra los franceses en Norteamérica. No por patriotismo, sino para eludir la horca por delitos de contrabando. Tuvo una suerte inmensa porque le dieron por muerto. Se largó a Asia a empezar de cero, no tenía nada en Irlanda que lo retuviera. Jamal tenía diecisiete años cuando se conocieron y su amistad era inquebrantable desde entonces. Ostentaba el título de contramaestre. No había nadie en este mundo en el que confiara más.

Jeremy Conner era su primer oficial y se encarga de todo en su ausencia. No compartía una relación tan íntima con él como con Arrow, pero tenía una cualidad que Jamal apreciaba. Era sincero. No tenía pelos en la lengua y decía lo que pensaba. Tenía cincuenta y tres años, pero aun así era robusto y sabía mantener a raya a los más problemáticos.

Andrew Chack era inglés, al igual que Conner, pero era enjuto y con un pelo castaño tan seco como la paja. No era muy luchador, pero era un ladrón excepcional. Uno de los mejores que había visto.

También estaba el treintañero Christopher Sawyer. Se pasaba con Chack la mayor parte del tiempo y le encantaba el juego, aunque realmente lo que más le gustaba era hacer trampas. Disfrutaba provocando las peleas, pero no participando en ellas. Contaba con un talento innato para la falsificación.

El señor Lemier Anglé estaba apoyado durmiendo en la mesa. Tenía la costumbre

de vaciar botellas de ron en minutos y ejercía de cocinero. Sobrio era bueno en su trabajo, pero casi nunca lo estaba. Su hijo también era miembro de la tripulación. Se llamaba Nathian y se encargaba de recoger los restos de su padre cada vez que se emborrachaba. Era un muchacho de veinticuatro años, bien parecido, esbelto y que suscitaba la admiración de las mujeres.

Los españoles, Antonio Garzón y Gabriel Villarejo, se repartían la edad de treinta y cuatro y treinta y siete años, pero parecían un par de viejos vagabundos. Aun así, estaban rebosantes de energía y se la pasaban cantando y bailando cada vez que llegaban a un puerto. Con sus instrumentos, tan unidos a ellos como las espadas que llevaban en el tahalí, amenizaban su avance por mar.

Ellos fueron reclutados en Acapulco, junto a los gemelos Galache, dos hermanos criollos residentes en el país. A pesar de su parecido, su carácter era completamente opuesto. Oswaldo era un hombre con temperamento muy conflictivo y hábil con los cuchillos. Como defecto sustancial era muy confiado y mujeriego. En ese momento tenía a dos mujeres, una en cada rodilla, y ellas le daban de beber mientras las acariciaba. Ellas le limpiarían los bolsillos antes de acabar la noche.

Por otro lado, Benito era todo lo contrario. Se había ordenado sacerdote a una edad temprana, intentando guiar a su hermano por el camino de la redención, pero sin éxito. Era abstemio, devoto y pacifista. A priori no pintaba nada allí, pero era un pilar esencial en la tripulación. Era el médico. El trabajo que ejercían era peligroso y las heridas y la muerte, frecuentes. Así que asumió el papel de curar las heridas y almas de los pobres diablos que conformaban la tripulación.

El portugués Ronald Popper era natural de la colonia de Macao. Era el hijo menor de una casa noble cuyo padre se había bebido literalmente su fortuna. Lo poco que dejó se lo quedaron sus hermanos mayores, así que buscó otro oficio. Por caprichos del destino acabó precisamente en el Titán del Índico. Tenía unas entradas importantes y unos dientes de ratón, pero también mucha labia y excelentes modales cuando le interesaba.

Jamal desvió la mirada hacia un rincón y vio al miembro más taciturno de su banda. Saueru Kata era un guerrero consumado que Jamal tenía contratado por seguridad. Seguía fervientemente el código de Bushido y era excepcionalmente leal.

A su lado había una mole enorme de piel negra, que se había sentado en un montículo de mercancías. Un enorme mandingo que Jamal había comprado durante una pelea en Sudáfrica, después de ver como derrotaba a cinco hombres a la vez. Zokan tenía más de dos metros de altura y unas extremidades tan robustas como los mástiles de una galera. Con las cicatrices de su antigua vida, tenía un aspecto aterrador. En realidad, tenía la malicia de un cordero. Incluso Bu se divertía a su costa trepando por él cuando se aburría.

Por último, estaba Edward Witsel, apoyado en la pared dándole vueltas a una de sus dagas y mirando a su alrededor con meticulosa apreciación. Lo había conocido hacía cuatro años en una posada de Senegal. Era un espía excelente y un maestro en el arte del disfraz. Tenía contactos en Occidente y su experiencia garantizaba beneficios, pero Jamal lo detestaba.

Sus personalidades eran muy diferentes. Mientras que Jamal mataba cuando era necesario, Witsel lo hacía por placer. Era un psicópata que disfrutaba asesinando de las formas más crueles y retorcidas que había visto. Tenía un especial ensañamiento con las mujeres.

Muchas veces discutía con él por lo llamativos que eran sus asesinatos y le obligaba a disfrazarse para cometerlos. No quería que lo relacionaran con los hechos ni que pudieran reconocerlo. Si hubiera sabido esto antes, jamás le hubiera aceptado en la tripulación. Recordaba con amargura la primera vez que vio sus mañas. El señor Conner y Arrow le convencieron de dejar el incidente pasar sin tomar represalias. Witsel, a su manera, había completado el encargo.

Aun así, le tenía constantemente vigilado. No confiaba en él y nunca volvió a aceptar trabajos en el que la mercancía a transportar fueran personas, sobre todo si había alguna mujer involucrada. Sería una insensatez echarlo de la tripulación, era demasiado inteligente y peligroso para dejarlo suelto.

Respiró hondo y se quedó mirando cómo una joven ramera se acercaba a él. «Mujer estúpida». Jamal miró a otro lado. Cuando Witsel elegía una presa no había nada que hacer.

—Estás muy pensativo esta noche... ¿La guerra en la India te lleva a la reflexión?

—Unos zapatos negros muy desgastados aparecieron ante Jamal.

—Te hacía confesando a las prostitutas. —dijo Jamal. Benito se sentó a su lado.

—Ya he terminado, al menos con las que no están de servicio.

—¿Y no encuentras ninguna oveja descarriada que salvar?

—¿Quién dice que no haya encontrado una? —dijo, con una sonrisa.

—Tendremos que ir a Ceilán y esperar que nos den carta blanca para desembarcar en Calcuta. Pensé que sería buena idea divertirse un poco.

—No parece que te estés divirtiendo... —Levantó su vista — ¡Dalila! —gritó al encontrar lo que buscaba.

Una muchacha joven y de esbelta figura se acercó. Era de piel clara, cabello castaño ondulado y ojos grandes de color miel. Jamal reconoció a la mujer. Era la misma que se había acercado a Witsel.

—Dalila, este es el capitán Bashir. —Jamal asintió y ella hizo una pequeña reverencia.

—Encantada, capitán —dijo, abanicando las pestañas.

—Creo que nuestro capitán no se está divirtiendo —sentenció Benito.

—Eso no podemos permitirlo, ¿no hay ninguna chica que le llame la atención? —dijo, con voz suave y melosa.

—Definitivamente sí hay algo que me llama la atención... —Colocó las manos sobre las caderas de la chica y la hizo sentarse sobre él.

—Uno de sus hombres me ha solicitado, señor...

—Creo que el señor Witsel puede prescindir de ti, querida —Benito habló lo bastante alto para que el holandés le escuchara. Después miró a Jamal.

Levantó la vista para ver a Witsel con el rostro rojo y contraído. Ambos

intercambiaron miradas asesinas, pero solo en el rostro de Jamal se dibujó una sonrisa. Al final, se marchó con gesto airado.

—Yo también me marchó. Ya he salvado a la oveja descarriada.

El capitán se levantó arrastrando a Dalila con él. Esa noche la tomaría hasta matarla, al menos en el sentido metafórico de la palabra.





CALCUTA, 10 DE ENERO DE 1777

Ya habían arribado en la ciudad de Calcuta, aunque los tripulantes que habían conseguido llegar eran bien escasos.

En Veracruz solo habían pasado unos días, los suficientes para que los capitanes esclavistas se pusieran de acuerdo. Habían vendido a Walker por un precio muy bajo. Al capitán no le interesó regatear mucho, después de los problemas que había dado. Su camino se separó definitivamente de Vallet. Ella fue arrastrada del lado de Walker sin que pudiera hacer nada por ella.

La última vez que la vio la cogieron del pelo y la llevaron a rastras a un local en el puerto al que llamaban El Dorado. No costaba imaginar mucho qué tipo de local era. A él y a los demás les habían vendido a un barco español que transportaba esclavos a la India.

Por lo que había escuchado de algunos tripulantes, había revueltas en aquel país y se necesitaba mano de obra barata. Así que tendrían un negocio redondo durante los próximos años. Atravesaron el país hasta Acapulco y fueron embarcados en una gran galera con una bodega mucho más grande que la última. Aunque no mejor cuidada.

Había más de doscientos cincuenta esclavos y Walker se veía obligado a compartir su metro del espacio con otros hombres. Los viajes por mar en esas condiciones y

por tanto tiempo eran sin duda tortuosos, pero lo peor vino después. Muchos de los esclavos empezaron a tener vómitos y náuseas frecuentes. Los marineros no hicieron mucho caso al asunto.

Se limitaron a dar un vaso de agua de más a los que estaban todo el día con la cabeza metida en un cubo y obsequiaban con una patada en las costillas a cualquiera que se quejara. Cuando el primer esclavo murió, su médico se dio cuenta.

Había una infección de fiebre amarilla. Los hombres fueron cayendo como moscas pocos días después. El primer mes Walker vio cómo morían doce hombres, entre cefaleas y fiebres altas. El mes de noviembre fue peor. Murieron más de veinte hombres, muchos de ellos tosiendo sangre. En diciembre se superaron, cincuenta y tres hombres encontraron la muerte en esa oscura bodega. A todos ellos los tiraron por la borda.

Después del mes de noviembre, Walker se había acercado al médico con cavilación y se puso a su servicio. La medicina siempre le había causado un especial interés. De niño se divertía cogiendo libros de medicina en la biblioteca de su padre. Podía pasarse el día allí metido leyendo hasta que Arthur le arrastraba a la cama.

Se le oprimía el corazón ante la realidad inclemente de su vida. Sus padres habían muerto y sus hermanos, si no habían conseguido escapar, también lo estarían. O peor, podrían estar en otra galera con grilletes en los tobillos o en El Dorado...

Ocuparse de los enfermos había sido una distracción muy útil. Durante la mayor parte del viaje estuvo a las instrucciones del doctor Sobaes colocando toallitas frías para la fiebre y alimentando a base de papillas a los enfermos. Así no tenía tiempo para pensar en consecuencias nefastas. El mes de enero por fin habían llegado a Calcuta.

Los mercados tenían un olor intenso de especias. Olores que Walker jamás había sentido que se mezclaban con otros más conocidos para él. Pólvora. La ciudad estaba en un continuo ir y venir de personas y carros tirados por caballos. La gente del mercado compraba, pero las personas no se entretenían demasiado y desaparecían atolondradas de las calles principales.

Las inmediaciones del río Hugli estaban repletas de factorías donde los

mercaderes que llegaban en barco desembarcaban los víveres. Los agentes de aduanas inspeccionaban los cargamentos de los barcos con ojo crítico. Sobre las plomizas aguas del río, el tráfico marítimo ascendía hasta donde llegaba su vista. Soldados apostados en los fuertes ingleses, vestían casacas rojas inmaculadas, atentos a cualquier eventualidad.

Los comerciantes locales esperaban ansiosos llenar sus carros con las mercancías que traían los barcos. Los mendigos se deslizaban entre ellos pidiendo limosnas. Walker observó a una población de rostros sucios y entristecidos, mientras miraban suplicantes a cualquier transeúnte que se acercaba a sus puestos. Sus artículos en venta apenas encontraban dueño y los artistas nativos se acurrucaban en las chozas reservando sus escasas energías. Parecían resignados ante la miseria y la angustia que reinaban en sus vidas.

De vez en cuando se escuchaban disparos dentro del fuerte inglés. Por los carteles que había en los paneles de madera de los almacenes, estaban reclutando soldados. Ofrecían una compensación económica a todos los que se alistaran sin ser necesaria la experiencia. De cualquier manera, la guerra no parecía haber llegado a Calcuta, de momento.

A base de empujones les condujeron hacia una de las casetas que adornaban los límites del puerto. El olor putrefacto emanaba de su interior y cuando un individuo salió por la puerta pudo observar los pies de una persona que yacía en el suelo. El capitán saludó a dicho hombre y fue poniendo en fila a todos los esclavos del barco.

Tras unas ligeras instrucciones, el gran grupo de ciento setenta y seis personas supervivientes del San Bartolomé fue desapareciendo. Algunos se los llevaron a las empalizadas y otros a los almacenes para las mercancías. Los que poseían una complexión más fuerte se decidió que serían enviados al otro lado del río, a reforzar las defensas de las carreteras que conducían a Madrás. Cuando tocó el turno de Walker se acercó un hombre bajo con más papada que cuello. Con el cabello atado a una coleta y dientes torcidos. Él médico del barco estaba con él.

—Esos señoritos son muy remilgados con los esclavos. ¿Son estos aptos para encargarse del mantenimiento de los refugiados? —dijo con desdén el recién llegado.

—Sí, lo son, están sanos y algunos hasta son hábiles en medicina. —El médico señaló a Walker—. Podría ser útil.

Con un chasquido de los dedos, Walker fue empujado con un pequeño grupo de veinte río arriba. A medida que avanzaban las casas se iban haciendo más grandes y lujosas. Los espacios empezaban a mostrar modestos jardines y el asfalto, antes de tierra húmeda, dio paso a amplias losas de granito.

Allí se encontraba la zona rica de Calcuta, donde las familias nobles y los oficiales de alto rango tenían sus mansiones. También había una iglesia, unos cuantos establecimientos comerciales y algunas posadas.

Al grupo lo dirigieron al dispensario y los introdujeron por la puerta trasera. Uno a uno, los fueron revisando en busca de dolencias o enfermedades. Tras descartarse de dos, los demás, incluido Walker, fueron llevados hacia una explanada. En ella se veían casas amplias a medio construir. El capataz de la obra, al percatarse de su presencia, se acercó con paso firme.

—Buenos días, señor Tarlie ¿Qué me trae?

—Despojos humanos... —dijo con indiferencia.

—¡Bien, pobres diablos! Mi nombre es Jeffre Parkins y a partir de hoy para vosotros seré Dios. Haréis lo que yo diga sin rechistar. —Se paró en los ojos azules de Walker que no rehuían los suyos—. Por si no os habéis dado cuenta, hay una revuelta en Madrás. Aún no ha llegado aquí... pero esos capullos del consejo nos han ordenado construir casas provisionales para las familias nobles de Madrás que en estos momentos estarán de camino. Las obras están bastante adelantadas —continuó diciendo mientras señalaba hacia atrás—, pero aún nos quedan detalles que pulir. Así que, ¡a trabajar! —Dio una palmada y algunos de sus hombres dieron instrucciones precisas a los nuevos.

El trabajo en sí no era tan duro como el que les tocó a los esclavos de la carretera de Madrás, pero, después de meses de viaje con una mala alimentación y con el cuerpo agarrotado, muchos de ellos dejaban caer los sacos de grava sin pretenderlo. Parkins golpeaba con una porra a cualquiera que retrasara el trabajo. Ninguno de ellos paró hasta la caída del sol.

Ese primer día, cuando le dieron un escaso cuenco de legumbres, pan duro y agua, le condujeron a una caseta con un montón de literas y paja para dormir. Los músculos de Walker se le antojaban tan rígidos como las piedras y el sudor de todos esos hombres juntos no era para nada agradable.

Al tercer día, el capataz avisó de la existencia de un pequeño riachuelo en la parte exterior de las cabañas donde debían asearse. Sin embargo, el olor de la cabaña seguía siendo igual de intenso y su ropa tan negra como el día que se las dieron.

Intercalaban trabajos también en la entrada de la carretera por donde habían venido, fortificándola y trayendo piedras para construir un pequeño muro de apenas un metro y medio de altura.

Por esa zona la presencia de los soldados era destacable, pero lo era aún más la presencia de otros nobles ingleses. Paseaban con sus familias e hijos por las asfaltadas calles o por los modestos jardines.

Los hombres se introducían en grupo a las tabernas y no se les veía salir hasta que bajaba el sol. Las mujeres iban por las mañanas a las tiendas de tela y al mercado. A veces pasaban lo suficientemente cerca de ellos para levantar la mano y taparse la nariz. Walker no les prestaba demasiada atención. Sobre todo, después de lo que le pasó al joven Joseph, un muchacho senegalés de veintidós años. Se quedó mirando demasiado tiempo a las pantorrillas de una señora que pasaba por allí. Era esbelta y agraciada, con algunos mechones castaños saliéndose del sombrero. La silueta de los pechos se mostró ligeramente cuando se inclinó sobre su tobillo y fue entonces cuando le golpearon.

Chocó con el suelo de granito con tal violencia que la mujer hasta ahora ajena a todo pegó un respingo del susto. Parkins se alzó por encima de él y empezó a patearlo sin piedad. Después le cogió del pescuezo y lo tiró de culo contra los sacos de arena.

—Jamás os atreváis ninguno de vosotros a mirar a una sola de ellas. Estáis aquí para trabajar, ¡bestias inútiles!

La mujer resultó ser la joven esposa del reverendo Tornight, un hombre huraño con ideas religiosas muy tajantes sobre todo en lo referente al pecado y la lujuria.

Vino al día siguiente a bendecir a esas almas descarriadas que estaban al borde de la depravación.

«Él sí que está al borde de la depravación», pensó Walker con disgusto. La realidad es que había venido a quedarse con la cara de Joseph, al que su siguiente semana se antojó particularmente irritante.

Walker utilizaba las noches para reflexionar sobre su existencia. Allí se encontraba en la otra punta del mundo, convertido en esclavo, sin un solo aliado a quien acudir. No tenía forma de escapar. No disponía de medios ni de contactos. Y cada día que pasaba le quedaba menos esperanza. Ni siquiera se había atrevido a decir su apellido real, por temor a que algún oficial le reconociera como había hecho Bradley, y le hiciera su existencia aún peor. Había fallado a sus hermanos, a su madre e incluso a su padre.

—Walker, una vez que me vaya, tú serás el cabeza de la familia —recordó que le comentó su padre mientras se ajustaba el uniforme militar— y si muero en la guerra tendrás que tomar mi puesto. Tienes que ser fuerte, por tu madre y tus hermanos. No imagino lo que te deparará el futuro, pero sí sé una cosa —aún notaba la sensación de la mano de su padre en la nuca y esos ojos azules—, sé que resistirás, porque eres un Showerd, pero sobre todo porque eres mi hijo.

—Pase lo que pase, siempre les protegeré —dijo con los ojos centelleando con decisión. Padre e hijo se dieron un abrazo. Al salir de la cabaña el señor Showerd besó a su esposa.

—¿Qué vamos a hacer sin ti, mi amor?

—No te preocupes, mujer, os dejo en las mejores manos. —Le dio una última mirada a su hijo mayor antes de montar en su caballo y desaparecer entre la espesura del bosque.

Walker pasó su mano por su rostro y se sorprendió al descubrir que lo tenía empapado en lágrimas. Se levantó con cuidado para no despertar a sus compañeros y se acercó a la ventana. Dirigió su mirada a las estrellas. La voz de su hermano Ruldof resonó en su cabeza una vez más.

—Prométeme que no olvidarás el camino a casa.

Se prometió a sí mismo que haría lo que fuera por volver a Pensilvania.

Habían llegado definitivamente a la ciudad de Calcuta. Lidia sintió un miedo horroroso durante todo el viaje, llenando su cabeza de pensamientos nefastos. Pensaba que la ciudad estaría sumida en caos y fuego, pero no fue así. Se sentía cierto nerviosismo y la ciudad rebosaba de expectación esperando noticias del frente, pero aparte de eso, todo parecía normal.

A su llegada un oficial se había acercado a su padre. Era un veterano de guerra destinado en la India, el teniente Hugh Farmich. Tenía un porte regio, majestuoso, con un inesperado bigote bien cuidado y con una hermosa casaca roja ribeteada con cordones y botones dorados.

—Teniente Farmich, es mi deseo presentaros a mi hija, Lidia Warbouth. —Aferró la mano a su hija para ayudarla a bajar la pasarela.

—¡Es un verdadero placer, señorita Warbouth! —dijo animadamente con una afable sonrisa—. Espero que su viaje haya estado libre de contratiempos, señor Warbouth.

—Confieso que la carta del coronel nos afectó anímicamente, pero después de arribar sin contratiempos, no tengo nada que lamentar —comentó el señor Warbouth con condescendencia.

—No podría ser de otra forma. El coronel era perfectamente consciente del peligro, por eso hizo salir a uno de los barcos de guerra para escoltarles.

—A lo cual le estamos enormemente agradecidos.

—Muy pronto, señorita Warbouth, podrá agradeceréselo personalmente. —Le ofreció la mano a Lidia y a su doncella para subir al carruaje.

Recorrieron las calles de Calcuta río arriba. El aire repleto de especias espoleaba los sentidos de Lidia y sus ojos se abrían de sorpresa a cada curiosidad. Tras una serie

de chozas humildes y calles de tierra, comenzó a ver los grandes edificios construidos y situados en hermosos jardines, detrás de una muralla de pocos metros de altura.

Continuaron por el camino asfaltado mientras los hombres se ponían al día y las dos muchachas cuchicheaban sobre todo lo que veían sus ojos. Finalmente, llegaron a una esplendorosa mansión bordeada por extensos jardines, adornados con plantas autóctonas y flores silvestres de intensos colores.

Cuando bajaron del coche, Lidia se percató de la presencia de una mujer. Era mayor que ella, pero de una belleza asfixiante. Tenía un sedoso cabello castaño recogido en un elaborado peinado. Un sombrero de color violeta con plumas negras y blancas y un hermoso vestido a juego. Su rostro era la sofisticación hecha carne, con altos pómulos, piel pálida y labios carnosos. Al verla, Lidia sintió admiración y envidia a partes iguales.

—¡Señora Windfield! —exclamó el teniente Farmich—. Que honor que la señora de la casa nos reciba en persona. —Cogió las manos de la dama besándolas con intensidad.

—¡Teniente Farmich, usted tan amable como siempre! —dijo ella, sin poder contener la risa—. ¿Que otro recibimiento podría dar a invitados tan distinguidos como esperados?

—Entonces permita que le presente al señor Robert Warbouth y a la señorita Lidia Warbouth. Esta encantadora dama es la señora Windfield.

—¡Bienvenidos a Rampson Hill! Espero que su estancia en nuestra morada sea de lo más satisfactoria —dijo ella, con el cuerpo abierto y una sonrisa radiante.

—Muchas gracias por su amabilidad, señora Windfield —dijo el señor Warbouth, besando la mano de la señora, aunque no con tanta efusividad.

—Esta joven tan exquisita debe ser la prometida del coronel, ¿no es así?

—Así es, señora Windfield. Os agradezco mucho vuestra amabilidad. —Lidia inclinó ligeramente la cabeza.

—¡Por favor! Llámame Petra. Las formalidades no sirven de nada, cuando se está

en familia. —Tomó la mano de Lidia y la enredó en su propio brazo—. Estaréis agotados del viaje, pasad y tomad un refrigerio. —Avanzó con pasos firmes arrastrando a la joven.

Las horas pasaron raudas dentro de la mansión de Rampson Hill. El espacio era delicioso. La decoración no envidiaba nada a las casas inglesas de las más altas estirpes y los refrigerios que les ofrecieron estaban a cual más exquisito.

Según las palabras de la señora Windfield, ella era la hermana del coronel. Había viajado a las colonias con el mismo motivo que Lidia, casarse y asentarse en la India. Se había desposado con el general Simón J. Mathew Windfield. Para su eterna desdicha había quedado viuda solo un año después de la boda.

El amor que aún procesaba por su marido estaba latente a pesar de haber pasado cuatro años desde su muerte. Y, aunque fuera una mujer respetable y joven, no encontraba la motivación para volver a casarse.

—El corazón de una mujer tarda en sanar, sobre todo cuando pierde a su amado a una edad tan temprana como la mía —comentó la señora Windfield—. Ustedes saben mejor que nadie la clase de hombre que era el señor Windfield. —Dirigió su mirada a los caballeros.

—Jamás conocí a hombre más leal que su marido señora —dijo Warbouth, con cortesía.

Ambas mujeres se vistieron para la cena. Lidia llevaba un precioso vestido verde a juego con sus ojos. La señora Windfield le obsequió con un collar que terminaba en una delicada lágrima de esmeralda. Según ella, el coronel lo había comprado para que se lo pusiera.

—Mi hermano vendrá para la cena. Está deseando conocerte —comentó Petra, dándose un último retoque frente al espejo.

—Seguro que es amable como usted.

—No soy nueva en esto pequeña. —Lidia alzó la mirada a su anfitriona. Se sentó al borde de la cama a su lado—. Sé cómo se siente, ser despojada del mundo que

conoce para casarse con un extraño.

Lidia sintió una cálida mano sobre la suya y levantó la vista hacia los grandes ojos color ámbar de la señora Windfield.

—Comprendo que estés nerviosa, pero mi hermano está igual que tú. Y te aseguró que será un excelente marido. Te lo digo yo que lo conozco mejor que nadie.

La cena ya estaba servida y los comensales estaban a punto de tomar asiento cuando entró en escena el hombre por el que Lidia había viajado hasta el otro lado del mundo. El coronel Demian S. Hastings se dirigió al centro del comedor y Lidia se quedó prendada de él.

Su altura y sus hombros anchos le daban un aspecto muy varonil y su hermoso uniforme militar repleto de adornos dorados centelleaba a la luz de las velas. Su cabello castaño en una coleta perfectamente peinado y sus rasgos faciales le hacían verse como un auténtico adonis. Unos hermosos ojos azules como el cielo dejaron paralizada a Lidia. Una sonrisa encantadora apareció en sus rasgos sacros mientras se acercaba a ella.

—He esperado mucho tiempo por usted, señorita Warbouth. —Tomó una de las manos de Lidia y la besó con agonizante lentitud—. Por fin la tengo delante de mí.

—Es un placer, coronel. —Tragó saliva sintiendo que sus piernas flaqueaban.

—Llámame Demian. —Después de dejar a Lidia con una sonrisa se dirigió al resto.

La cena pasó sin contratiempos y los modales de Demian eran impecables. Su tono era empático y sus atenciones de lo más solícitas. No tardó en ganarse la admiración del señor Warbouth, que lo miraba con la misma fascinación que Lidia. Tras la cena, el coronel solicitó su compañía en el jardín. Ella aceptó con premura y ambos se dirigieron a las puertas traseras mientras la señora Windfield atendía a sus demás invitados.

Los jardines, aunque modestos, eran de lo más hermosos, adornados con plantas que jamás había visto. Las luces de las lámparas de aceite daban un toque enigmático

al camino de grava por el que paseaban los jóvenes prometidos. Hablaron de muchas cosas. El coronel estaba muy interesado en conocer detalles sobre su futura esposa y escuchó con paciencia y talante todo lo que ella le compartía. Tal era su atención que incluso mostró interés por las aficiones literarias de Lidia.

—¿En verdad no cree inapropiado semejante afición en una mujer? —Tentó Lidia al coronel.

—Lo inapropiado en una mujer, señorita Warbouth, es la inacción. Soy un hombre inquisitivo y no soportaría estar atado a una mujer que no tuviera inquietudes de ningún tipo.

—¿Entonces lo ve bien? —Tentó una vez más.

—No me opondré a que lo haga siempre que me prometa una cosa. —Lidia se paró intrigada esperando que siguiera—. Que yo sea el primero en leer sus obras.

—Tengo que decir que ahora estoy mucho más tranquila al conocer la bondad de su carácter. No sabía lo que me iba a encontrar —confesó Lidia.

—Yo estaba igual que usted, pero estoy conforme... Por ahora. —Ambos rieron ante el comentario—. Espero que se adapte a vivir aquí en Rampson Hill.

—Su hermana parece dispuesta a ayudarme.

—No hace mucho era una joven como usted y me congratulo en saber que a sus veintitrés años es una mujer muy madura y que sabe lo que quiere.

—Me extraña que una mujer que emprendió un viaje tan largo para casarse, no lo esté actualmente... A pesar claro, de su lamentable pérdida —mencionó Lidia con aire comprensivo.

—Confieso que yo tengo la culpa. —Lidia le miró curiosa—. Tengo a mi hermana en muy alta estima y ningún hombre me parece lo suficientemente bueno para ella. Cuando amo a una mujer puedo llegar a ser muy posesivo con ella —comentó con un tono cautivador mientras miraba intensamente a Lidia.

La intrusión de la boca de Demian la pilló por sorpresa. Empezó siendo un beso

delicado que acariciaba los labios de la joven, hasta que comenzó a lamer el labio inferior de la señorita Warbouth. Ella, inexperta, llevada por un calor que jamás había sentido, abrió la boca con timidez.

Sus mejillas se volvieron color grana, sus piernas apenas le respondían y su cuerpo experimentaba un calor hormigueante. Si el coronel Hastings no la hubiera sujetado por la cintura se habría caído. Sin quererlo, ese calor que la embriagaba la abandonó de golpe. Cuando abrió los ojos, el coronel aún tenía sus manos en su cintura.

—Señorita Warbouth, no estoy seguro de poder estar mucho más sin usted. —Su voz sonaba tensa y su respiración era agitada.

—Llámame Lidia —susurró, mientras el coronel la conducía de vuelta a la mansión.

Por fin habían atracado en Calcuta. Esa noche era particularmente agradable para estar en medio de una guerra. La luna se mostraba plena. Los hombres iban y venían mientras las mercancías ilícitas se desembarcaban con rapidez y sigilo.

Su contacto no podría reunirse personalmente con él esa noche, pero le advirtió de que alguien iría en su lugar. Jamal despachó a todos sus hombres. Prefería que se dispersaran por todos los recovecos posibles y recabarán información.

Se dirigió raudamente a la posada Jangalee donde los espacios se dividían en dos partes. Por un lado, había banquetas tapizadas y la sala bien iluminada, para que los colonos más ricos bebieran y jugaran. Por el otro, un enjambre de mesas de madera descuidadas que alojaban a borrachos y maleantes de baja cuna.

Las meretrices se pasaban de un habitáculo a otro mostrando sugerentemente sus atributos femeninos. Jamal se dirigió a la barra y le hizo una señal al posadero para que se acercara.

—¿Ya está aquí?

—Sí, le está esperando.

Subió las escaleras que daban a las habitaciones. Se escuchaban gemidos y risas procedentes de las meretrices que atendían a sus clientes. Estar en ese ambiente despertó sin querer la vena lujuriosa de Jamal.

Cuando llegó a la puerta, llamó tres veces dejando intencionadamente un pequeño intervalo entre los golpes. Escuchó unos pasos aproximarse a la puerta y deslizar el pestillo. Al entrar una mujer le estaba esperando. La capa negra que había llevado para ocultarse estaba tirada en una silla y ella estaba deslizando las cortinas para ocultar su presencia cuando ladeó ligeramente la cabeza.

—Jamal... cuanto tiempo sin verte...

—Me alegro de que te haya enviado a ti, Sarah —dijo, sintiendo una punzada en la entrepierna.

—¿Ha habido algún contratiempo? —Se dio la vuelta para dejar que el hombre apreciara sus marcadas curvas.

—No, nada fuera de lo normal. ¿Qué mosca le picó a tu gente cuando permitieron que Bombay intercediera?

—Lo cierto, es que él no quería hacerlo ahora. Pero siempre hemos sacado provecho de las adversidades y volveremos a hacerlo —dijo ella, acercándose de forma sibilina.

—¿Y qué órdenes he de seguir esta vez?

—Por ahora, debes cargar las últimas mercancías en el barco y esperar el momento para zarpar. Hay muchas patrullas y no paran de venir más buques ingleses. —Sacó un pergamino de su escote y se lo entregó. Su mirada no dejó ni un momento los pechos de ella hasta que abrió el pergamino—. Deberás llevar tu barco a las ensenadas de Bakkhali. En el pergamino está el lugar exacto y el resto de las instrucciones. Deberás partir el día 12 de febrero sin tardanza.

—¿Por qué ese día?

—Esa fecha tiene una finalidad, la boda del coronel Demian Hastings —escupió ella.

—¿Boda? ¿Con quién?

—Con la joven heredera de la familia Warbouth. Ese día se celebrará una gran fiesta a causa de la boda y todos los oficiales están invitados. Habrá menos vigilancia también en los muelles.

—Que conveniente... —dijo con una sonrisa.

—Para nosotros lo es. Con la guerra contra los maratha sería demasiado peligroso utilizar métodos convencionales. Ya hemos preparado todo lo necesario.

—Excelente. ¿Tienes algo más que decirme? —dijo Jamal, levantándose del borde de la cama donde se había sentado.

—¿Tienes el frasco? —Cuando lo sacó del bolsillo de la casaca, ella intentó atraparlo, pero la diferencia de altura no se lo permitió.

—Primero el dinero, querida.

—Jamal... —acarició sus hombros anchos y su pecho mientras se mordía el labio—, sabes que hay otras formas de pagar.

—Lo sé, pero yo no acepto ese tipo de pagos. —La asió bruscamente de la muñeca para que dejara de tocarle entre las piernas.

Le lanzó una bolsa tintineante y cogió su capa. Se la puso sobre los hombros, mientras le echaba miradas airadas de odio. Jamal ni siquiera trataba de ocultar lo mucho que le divertía aquello. Estaba dispuesta a salir por la puerta, hasta que unos fuertes brazos la rodearon.

—¿Qué estás haciendo, imbécil?

—Tranquila, Sarah... dije que no aceptaría ese pago... no dije que no fuera a follarte. —Jamal apretó sin pudor el trasero de ella hacia su entrepierna.

—Está esperándome...

—Que espere, no voy a retenerte toda la noche. —Acercó la nariz a su pelo y se

deleitó con su olor a jazmín.

Besó cada centímetro de piel expuesta que encontraba produciendo en ella leves jadeos, que no hacían más que encenderlo. Pasó sus callosas y grandes manos por los pechos de ella aún protegidos por el vestido. De repente, ella acercó la mano a la puerta y cerró el pestillo. Mientras, la otra mano se deshizo de la capa que se había puesto, provocando una sonrisa victoriosa en el hombre que la acariciaba con manos maestras.

—¿Qué pasa Sarah? ¿Estás cachonda? —susurró en su oído.

—No tanto como tú... —Apretó descaradamente la masculinidad de Jamal haciéndole apretar los dientes. Le dio la vuelta bruscamente.

Se deleitaba con la exquisita visión que le mostraba. Curvas bien marcadas, acompañadas de una piel de porcelana, pechos generosos y un cabello sedoso que le caía en cascada sobre el hombro izquierdo. Su rostro exponía unos labios carnosos cincelados de un rojo intenso y sus ojos lo miraban con deseo. Era un cuerpo hecho para el pecado. La empujó hacia la cama mientras se desvestía a toda prisa dejando al descubierto su virilidad dura y palpitante. Se dirigió a ella como un depredador y la cogió violentamente por las caderas dándole la vuelta, dejándola boca abajo.

—Voy a follarte tan fuerte que él va a escuchar tus gritos —dijo, poniéndose detrás de ella.

—Ya veremos si... —Sarah no pudo decir más. El resto de sus pensamientos fueron apagados por sus gritos y los golpes del cabecero.

Walker ya se había acostumbrado a las exigencias laborales del señor Parkins. Era rudo, pero por la noche se emborrachaba de tal manera que los esclavos se podían escapar durante horas. Intentó indagar sobre la posibilidad de escaparse en una de esas borracheras. Aquello era imposible. Por la guerra, las fronteras de la ciudad estaban muy vigiladas.

Le advirtieron que no era el primero que lo intentaba y que cuando Parkins pilló

al último lo azotó con un látigo desollándole la piel hasta el hueso y dejando que se desangrara a la intemperie. Además, los soldados tenían la orden de acribillar a cualquiera que pasara por la frontera sin permiso.

Optó por pasar desapercibido durante el día acatando las órdenes y con la mirada gacha. Visitaba las posadas más lúgubres de la ciudad por las noches. Con un poco de suerte podría conocer a alguien que se ofreciera a llevarle. Pero, ¿qué ofrecería él a cambio?

Tenía pinta de ser un día como cualquier otro. Estaban llevando vigas de madera para construir un dispensario. Se esperaba alojar allí a los heridos que ya empezaban a colapsar el hospital de St. Battler. Incorporó una tabla particularmente pesada en su hombro derecho, siendo ayudado por otros dos esclavos. Avanzaban a trompicones y debía aguantarse el escozor del brazo por el continuo roce de la madera. Pasaron por las calles donde se encontraban las tiendas.

Dos mujeres particularmente hermosas salieron de la tienda de lazos. Una ligeramente más mayor con un cabello castaño con pequeños tirabuzones, con postura altiva y sugerente. La otra en cambio era rubia de ojos verdes, más baja pero esbelta y con una cara angelical.

Ese día el viento era cortante y agresivo y, como resultado de ello, una de las cintas de la cesta salió volando en su dirección. La joven salió corriendo detrás sin darse cuenta del pequeño grupo que Walker encabezaba. Pararon de golpe y la pesada tabla por poco se le escurrió de las manos. Consiguió sujetarla a duras penas y mantenerse en equilibrio justo a un paso de la chica.

Cuando ella se levantó y se dio la vuelta, se percató de lo cerca que estaba aquel muchacho. Se quedó mirándolo fijamente. Se parecía a los nativos de allí, pero sus ojos eran de un intenso color azul, profundo como el mar.

—Lidia, ¿estás bien? —La señora Windfield se precipitó rápidamente hacia ella cogiéndole del brazo.

—Perdóneme, señorita, no la he visto —comentó Walker en tono sumiso.

—No pasa nada.

Walker dio un paso atrás y continuó su camino como si nada. Dejando a las damas a solas. Si no quería que el señor Parkins lo moliera a palos era mejor seguir.

—Unos ojos muy interesantes para un nativo —comentó Lidia, siguiéndolo con la visión.

—Y una perfecta pronunciación y educación —completó la señora Windfield.

Ya habían apuntalado algunas vigas y estaban colocando la última. Usaban cuerdas para levantarla hasta la altura adecuada. Para sorpresa de todos, una de las cuerdas cedió y la viga de madera cayó al suelo con un sonido seco. El grito de uno de los esclavos le sacó de su estupor.

La pierna del esclavo quedó atrapada debajo de la viga y era incapaz de liberarse por su cuenta. Walker saltó de la escalinata donde estaba apostado y se acercó a él. Junto a sus compañeros levantó la viga y la lanzó a un lado.

Observó la herida con detenimiento. Walker se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y realizó un torniquete en la zona del muslo cercana a la ingle. En ese momento, llegó el señor Parkins. Exigió saber lo que había pasado. Cuando se lo explicaron pateó y maldijo a todos los presentes hasta que volvió su visión hacia Walker.

—¿Qué estás haciendo?

—Se ha fracturado el hueso —dijo, mientras cogía una tabla y la colocaba debajo de la pierna—. Le he aplicado un torniquete para detener la hemorragia... esta tabla impedirá que se mueva.

—¡Apártate de una puta vez! —dijo dándole un empujón— ¡Coged a este despojo y llevadlo al hospital! —Parkins le empujó tirándolo al suelo—. Tú no te entrometas. —Rechinó los dientes amarillos de forma amenazante—. ¡Volved al trabajo! —Walker bajó la mirada y obedeció, volviendo a izar la viga sobre sus cabezas.

El trabajo había terminado y los esclavos volvieron a su tienda. Horas después llegaron noticias de Akadjé, el muchacho que sufrió el accidente. Tendría que pasar

varias semanas inmovilizado y los médicos del hospital de St. Battler se encargarían de su rehabilitación.

Walker estaba demasiado cansado para compadecerse y se desplomó en el camastro de paja. Pensó una vez más en la chica que se había topado con él en el paseo. Era muy guapa y su nombre le gustaba sobremanera. «Lidia», se detuvo meditando sobre el verde intenso de sus ojos hasta que se quedó dormido.





HOSPITAL DE ST. BATTLER, 21 DE ENERO DE 1777

Los heridos de la ciudad de Madrás y otras zonas llegaban como una marea continua y apenas les quedaba espacio. Se dio la orden de construir un dispensario provisional para alojar a los enfermos y despejar así los pasillos. Cuando les llegó la noticia de que uno de los esclavos se le había caído una viga de madera encima supo al instante que la obra iba con retraso. «¿En qué ha perdido el tiempo el señor Parkins? Esas obras ya deberían estar hechas». El señor Warbouth estaba indignado.

Tenía la desgracia de conocer al señor Parkins de otros viajes anteriores. Sabía que era un borracho agresivo que trataba a sus empleados como a bestias. Se había granjeado una reputación inmoral y ominosa incluso entre los ingleses más conservadores. El señor Warbouth no compartía esas prácticas, pero en tiempos de guerra, con tantas bajas, se necesitaba toda la mano de obra posible.

Cuando vio al joven africano llegar con la pierna entablillada y el torniquete perfectamente hecho, supo al instante que no había sido Parkins. Sus esbirros eran igual de brutos que él y tenían muchos menos estudios. El trabajo había sido realizado por un profesional cuya destreza no pasó desapercibida a los ojos críticos del señor Warbouth, médico militar con más de veinte años de experiencia a sus espaldas.

Llamó a uno de los cadetes del teniente Farmich y le ordenó que fuera a buscar al

señor Parkins. El muchacho salió raudo y al cabo de una hora volvió con dicho sujeto. Miró con insolencia al señor Warbouth mientras retorció la boca.

—Buenas tardes, señor Parkins. Tome asiento. —El señor Parkins apartó la silla bruscamente y se dejó caer sobre ella.

—¿Qué es lo que quiere, Warbouth?

Parkins no soportaba a Warbouth, al igual que no soportaba a ningún hombre con mayor posición que él. Sin embargo, no era lo bastante estúpido para dejar tirado a un hombre de su reputación. Estaba impaciente por saber que quería y salir de ahí.

—Se trata del chico que tus hombres trajeron al hospital...

—¿Qué pasa? ¿Está cojo? —Su semblante era indiferente.

—Solo necesita reposo para que se le cure la pierna.

—¡Pues que no se piense que se va a librar del trabajo! En cuanto vuelva le enseñaré a dejar caer vigas al suelo —advirtió amenazante.

—No lo haré... Estamos en guerra y necesitamos la mayor ayuda posible. Aquí estamos desbordados y no podemos permitirnos ocupar nuestro tiempo en bajas evitables.

—Cuando una mula de carga se parte una pierna se sacrifica y se cambia por otra para que la sustituya... No le hace falta una cama.

—No estamos hablando de animales...

—¿Usted cree?

Entonces el señor Warbouth se dio cuenta. Por mucho que se esforzaba, para el capataz esos hombres eran herramientas desechables y aunque lo intentara sería imposible aplacar a su humanidad. Ese hombre carecía de ella. Parpadeó y cambió de tema.

—¿Quién le curó la pierna al chico? —La pregunta salió disparada como una flecha.

—¿Eso importa?

—En estos tiempos, con un ejército maratha a nuestras puertas y con tantas personas necesitadas de atención médica, una persona con conocimientos de ese tipo es muy útil. Así que sí, señor Parkins, es importante.

—Se llama Walker, es un esclavo mío. Llegó hace poco. Estaba en la obra cuando ocurrió el accidente. —Terminó diciendo, pasándose la mano por la cabeza.

—Mañana iré a verlo.

—¿Con qué derecho? Es de mi propiedad.

—No se preocupe, señor Parkins. Si ese chico es hábil con la medicina no me importará comprárselo a un precio razonable. —La propuesta hizo callar al señor Parkins.

—Puede venir cuando quiera.

Al día siguiente el señor Warbouth salió presuroso de la mansión de Rampson Hill. No se dirigió al hospital como era su costumbre, sino que decidió irse hacia los campos para conocer al hombre del que le habló el señor Parkins.

Cuando llegó, la estructura del dispensario ya estaba construida y los hombres que allí trabajaban se dedicaban a transportar tablones de madera para construir las paredes. Las condiciones que observó estaban lejos de ser siquiera humanitarias. La mayoría de ellos estaban desnutridos o tenían el cuerpo tapizado de cicatrices. Enfocó la mirada hacia una carpa donde estaban los capataces. Warbouth se fijó que solo uno daba instrucciones y el resto se dedicaba a soltar improperios o a beber descaradamente de un barril adjunto. Respiró hondo y se acercó al grupo.

—Buenos días, caballeros.

—Señor Warbouth, me alegro de que esté aquí —dijo Parkins, estrechándole la mano con falso afecto.

—¿Dónde está el chico?

Señaló una de las paredes del dispensario donde uno de los chicos ponía clavos mientras otro sujetaba la tabla. El señor Parkins lo llamó y le pidió que bajara de una forma que aparentaba cordialidad. El hecho pareció sorprender al muchacho que le miró como si se le hubiera reventado una tripa.

—Walker, este es el señor Warbouth, desea hablar contigo.

—Buenos días, señor Warbouth —comentó Walker, que sentía la inquisitiva mirada del médico militar.

—Parkins me ha dicho que fuiste tú quien practicaste los primeros auxilios a Akadjé. ¿Es cierto?

—Sí, señor. Le apliqué un torniquete para detener la hemorragia y le entablillé la pierna. No confiaba... —se calló, mirando de reojo a Parkins.

—Señor Parkins, ¿puede dejarnos a solas?

—No confiaba en que hicieran lo correcto —completó Walker al verlo partir.

—Mejor dicho, no confiabas en que Parkins siquiera se molestara en entablillarlo.

Hubo un pequeño silencio y el señor Warbouth se quedó mirando fijamente al chico. Walker empezó a sentirse incómodo. Ese hombre le estaba mirando de la misma manera que lo había hecho Bradley.

—¿De dónde eres?

—Soy de Pensilvania, señor. Nací allí —se atrevió a decir.

—Estás lejos de casa. Imagino que no por propia voluntad —sopesó Warbouth ladeando la cabeza—. Tus conocimientos médicos son muy buenos. ¿Dónde aprendiste?

—Mi padre se ocupó de mi educación señor —comentó incómodo.

—¿Cómo se llamaba?

«Arthur Showerd, ese es mi padre. Un colono, un inglés leal a su patria. Yo soy su hijo. Obligado a servir como esclavo a sus camaradas y a soportar sus humillaciones», gritó en su interior. Quería soltárselo a ese inglés remilgado.

«¿Qué pasó la última vez que alguien supo quién eras?», resonó una voz en su interior. No se avergonzaba de ser un Showerd y nunca lo haría, pero ante el temor de que fuera como Bradley guardó silencio.

—Se llamaba Ronald Boulton. —Algo en la mirada del señor Warbouth le hizo ampliar la mentira—. Era médico militar. En alguna ocasión me llevaba al trabajo y me enseñaba cosas básicas.

—Pues te enseñó muy bien.

Le hizo una señal para que lo siguiera hasta la carpa. Cuando quedaron de nuevo frente al capataz, este levantó la cara con una expresión victoriosa en el rostro.

—Señor Parkins, después de hablar con el chico, pienso que sus habilidades médicas están totalmente desaprovechadas aquí. Quiero llevármelo. Será mi ayudante en el hospital de St. Battler.

—Le costará muy caro llevárselo. Es un despojo humano, pero trabaja bien.

—Eso no importa, siempre que él quiera venir. —Eso llamó la atención de Walker—. No es mi costumbre tener esclavos. Creo que cualquier persona dedicada a la medicina debe ejercer su trabajo por voluntad propia. —Parkins soltó una carcajada ante el comentario.

—Él no tiene voz ni voto. Yo se lo vendo, aunque no quiera.

—¿Tú quieres venir conmigo? —dijo Warbouth, ignorando a Parkins. Después de meditarlo, Walker asintió con la cabeza—. Bien. Creo que estará de acuerdo con digamos mil quinientas libras. Es más de lo que esperaba sacar de él.

—Él no es un esclavo normal. —Sonrió descaradamente y mostró su contraoferta—. Tres mil libras o nada.

Ese hombre estaba loco. Cuando lo compraron, le escuchó decir a Parkins que no

había costado ni quinientas libras. No quería ser esclavo de nadie, pero en un hospital podría tener la posibilidad de conocer a alguien que le ayudara. Pero con esa oferta, ese hombre se echaría atrás. Estaba claro que ninguno de los dos sentía estima por el otro y si Warbouth se echaba para atrás, Parkins le daría una paliza. Le había pegado ya por cosas mucho menores y no se imaginaba que podría hacerle si perdía tres mil libras por su culpa.

—Venga al Banco de Shottenger mañana a primera hora.

El señor Warbouth avanzó rápido como un zorro entre las tiendas de los campos con el chico siguiéndole. Walker conocía a Parkins lo suficiente para saber qué haría con las tres mil libras del señor Warbouth. Con un poco de suerte, el alcohol lo mataría.

Lidia estaba nerviosa y expectante. Aún no se hacía a la idea de casarse y de que en apenas unas semanas se convertiría en la señora Hastings. Tenía miedo de unirse a un hombre cruel y mezquino que cortara sus alas. Su prometido había roto todos sus esquemas. No solo era el hombre más guapo que había visto en su vida, sino que tenía unos modales sofisticados y alegres. La trataba como una reina y aprobaba sus ambiciones.

Cada día que pasaba se sentía más enamorada de él y se atrevía a fantasear sobre su futuro juntos. Algunas veces, sin que estuvieran a la vista, él la sujetaba de la nuca y la besaba con pasión, provocando que temblara como una hoja al viento.

La relación con su padre era excelente. Este admiraba la entrega del coronel tanto en su trabajo como con su prometida. Veía en él un hombre fuerte, bueno e íntegro con el que estaría gustoso de emparentarse. Tal y como el señor Warbouth le había expresado hace días.

Por último, estaba la señora Windfield, a la que Lidia admiraba y tenía en muy alta estima. Era una mujer fuerte e inteligente, con una gran fortuna. Su elocuencia y conocimiento del protocolo la hacían popular entre las otras mujeres. Mientras que su belleza y elegancia la hacían ser la favorita entre los varones. Desde su llegada, la había tratado como a una hermana. La presentaba en sociedad y se lisonjaba de

tenerla como cuñada. Reían y pasaban animadas tardes comprando y tomando el té. Ella también alababa sus obras y defendía que todas las mujeres debían tener sus propios objetivos aparte de los de sus maridos.

Todo era idílico en ese pequeño paraíso llamado Rampson Hill y estaba deseando que llegara el día del enlace. Salió con prisa de su cuarto hacia el despacho de su padre para comentarle las últimas novedades. Se chocó con un criado en el salón principal. Levantó la vista asombrada cuando habló.

—¿Qué haces aquí?

Lidia recordó el día en que la señora Windfield la acompañó a comprar cintas. El chico era el mismo. Esos ojos, increíblemente familiares y únicos, eran para ella, muy difíciles de olvidar.

—Mi nombre es Walker Boulton, soy el aprendiz de su padre en el hospital de St. Battler —comentó, ofreciéndole la carpeta que se le había caído.

—¿Aprendiz?

Lidia observó al chico con detenimiento. Llevaba ropa limpia de color blanco como llevaban los voluntarios del hospital. Su pelo oscuro estaba limpio, con una pequeña coleta a la altura de la nuca, y sus ojos azules tan expresivos como los recordaba.

—¿Es usted médico? —continuó.

—No... —expresó en tono jocoso—. Soy bueno con las vendas.

—Querida, te estaba buscando. La señora Duckstow nos invita a su casa... —Se paró en seco al ver al joven—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Walker Boulton, señora. Soy el aprendiz del señor Warbouth.

—Cierto, él me comentó que iba a traer a un ayudante a la casa. Vamos Lidia, tenemos muchos quehaceres. —La acompañó mientras la sujetaba por los hombros hacia el ala oeste de la mansión.

—Walker, ¿ya estás listo? —comentó el señor Warbouth saliendo del despacho. Cuando asintió, añadió—. Antes de ir al hospital deseo hablar contigo.

El señor Warbouth se sentó en el escritorio principal y señaló la silla de enfrente para que Walker tomara asiento. El despacho desprendía un característico olor a brandy y madera. Los muebles de caoba de gran calidad y las estanterías repletas de volúmenes le recordaban al estudio de su difunto padre. Decidió aparcarse los recuerdos para prestar atención a su nuevo amo.

—Quiero dejar claro que no soy partidario de la esclavitud. En situaciones normales jamás habría pagado tres mil libras a Parkins, pero estamos en guerra y dudo que ese hombre permitiera que ayudaras en el hospital sin ninguna retribución económica —aclaró Robert Warbouth.

—Tengo entendido que, a los ayudantes del hospital, se le dan algunos peniques cada día por su labor, podríais haberle dado ese dinero antes de pagar.

—Si ese codicioso estuviese dispuesto a eso te habría llevado al hospital en cuanto vio tus habilidades, pero no lo hizo. ¿Sabes por qué?

—Porque salgo más rentable poniendo vigas que remendando heridas. Además, no creo que le importen mucho los pacientes de St. Battler

—¿Desde luego no le importan! —bufó Warbouth—. A mí, en cambio, si me importan y por ello dejaré que la esclavitud redunde en mi beneficio temporalmente. Pero te ofreceré algo a cambio de tus servicios.

Walker, que había mantenido la cabeza agachada desde que entró, alzó la vista al instante y permitió que su voz subiera de tono con extrema curiosidad.

—¿A qué se refiere?

—A tu libertad. —Notó que Walker se tensaba—. Si te quedas aquí y te conviertes en aprendiz en el hospital de St. Battler, te liberaré una vez termine la guerra. Puedes quedarte los tres peniques que pagan al día en el hospital a los ayudantes. Así tendrás dinero para volver a casa una vez que se firme la paz.

—¿Me está hablando en serio? —Sus manos y sus labios temblaban inseguros.

—He emitido una factura por servicios prestados por valor de tres mil libras que se hará efectiva al finalizar la guerra. —Walker cogió el papel y lo leyó sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. Así, si alguien intenta capturarte de nuevo, sabrán que eres un hombre libre.

Dio las gracias al señor Warbouth de mil maneras. Apretó fuertemente el papel, con el corazón henchido de esperanza. Sería un hombre libre y volvería a casa.

Jamal llevaba más de una semana instalado en el Jangalee, una posada hindú en lo más profundo de los barrios más pobres de la ciudad de Calcuta. Muchos lo consideraban peligroso. Aunque para alguien de su reputación no lo era tanto.

Había disfrutado mucho de la compañía de Sarah. No sentía amor ni nada parecido, pero era fogosa y perversa. Por supuesto, no se fiaba de ella. Demasiado inclinada a la traición y al beneficio cortoplacista. Mientras no se negara a abrirle la cartera y las piernas, no saldría de él una sola queja. No sabía exactamente qué estaba planeando esa arpía libidinosa, pero fuera lo que fuera debía de ser importante para comprarle a Jamal un preparado de arsénico. Esperar a que se celebrara la boda del dichoso coronel Hastings, debía tener algún motivo. Quizá el cargamento fuera mayor esta vez. De cualquier forma, saldría de dudas en unas pocas semanas.

Un ruido de gritos y mesas cayendo le sacó de su letargo y vio una vez más que Oswald se estaba peleando con un grupo de cuatro hombres. Por lo visto, se había acostado con una ramera de la posada y uno de los hombres le reclamaba por ello. Resultó que no era puta, sino su esposa y el resto de los hombres eran familiares suyos.

La mujer, una tal Velvet con caderas anchas y cabello rojo revuelto como la yesca, lo había acusado de violación. Jamal sabía que eso no era cierto. Él mismo la había visto los últimos días pegada a su subordinado.

Hacía varias noches, sin ir más lejos, lo pilló en los pasillos del piso de arriba. Él apoyado en la pared con una botella de ron en la mano y ella de rodillas entre sus piernas. No parecía estar siendo obligada a nada. Oswald era tan estúpido que invitaba a todas las mujeres a beber antes de llevarse a una de las afortunadas a la

cama. Y a esa mujer nunca la había visto sobria.

En los últimos días, Oswald se había encamado con una jovencita rubia de manos suaves y habilidosas. Eso había dejado a Velvet sin nadie que pagara sus copas. Era mayor y no tenía una cara tan bonita como la joven Dolly.

La pelea se estaba caldeando aún más. Cansado de los gritos, Jamal se acercó para intervenir en ella. El señor Arrow y Benito ya estaban ahí, uno razonando con el marido y el otro aplacando la furia de su hermano. Al ver a Jamal levantarse, su guardaespaldas Saeru emergió de las sombras con Zokan a sus espaldas.

Oswald lanzó un insulto hacia uno de los hermanos de la chica que avanzó amenazante siendo interceptado por el señor Arrow. Ese hombre había sacado una navaja y asestó tres golpes al abdomen de su contra maestre. Todo se volvió rojo para Jamal que avanzó como una bala, con los ojos inyectados en sangre y maldiciendo al agresor. Este intentó defenderse y apuñalar a Jamal, pero este fue más rápido. Le arrebató la navaja y, de un rápido revés, le cortó la cara. Los otros dos intentaron meterse, pero Saeru le asestó una patada al que estaba a la derecha de Jamal tirándolo al suelo. Una botella impactó en la cabeza del que estaba a su izquierda. Conner poseía una puntería magistral. Zokan se alzó con su descomunal altura, como un gigante devorador de hombres y el marido de la mujer retrocedió temblando de miedo.

Jamal se precipitó hacia el señor Arrow ignorando todo lo demás. Sus manos estaban bañadas en sangre y lo posicionó en una pared sentado en el suelo con la ayuda de Benito, que se esforzaba en taponar sus heridas.

—Carezco de instrumental. Jamal, tenemos que llevarlo a un hospital —advirtió Benito.

—¡Zokan, cógelos! ¡Vamos a llevarlo al hospital de St. Bartler!

—¡Jamal, no es seguro llevarlo allí! —avisó Conner.

—¡No voy a dejar que se muera!

—Venga, vosotros dos conmigo. He visto un carro de heno detrás de la posada —

les indicó a Zokan y a Benito para que lo siguieran.

—Si ese hombre muere os cogeré a todos y os colgaré de las tripas en la muralla oeste. De ello podéis estar seguros —dijo, lanzando al marido con violencia. Uno de ellos acabó mostrando una mancha oscura en sus pantalones.

—Jamal... yo no pretendía... —comenzó a decir Oswaldó hasta que sintió un fuerte golpe en el abdomen que le dejó sin aliento.

—Lo mismo va para ti, estoy harto de tus líos de faldas. —Lo estampó contra la pared y salió hecho una furia directo a St. Battler.





HOSPITAL DE ST. BATTLER, 24 DE ENERO DE 1777

Hacia ya varios días que ejercía de ayudante bajo las órdenes del señor Warbouth. Era muy exigente, pero Walker había aprendido más con él en dos semanas que en toda su vida por su cuenta. La guerra le ofrecía un laboratorio de prácticas lleno de variedades.

El señor Warbouth era un médico excelente y, después de ver la rapidez y diligencia con la que ejercía su labor en el hospital, la admiración de Walker hacia él se acrecentó aún más. Incluso superando la que sentía después del ventajoso acuerdo al que habían llegado.

Se disponía a recoger todo mientras el señor Warbouth hacía una última ronda por el edificio oeste. El hospital de St. Battler era como una fortaleza en sí misma. Tenía una disposición en forma de cuadrado, de altos muros, formado a su vez por pequeños dispensarios bien diferenciados, unidos por unos pasillos de madera que formaban una intersección en el viejo edificio de St. Battler.

En el sector este se encontraban Healing House y Little Corner. En el primero se alojaban los pacientes que ya estaban fuera de peligro y les quedaba poco para recibir el alta. En el segundo se alojaban las mujeres que estaban enfermas.

Los trabajadores de allí lo llamaban Wonder Corner, debido a que algunas mujeres hacían favores a los trabajadores a cambio de medicinas, por no tener con

qué pagarlas. Walker ya había escuchado algún comentario sobre el pequeño burdel de St. Battler. Ambos estaban unidos por una sala común donde se ubicaba el comedor.

La zona oeste la ocupaban los edificios de Sadness Valley y Dark Hill, donde se ubicaban los pacientes con enfermedades contagiosas y los que estaban con un pie en la tumba, respectivamente. Ambos unidos por una capilla en lugar de un comedor. El señor Warbouth había ido a Dark Hill. Este se encontraba en una pequeña elevación del terreno y había que subir un tramo angosto de escaleras para llegar hasta allí. Él se encontraba en el edificio central cuando unos murmullos procedentes de la calle hicieron que se diera la vuelta. Entró un hombre corpulento y de tez negra con uno blanco más pequeño y de mayor edad en brazos. Traían con ellos una comitiva de cuatro hombres más que corrían apresuradamente hacia el centro de la sala.

—¡Tenemos un herido! —gritó uno de ellos—. ¡Chico, necesitamos ayuda!

—¿Qué ha pasado?

—Le han apuñalado.

Walker observó con detenimiento al pequeño grupo. Tras ver su aspecto y las armas que portaban, se giró al que había hablado en primer lugar. Tras recibir algunas explicaciones sobre lo sucedido contestó tajante.

—No están permitidas las armas en el hospital y desde luego no pueden entrar todos.

—Está bien... —Miró a los demás y ladeó la cabeza. Los hombres empezaron a salir del hospital a excepción del que llevaba al herido.

—¡Sígame! —Walker interceptó a un enfermero en la puerta—. ¡Ve ahora mismo a Dark Hill y trae al señor Warbouth! Tenemos un paciente de urgencia.

Volvió hacia la camilla y vio las tres puñaladas de su abdomen. Sangraba mucho y estaba pálido como el papel. El dolor era tal que ya no estaba consciente, pero tenía pulso. El otro no paraba de ir y venir con paso trémulo, como si no pudiera

asimilar lo que estaba pasando.

—Puede salvarlo, ¿verdad?

—Lo intentaré... ¿Cómo se llama? —Walker advirtió preocupación en su rostro.

—Arrow...

—¿Y usted? —añadió Walker.

—Jamal.

Se paró frente a Walker dando una mirada impaciente. Este volvió su atención al paciente y comenzó a tratar sus heridas.

—No ha sido un robo, ¿verdad? —Miró por un momento a Jamal, cuya mirada se tornó negra.

—Para ti debe serlo.

—¿Qué sucede, Walker?

El señor Warbouth apareció por la puerta. De forma instantánea se remangó y se acercó a la camilla. Una simple mirada a su ayudante bastó para que le pusiera al corriente. Tras unos segundos de observación crítica el semblante de Warbouth se tornó serio.

—Está en una zona problemática.

—¿Ha perforado la arteria? —tanteó Walker.

—Si fuera así, ya estaría muerto, pero hay que darse prisa en cerrarla. Trae el instrumental. —Warbouth se volvió hacia Jamal—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Jamal. El señor Arrow es nuestro compañero. Trabajamos juntos en un barco mercante. —Hizo una señal hacia Zokan antes de volver su atención al médico.

—¿Qué le ha pasado?

—Un robo, señor Warbouth —intervino Walker.

—Necesitamos que nos ayude.

Jamal y Walker obedecieron mientras el señor Warbouth desplegaba toda su experiencia. Hacía mucho calor en la habitación y todos los presentes sudaban con aplomo. Cuando el señor Warbouth terminó, se llevó a Jamal con él. Hablaron durante unos minutos mientras Walker le aplicaba compresas frías y le vendaba las heridas. Warbouth empezó a recoger sus cosas y, tras dar unas últimas indicaciones, salió por la puerta. Walker procedía a seguirlo cuando Jamal le puso una mano sobre el hombro.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me parecía más importante la vida de ese hombre que un trámite burocrático.

—Comenzó a cerrar la puerta cuando escuchó algo que no esperaba.

—Gracias. —La luz del candil y la figura de Jamal se perdieron detrás de la puerta.





RAMPSON HILL, 25 DE ENERO DE 1777

Es aquella mañana estaba rebosante de felicidad. La noche anterior había asistido a una recepción en casa del señor Flanders, un rico hacendado irlandés que se dedicaba al comercio textil. Su esposa era una hermosa belleza nativa de la India. Vestía sedas típicas de colores dorados y rojos. Lidia sintió deseos de probarse un traje similar al que llevaba. La moda india parecía mucho más cómoda que la inglesa. Era de modales refinados, muy alegre y vivaracha. Con una amplia sonrisa que mostraba unos dientes algo más grandes que las otras damas. Delgada y ágil, se abría paso entre los invitados para interceptar a Lidia cada vez que la veía. Sabía inglés, pero cuando hablaba no podía disimular sus orígenes.

Había acudido en compañía de su prometido. Demian había presentado a Lidia como su futura esposa y concretó con muchos de los invitados su deseo de que lo acompañaran el día de su boda. Tuvo la ocasión de conocer al gobernador general de la Compañía Británica de las Indias Orientales, Warren Hastings, que compartía parentesco con Demian y Petra. Era un hombre encantador, de porte aristocrático y ojos claros. Al verla, la saludó con regocijo y alegría.

—Es un placer conocer a la mujer que por fin le ha echado el guante a mi sobrino —comentó con algarabía—. Pensaba que nunca se iba a casar.

Su esposa Marian no tardó en darles también la enhorabuena. Era una mujer alemana de talante muy dulce y refinado. Se ganó su admiración y simpatía con la

misma rapidez que le pasó con Petra. A medida que avanzaba la velada, Lidia disfrutó de las atenciones de Demian y de sus familiares. Mientras, recibía las miradas envidiosas de algunas damas, que según la señora Windfield, estaban enamoradas de su hermano.

En uno de los tramos del jardín pudo pasear junto a Warren Hastings. Se sorprendió al percatarse que el gobernador conocía bien el idioma de los nativos, algo poco común entre los demás ingleses. Después de preguntarle sobre algunos pilares básicos de la cultura india, se interesó por la vida de su futuro marido y su hermana.

—Demian y Petra son los hijos de mi difunto hermano William. Nacieron en Londres, pero, por desgracia, quedaron huérfanos. A los diecisiete años Demian se unió a nuestro ejército y nuestra relación se afianzó. Petra le acompañó a la India para casarse. Con ella no tengo mucha relación —confesó Warren—. Cuando nació yo no estaba en el país y según el doctor de la familia, su salud era tan delicada que nunca salía de casa. Cuando la vi ya era toda una mujer.

—Cuyo matrimonio no duró mucho... —comentó Lidia.

—Por desgracia... Windfield era un hombre patriótico y me consta que la adoraba. Es cierto que era bastante más mayor, pero aun así... —Miró a Petra que iba del brazo de Demian.

—¿Cómo murió el señor Windfield?

—Su salud fue empeorando poco a poco hasta que murió. Quizá hubiera sobrevivido de haber estado en Inglaterra. Aunque nadie habla de eso, fue muy doloroso para la familia.

Volvieron al salón para enfrascarse en distracciones mundanas y deliciosos manjares hasta bien entrada la noche. Todos iban en el carruaje comentando la noche a excepción del señor Warbouth, que no había asistido. Sus labores en el hospital lo dejaban tan exhausto como para reparar en semejantes reuniones. Compartieron una copa de oporto antes de que la pareja se dirigiera a los pasillos del segundo piso donde se disponían las habitaciones.

—Estás preciosa esta noche, Lidia.

Antes de que pudiera contestar, sintió la intrusión de la boca de Demian. Colocó sus manos en el talle de Lidia y la apretó contra él. Lidia se sintió bañada del calor de Demian mientras sus manos expertas se deslizaban por el corsé. Ella, empujada por el deseo, rodeó su cuello con los brazos acercándole aún más. Una presión en el bajo vientre de Lidia provocó un jadeo, al que Demian contestó tensándose.

—¡Demian! ¿Se puede saber qué haces?

La señora Windfield se acercó a ellos pisoteando la alfombra. Tenía el ceño fruncido y no tardó en cruzar los brazos mirando a su hermano. Lidia emitió una disculpa a medias, pero Petra solo fijaba su atención en su prometido.

—Esto es indecoroso, Demian ¡Todavía no estáis casados!

—Tienes razón. Tengo que controlar mis impulsos —dijo, mirando fijamente a Petra—. Siento haberte faltado así, Lidia. Buenas noches.

Demian se alejó de las damas sin echar un vistazo atrás y bajó las escaleras rumbo al vestíbulo. Lidia volvió a intentar disculparse una vez más, pero Petra se limitó a mirarla con reproche.

—Una dama no se comporta así —sentenció—. Esperad a estar casados.

Petra desapareció por el pasillo tan rápido como su hermano. Al día siguiente, Lidia se sentía avergonzada y no sabía cómo interactuar con Petra. Adivinando sus pensamientos le respondió con una sonrisa y le pidió zanjar el tema. Volvió a ser la anfitriona atenta de siempre.

Lidia iba con constancia al despacho. En él encontraba a Walker con frecuencia. Ese muchacho al que su padre había convertido en aprendiz. Habían compartido alguna que otra conversación sobre su país natal. Se dio cuenta que era un chico instruido, de buen corazón y con una actitud muy respetuosa hacia todos los habitantes de Rampson Hill. Su padre hablaba maravillas de él. Ese día incluso comió con ellos.

—El otro día, Walker asistió a un hombre al que habían apuñalado —alabó

Warbouth—, hizo un trabajo excelente antes de que yo llegara. De haberme esperado no habiéramos podido salvarlo.

—Solo le curé dos de las puñaladas, la tercera fue gracias a su intervención —añadió con modestia.

—Algunos hombres palidecen al ver la sangre —comentó Demian mientras bebía.

—No es mi caso, señor Hastings. He visto cosas peores.

Hastings miró a Walker con detenimiento para luego volver su atención a su prometida. Esa tarde los tres hombres salieron. Hastings hacia el fuerte William y el señor Warbouth y Walker hacia el hospital.

Lidia y Petra se quedaron solas una vez más. La señora Windfield estaba sentada en un sillón tapizado con sedas color ocre mientras bordaba una mantilla de flores rojas. El silencio las abrumaba y las manillas del reloj de pared avanzaban sin pausa. Habían hablado sobre algunas trivialidades, pero nada que monopolizara su conversación.

—¿Qué te parece ese chico? —preguntó Petra.

Al percatarse de quien hablaba, Lidia respondió.

—Me cae bien. Es amable, educado y respetuoso.

—Guapo también, para ser un esclavo —añadió Petra.

—¿Esclavo?

—Demian me ha dicho que era esclavo de Parkins y que tu padre lo compró. Por una cantidad inusitada y sorprendente. —Lidia se enfrentó a Petra esperando que continuara—. Tres mil libras.

Lidia se levantó del sillón. La labor que tenía sobre sus rodillas cayó al suelo. Los ojos ambarinos escudriñaron su mirada incrédula. Petra finalmente exhaló antes de forzar una sonrisa.

—Estás tan sorprendida como yo. A Demian no le sentó bien cuando se enteró. Cree que Parkins ha estafado a tu padre.

—Mi padre no es un esclavista. Es imposible que se haya prestado a un negocio como ese y menos por esa cantidad.

—Se lo comunicaron a Demian. Por lo visto, Parkins fue a un conocido burdel de la ciudad a divertirse. Les dijo quien le había dado el dinero y empezó a invitar a la gente —comentó, al tiempo que cruzaba las piernas con elegancia.

—¿Por eso Demian es así con él?

Lidia se había percatado de la manera que Demian trataba a Walker. Le miraba con una expresión agría cada vez que se lo cruzaba. Cuando veía al mestizo hablar con ella interrumpía sus conversaciones y casi nunca le dirigía la palabra. En ocasiones no tenía más remedio que hacerlo, pero su tono era tirante y su disposición reservada.

—Demian cree que ese chico se aprovechó de tu padre. —Lidia guardó silencio mientras Petra se acercaba—. El señor Warbouth es médico. Siente debilidad por la vida humana. Ese Walker es demasiado amable, servicial y perfecto. Demian teme que sea un arribista.

Lidia había tratado a Walker el tiempo suficiente para concederle el beneficio de la duda. Unas consideraciones que expresó a Petra. Esta se limitó a contestar.

—Desde luego ha salido ganando en todos los aspectos. Goza de privilegios con los que otros solo sueñan y tu padre lo trata con demasiada deferencia. Más parece un invitado, que un esclavo. —Hizo una pausa y continuó— Demian no quiere que te acerques a él. Teme que intente hacerte algo.

Acarició su mejilla con suavidad y la obsequió con una sonrisa. Petra siguió esgrimiendo argumentos a su favor. Le expresó su propia preocupación y, como hermana suya, le pidió que no confiara mucho en él.

—No te preocupes. No permitiré que se burle de nosotros.



HOSPITAL DE ST. BATTLER, 28 DE ENERO DE 1777

Habían estado especialmente ocupados con la partida de heridos que había llegado de Madrás. En su mayoría eran civiles que se habían interpuesto en el fuego cruzado. Aldeanos que habían escapado al saqueo y la masacre. El hospital había recibido muchos voluntarios, pero parecían no ser suficientes. Siempre llegaban más, aunque era más por los peniques que daban que por la inclinación altruista de ayudar.

Debido al conflicto los víveres escaseaban y la Compañía Británica de las Indias Orientales daba prioridad a abastecer a los ejércitos antes que a la gente de la aldea. Se compraban alimentos a otras islas en las rutas de las especias, pero los corsarios de otras potencias interceptaban las cargas y las tiraban al mar. La alta demanda y la escasez de víveres pronto provocó una subida de los precios. Las verduras y las frutas eran excesivamente caras y empezaron a aumentar las víctimas por escorbuto. En el comedor del hospital se podía hallar comida, pero solo para aquellos que pudieran pagarla. Los intentos de robos y los saqueos a almacenes iban en aumento y los casos de puñaladas empezaron a ser cada vez más frecuentes. Igualmente, Walker no podía quejarse.

Su trabajo no era tan pesado como lo había sido con Parkins y siendo ayudante de Warbouth no tenía problemas alimenticios. Vivía en una casa muy confortable e incluso le dejaban leer libros de la biblioteca.

La mente de Walker comenzó a divagar sobre cierta dama de ojos verdes, Lidia Warbouth. Siempre le pareció linda pero cuando empezó a hablar con ella se dio cuenta de que también era una joven amable y curiosa. Le preguntaba muchas cosas sobre su país natal. No podía negar que era atractiva. Alguna vez le saltó a la mente algún pensamiento sobre la perfecta comisura de sus labios, pero la desechaba al instante. Walker sabía cuál era su lugar. Era un empleado del señor Warbouth y no traicionaría la confianza de su maestro ni pondría en peligro el trato que habían concretado. Mucho menos con una mujer prometida y tan enamorada de su novio. Lidia siempre se había mostrado respetuosa y amable con él, pero nunca le había dado pie a que pudiera haber algo más. Así que, compartían una jovial amistad.

En cambio, con Hastings la relación no era tan buena. Desde que llegó a la casa y se percató de su presencia, le dirigía una mirada fulminante y colocaba un brazo posesivo sobre el hombro de Lidia cuando la veía conversando con él. Cuando le hablaba usaba un tono tajante y hosco. La señora Windfield no era tan evidente como su hermano y cuando la ocasión lo requería hablaba con él con cortesía, pero sabía que no le inspiraba ni una pizca de afabilidad. Lo demostraba en las miradas desdeñosas rebosantes de desconfianza que no dejaban paso a la duda. Era evidente que ninguno de los dos le querían tan cerca de la familia.

Incluso corrían rumores de que Parkins y Walker habían engañado al señor Warbouth para que desembolsara las tres mil libras que había pagado por él. En el hospital los demás empleados y algunos pacientes empezaron a mirarle como si fuera un estafador.

Cansado de la presión, se lo comentó al señor Warbouth en su estudio, pero él no le dio importancia al asunto. Después se sirvió un coñac, dándole otra copa a Walker. Cuando el líquido calentó su garganta, el señor Warbouth soltó una pequeña risotada.

—La guerra mata el sentido del humor. ¿Quiénes somos nosotros para quitarles su único pasatiempo?

Entre los dos esa conversación no había vuelto a aparecer a pesar de los continuos susurros que Walker escuchaba en St. Battler o incluso entre los sirvientes de Rampson Hill. Continuó por los pasillos hasta que se paró en la habitación donde

continuaba el señor Arrow. Jamal seguía allí pero no fue su presencia lo que llamó su atención. Al lado de la cama había un niño que rebotaba de un lado a otro, desbordando alegría, mientras el señor Arrow sonreía con resignación. Como si le hubiera sentido en la puerta, Jamal salió de la habitación cerrando tras de sí.

—¡Si es Walker Boulton! No sabía que eras famoso.

—No entiendo porque debería serlo.

—¿Un esclavo por el que pagan tres mil libras? Ni en los mejores burdeles del mundo me he gastado yo eso.

Walker frunció el ceño ante la comparativa y se limitó a buscar un tema de conversación que no tuviera nada que ver con él.

—¿Quién es ese niño?

—Se llama Bu. Es el grumete del barco donde trabajamos. Le tiene mucho aprecio al viejo e insistió en acompañarme.

—No creo que al señor Arrow le quede mucho tiempo aquí. Mañana le haremos una última revisión y dejaremos que se marche si está en condiciones. Necesitamos las camas.

—Me alegro de oírlo. Somos marineros. No podemos estar parados mucho más tiempo.

Walker tenía la intención de aprovechar el silencio para abandonar la conversación. Había mucho trabajo que hacer y, según qué médico, le regañarían si lo veían perdiendo el tiempo. Iba a marcharse cuando la voz ronca de Jamal le hizo volverse.

—No te he agradecido como debo el favor que me hiciste.

—Hice mi trabajo nada más.

—No, ambos lo sabemos. Si hubieras transmitido tus dudas a tus superiores, habrían metido a Arrow en una celda en lugar de una camilla.

—Allí no habría recibido cuidados. No difieren mucho de las condiciones esclavistas.

—Lo sé. Aun así, mentiste y te lo agradezco. Le salvaste la vida.

—¿Tanto aprecias a ese hombre? —La expresión de Walker se volvió especulativa.

—Ha sido un padre para mí —confesó tajante. Se acercó a él con tranquilidad y miró a su alrededor como si fuera a compartirle un gran secreto—. Si en algún momento necesitas algo, cuenta conmigo. —Extendió su mano hacia él.

—No hará falta —dijo, estrechando su mano de todas formas.

Su trato quedó sellado y con las mismas volvió al interior de la habitación. Walker miró la puerta hasta que la voz de uno de los médicos lo sacó del estupor. Sin más preámbulos volvió al trabajo. Siguió pensando durante toda la tarde por qué diablos ese hombre tenía una expresión tan segura en su rostro.

El señor Warbouth le había recomendado varios libros de la biblioteca de Rampson Hill. Todas las noches al llegar a la casa se ponía en un pequeño escritorio de madera con un libro de medicina. Devoraba cada página con avidez y ansiedad, como un hombre que bebe agua en un desierto. Tan absorto estaba en su lectura que no se percató de la presencia de otra persona hasta que la luz de una vela le iluminó el rostro. Frente a él, estaba la señorita Warbouth con un semblante que difería mucho de su habitual amabilidad.

—Buenas noches. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¿Qué haces a estas horas?

—Estoy leyendo. El señor Warbouth me dio permiso para consultar algunos libros.

—Tienes mucho descaro, sigues abusando de la amabilidad de mi padre después de timarlo. —Los ojos de Lidia se tornaban como esmeraldas encendidas en la oscuridad.

Walker no pudo ocultar la expresión de sorpresa en su rostro. Aunque en el fondo

sabía lo que Lidia iba a recriminarle, le pidió que se explicara.

—Tú y el señor Parkins habéis timado a mi padre. —La vela se tambaleó en su mano al apretar el candelero.

—Señorita Warbouth, yo no recibí nada de ese dinero...

—Tú saliste mejor parado: una habitación en Rampson Hill, una carrera de medicina, ropa limpia y sustento suficiente. —Emuló las palabras de la señora Windfield.

—Fue su padre quien me adquirió del señor Parkins. Ellos llegaron a un acuerdo.

Todos conocían la fama del señor Parkins. Era un hombre abominable y cualquiera que hiciera tratos con él quedaba inmediatamente señalado como alguien sin escrúpulos. Lidia se enfureció ante lo que aquello significaba.

—Mi padre no es un esclavista.

—Eso lo sé muy bien. Su padre es un buen hombre.

—Un buen hombre del que no duda en aprovecharse.

—Yo no me he aprovechado de nadie, señorita Warbouth, y puedo demostrárselo.

Introdujo su mano en uno de los bolsillos de la levita. Sacó un papel y se lo entregó. La expresión de Lidia pasó de enojo a incredulidad y sorpresa. Acercó más la vela para leer con detenimiento. La firma de su padre permanecía imperturbable cerca de la de Walker y una cuantiosa cifra imponía su presencia con letras francas. Lidia levantó su vista para ver que Walker mantenía el rostro fruncido.

—Su padre y yo tenemos un contrato. Mi trabajo en el hospital a cambio de tres mil libras. Exactamente la cantidad que pagó por mí. —Volvió a guardar el papel con recelo.

—¿Entonces es usted empleado de mi padre?

—Solo mientras dure la guerra.



RAMPSON HILL, 30 DE ENERO DE 1777

Después de la conversación con Walker, Lidia se sentía avergonzada. Reflexionaba sobre la manera tan poco sutil y respetuosa con que se había expresado con el empleado de su padre.

Ella no era una mujer mezquina que mirase con desprecio a las personas solo por los rumores que desperdigaban de ellas. Había sucumbido a sus impulsos y le había acusado abiertamente. Había intentado disculparse, pero Walker había salido del estudio a tal velocidad que cuando fue consciente de su error, la habitación rebosaba con su ausencia. Los libros que leía permanecían aún abiertos. Sus letras parecían mecerse con las llamas del candil.

Lidia había cerrado el libro y leído el título. Intervenciones quirúrgicas avanzadas durante la guerra, de Richard Devenger. Después había mirado al candil y se había dado cuenta de que la vela estaba prácticamente consumida. Lidia se había mordido el labio recordando todo lo que le contaba su padre referente al hospital de St. Battler. Se iba a primera hora de la mañana y volvía después del anochecer. Andaba con trajín por todos los dispensarios y se ocupaba del papeleo para controlar el alta y los ingresos de los pacientes. Cuando llegaba a casa seguía trabajando hasta altas horas de la noche. Todo se resumía en mucho trabajo y poco personal para realizarlo. A pesar de ser un ayudante, Walker cargaba con las mismas obligaciones que el señor Warbouth.

Los remordimientos apresaron a Lidia cuando cayó en la cuenta de que Walker se metía todos los días en el estudio y se tiraba dentro las mismas horas que su padre. Incluso con su cansancio, no perdonaba un solo día de estudio. Llegó a la conclusión de que un hombre tan diligente como él no podía ser parte de un acto tan infame, ¿Cómo había podido ponerlo al mismo nivel que al señor Parkins?

Queriendo enmendar su error lo buscó al día siguiente, pero no lo encontró. Supuso que se había marchado al hospital, así que respiró hondo y se resignó a aplazar su disculpa. Estaba muy ocupada con los preparativos de la boda y solo por las noches encontraba tiempo suficiente para ella. Había bajado al estudio con la esperanza de encontrarlo. El despacho siempre estaba vacío. Con la certeza de que Walker estaría en su cuarto y siendo consciente de lo inapropiado que sería buscarlo, regresaba con conformidad a su cuarto.

Se sentía como si arrastrara un enorme saco de culpa y después de unos días se decidió a madrugar para interceptarlo antes de que se marchara al hospital. Cuando se dirigió al comedor vio a su padre. Estaba a punto de salir y Walker estaba al final del paseo esperándole. Él la miró de soslayo y continuó su camino sin hacer amago ni gesto alguno. Pasaron las horas y se sentó frente a la señora Windfield mientras su doncella le servía una taza de té. Observó el humeante líquido hasta que escucho la voz de su anfitriona.

—¿Te sucede algo? Te veo distraída.

Lidia se limitó a decirle que no se encontraba bien. Petra, imaginando que tendría alguna dolencia, miró de manera inquisitiva a la doncella. Esta se acercó al instante y, cuando estuvo lo bastante cerca, volvió a preguntar con énfasis qué le dolía. Estaba decidida a solicitar las medicinas necesarias.

—No creo que ninguna infusión pueda quitarme este pesar —bajó la mirada—, me siento culpable por algo que he hecho.

—Lidia, por favor, eres la muchacha más dulce y bondadosa que he conocido —dijo dejando escapar una pequeña risotada—. ¿Qué podrías haber hecho?

Lidia miró a la señora Windfield. Esa tarde llevaba un vestido verde de seda con detalles en hilo dorado a juego con los alfileres que llevaba en el cabello recogido.

Sus ojos ambarinos brillaban como oro bruñido mientras colocaba una pierna sobre otra, realizando su esbelta figura. Al final cedió y le contó todo lo acontecido en el estudio. El semblante de la señora Windfield era imperturbable. Cuando le describió la factura que había nombrado, se levantó con angustiosa lentitud y se sentó en el mismo sillón que ella.

—Querida Lidia, debo advertirte. Aléjate de Walker Boulton. —Antes de que Lidia objetara continuó—. Me temo que ese chico no es una persona respetable y después de saber la existencia de esa factura, queda demostrado.

Totalmente confusa e incapaz de comprender en que se basaba el razonamiento de Petra para dilapidar la dignidad del señor Boulton, le pidió que se explicara.

—¿Cobraría una persona respetable a dos pagadores distintos por el mismo trabajo? —formuló la señora Windfield—. ¿No sabes que ese chico está cobrando su trabajo en el hospital cuando tu padre le ha emitido una factura de tres mil libras, por esos mismos servicios?

—No puede ser... —susurró desconcertada.

—Lo es, querida hermana, Demian ha visitado el hospital y ha averiguado que Walker también exige los tres peniques diarios que dan a los voluntarios. No le basta con las tres mil libras que tu padre ha entregado por adelantado y con sus privilegios en Rampson Hill. Aprovecha la situación para sacar más dinero, que podía llevarse alguien más necesitado.

La cabeza de Lidia daba vueltas. Walker no le había dicho nada sobre los peniques que le daban del hospital. Se había ido airado dejándola con la palabra en la boca.

—¿Estás segura de lo que dices? Él me dijo que Parkins se había quedado con el dinero.

—Mi dulce Lidia, ¿de verdad te lo crees? Eso es lo que él dice, no hay garantías de que sea verdad.

—Mi padre jamás tendría como ayudante a un hombre así, aunque fuera muy bueno en su trabajo.

—El señor Warbouth es un hombre íntegro, con el deseo ferviente de salvar vidas —añadió, con una pasión tan acalorada que Lidia sintió acrecentarse su estima por ella—. Eso le hace susceptible a los engaños. Y el señor Parkins ha demostrado ser demasiado estúpido para llevar a cabo semejante plan.

Asolada por las dudas Lidia exigió saber más. Si aquella mujer tan inteligente decía aquellas cosas, sin duda sabía mucho más de lo que podía saber ella.

—Demian no quiere que te diga nada. Él cree que Boulton y Parkins se confabularon para hacer creer al señor Warbouth que era un esclavo y apelar a su humanidad para que lo contratara en el hospital.

—¿Tú crees?

—Mi hermano ha averiguado que los conocimientos de Walker ya eran avanzados antes de venir a Rampson Hill. Un simple esclavo nunca podría acceder a una educación tan esmerada. Walker Boulton no es quién dice ser —argumentó con solemnidad.

—Entonces, ¿quién diablos es ese chico?

—Aún no lo sabemos. Pero lo que puedo asegurarte es que ese chico ha mentido sobre su identidad. Es probable que se hiciera pasar por esclavo para engañar a tu padre. Estamos en guerra. Un médico bien preparado es un recurso muy valioso y Walker Boulton lo sabe.

La mente de Lidia comenzó a martillar con fuerza. Si aquello era cierto, Walker Boulton era un impostor y un auténtico canalla que se estaba aprovechando de la buena voluntad de su padre. La señora Windfield le soltó las manos. Sus ojos parecían llamas de color verde y los nudillos se volvieron blancos mientras apretaba con fuerza sus faldas.

—Tenemos que echar de aquí a ese monstruo desalmado —escupió Lidia asqueada.

—Debes tranquilizarte, Lidia. Walker no es un timador tan descarado como Parkins. Es taimado, retorcido y muy inteligente. Ha sabido engatusar muy bien a

tu padre.

—¡Debemos avisarle! No voy a permitir que se ría de él.

—Demian dice que debemos actuar con naturalidad como si no supiéramos sus intenciones, pero sin quitarle la vista de encima. A fin de cuentas, es médico. Por ahora nos es útil.

Lidia pensó en el vencimiento de aquella factura. Walker le dejó claro que su trato con su padre solo duraría mientras estuvieran en guerra. Ese era el límite de su farsa.

—Mi hermano se ocupará de todo y hablaré con el servicio para que lo vigilen —concluyó la señora Windfield. Cruzó la habitación hacia la puerta.

—¿Qué debo hacer yo?

—Debes seguir con los preparativos de la boda. Y debes pedirle disculpas como era tu intención. —Lidia se tensó ante la propuesta—. No podemos permitir que sospeche.

Ese mismo día, Lidia estaba tomando una copa de oporto en el salón. Miraba por la ventana distraída hasta que cierto personaje apareció en su visión. No pudo evitar apretar la copa sintiendo que la ira volvía a dominarla. Hasta que alguien se la quitó de la mano.

—¿Estás bien, hija? Por un momento pensé que ibas a romper la copa. —Soltó una carcajada.

—Estoy inquieta por mi boda. Creo que daré un paseo por el jardín para que me dé el aire.

—Muy bien, hija. Yo me voy a dormir. Buenas noches. —Depositó un beso en su frente antes de irse.

Walker estaba perdido en sus pensamientos. La acusación de la señorita Warbouth sobre su implicación en la estafa de Parkins, le había hecho enfurecer. Tuvo que

echar mano de todo su sentido común para marcharse de allí sin discutir con ella.

Estaba viviendo en Rampson Hill y, aunque no era el ser ambicioso y tunante del que le tildaban, debía reconocer que gozaba de una excelente calidad de vida. Cualquiera que le viera desde fuera pensaría que era un arribista y razón tendría de pensarlo.

Aunque la estancia en Rampson Hill fuera confortable, solo la familia Warbouth lo trataba bien. Los demás lo miraban como a un insecto. Ahora solo le quedaba el señor Warbouth y la doncella de Lidia. Ellos hacían que su estancia fuera agradable. Había llegado a quererlos de una manera que jamás había imaginado. La recriminación de Lidia aún le dolía. No se sentía orgulloso de ignorarla. Eso no era propio de un caballero y si su padre viviera, ya le hubiera recriminado ese comportamiento.

Otro acontecimiento asaltó su mente. Se trataba de Jamal. Durante su último día en St. Battler tuvo la oportunidad de observar la forma en la que hablaba y trataba a Arrow. Destilaba una confianza y devoción muy íntima y personal. Le parecía extrañamente parecida a lo que él sentía hacia el señor Warbouth. Bu era muy alegre. Hacía reír a Arrow de una manera, que pensó que se le abrirían las heridas. Le recordaba mucho a Elías y no podía evitar acariciarle la cabeza cuando se acercaba a preguntarle por su salud. Cuando le dieron el alta, Jamal le dijo donde se estaba hospedando.

—Si cambias de opinión, búscame.

No esperó respuesta. Se fue y solo Bu se dio la vuelta para despedirse desde lejos. No tenía intención de mezclarse con Jamal. Prefería arriesgarse con el señor Warbouth. De todas formas, ese hombre embarcaría dentro de poco. La guerra no acabaría antes de eso.

—Debe tener muchas cosas en la cabeza.

Walker se volvió sobresaltado hacia Lidia. Portaba un vestido azul de seda con muselina blanca. Su cabello dorado estaba recogido por una diadema similar al vestido. Walker tragó saliva intentando calmarse.

—Quería hablar con usted aprovechando que está aquí solo. —Walker asintió—. No debí hablarle así en el estudio. Desconocía el trato que tenía con mi padre. Me precipité y le pido disculpas.

A pesar de sus palabras, Walker podía notar la sequedad de su disculpa. La encontró muy parecida a la manera en que la señora Windfield se dirigía a él. Prefirió no darle importancia.

—Acepto sus disculpas. Y acepte usted las mías si algo en mi conducta la ha ofendido. ¿Quiere pasear un rato?

—No. Ya he hecho todo lo que he venido a hacer. Estoy nerviosa por mi boda con el coronel Hastings y me encuentro demasiado exhausta para caminar.

Al igual que había hecho Jamal, Lidia no esperó respuesta alguna. Abandonó el jardín con paso ligero dejando a Walker perplejo.





HOSPITAL DE ST. BATTLER, 3 DE FEBRERO DE 1777

La rutina del hospital era una vía excelente para olvidarse de la tensión reinante en Rampson Hill. Desde su conversación con Lidia no había vuelto hablar con ella. Antes ella iba a buscarlo, pero ahora lo evitaba. Alguna vez la sorprendía dirigiéndole una mirada despectiva. Walker se mantenía alejado de la mayoría de los residentes.

Tan solo la joven Eren le trataba con amabilidad. Era delgada, con el pelo liso y castaño recogido en un moño de encaje y ojos color avellana. Siempre como una extensión de Lidia, coincidía con ella solo por las noches, cuando iba a cenar a las cocinas. Ella siempre estaba allí. Walker prefería su compañía a la del resto de residentes, a excepción del señor Warbouth.

En los últimos dos días había oído rumores aún más escandalosos sobre el trato entre el señor Parkins y Warbouth. Rumores que le señalaban a él como el principal partícipe. El señor Warbouth, como uno de los más altos cargos del hospital, prohibió cualquier chismorreó durante las horas de trabajo y ordenó a Walker que desoyera cualquier comentario al respecto. Había sugerido enseñar públicamente esa factura en el hospital, pero Robert Warbouth se negó.

—Ese contrato solo nos concierne a los dos. Si lo haces público no podrás cobrar los peniques del hospital y no tendrás dinero para el pasaje de vuelta —le comentó esa misma mañana—. Cuando haya otro escándalo, se olvidarán de ti.

Se recordaba una y otra vez que debía ser fuerte y no meterse en líos si quería volver a casa. La imagen de su hogar y su familia renovaban sus esperanzas.

Interrumpió sus pensamientos para poner su atención al final del pasillo, donde se escuchaba un gran revuelo. El acaudalado coronel Demian S. Hastings estaba allí con su traje militar, acompañado del brazo de su futura señora, Lidia Warbouth. Ella iba ataviada con un vestido color marfil de seda y guantes de encaje blanco, con el cabello recogido y una sonrisa radiante. Sintió que el corazón le pegaba un vuelco. Tras saludar a los oficiales sanitarios de la antesala, se pararon frente a él y le miraron con soberbia. Parecían dos estatuas de mármol, imponentes y majestuosas, con rasgos casi divinos.

—Buenas tardes, señor Boulton —comentó Demian.

A pesar de sus formas, Walker les saludó con infinita cortesía. Aunque él no tuviera nada que ver con Parkins y sus mañas, no podía olvidar que vivía en Rampson Hill, así que se tragó su bilis y les preguntó en qué podía ayudarles.

—Hemos venido a ver a mi padre —intervino Lidia—. ¿Dónde se encuentra?

—En su despacho, arreglando unos papeles de las altas nuevas. Al final de ese pasillo a la derecha.

Lidia hizo amago de recorrer el camino, pero Demian permanecía en el sitio como si lo hubieran clavado al suelo. Cuando ella intentó tentarle a moverse la miró con una sonrisa.

—Continúa, querida. Me gustaría intercambiar unas palabras con el señor Boulton.

Lidia se alejó de los dos hombres, no sin antes besar la mejilla de su prometido y lanzar una mirada indiferente a Walker.

—¿En qué puedo ayudarle, coronel Hastings?

Hastings era más alto que Walker. Tuvo que inclinar la cabeza para mirarlo. Ojos azules como el mar profundo y otros del color del cielo se enfrentaban como una tormenta en el mar.

—Ahórrate tus buenos modales. Puedes engañar al señor Warbouth, pero no a mí —dijo tajante.

—No sé de qué me habla...

—Has mentido sobre tu identidad.

—¿En que se basa para decir eso?

—No eres un esclavo común, Walker. Un esclavo convencional no tiene acceso a la educación que tienes tú. —Le miró de arriba abajo—. Y las circunstancias de tu adquisición son extrañas.

Walker indagó un poco más disimulando su enfado. Estaba cansado de ser objeto de los ataques de la mayoría de la sociedad de Calcuta. El respeto que sentía hacia el señor Warbouth le permitió serenarse.

—Tres mil libras es mucho dinero, incluso para un médico. ¿No tienes suficiente con vivir gratis en Rampson Hill?

—Si quiere dinero por la habitación estoy dispuesto a dárselo.

—Vivir en Rampson Hill cuesta más de tres peniques —comentó con humor— y la factura es solo un modo de justificar el trato de Warbouth y Parkins. —Ante la sorpresa de Walker, Demian continuó—. No existen secretos entre nosotros. Si yo dijera esto a los otros responsables del hospital se te quitaría el pago de tres peniques.

—No existen pruebas de mi implicación en ese trato —se defendió Walker.

—Tampoco existen pruebas de tu ignorancia y si quieres seguir fingiendo no te detendré. Imagino que Warbouth prescindirá de ti cuando acabe la guerra, pero de lo que estoy seguro es que te irás antes de Rampson Hill.

—La señora Windfield puede echarme de su casa cuando lo desee.

Walker vio por una fracción de segundo la ira en los ojos de Demian. Para nadie era un secreto que Rampson Hill era parte de la herencia que recibió la señora Windfield al quedar viuda y que Demian, a pesar de ser su hermano, era un invitado

en su casa. Si Petra llegaba a casarse de nuevo, su marido podría ordenarle que la abandonara. Aquello no le haría gracia a Demian pues, a pesar de tener muy buenos ingresos, se había acostumbrado a vivir bajo la opulencia de la mansión y a derivar todo su dinero a su propio deleite.

—Estamos en guerra. Impostor o no, eres útil. Reza por no dejar de serlo. —Se alejó por los pasillos hacia el despacho de Warbouth.

Walker soltó de golpe el aire que tenía bloqueado en el pecho. Era un estorbo para Hastings y lo más inteligente sería marcharse de Rampson Hill. Pero con tres peniques no tendría acceso a ningún alojamiento decente, los precios se habían disparado por la situación de la Compañía. Los impuestos estaban por las nubes y muchos se veían obligados a dormir en la calle a merced de ladrones y asesinos.

Con suerte la guerra no tardaría mucho en terminar. Llegó a la conclusión que no debía dar más razones de sospecha. Estaba en un hospital y no era un irresponsable. Se arremangó y avanzó hacia la habitación del siguiente paciente.

A punto de caer la noche en el hospital, Walker observó a un pequeño grupo de muchachos también voluntarios con los que solía almorzar. Uno de ellos se acercó a él. Bill Jinkins se había ofrecido como voluntario una semana antes de que arribara en Calcuta. No era un chico instruido. En cambio, era rápido y eficiente, algo suficiente para el doctor Gerbrender.

Iban a ir a una posada de la ribera este del río Hugli e invitaron a Walker a que los acompañara. El precio del alcohol era elevado, pero después de unas semanas de privaciones, tomarse una copa era aceptable. Después de todo lo sucedido hasta ahora ansiaba distraerse un poco de tantos problemas. Sin embargo, las acusaciones del señor Hastings y las miradas hostiles de la señorita Warbouth aún le raspaban como cuerdas ceñidas al cuerpo. Estaba decidido a declinar su ofrecimiento.

—Buenas noches, Bill —comentó el señor Warbouth, mirando al muchacho bajo de piel pálida y rostro pecoso—. ¿Qué tal el trabajo hoy?

—Bien, señor, un poco cansados —dijo rascándose la nuca—. Le estaba comentando a Walker si quería salir con nosotros.

—Iba a decirles que no... —dijo sintiendo la mirada del señor Warbouth.

—¡Tonterías! Vete a divertirme un rato.

Walker intentó objetar, pero el señor Warbouth empezó a alabar su labor en el hospital. Hasta tal punto llegaron sus elogios que Walker acabó pensando que sería una ofensa negarse a ese pequeño capricho y accedió a acompañarlos.

—Pero no os paséis. —Les señalo como a un par de niños—. Mañana tenéis trabajo.

La figura del señor Warbouth se fue difuminando en la oscuridad de la calle principal. No tardaron en llegar a la posada de Jangalee donde las estridentes voces de los clientes se filtraban a través de las ventanas. Entraron y pasaron varios minutos hablando entre ellos, mientras se humedecían el gárgate con cerveza negra y ron. Durante una hora y media, Walker se olvidó de todo. Rampson Hill no existía, ni la censura ni las miradas desairadas. Solo un puñado de amigos compartiendo, emborrachándose y conversando sobre la vida o las curvas de alguna mujer.

Anthony Porke, un hombre dos años mayor que Walker, había estado toda la noche mirando a una mujer morena que bailaba en una de las esquinas del local. Era de naturaleza tímida, de hombros anchos y robustos. Llevaba tres cervezas por delante del resto. Sudaba como un cerdo en un horno y por cada sorbo que daba miraba intensamente a la chica. Bill y Drake Ardin, un escocés de dieciocho años, le instaban a levantarse y hablar con ella. Después de gritos y empujones Anthony se armó de valor. Levantó su enorme persona de la silla y engulló de un trago lo que le quedaba en la copa. Se precipitó hacia la morena de cabello ondulado que abanicaba las pestañas en su dirección.

Walker y los demás observaban la escena y la comentaban hasta que el honorable Anthony infló los mofletes y desenfocó la vista. Todos los presentes sabían lo que venía después. Cuando la chica sintió que su escote era tapizado por una vomitiva muestra de admiración golpeó tan fuerte la mejilla de Anthony que este cayó al suelo. Estaba tan borracho que aterrizó con la cabeza. Las carcajadas no tardaron mucho en llegar enmascarando las maldiciones e insultos que la mujer le dedicó a

Anthony. Bill y Drake se adelantaron y condujeron al mismo hasta la mesa donde se sentaban.

—Eso sí que es mostrar todo lo que tienes —dijo Drake con sorna.

Anthony intentó argumentar que no había sido su intención hacer eso. Sin embargo, la borrachera que tenía encima le impedía pronunciar cualquier palabra de modo entendible.

Los cuatro no pudieron evitar reírse y si no fuera por lo fuerte que estaban agarrando a Anthony los tres se hubieran ido al suelo. Los enormes brazos del susodicho permanecían alrededor del cuello de Drake y Bill, mientras balbuceaba.

—Walker, cuidanos el sitio, vamos a salir un rato fuera a que le dé el aire. —Bill comenzó a darse la vuelta con Drake maldiciendo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Walker mientras veía a los tres salir de la posada. Cuando se quedó solo, levantó la copa y bebió.

—Tienes unos amigos peculiares, Walker.

Alzó la vista hacia el hombre que le había hablado. Temía toparse con él en aquella posada.

—¿Cómo está el señor Arrow?

—Sobrevivirá. Ahora está siendo atendido por una de las chicas. —Esbozó una sonrisa pícara.

—Si se esfuerza mucho pueden abrirse las heridas.

Sin esperar una invitación, Jamal se sentó frente a Walker poniendo su copa sobre la mesa.

—Pensé que no volvería a verte nunca.

—La verdad, es que si lo hubiera sabido antes, no habría venido. —Jamal le dedicó una mirada penetrante antes de reírse.

—Eres sincero, debo admitir, y me atrevo a decir que inteligente también. —No parecía haberse ofendido.

—No creo que decirte en la cara que desconfío de ti sea inteligente.

—Serías un estúpido si te fiaras de mí ¿Cómo es vivir en Rampson Hill?

—¿La conoces?

—Todo el mundo en Calcuta la conoce. Es una de las mansiones más grandes de la ciudad y tengo entendido que la dueña es una viuda joven y muy guapa —apeló a que Walker corroborara la versión, cosa que hizo—. Dicen que las mujeres viudas valoran mucho a sus amantes, ¿es cierto?

—No sabría decirlo —admitió incómodo.

—Así que también eres un hombre íntegro. Me sorprende después de todo lo que dicen de ti.

Levantó los ojos rápidamente al escuchar un golpe en la mesa. Walker se había tensado en el banco donde estaba sentado y tenía el ceño fruncido de manera antinatural. El alcohol le había infundido más valor.

—¡Yo no he hecho nada malo!

Jamal se lo quedó mirando un rato en silencio. Walker se calmó y parpadeó avergonzado de su falta de control. Jamal tenía un efecto extraño sobre él, como si fuera transparente ante sus ojos. Este se limitó a pedir dos cervezas más. Walker intentó rechazarlo, pero le fue imposible.

—Parkins no dice lo mismo.

—¿Conoces a Parkins?

—Por trabajo —dijo secamente.

—Dijiste que trabajabas en un barco mercante. ¿Qué clase de mercancías vendes?

Le miraba con precaución mientras recordaba la primera vez que lo vio,

acompañado por otros hombres: fuertes, armados y con un aspecto intimidante. No eran mercaderes normales.

—¿Qué negocios tienes con Parkins? —volvió a solicitar.

—Si te lo dijera, tendría que meterte una bala en la cabeza.

Una sonrisa siniestra se dibujó en el rostro de Jamal y Walker intentó levantarse. Su acompañante fue más rápido y lo volvió a sentar de un empujón.

—Es de mala educación levantarse y dejar tirado a un hombre que te invita a beber. —Calló hasta que Walker se calmó—. No te preocupes, no te robaré mucho tiempo. Te dije que por salvar a Arrow te debo una y esa deuda debe quedar saldada. —Al recibir una negativa añadió—. Algo tiene que haber.

No quería involucrarse con Jamal. Si tenía negocios con Parkins y no era en el comercio de esclavos, debía ser algo ilegal y peligroso. Sus ojos eran fríos e impasibles sin pizca de remordimientos. En cambio, con Arrow y con Bu se atrevía a jurar que eran tolerantes e incluso afectuosos. Eso era lo que le daba más miedo. La contradicción. La lucha que percibía dentro de ese hombre. De repente una idea le asaltó a la mente.

—Dame tres mil libras y ya está.

La cerveza salió disparada de la boca de Jamal. Tosió y se limpió con la manga de la camisa. Después soltó una risotada ronca y sonora.

—Todo el mundo cree que Parkins y yo timamos al señor Warbouth. Es cierto que pagó demasiado, pero yo no me quede con el dinero.

—Y quieres ese dinero para el señor Warbouth —completó Jamal—. Es mucho dinero.

—Dijiste que pidiera lo que quisiera. ¿No tienes ese dinero?

Era una cantidad altísima y un mercader no tendría esa cantidad ni en sueños. Jamal no era un hombre normal pero aun así puede que no llegara a ese nivel de solvencia.

—Sí que lo tengo, pero no me refiero a eso. —Jamal miró a su alrededor y luego a él—. El señor Warbouth no es estúpido. Hará preguntas, querrá saber de dónde has sacado esa cantidad. Y yo debo permanecer en el anonimato.

Walker se quedó en blanco. Solo era un esclavo recién liberado sin recursos. Aun así, era preferible quedar bien con el señor Warbouth. Confiaba en poder convencer al médico de que no hiciera demasiadas preguntas.

—Jamal, tienes que darme las tres mil libras.

—¡Vaya! Mira quién está aquí.

La sangre de Walker se heló en sus venas. Parkins estaba de pie frente a ellos, con una botella de ron en la mano y una sonrisa socarrona en los labios.

—Con que tienes negocios con este indio de mierda... —dijo, apoyando la mano libre en la mesa—. No tiene bastante con vivir en Rampson Hill, que además pide semejante cantidad de dinero.

—Estás borracho, Parkins, y no sabes lo que dices ni lo que oyes — advirtió Jamal.

—¡Yo oigo perfectamente! ¿Te dio envidia que me quedara con ese dinero? — Bebió un trago más—. Pues tendrás que darme una parte si quieres que me quede callado.

Todo ocurrió demasiado rápido. En un abrir y cerrar de ojos, Jamal sujetó a Parkins del pañuelo que llevaba al cuello y la botella cayó al suelo. Parkins sudaba copiosamente con una expresión de horror en el rostro mientras Jamal mantenía el filo del acero pegado a su yugular.

—Conmigo no se juega, Parkins, ya deberías saberlo. —Su voz salió profunda y tétrica del fondo de su garganta.

—Jamal, no pretendía ofenderte.

—¿Qué me dices chico? ¿Quieres que le corte el cuello? —Miró a Walker con abrumadora intensidad.

Estaba paralizado por el miedo. Nadie en la posada se había percatado de lo que sucedía. O quizás no les importaba. Los hombres cantaban y reían. Las mujeres se contoneaban con la música. Los camareros se llevaban las jarras vacías y volvían a traerlas llenas. Entonces miró a Parkins. Su cara estaba contorsionada por el terror. Jamal en cambio estaba tranquilo. Parecía una estatua. Imperturbable e inquebrantable. Estaba claro que no era la primera vez que hacía algo así.

—No le mates —logró decir.

—Este indio de mierda acaba de salvarte la vida.

Un destello surcó la mesa para atravesar la mano que el señor Parkins había apoyado en ella y se clavó en la madera de debajo. Su grito fue acallado por Jamal, que tapó su boca con la misma velocidad pasmosa que había usado para atravesarle la mano. Algunas miradas curiosas se centraron en ellos. Jamal y el señor Parkins estaban de espaldas y no se veía lo que había en la mesa. Notando la expresión tensa de Walker, Jamal soltó una carcajada. Una patada furtiva sacó a Walker de su estupor. Forzó una sonrisa y se tragó la cerveza de una tacada para evitar que nadie viera su expresión. Las miradas curiosas volvieron a sus propios asuntos y el bar siguió tan ajeno al suceso como al principio.

—Yo nunca perdono ni olvido, Parkins. —Colocó la mano sobre la empuñadura y lo miró—. Si vuelves a molestarme, ya sabes por donde te la meteré. —Guardó el arma y le arrancó el pañuelo del cuello—. Ponte esto y que nadie lo vea al salir.

Al entregarle el pañuelo, el señor Parkins se envolvió la mano como pudo y salió despavorido, tan rápido como había llegado. Jamal cogió su cerveza y bebió todo su contenido. Intercambió una mirada enigmática con Walker antes de incorporarse.

—No puedo prestarte el dinero. Una vida solo puede pagarse con otra. Piénsate bien la que quieres y házmelo saber. Tienes una semana para decidirte.

Marchó por la puerta de la posada al tiempo que Bill volvía a entrar. Le avisó que Anthony no se encontraba bien y que se iban a marchar. Walker no dijo nada, solo asintió y abandonó el local. Caminó hacia Rampson Hill al amparo de la oscuridad.

Media hora de camino a buen paso separaba la posada Jangalee de la mansión.

Casi todo el trayecto fue acompañado por Bill y los demás mientras su mente divagada sobre Jamal y Parkins. Sus compañeros no parecían haberse percatado de la presencia de ninguno de ellos. Tampoco habían hecho mención alguna sobre la mancha oscura que tapizaba la superficie de la mesa. En su lugar, bromeaban entre ellos sobre la soberana bronca que le iba a caer a Anthony al día siguiente. A escasos metros de Rampson Hill, se desviaron hacia la posada Green Cow en la que residía Anthony. Walker siguió su camino.

La mansión de Rampson Hill se levantaba con porte imponente sobre el resto de las fincas. Era muy tarde para entrar por la parte delantera. Sabía por experiencia que la puerta de la parte trasera nunca se cerraba con llave. Esta daba a las cocinas y a través de ella se podía llegar a la sala principal subiendo por una angosta escalera. Saludó a los guardias que encontró por el camino. Estaba ya cerca de la puerta de la cocina cuando una luz en el cobertizo llamó su atención. Allí se guardaban todos los utensilios que se utilizaban para cuidar los jardines y estaba frecuentado por el señor Duckers.

Duckers era el jardinero de Rampson Hill. Un hombre alto y enjuto con una gran experiencia y sensibilidad con las plantas, pero ignorante en lo que a las relaciones sociales se refiere. Abstemio, desconfiado y patriota en extremo, despreciaba enormemente a Walker, pues él representaba todo lo que el jardinero odiaba: era mestizo y cultivado. Al no hablar arrastrando las palabras como él, pensaba en todo momento que se burlaba de su persona. Al fin y al cabo, era un simple esclavo venido a más que era inconcebible que superase a un inglés de pura sangre. Sin embargo, era muy madrugador. Movidó por una inmensa curiosidad Walker vio cómo sus pies le llevaban hacia el cobertizo. Se puso alerta cuando escuchó ruido dentro.

Si había gente a esas horas era posible que fueran ladrones. La guerra crea hombres desesperados y Walker lo sabía muy bien. Aunque corrieran el riesgo de que los guardias los mataran, algunos eran capaces de hacer cualquier cosa por sobrevivir.

Se acercó cautelosamente hacia la ventana para ver quien había dentro. Pudo ver a un hombre vuelto de espaldas con el torso desnudo. La coleta que llevaba estaba desecha con la cinta aún enganchada en uno de sus mechones. Los pantalones los

conservaba, pero estaban desabrochados y muy bajos, mientras penetraba con violencia a una mujer que permanecía fuera de su vista.

Ignoraba quienes eran y aunque pudiera ser descarado que utilizaran el cobertizo de Rampson Hill para eso, no tuvo valor para levantarse y llamar a los guardias. Estaba dispuesto a irse cuando la mujer se levantó de golpe arañando y besando el cuello de su amante con lujuria. Fue entonces cuando Walker se quedó helado y sus ojos azules se quedaron clavados como saetas en el rostro acalorado de la señora Windfield.

Ella abrió los ojos opacados de placer en su dirección. Retrocedió asustado de ser descubierto y el palo que llevaba en la mano se le cayó al suelo. Los dos amantes se quedaron paralizados y logró escuchar la voz de la mujer.

—¡Hay alguien fuera!

Walker no esperó a ver quién era el amante. Salió despavorido como si le persiguiera el mismo diablo. Llegó a las cocinas y corrió escaleras arriba lo más rápido que pudo. Se tropezó y se golpeó la rodilla con vigor contra la escalera, pero se sujetó al pasamanos y volvió a erguirse.

Cuando llegó a la sala principal se dirigió al pasillo donde estaban las habitaciones de los sirvientes y con cuidado entró a su habitación sin atreverse a encender el candil. Se desvistió y se metió en la cama. Permaneció en silencio esperando escuchar algo en los pasillos, pero el silencio continuaba imperturbable. Respiró hondo e intentó calmarse por todos los medios, pero su corazón latía tan deprisa que pensó que se le saldría del pecho. Cerró los ojos esperando que un sueño reparador le calmara. Habían sido demasiadas emociones para una sola noche.

Cuando despertó a la mañana siguiente, sentía un hormigueo en la cabeza. Se quedó mirando al techo por un momento y pensó que nada de la noche anterior había sido real. No se había encontrado a Jamal, ni a Parkins y, por supuesto, no había visto el cuerpo contorsionado de placer de la señora Windfield. Sin embargo, un dolor agudo le asaltó al incorporarse. Deslizó la sábana y vio cómo su rodilla estaba totalmente morada.

El hueso no estaba roto, pero el golpe había sido muy fuerte y necesitaba ponerse una compresa fría. Un golpe en la puerta lo sobresaltó e intentó incorporarse rápidamente. Emitió un monosílabo con la puerta aún cerrada.

—Walker, soy Eren. ¿Te encuentras bien? —La dulce voz de la muchacha le llegó desde el otro lado—. ¿Puedo entrar?

—Espera, no estoy vestido. —Cuando se puso la camisa abrió la puerta sonriente.

—Buenos días, Walker. —Los ojos de Eren se desviaron ligeramente por el hueco abierto de su camisa—. El señor Warbouth pregunta si te sucede algo.

—No me sucede nada. ¿Por qué?

—Porque vas a llegar tarde.

Walker pegó un salto hacia su maletín para ir al hospital. Se lavó la cara mojándose parte del pelo bajo la atenta mirada de Eren. Cuando se ató el cabello salió de la habitación y depositó un pequeño beso en la mejilla de la sirvienta.

—Gracias por avisarme. Eres un encanto.

Walker siguió a Eren a la cocina y comió con presteza. Tenía la garganta muy seca y bebió toda la jarra de leche de una sentada. Salió despavorido hacia la sala principal. Estaba a punto de salir cuando una voz le hizo parar en seco.

—Señor Boulton, ¿acaso no se percató de que estoy aquí?

—Lo siento, señora Windfield, no la había visto.

El protocolo exigía que todo sirviente que se topara con algún señor o señora de la casa lo saludara con cortesía. Al levantar sus ojos hacia ella, Walker sintió que la imagen del cobertizo le perseguía. Se quedó mirando a los ojos color ámbar de la señora Windfield y recordó que estos se tornaron pardos por el placer.

—¿Le sucede algo? —Walker le contestó meneando la cabeza—. Se ha levantado usted tarde. No estará enfermo, ¿verdad?



—En absoluto —resolvió al instante.

—¿Has visto a Eren? La señorita Warbouth la está buscando —dijo ella, volviendo a su postura habitual.

—Está en las cocinas. Discúlpeme, debo irme. —Walker desapareció sintiendo los ojos de la señora Windfield en su nuca.

Al caer el atardecer, Walker y el señor Warbouth emprendieron el viaje de nuevo a Rampson Hill. El trabajo había sido ajetreado como todos los días anteriores y Anthony no había aparecido. Temía demasiado a la reacción del doctor Boris Gerbrender: un noble irlandés también militar de la compañía, muy circunspecto y exigente, con una trayectoria médica tan intachable como Warbouth. Le habían dicho que estaba enfermo y para no empeorar se había quedado en la posada. En consecuencia, Gerbrender les cargó a Drake y Bill el trabajo de Anthony. Habían acabado reventados y deseando coger del pescuezo al susodicho.

—¿Así que Anthony está enfermo? —La mirada de Warbouth mostró que sabía muy bien que había pasado.

—Llevado al exceso puede considerarse una enfermedad.

—La misma enfermedad que te ha hecho levantarte tarde. —Walker intentó excusarse, pero el otro le interrumpió—. Yo también he sido joven, no tienes por qué disculparte.

Warbouth tenía razón. Ese comportamiento no era nada censurable en un hombre, incluso se consideraba bastante normal. La mente de Walker se sumió en una cavilación sobre la señora Windfield. Conocía bien las reglas y prejuicios de la sociedad inglesa. A pesar de la distancia, los colonos se comportaban de manera muy similar a sus homólogos ingleses en esos aspectos.

Que un hombre tomara libertades y tuviera amantes era algo tolerado y hasta aprobado en algunos círculos, pero no ocurría lo mismo si se trataba de una mujer. Ellas no tenían esa libertad. Una sola caricia podía tildarlas para siempre de libertinas y hacerlas blanco de burlas y humillaciones de todo tipo. Su madre siempre mostró aversión a la sociedad de las colonias precisamente por dichas reglas

y nunca quiso abandonar sus raíces indígenas. Veía algunas similitudes del carácter de su madre en la señora de Rampson Hill.

La señora Windfield no era amable con él, pero jamás le había maltratado, más allá de una mirada adusta. Le permitía vivir en su casa gratis y a pesar de los rumores nunca le había echado nada en cara.

«¿A quién le importa que tenga amantes? Es viuda», pensó Walker. No vio entonces razones sólidas para delatarla. Después de todo, había abierto las puertas de su casa al señor Warbouth y a su hija. A ellos les trataba con infinita cortesía por lo que no sería tan mala. Nunca sería acusada de ningún oprobio, al menos de su parte.

Walker se internó en su habitación para asearse. Se dirigió a las cocinas para cenar y encontró a Eren allí como todas las noches. La criada disfrutaba de su compañía y se quedaba sin cenar intencionadamente para coincidir con él. Se acariciaba los mechones sueltos mirando a Walker.

—Tengo que decírtelo —comentó Walker mirando el contenido de su jarra—, eres encantadora. Creo que eres la única persona a la que le caigo bien.

—No digas eso —rió alegremente—. Nunca ningún hombre me había tratado tan bien.

—¿Ni siquiera Warbouth?

—¡No! El señor Warbouth siempre ha sido amable conmigo, como la señorita Lidia —comentó riéndose.

—Te lo mereces. —Eren se levantó de su silla con una mirada enigmática.

—Tú también te mereces que te traten bien.

Walker sintió como Eren se sentaba a horcajadas sobre él. Intentó objetar, pero Eren se abalanzó contra sus labios. Un cosquilleo recorrió su entrepierna y el calor empezaba a aflorar en su cuerpo. Sus manos temblaban mientras Eren se mecía levemente contra él. Llevado por el deseo abrió la boca y la dejó explorar su interior mientras le quitaba la cofia. Unos segundos después una cascada de mechones

castaños cubrieron su hombro derecho.

La asió de la nuca con fuerza, olvidándose de su anterior oposición. Compartieron un húmedo beso mientras Eren se mecía con más ímpetu sobre su miembro endurecido. Con la respiración entrecortada besó y dio pequeños mordiscos en su cuello provocando leves gemidos en ella. Las manos de la criada acariciaban el pecho del hombre, que jadeaba por la tremenda excitación a la que estaba siendo sometido.

—Hazlo —logró decir, completamente excitada.

Él no contestó. Metió las manos por debajo de las faldas y acarició sus contorneadas piernas. Avanzaba hacia el centro de su sexo mientras ella le desabrochaba los pantalones y dejaba en libertad su miembro. Profirió un gemido desesperado cuando introdujo un dedo y notó la humedad. La levantó ligeramente y se introdujo dentro de ella. Eren se arqueó contra él y Walker colocó ambas manos en su cintura instándola a moverse. Mantenían sus bocas unidas en besos húmedos para evitar que alguien los escuchara. Para ninguno de ellos era la primera vez, pero nada importaba. Lo único que ocupaba sus mentes era el placer.

La señora Windfield ya se había retirado a su recámara después de una copa de oporto con su futura cuñada. No estaba de humor para festejar, aún debía averiguar quién había estado espiándola. Al fin al cabo, tenía una reputación que mantener. Habría esperado algún intento de soborno o alguna amenaza de algún empleado de la mansión. Quizás algún rumor o cuchicheo, pero tampoco era el caso. La persona que la vio no había comentado el incidente con nadie, por ahora. Oyó unos pasos apresurados en el pasillo antes de que la puerta de su alcoba se abriese con violencia.

La señora Thompson, su ama de llaves y sirvienta de mayor confianza, estaba ante ella. Lucía su eterno traje negro de sirvienta de cuello alto y su semblante habitualmente serio y desconfiado, había desaparecido. Respiraba como si fuera a desmayarse. Cerró la puerta tras de sí y se acercó a su señora.

—Señora Windfield, debe acabar con esta licenciosa actitud de inmediato.

—Explíqueme, señora Thompson, ¿cómo se atreve a irrumpir en mi cuarto a estas horas y con semejante sugerencia? —Petra se levantó con excesiva lentitud y con los ojos como oro fundido.

—Discúlpeme —recoló—, pero debe frenar los abusos de ese mestizo. —Su señora arqueó una ceja para que continuara—. Lo he visto con esa desvergonzada de Eren en las cocinas haciendo... —Las palabras salían con dificultad de su garganta.

No terminó la frase, pero Petra conocía a esa mujer y sabía que solo una cosa podría hacer que su semblante se contrajera de esa forma. La señora Thompson no era una mujer agraciada y, a pesar de haber estado casada durante más de treinta años, el contacto físico lo consideraba inmoral.

—¿Quiere decir que están fornicando en las cocinas? —La criada se puso roja al instante mientras su señora se reía.

—Tiene que hacer algo señora, debe... —paró de inmediato y cambio de palabra al ver la cara de Petra—, sería adecuado parar tal atrocidad.

Se produjo un silencio incómodo entre ambas mujeres. Petra estaba reflexionando hasta que decidió romper la calma.

—Haré algo, pero no esta noche. Ahora vete a tu cuarto y no comentes con nadie lo que has visto —dijo con los brazos cruzados.

—Pero, señora...

—¡Nada de peros! Nadie en la mansión debe saber nada. —Se acercó a ella—. Pero no quiero que olvides lo que has visto. Llegado el momento, necesitaré que lo recuerdes.

La ama de llaves asintió y salió tan rápido como había entrado. La casa volvió a sumirse en el silencio y la señora Windfield se sirvió una copa de coñac. Miró en su vaso su propio reflejo y sonrió con malicia. Bebió todo el contenido de un solo trago y se metió en la cama.

—Esto va a ser divertido —susurró antes de quedarse dormida.



RAMPSON HILL, 8 DE FEBRERO DE 1777

La boda se celebraría el día 12 de febrero y esa mañana le tocaba acudir a la modista para ultimar los últimos detalles del vestido. Lidia estaba sobre una silla mientras las empleadas del salón le tomaban el dobladillo. Su traje estaba confeccionado con las sedas más caras y delicadas traídas de Filipinas. En un exquisito color marfil que dejaba al descubierto sus hombros, con unas mangas hasta poco más del antebrazo. El corsé realzaba su bella figura mientras que el corpiño lucía incrustaciones de pequeños diamantes y esmeraldas que acentuaban aún más el color de sus ojos. La elaborada parte superior daba lugar a una elegante falda en dos partes. La parte delantera estaba adornada con pequeños volantes mientras atrás mostraba telas de encaje dispuestas en hermosos pliegues. Las mejillas de Lidia se encendieron como llamas al imaginarse entrando a la iglesia y viendo la reacción de Demian cuando la viera.

«Si ya me desea ataviada con un vestido de lino, no puedo imaginar la cara que pondrá cuando vea esta maravilla», pensó Lidia, sintiendo como se le escapaba una pequeña risa.

—¿Qué te hace tanta gracia querida?

—Solo estaba pensando lo que dirá Demian —comentó Lidia.

Petra se levantó del sillón donde había permanecido en silencio desde que se sentó

y acarició las telas del vestido hasta quedar frente a ella.

—Sin duda le va a gustar mucho.

Lidia se miró al espejo fijamente mientras se bajaba de la silla y daba vueltas por la sala ante los elogios de todas las demás damas.

—¿Se siente cómoda llevándolo? ¿Necesita que se lo arreglémos de algún otro sitio? —preguntó la modista.

—No es necesario, está perfecto —dijo dando una vuelta completa.

—Creo que debería enseñarnos ropa interior, señora Rushdell.

—Por supuesto, señora Windfield, tiene toda la razón. —Las ayudantas abandonaron la sala mientras seguían instrucciones.

—¿Ropa interior?

—No hace falta que te diga lo que mi hermano y tu haréis una vez solos, ¿verdad?

La señorita Warbouth sabía perfectamente a qué se refería. Cuando era pequeña había viajado a Grimsby con su padre. Ellos tenían una casa de campo donde el establo recogía una serie de hermosos pura sangre. A ella le gustaba mucho cabalgar e iba con frecuencia a las caballerizas para montar a Penélope, una hermosa yegua parda con una mancha blanca en la frente y unas crines rubias, largas y suaves. Una tarde, sin embargo, vio a uno de los sementales de su padre montándola.

La niña salió despavorida en busca de su padre diciendo que Magno estaba atacando a Penélope. Cuando su padre y los criados la siguieron, todos explotaron en carcajadas. Su padre le acarició la cabeza y le dijo que aquello era normal y cuando fuera más mayor lo entendería. En esa casa había una criada que atendía a Lidia y que contaba con quince años. Ella le dijo que los hombres y las mujeres también hacían esas cosas y que cuando ella se casara también lo haría. Las mejillas de Lidia se colorearon intensamente ante la idea.

—No te pongas así, muchacha, pronto serás una mujer casada —dijo Petra despreocupada—. Es lo más normal del mundo.

—¿Cómo fue tu noche de bodas?

—Algo incómoda, la primera vez duele. —Ante la preocupación de la joven añadió—. No es un dolor insoportable, pero puede ser incómodo si estás nerviosa. Por eso debes relajarte y dejar que Demian se ocupe de todo —dijo, poniendo su atención en los adornos de la cola.

—¿Y yo no puedo hacer nada?

—Tendrás tiempo para aprender. —Miró a Lidia en silencio y la cogió de las manos—. A los hombres les gustan las mujeres con iniciativa.

Llevó su mano a la barbilla y se quedó un momento reflexionando en silencio. Observaba a Lidia de arriba abajo con sus ojos ambarinos mientras sonreía.

—Cuando él esté encima, acarícialo y míralo a los ojos. Déjale claro que disfrutas de lo que te hace. ¡Eso bastará para la noche de bodas!

Aparecieron con una serie de sedas íntimas casi transparentes. La señora Windfield se acercó a ellas e inspeccionó las prendas hasta que cogió unas medias. La seda era delicada y suave. Llegaban hasta la mitad del muslo y el extremo superior terminaba en un patrón floral de encaje blanco. Venían acompañadas de dos lazos de color verde. Una vez puestas, se sonrojó al ver lo provocativa que le quedaba la prenda y el contraste del verde sobre la piel cremosa de sus muslos.

—¿Debo ponerme los pololos también?

La risa de Petra contestó a su pregunta. Colocó sus manos sobre los hombros de Lidia una vez que paró de reírse. La piel de Lidia se erizó al instante al imaginar cómo se sentirían las manos de Demian recorrer sus muslos.

—No te preocupes, hermana, después de tu noche de bodas te enseñaré cómo debes complacer a un hombre.

Habían llegado por fin las invitaciones de boda y esa noche después de la cena que había compartido junto a su prometido y a la señora Windfield, habían decidido brindar por el avanzado estado del evento.

En ese momento la puerta principal se abrió dejando paso al señor Warbouth y a su ayudante. La mirada cálida de Lidia pasó a una gélida cuando hizo contacto con esos ojos azules. No comprendía como su doncella podía llevarse bien con él. Recordó el consejo de la propia señora Windfield. Guiada por ese pensamiento, le asaltó una idea brillante. Se acercó con dos copas de vino y besó a su padre. Le avisó de los avances de la boda y le instó a que brindara con ellos. El señor Warbouth avanzó hacia la sala donde estaba el resto de la familia cogiendo una de las copas de su hija.

—Usted también, señor Boulton —dijo ella cuando le vio con intenciones de irse.

—No quisiera ser una molestia, señorita Warbouth.

—Estoy enormemente feliz y deseo compartir mi felicidad con usted también. ¿No me hará un desplante?

—Por supuesto que no. —Cogió el vaso y siguió al señor Warbouth.

Avanzó tras él y entraron los tres en el salón. Al instante las miradas despectivas de Demian y más sutilmente las de Petra, se clavaron en el señor Boulton. Lidia rescató su propia copa de vino de la mesa y la levantó.

—Propongo un brindis, porque dentro de unos días me convertiré en la señora Hastings, sin duda la mujer más afortunada del mundo.

Walker se encontraba especialmente incómodo mientras bebía a pequeños sorbos de su copa. Se sentía como una mosca en un vaso de leche.

—¿Qué le sucede, señor Boulton? ¿No le gusta el vino?

—No suelo beber, señorita —se limitó a contestar.

—¿Ah no? Tengo entendido que hace tres días fue usted a una taberna cerca de la ribera del río con algunos voluntarios de St. Battler.

Eren se lo había comentado la noche anterior. Decía que ese día lo encontró algo distante y durante la cena le contó que había salido. «Se había herido la rodilla al tropezarse en la escalera de la cocina», recordó escuchar admitir a Eren entre risitas.

Después de eso no quiso saber más y le ordenó que no le hablara de él.

—Sí, señorita. —Alternó su vista entre el señor Warbouth y ella.

—¿Se peleó con alguien? Eren me dijo que estaba herido.

—¡Walker! —intervino su padre—. No me habías comentado que te habías herido al día siguiente.

—Solo fue un moratón en la rodilla, nada más. No lo vi importante.

—Sin duda comprensible en un hombre borracho que anda a hurtadillas en la oscuridad —intervino Lidia con desprecio.

—Un error que no cometeré en el futuro.

—¿Qué hombre no ha vuelto tambaleándose a casa de madrugada después de una borrachera? ¿No te parece Hastings? —La risa del señor Warbouth intentó relajar el ambiente.

—Desde luego —admitió Demian, inclinando la copa hacia Warbouth.

Lidia dirigió una mirada fugaz hacia Walker notando lo avergonzado y nervioso que estaba. Su padre la miró con reproche y la sonrisa triunfal se le borró de la cara. Intentó cambiar de tema y optó por ignorar a Boulton y dirigió su mirada a su prometido que en ese momento se estaba rascando el cuello.

—¡Cariño! Estás herido aquí —comentó Lidia.

Pasó sus manos acariciando la piel rasguñada de Demian cuando un estruendo al final de la mesa llamó su atención. Walker había dejado caer la copa al suelo. Los cristales se dispersaron por el piso de mármol y el señor Warbouth tuvo que saltar a un lado para no cortarse. Lidia puso sus ojos sobre el señor Boulton que se había quedado paralizado mirando al frente.

—¡Dios mío, Walker! ¿Estás bien? —preguntó el señor Warbouth.

El contacto de la mano de Robert Warbouth pareció sacarlo del hechizo en el que

estaba y miró a su alrededor con inquietud.

—¡Señora Thompson! —La criada apareció en la puerta junto a Eren—. Haga que recojan los cristales inmediatamente.

—Sí, mi señora.

—Discúlpenme, señores, señora Windfield, señorita Warbouth, no me encuentro bien.

Salió del salón despavorido sin esperar el permiso. Eren le dirigió una mirada suplicante y ella asintió. Después su doncella siguió el mismo camino que había tomado Walker Boulton.





JANGALEE, 9 DE FEBRERO DE 1777

Llevaba más de media hora esperando y ya estaba comenzando a impacientarse. Cuando el posadero le dijo que ese hombre deseaba una audiencia con él se quedó estático. Quizás se hubiese pensado ya la respuesta y viniera a comentarle su decisión. Podría ir a buscarlo a su residencia. No pudo evitar reírse ante esa posibilidad. La puerta de la posada rechinó y una figura encapuchada entró con presteza.

—Pensé que embarcaría sin verte —dijo Jamal sin mirarlo.

—Si he venido no es por placer.

—Déjate de tonterías, estás llamando la atención. ¡Quítate eso! —comentó exasperado, señalando el pañuelo que le cubría la cara y el sombrero.

Fue deshaciéndose de prendas de ropa hasta que quedó al descubierto su pelo negro y sus ojos azules. Jamal lo miró e hizo un gesto esperando que se explicara.

—He venido a saldar la deuda que me debes. Ya he pensado lo que quiero pedirte —dijo con urgencia.

—Ya te dejé claro que después del accidente con Parkins dinero no puedo darte.

—No quiero dinero.

—¿Entonces quieres quitarte de en medio a alguien?

—No ¿Cuándo embarcas? —pidió saber.

—El día 12 al amanecer. —Echó un trago a su bebida.

—¿No puede ser antes?

En ese punto Jamal se tomó la molestia de observarlo con atención. El muchacho hablaba con la voz tensa, miraba de un lado a otro y mantenía los hombros encorvados. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de su estado.

—En nuestros últimos encuentros, no querías saber nada de mí. Parecías estar acojonado y ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora pareces acojonado, pero no de mí —concluyó Jamal.

—Necesito salir de Rampson Hill y desaparecer de Calcuta cuanto antes —explicó Walker.

—¿Por qué?

Walker se apoyó impaciente en el respaldo de la silla. Ladeando la cabeza de un lado a otro perdido en sus propias cavilaciones. Jamal no sabía lo que le estaba pasando, pero ese chico que estaba frente a él no era el que había conocido hasta el momento.

—Si sucede algo malo debo saberlo. Si quieres que te lleve en mi barco me lo dirás —sentenció Jamal.

—¿Tu barco? ¿Eres el capitán?

—¿Algún problema con eso? —Walker negó con la cabeza

—No puedo decírtelo exactamente porque creo que cuanto menos gente lo sepa será mejor —hizo una pausa y prosiguió—. Digamos que he visto algo que no debería haber visto y cuanto más tiempo pasa, más convencido estoy de que corro

peligro.

—¿Peligro? Estamos en un país en guerra, chico, no hemos estado a salvo en ningún momento.

—Un médico en la guerra es útil. Pero ahora soy una amenaza para alguien contra el que no puedo luchar. No tengo recursos de ningún tipo, excepto los que tú puedas darme.

Respiró profundamente y humedeció sus labios con aire meditativo. Cerró los ojos para concentrarse, con las manos entrelazadas y la cabeza baja.

—Puedo darte una habitación cerca del lugar donde tenemos el barco anclado — dijo Jamal finalmente— y esperarás allí hasta el día del embarque. Pero no puedo garantizar que no te encuentren antes.

Walker se pasó la mano por el cabello y se restregó los ojos. Era evidente que no había dormido bien desde la última vez que lo vio. Sus ojeras eran más prominentes y estaban oscuras. Su postura mostraba resignación.

—¿Cuándo puedo instalarme allí?

—Esta noche tendrás que venir aquí. Te estaré esperando. —Él asintió—. Debes viajar ligero y nadie puede saber que te vas. Ni sospecharlo siquiera. Si lo que has visto es grave te buscaran hasta debajo de las piedras. Hay una cosa más que necesito que cumplas.

—¿A qué te refieres?

—Si en algún momento te capturan y te interrogan, no debes nombrarme para nada. ¿Cuento con tu palabra? —Los ojos oscuros de Jamal se clavaron en los de Walker.

—Tienes mi palabra.

Después de estrecharse las manos con firmeza, bebieron un poco del ron que Jamal había solicitado nada más ver cómo temblaba el chico. Como última advertencia le miró fijamente.

—Más te vale que la cumplas. Si no lo haces, yo mismo te mataré.

Se despidieron y, por petición de Jamal, Walker volvió inmediatamente a Rampson Hill. Las últimas luces del atardecer tapizaban las carreteras de tierra de la ribera y Jamal se dirigió a la posada de Jewel Indian, tan solo dos cuadras río arriba.

En ella estaban Conner, Benito y Witsel, los únicos hospedantes del Titán del Índico. Nunca se hospedaban todos en la misma zona, ni en las mismas posadas. Una vez allí, buscó al único hombre de confianza del que podía prescindir. Estaba en una esquina leyendo cuando los pasos de Jamal se pararon frente a él.

—Tendrás que dejar eso para luego, Benito. Tengo un trabajo que quiero que hagas —dijo mientras se sentaba con él.

—Mientras no sea un delito... —Cerró el libro y le miró con una sonrisa.

—Solo quiero que alquiles una habitación en la posada donde está tu hermano —dijo, pasándole una bolsa con dinero—. Mañana por la mañana ve para allá y quédate allí. Llevaré a un chico para que se esconda hasta que zarpeamos.

—¿Un nuevo miembro de la tripulación?

—Sí, temporalmente. ¿Te acuerdas del chico que atendió a Arrow en St. Battler?

—¿Ese médico mestizo del que Bu no para de hablar?

—Ese mismo. Cuando ese chico aparezca allí quiero que te quedes con él. Gánate su confianza y vigílale para que no salga.

—¿Qué está pasando exactamente, Jamal? —preguntó preocupado.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. ¿Dónde está Conner?

Al girarse vio que estaba con una india llamada Shila sobre las rodillas y jugando a las cartas con otros tres hombres a los que Jamal no conocía. Conner era un hombre que socializaba con facilidad y que había vivido en Calcuta tiempo suficiente para conocer a la mayoría de los habitantes. Se acercó a ellos quedando frente a su primer oficial. La mujer de su rodilla le miró y se alejó. Conner le miró

con desilusión.

—Termina la partida, Conner, tenemos trabajo. —Se sentó junto a Benito. Conner se unió a ellos—. Necesito que vayas a Rampson Hill y te quedes por la zona. Mantente pegado a Walker Boulton, el mestizo que atendió a Arrow en St. Battler.

—¿Ese niño? ¿Para qué?

—Ese niño se va a unir a la tripulación —dijo Benito, que había vuelto a abrir el libro.

—Salvó la vida a Arrow y me ha pedido embarcar con nosotros para alejarse de Calcuta.

—¿Alejarse? ¿Por qué quiere hacer eso de repente?

—Eso es lo que tienes que averiguar. Así que tira de una vez.

Puso la mano bajo la silla y la tambaleó para que se levantara. Conner obedeció a su capitán a regañadientes y desapareció de la posada. Benito se volvió hacia él en cuanto el otro se marchó.

—¿Ahora qué vas a hacer?

—Actuar con normalidad. —Se levantó, enganchó de la mano a Shila y se la llevó a su habitación.

Las horas avanzaron raudas y sin percances. Benito se había ido a alquilar la habitación, Conner seguía deambulando por Rampson Hill. Saeru mantenía su guardia atento a cualquier actividad sospechosa y Witsel había desaparecido. No tenía ni idea de donde estaba, pero ahora no le importaba. En tierra y durante los periodos en los que no tuvieran una orden concreta tenían total libertad.

La medianoche llegó y Jamal esperaba en el punto de encuentro a que Walker apareciera. Cuando se acercaba el momento, observó un hombre que venía corriendo en su dirección. Enfocó la vista hasta que reconoció al susodicho.

—¡Conner! ¿Qué haces aquí?

—Traigo noticias de Rampson Hill. Él no va a venir, Jamal —dijo lacónicamente.

Jamal ladeó la cabeza sin entender y parpadeó en dirección a Conner. Este se irguió y se acercó más a él para evitar que alguien le oyera.

—Los casacas rojas se lo han llevado. Está acusado de asesinato.

La expresión de Jamal cambió de golpe. «¿En qué lío te has metido ahora, Walker?», pensó Jamal antes de invitar a Conner a entrar que le contara los detalles.





FUERTE WILLIAM, 10 DE FEBRERO DE 1777

La oscuridad en esa celda era casi perpetua. Solo una pequeña ventana a dos metros del suelo revelaba que ya era de día. Con el cuerpo dolorido y las ropas sucias, había permanecido sentado en el suelo desde que lo trajeron. La humedad y el frío del calabozo traspasaba hasta los huesos. Pero eran los remordimientos los que no le dejaban pegar ojo. Una y otra vez se torturaba por su muerte.

Hacía unos días estaba rebosante de vida, feliz, incluso después de la frialdad de su comportamiento. Jamás debió haberse acercado a ese cobertizo. Jamás debió aceptar la copa de la señorita Warbouth. Jamás debió levantar la vista. Sabía que harían algo en su contra. Por eso salió desfavorido en busca de Jamal para suplicar su ayuda. Walker pensó que si abandonaba el país todo se olvidaría.

«Soy un estúpido y Eren lo ha pagado caro», pensó, con los ojos nuevamente empañados en lágrimas. Si hubiera sabido lo que planeaban hacerle, se la habría llevado con él. Cerraba los ojos pensando en ella, recordando sus facciones, su sonrisa y la sensación de su cuerpo contra el suyo, pero lo único que lograba ver era sangre. Sangre por todas partes.

Al volver a Rampson Hill la había buscado por toda la casa sin encontrarla. Se había atrevido a preguntarle a la agria señora Thompson sobre ella. Le dijo que había salido a los jardines a pasear, pero hacía horas que no volvía. Por lo visto los señores de la casa habían acudido a una merienda en la mansión de Northgill Sand y aún

no habían regresado. Nadie había reparado pues en la ausencia de la doncella de la señorita Warbouth.

Un sudor frío le recorrió la espalda y salió despavorido hacia los jardines. Gritaba su nombre como un loco, pero no lograba hallarla. Eren solía pasear, pero nunca demoraba más de una hora. Se paró en seco mirando a su alrededor hasta que su mirada se fijó en el cobertizo. Tenía un mal presentimiento. Entró con un candil en alto para intentar ver por delante hasta que vio un zapato en el suelo.

—¿Eren? —preguntó al reconocer el zapato. Avanzó hasta el centro de la caseta y el corazón se le paró en el pecho.

Se abalanzó frenéticamente contra Eren. Estaba inmóvil, desnuda y con el cuerpo lleno de cortes y heridas profundas. La cogió de la cara y sus ojos estaban abiertos de par en par. Después de unos instantes se dio cuenta. Salió tambaleándose del cobertizo. Era como si el mundo se hubiera congelado. No era consciente de lo que pasaba a su alrededor. Se sentía aletargado, como si fuera inconcebible asimilar lo que estaba pasando. Miró al frente y caminó hasta que vio a uno de los guardias. Fue entonces cuando experimentó un ataque de ansiedad. Al verlo, el guardia salió corriendo hacia la parte delantera de la mansión. Walker salió detrás de él intentando pedir ayuda, pero no lograba decir nada.

Cuando llegó a la pared frontal de Rampson Hill, los señores ya habían vuelto y en sus rostros solo vio caras de espanto. En pocos segundos, los guardias de la mansión le sujetaron y le arrastraron hacia la entrada de la casa. No tardaron mucho en venir unos casacas rojas y Walker intentó zafarse de ellos. Quería volver al cobertizo con Eren.

—¡No puede! ¡Ella no puede...! —dijo entre sollozos cuando sintió un fuerte golpe en la sien.

Cuando volvió en sí ya estaba en la celda. Durante horas no hizo más que llorar, hasta que sus ojos enrojecidos se secaron. Tenía la cara tirante como si su piel fuera rígida y frágil como la porcelana.

Un chirrido de la celda llamó su atención. Un puñado de casacas rojas entraron y lo obligaron a levantarse. Le pusieron unos grilletes y lo arrastraron fuera de las

celdas. Recorrieron la plaza de Dalhousie donde se encontraba el fuerte William. Dirigieron sus pasos hacia un edificio adyacente donde se encontraban los juzgados. Varios grupos de personas asolaban la plaza siguiendo su estela mientras le dirigían insultos y maldiciones. Walker no escuchaba nada. Estaba muy cansado y sus piernas apenas lograban mantener su peso.

La sala de justicia estaba abarrotada de gente. Los invitados más distinguidos estaban en las butacas del segundo piso mientras que los campesinos ocupaban las butacas de la planta baja, las más alejadas de las tribunas. Los asientos delanteros estaban destinados a los testigos. Walker pudo ver la presencia de los señores de Rampson Hill junto a la familia Warbouth y trabajadores de la mansión. Todos le dirigían miradas acusatorias mientras los soldados le depositaban en el cubículo de los acusados. Uno de los secretarios judiciales se levantó y pidió silencio con las manos. Cuando el murmullo se hubo callado, habló:

—Presentamos a su excelencia, el juez Jervas Allistown.

Toda la sala se puso en pie y en silencio entró un hombre mayor, con peluca blanca y rostro arrugado. Con una mirada severa y crítica pasó sus ojos por Walker. La forma en que frunció sus labios le aseguraron que no le agradaba nada verlo.

—Señor Walker Boulton, comparece ante este tribunal para responder por los siguientes crímenes: estafa, robo y asesinato. ¿Cómo se declara?

—Inocente, señoría. —Un clamor de abucheos ensordeció la sala.

—¡Silencio! —exigió el juez, golpeando la mesa.

Se dirigió a otro funcionario y cuando la sala se calmó dio su consentimiento para que el fiscal se acercara. También llevaba peluca blanca, pero era visiblemente más joven. Se acercó con seguridad y elegancia al estrado y miró a las personas que conformaban el jurado.

—Buenos días, señores del jurado. Estamos aquí reunidos para desenmascarar a este hombre cuyos actos delictivos no deben quedar impunes. Este mestizo se ha valido de sus conocimientos médicos para estafar a personas respetables, robar en el hospital St. Battler y llevarse por delante la vida de una joven inocente.

—¡Protesto, señoría! Se está empañando la imagen de mi cliente sin aportar pruebas claras de sus supuestos delitos —intervino el señor Halley, abogado defensor de Walker.

—¡Se acepta! Señor Umerdylle haga el favor de dejar las conjeturas y aportar pruebas —ordenó el juez.

El fiscal se acercó a su mesa y cogió un papel. Walker pasó la vista por los asientos. Solo podía ver ojos acusatorios por todas partes. Se detuvo sobre la señorita Warbouth. Iba de negro y mantenía un pañuelo sobre su nariz mientras su padre la reconfortaba. Levantó la vista y lo miró. Sus ojos parecían llamas verdes y su boca se frunció de manera antinatural. Bajó la vista y luchó contra las lágrimas furtivas que amenazaban con escapar.

—Llamó a declarar al señor Parkins.

Su antiguo amo se dirigió al estrado con la mano vendada aún visible. Tras sentarse miró a Boulton y le dirigió una mirada maliciosa.

—Señor Parkins, ¿qué relación le une al acusado?

—Era su amo y él mi esclavo, oficialmente al menos —dijo con deje intrigante.

—¿A qué se refiere con oficialmente?

—En realidad, éramos socios. Él llegó como cualquier otro trabajador, pero se reunió conmigo en secreto y me dijo que podíamos ganar mucho dinero.

—¿Y cómo le propuso ganarlo?

—Estafando al señor Warbouth. Le hizo saber de sus habilidades médicas y cuando Warbouth en calidad de médico de St. Battler vino al campo de trabajo para comprarlo, me instó a hacerle una contraoferta si quería llevárselo.

— ¿Qué cantidad le sugirió Boulton?

—Tres mil libras. —Un grito de asombro recorrió la sala.

—¡Protesto, señoría! No existen pruebas de la implicación directa de mi cliente, solo la palabra de un hombre de dudosa reputación, que durante semanas alardeaba de tener esa cantidad para él. Sin duda el señor Parkins debería ser acusado por estafa.

—Fiscal, ¿tiene pruebas de la implicación directa del acusado más allá de la opinión del señor Parkins?

—Sí, señoría. En mi poder tengo una declaración firmada por el capitán Shite, referente al registro de la habitación que ocupaba el señor Boulton en Rampson Hill. En ella, se encontraron una serie de objetos: un frasco, un cuchillo y una bolsa con dos mil libras —dijo, dejando el documento al juez.

El juez examinó el papel ajustando sus lentes. Cuando leyó el contenido miró a Walker y llamó a su abogado, afirmando la veracidad del documento. Su abogado miró el papel y tragó visiblemente. Sus ojos se clavaron en Walker que movía la cabeza sin dar crédito de lo que estaba oyendo.

—Señor Parkins, ¿le dio el señor Boulton una parte de ese dinero?

—Sí, señor. Me dio mil libras y me dijo que las gastara y me asegurase que llamaba la atención.

—¿Por qué?

—Porque quería dar un golpe mayor en Rampson Hill y necesitaba ganarse la confianza de sus habitantes.

—¡Mentiroso de mierda! —Walker se levantó como un resorte para ser empujado de nuevo al asiento.

—¡Silencio! —ordenó el juez—. Señor Boulton, mantenga la boca cerrada a menos que se le pregunte.

—Solo una última pregunta, señor Parkins. ¿Cómo se hizo la herida de la mano?

—Boulton me la atravesó con un cuchillo cuando quise salirme del negocio. Me amenazó, me dijo que me rajaría el cuello si me atrevía a jugar con él. Me hizo esto

para demostrarme que hablaba en serio. —Se quitó el pañuelo y mostró su mano al público.

—¿Uso esta arma? —El fiscal levantó una daga que había en una de las mesas.

—Sí, es esa. Siempre la llevaba encima cuando nos reuníamos en el Jangalee.

—¿Por qué no dejas de mentir, Parkins?

—¡Señor Boulton! Una palabra más y le incluiré el delito de desacato.

—Siéntate, vas a conseguir que te sentencien antes de revisar todos los cargos —dijo su abogado en un susurro.

—Solo quiero decir, señores del jurado, que esta daga fue uno de los objetos que el capitán Shite describe en su declaración. Además, el mismo capitán admite haber hablado con los dueños de la posada y haber confirmado la reunión de ambos hombres. —El fiscal se retiró complacido.

—¿Tiene alguna pregunta para el testigo?

Walker le miró brevemente y negó con la cabeza. Parkins jamás diría nada bueno de él. Ese hombre abandonó el estrado y volvió a perderse entre el gentío. El fiscal revisó los papeles y llamó a otro testigo.

—Llamó a declarar al doctor Boris Gerbrender.

El señor Gerbrender se sentó y dirigió una mirada fugaz al mestizo. La retiró rápidamente de forma asqueada y miró al frente.

—Señor Gerbrender, usted retiró el cuerpo de la señorita Eren Killie. ¿Es correcto?

—Sí, así es —dijo escuetamente.

—¿Podría describirnos desde un punto de vista quirúrgico como encontró el cuerpo?

Walker respiró hondo sintiéndose como si el juicio se desvaneciera y se

transportara de nuevo al cobertizo. No deseaba recordar aquella visión, pero las imágenes asaltaban su mente de manera intermitente y mortificante.

—El cuerpo presentaba numerosos cortes, algunos bastante profundos, pero no mortales. Los tendones estaban cortados muy limpiamente.

—Entonces usted con toda su experiencia siendo médico para la compañía, ¿determina que el trabajo del asesino fue minucioso?

—Solo alguien con un amplio conocimiento médico podría hacer algo así. Su trabajo no solo era minucioso, sino también cruel. —Miró con enojo al acusado—. Pretendía hacer el máximo daño posible sin causar la muerte.

Se escucharon algunos sollozos y la expresión de horror e incredulidad percolaba a través del rostro de todos los presentes. No importaba la clase, ricos y pobres se forjaron la misma opinión sobre su persona.

—Además...—continuó Gerbrender— la mujer estaba desnuda y con líquido entre las piernas, lo que sugiere que fue violada mientras la torturaban.

Un silencio sepulcral se apoderó de la sala y Walker no pudo evitar que una lágrima se le escapara. Tuvo que morderse el labio para evitar sollozar.

—Señor Gerbrender —intervino su abogado—, si la señorita Killie sufrió tanto, ¿cómo es posible que nadie la escuchara gritar? Esa mujer llevaba pocas horas muerta cuando la encontró. No había indicios de que la amordazaran. Los empleados permanecieron en Rampson Hill esa tarde. Aunque se hallará en el cobertizo, alguien tuvo que oír algo.

—La víctima estaba drogada, se hallaron restos en su cuerpo.

—Señor Gerbrender, ¿reconoce este frasco?

El fiscal colocó un frasco translúcido frente al médico. El testigo abrió la tapa y acercó la nariz al recipiente. Se retiró rápidamente y dirigió su vista al jurado.

—Es un preparado de opio. En St. Battler lo usamos para adormilar a los pacientes cuando el caso es demasiado grave.

—Y si le dijera que este frasco fue encontrado también en la habitación del señor Boulton, ¿sería descabellado afirmar que, si la chica tomó ese frasco, no gritaría a pesar de su brutalidad?

—Me atrevería a afirmar que no lo sería.

—No hay más preguntas, señoría.

El abogado de Walker intentó equilibrar la balanza en favor de su cliente y a pesar de que aquellas sustancias no se dejaban al alcance de los novatos del hospital, el jurado no cambió su expresión hosca cuando lo miraban.

—¿Tiene algún otro testigo la fiscalía? —preguntó el juez.

—Uno más, señor. Llamo a declarar a la señora Thompson.

Los zapatos de la criada resonaron sobre los tablones de madera del estrado. También iba ataviada de negro y en su nariz aguileña asomaba un repugnante grano. Walker no pudo reprimir una mueca de asco mientras la miraba.

—Señora Thompson, usted es el ama de llaves de Rampson Hill, ¿es así? —preguntó el fiscal.

—Llevo diez años sirviendo en Rampson Hill —comentó con voz estridente.

—¿Conocía al señor Boulton y a la señorita Killie?

—Si conocía a ambos.

—¿Cómo describiría la relación que mantenía el señor Boulton con Eren Killie?

—Muy íntima, señor. Ella era su amante. —dijo al fiscal con satisfacción—. Alguna vez sorprendí al señor Walker Boulton realizando actos inmorales con ella. Pasaban muchos ratos libres juntos. Me atrevería a decir, que Eren estaba enamorada de este hombre. —Lo miró con altivez.

—Señores del jurado, llegados a este punto creo que todos sabemos lo que ocurrió. Este hombre orquestó una estafa hacia la figura de un hombre honorable

como el señor Warbouth para introducirse a sí mismo en Rampson Hill. Pretendía realizar una estafa mayor y en su intento, enamoró a la doncella de la señorita Warbouth para utilizarla en sus planes. Probablemente Eren averiguó sus intenciones, pero Boulton se dio cuenta. Antes de que pudiera delatarlo decidió quitarla de en medio de la manera más cruel, inhumana y retorcida posible.

Un gran abucheo ensordeció la sala. Los insultos y las maldiciones se oyeron desde todos los ángulos. Incluso intentaban lanzarle cosas desde sus asientos.

—¡Orden! Desalojen a toda esa gente inmediatamente —gritó el juez.

Varios soldados comenzaron a desalojar todas las butacas y la sala se quedó tan solo con los miembros del tribunal, los testigos y sus acompañantes.

—Este hombre debe ser condenado con un castigo ejemplar que persuada a cualquiera como él de cometer semejante barbarie. —El fiscal se acercó a él destilando una dosis más de odio con su mirada.

—¡Ya es suficiente, fiscal!

La señora Thompson se retiró y Walker ya no pudo contener más el llanto. Ya no le importaba lo que le hicieran ni lo que pasara. La muerte se le antojaba ahora más dulce que la vida.

—¿Quiere presentar el acusado a algún testigo?

—Sí, señoría, llamamos al señor Warbouth —contestó su abogado.

Solo había una persona que lo conociera de verdad aparte de Eren. Por eso cuando su abogado lo visitó balbuceó el único nombre que podría decir algo bueno de él. Cuando preguntó si había más negó con la cabeza. Su abogado le contestó con una mirada resignada.

—Señor Warbouth, usted es la persona que más tiempo ha convivido con el señor Boulton. ¿Cómo le describiría?

—Siempre ha demostrado ser un muchacho leal, agradecido y muy profesional. Tanto en su trabajo como en Rampson Hill.

—¿Se sintió usted presionado por Walker para pagar la suma de tres mil libras?

—En absoluto. Fue Parkins quien me pidió esa cantidad. El chico ni siquiera abrió la boca.

—¿Confía en la palabra del señor Parkins?

—Jamás —dijo lacónicamente

—Entonces, el señor Parkins podría haber mentido en toda su declaración...

—¡Protesto, señoría! La defensa está alegando un delito de perjurio basándose en opiniones —acusó el fiscal.

—El señor Warbouth es una personalidad respetada que conoce al señor Boulton mejor que nadie. Si los demás testigos han expresado su opinión libremente, no entiendo por qué él debería tener un trato diferencial —defendió el señor Halley.

—¡Denegada! Continúe con la defensa. —Le aventó que siguiera con la mano.

—¿Conocía usted la relación entre el señor Boulton y la señorita Killie?

—No por boca de Walker, pero algo intuía, por la forma en que la trataba.

—¿Ella recibía sus atenciones con placer?

—Por lo que vi, estaba encantada, desde luego. A la pobre se le iluminaba la cara cuando lo veía. Solían pasear juntos por los jardines cuando él volvía del hospital.

—¿Vio al señor Walker Boulton maltratarla de alguna forma, ya sea de palabra o de acto? —preguntó el abogado.

—Nunca.

—Y conociéndolo como lo conoce, ¿cree que él le correspondía en sus sentimientos?

—Estoy seguro de que sí —dijo mirando fijamente a Walker.

—Usted también vio el cuerpo de la señorita Killie, ¿verdad? —Warbouth suspiró antes de admitir que así era—. ¿Usted cree que Walker Boulton pudo hacerle todo eso a una mujer a la que amaba?

El señor Warbouth se quedó mirando a Walker a los ojos mientras él dejaba las lágrimas caer en silencio. Intentando escudriñarlo, imaginándolo en el cobertizo haciendo esas atrocidades.

—Él nunca le haría daño.

Walker ya no pudo mirarlo más tiempo y bajó la cabeza. A pesar del llanto, la tristeza y la rabia, se sentía agradecido porque, al menos una persona, admitiera que él no era un asesino.

—¿Quiere hacer la acusación alguna pregunta al testigo? —dijo el juez, mientras el fiscal miraba a Warbouth meneando la cabeza.

Una vez que Warbouth abandonó el estrado, se sentó junto a su hija. Walker sintió la penetrante mirada del juez sobre él. Levantó la vista sin ver nítidamente debido a las lágrimas.

—¿Quiere el acusado decir algo?

—Solo quiero decir que yo no maté a Eren. Jamás podría haberle hecho eso y tampoco puedo imaginarme quién pudo hacerlo. Yo no pude ser porque no estaba en Rampson Hill. Al salir del hospital me fui directamente a la posada de Jangalee. Pase allí la tarde y el camino de vuelta lleva algo más de media hora. Cuando llegué, pregunté por ella, la señora Thompson lo sabe. Y en ese momento fue cuando la encontré —terminó entre sollozos.

—¿Tiene algún testigo que pueda corroborar que usted estaba allí?

Obviamente sería muy sospechoso admitir que quería fugarse. La opinión del señor Warbouth no sería la misma si lo admitía en voz alta. Si hablaba debería decir la razón real por la que quería marcharse. Debía admitir que vio a la señora Windfield con ese odioso hombre. Y tendría que hacerlo sin pruebas. Nadie le iba a creer. Lo verían como un intento desesperado para evadir la horca.

Entonces la advertencia de Jamal resonó en su mente con claridad. Por un momento se sintió tentado a decirlo todo. Sabía que le iban a juzgar igual. Que contra la palabra de los señores de Rampson Hill nadie iba a creerle. Le encantaría ver la cara de esa mujer retorciéndose de la rabia y la vergüenza. Sería un recuerdo dulce que le acompañaría al patíbulo.

Entonces recordó a su amado padre. La cara de Arthur Showerd apareció nítida como el día en que se fue, ataviado elegantemente con su uniforme carmesí.

—No, señoría.

Escuchó las últimas instrucciones del juez y vio cómo las personas que conformaban el jurado desaparecían en la otra sala. Su mirada pasó fugazmente por los asientos más cercanos y sus ojos pararon en seco sobre unos de tono ambarino.

La señora Windfield miraba altiva y triunfante, vestida de luto y dándose aire elegantemente con su abanico. Walker empezó a notar como se le revolvió el estómago.

«¿Cómo podía haberla comparado en cierta ocasión con su madre? Shadka estaría revolviéndose en su tumba». Sintió unos pasos acercándose y vio al coronel Hastings. Se puso a su lado muy cerca y de espaldas para que no le vieran gesticular. Walker levantó la cabeza con soberbia. Fijó su mirada en ese azul claro como el cielo y apretó los dientes. Ni siquiera a Jonathan Bradley, el hombre que lo había vendido como esclavo, le odiaba tanto como a él.

—Dentro de poco, ninguno de los dos tendremos que lidiar más contigo. Disfrutaré viéndote avanzar hacia el patíbulo donde pagarás por tus crímenes. — Una amplia sonrisa se dibujó en su semblante.

—Todos debemos pagar por nuestros crímenes. Pronto cosecharás los frutos de los tuyos.

Unos minutos bastaron para que el jurado volviera a sus asientos. Habían deliberado por poco tiempo, lo que significaba que ya tenían claro el veredicto. Solo uno de los miembros del jurado quedó en pie después de que el juez se hubiera sentado.

—¿Tienen ya un veredicto? —preguntó el juez Allistown.

—Sí, señoría. Declaramos al acusado culpable de los tres cargos. —Un pequeño ambiente de regocijo se instauró en la sala.

—Es mi deber dictar la sentencia. Señor Walker Boulton, al encontrarle culpable de los delitos expuestos, le sentenció a recorrer el patíbulo y ser colgado del cuello hasta morir. Que Dios se apiade de su alma. —El mazo del juez resonó en toda la sala.

Walker fue conducido a su celda sin mirar a nadie a su alrededor. Esta era más grande, con una mesa con papel y tinta para escribir. Miró al carcelero que aún permanecía en la puerta.

—A los condenados a muerte se les permite escribir a sus familiares. —Después la puerta se cerró.

Walker se sentó en la silla y permaneció con la mirada fija en el papel por lo que parecieron horas. Finalmente cogió la pluma y empezó a escribir. Las palabras le salían con más dificultad que si intentara sacarle sangre a una piedra. Pero al cabo de una hora logró escribir algo decente a su hermano. No obstante, cuando fue a firmar la carta se paró.

«No puedes firmar como Boulton. Si quieres que Ruldof recoja la carta tienes que firmar como Showerd», pensó de repente. Walker sabía que cuando la carta llegara a Pensilvania el capitán Bradley la interceptaría. Él odiaba a su familia y estaba seguro de que, si se había tomado tantas molestias con él, también lo haría con Ruldof y los demás. Si no los había capturado ya. Podía enviárselo al amigo de su padre, el general Brown. Walker ignoraba si todavía seguía vivo. La otra opción era el doctor Foster, pero era médico y el conflicto bélico en su país no había terminado. «Puede que no esté en la ciudad siquiera», reflexionó mirando la vela.

—Solo os estoy poniendo en peligro —soltó en un susurro.

Acercó la carta a la vela y vio cómo las llamas iban bañando el papel hasta que este se vio reducido a cenizas. Ya estaba resignado. Moriría en la otra punta del mundo y sus hermanos jamás lo sabrían.



RAMPSON HILL, 11 DE FEBRERO DE 1777

Eran pasadas las dos de la madrugada y la casa estaba en total silencio. Pocas palabras se habían pronunciado desde el juicio. El señor Warbouth se había encerrado en el despacho con una botella de ginebra y había pedido que no lo molestaran.

Lidia había estado toda la tarde llorando por su doncella. Demian tuvo que llevarla en brazos hasta su alcoba para que la revisara el doctor Gerbrender. Le dio una buena dosis de un preparado de opio en gotas con té endulzado con miel y se quedó profundamente dormida. El doctor dijo que era presa de una extrema tristeza. Los empleados habían deambulado como fantasmas por la casa con el alma desencajada, cuchicheando sobre el aciago destino de la risueña y joven Eren Killie.

Petra Windfield en cambio estaba rebosante de alegría. No había podido contener una sonrisa cuando los ojos vidriosos de Walker se posaron en ella. En una fracción de segundo, esos ojos pesarosos se transformaron en una intensa tormenta azul. Pocos hombres se habían atrevido a mirarla así en su vida y todos estaban muertos. Walker Boult pronto se uniría a ellos. Acercó una copa rebosante a los labios al tiempo que se abría la puerta. Demian cerró tras de sí y se sirvió un poco de licor.

—Al final todo ha salido bien.

—Tal como planeaste... —dijo él, poniendo una mano sobre su hombro— tienes

una mente muy retorcida, Petra.

—Cuanto más atroz fuera el crimen menos preguntas harían. ¿Te disgustan mis maneras?

—Todo lo contrario. —Se bebió de un trago el contenido del vaso y lo dejó en la mesa—. Ya sabes que me encantan tus maneras.

Retiró el cabello suelto de su hombro izquierdo dejándolo al descubierto y se inclinó besando y mordiendo la piel cremosa de su cuello.

—Demian, es peligroso hacerlo aquí —rebatía ella.

—Llevo sin tocarte desde esa noche —dijo acariciándola. Sus manos acunaron sus pechos con lascivia.

Petra soltó un gemido involuntario al notar como Demian jugaba con sus pezones y los pellizcaba por encima del camión. Su respiración empezó a subir mientras dejaba el vaso en la mesa.

—Tenemos que ser prudentes, Demian. Walker ha estado a punto de delatarnos. Todo puede irse al traste si alguien nos pilla.

—En Rampson Hill nadie se atreve a meter las narices en nuestros asuntos. —Empezó a succionar con fuerza su cuello—. ¿Prefieres que vayamos al cobertizo?

—¡No seas idiota!

De un rápido movimiento la levantó de la butaca y la estampó contra la mesa del tocador. Los vasos que dejaron se tambalearon y estuvieron a punto de caerse al suelo. Sintió la enorme erección de Demian contra su sexo.

—Pensaba que te ponía cachonda el peligro, ¿me equivoco hermanita?

—Creo que a ti te pone más que a mí.

Demian la subió de un rápido movimiento encima de la mesa y se colocó entre sus piernas. Introdujo una mano por debajo buscando su apertura y metió con

violencia sus dedos. Estos resbalaron con facilidad dentro de ella. Cuando los sacó un líquido transparente con la textura de la miel resbalaba entre ellos.

—Eres una puta mentirosa —dijo riéndose.

Petra le enganchó los bolsillos de los pantalones y lo acercó aún más a ella. Le besó con pasión mientras movía su mano por la longitud de su miembro. Él respondía con pesados gruñidos cargados de impaciencia.

—¿Quieres follarme a mí? ¿O prefieres a la estúpida de la señorita Warbouth? —dijo, con deseo y desprecio al mismo tiempo.

—A ambas.

La mano de Petra intentó estrellarse contra el rostro de Demian, pero él la atrapó en el aire. Le retorció el brazo haciendo que se pegara aún más a él y con la otra mano le atrapó la cara. La besó con fuerza, atrapando su labio, provocando sangre. Satisfecho, la soltó bruscamente.

—Ella es solo una diversión temporal, ya lo sabes. Pronto volveremos a estar solos. Además, aunque esté casado, seguiré dándote lo que te mereces —dijo, golpeando su virilidad contra ella.

—Con esa niñata no tendrás suficiente. —Le abrió los pantalones poniendo en libertad a su abultado miembro.

—Me temo que no.

Demian no contuvo sus ásperos gemidos. El peligro de ser descubiertos lo excitaba aún más y Petra conocía su cuerpo mejor que ninguna otra mujer en el mundo. Enredó sus manos en su sedoso cabello y la empujó aún más hacia él. Al cabo de unos instantes la quitó violentamente. Aún agarrándola por el pelo la lanzó a la cama.

Ya no pudo seguir con ninguna conversación. Tuvo la intención de tomarla desde atrás, pero de un rápido movimiento ella acabó tumbándolo, quedando a horcajadas sobre él.

—Voy a demostrarte quien de las dos es mejor.

Introdujo su endurecido miembro de una sola estocada mientras sus pechos se movían al compás de sus caderas. Quedaba muy poco para que todos sus objetivos se cumplieran.

Era consciente de lo tarde que era, pero no tenía ninguna gana de levantarse. Los sucesos del día anterior la habían dejado exhausta e incluso al volver discutió acaloradamente con su padre.

—Después de lo que le ha hecho a Eren ¡¿Cómo puedes proteger a semejante monstruo?! —Le había gritado ella de camino a Rampson Hill.

—Debía decir la verdad, hija, y he dicho lo que realmente pensaba de él. Pero no te preocupes, en dos días será ajusticiado y Eren descansará en paz.

Huraño y pensativo se había encerrado en el estudio. No había cenado con ellos y ni siquiera había ido a visitarla. Había pasado el día anterior llorando sin cesar por la pérdida de Eren, pero se mantuvo lo más firme que pudo en el juzgado. Recordaba como Demian le había llevado en brazos hasta su habitación y el doctor Gerbreder, que los había acompañado por invitación de la señora Windfield, le había dado un preparado para calmar sus nervios.

Miraba hacia la puerta con angustia, esperando que en cualquier momento se abriera y su querida Eren apareciera con la palangana como todas las mañanas. Recordaba cómo su cara risueña y sus ojos color avellana la miraban con admiración mientras la peinaba. La alegría de vivir que desprendía, sus bromas y anécdotas, mezcladas con ese carácter afable que la definía. Apretó las sabanas con sus manos en un intento desesperado de alejar la tristeza, pero no lo consiguió. Las puertas de su alcoba se abrieron de par en par, dejando paso a la sobria señora Thompson.

—La señora Windfield me ha dicho que viniese a prepararla —dijo con aspeza—. Le dispondré el baño para que se asee.

Sin esperar respuesta alguna empezó con sus quehaceres. Resignada, Lidia se

destapó y tomó una bata del armario. Se envolvió con ella mientras avanzaba hacia la ventana. Hacía un día hermoso. Tal que parecía que el mundo no se había dado cuenta de la pérdida de Eren Killie. Al bajar la vista se quedó mirando el pequeño banco que tenía frente a ella. Solía sentarse en él con Eren y abrían las ventanas de par en par para que el aire especiado de la ciudad las abanicara mientras compartían chismes sobre los habitantes de Rampson Hill.

Todas las mañanas, la doncella le traía pequeñas flores silvestres que crecían en los límites de los jardines. Aún estaban allí. Acercó su mano a las violetas que trajo Eren el día que fue asesinada. Nadie las había retirado. Las flores se habían secado. Cuando uno de sus dedos tocó una de ellas, el capullo se desprendió. Con un crujido cayó al asiento disgregándose en pequeñas virutas. La señora Thompson cogió con brusquedad el jarrón y miró a la señorita Lidia con indiferencia. Dos sirvientas más jóvenes habían aparecido.

—Ordenaré que limpien su alcoba inmediatamente.

—El jarrón... —empezó Lidia cuando la vio con intenciones de irse.

—Ya tiene el baño preparado, señorita Warbouth. No haga esperar a su anfitriona.
—Salió de la habitación dejándola sorprendida e impotente.

Después de media hora la joven señorita Warbouth bajó al encuentro de la señora Windfield. Por lo que le dijo, no podía permitir que su futura cuñada cayera enferma a tan solo uno día de su boda. Lidia se sentó a la mesa solo por complacerla. Tenía el estómago cerrado y apenas comía.

—¿Dónde está mi padre? ¿Y Demian?

—Ya sabes cómo son los hombres, se enfrascan en cualquier cosa para alejar los problemas. Ambos están trabajando —dijo, bebiendo un poco de oporto.

—Que suerte tienen.

—Nosotras debemos buscar nuestras propias distracciones, querida —dijo, poniendo una mano sobre la suya—. La señora Chowdderly nos ha invitado a merendar. ¿Qué te parece?

—No tengo mucho interés.

—Entiendo que es doloroso para ti, pero no puedes dejar de vivir por lo que le ha pasado a ella. —Empezó a acariciar su mano con porte reconfortante—. Estás a punto de casarte, ¿eso no te alegra?

—¡Claro que sí! Amo a Demian y quiero ser su esposa más que nada —dijo mientras sentía más firme el agarre de la señora Windfield—, pero no puedo evitar sentirme así.

—Querida mía, solo necesitas distraerte. Estando encerrada en esta casa te golpearán los recuerdos.

Quedó mirando fijamente a la señora Windfield con sus ojos ambarinos, su porte elegante y su cabello eficazmente recogido. Ella debió sentir algo parecido cuando perdió a su marido. Seguro que cada rincón de la casa le recordaba al señor Windfield. Sin duda, así debían de ser las heroínas de las novelas. No solo era refinada y elegante, también era fuerte y vigorosa. Cualidades que Lidia necesitaba más que nunca ahora que su vida estaba a punto de cambiar.

—Tienes razón. Debo intentar seguir con mi vida —dijo sonriendo—. Aceptemos la invitación de la señora Chowdderly.

—Bien dicho, querida. —Puso su copa en alto y esperó que Lidia la chocara con la suya.

—Petra, quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Desde que llegué me has tratado como una verdadera hermana. Demian y tú sois mi familia.

—Y siempre seremos tu familia.

Terminaron de comer en silencio y al cabo de las horas se dispusieron a salir a casa de la señora Chowdderly. La mujer colmó de atenciones a sus invitadas, las hizo reír y tuvo el decoro de evitar por completo hablar del espantoso suceso de Rampson Hill y del juicio del abominable Walker Boulton.

Los caballeros cancelaron sus compromisos y no tardaron en sentarse a la mesa para cenar con las damas. Intentaron evadir los temas más polémicos e intentaron

volver a sus conversaciones habituales. Los hombres hablaban de sus respectivos puestos mientras que ellas les relataban los acontecimientos de la tarde anterior y como estaban ultimándose los preparativos de la boda. Una vez más, Demian acompañó a Lidia a sus habitaciones. Se mantuvieron en silencio durante el trayecto, hasta llegar a la puerta. Esta vez entró tras ella.

—¿Así que te lo has pasado bien estos días?

—Ha sido una buena distracción —respondió, quitándose las joyas.

—¿Te encuentras bien? —Le dio la vuelta para que lo mirara y acarició sus brazos.

—Sí, tu hermana me ha ayudado mucho.

—No solo está ella para reconfortarte, yo también. —Juntó sus labios con los de ella.

Su prometido colocó sus manos rodeando su rostro mientras sus besos se hacían más demandantes y apasionados. Puso su mano en su talle y la presionó aún más contra él.

—Demian. ¡Basta! —Logró zafarse de él y retroceder un paso—. Aún no estamos casados.

Vio cómo su pecho subía y bajaba con dificultad mientras apretaba los puños. Resopló pasándose una mano por el pelo.

—Tienes razón, perdóname. Aún es demasiado pronto. Ya sabes que me cuesta contenerme cuando estoy contigo —admitió él—. Seguramente querrás que me vaya.

—Me gustaría comentarte algo. —Demian se dio la vuelta—. He pensado mucho en todo lo que ha pasado. He llegado a la conclusión de que debo superarlo y centrarme en nuestro compromiso.

Vio como él asentía y le echaba una mirada escudriñadora. Temía su reacción, pero tenía que hacerlo. Solo así podría enterrar el recuerdo de Eren para siempre.

—Quiero hablar con Walker Boulton antes de su ejecución.

—¿Te has vuelto loca? —ladró con rabia.

—¡Necesito superarlo y no puedo hacerlo hasta que mire a los ojos a su asesino y le diga todo lo que quiero decirle!

Demian miraba de un lado a otro. Negaba con la cabeza, pasaba sus manos por su cara y su cabello compulsivamente y daba largas zancadas por la habitación. Se acercó amenazante a ella y la agarró de los hombros con fuerza.

—No voy a permitirlo, Lidia.

—Me estás haciendo daño, Demian —dijo en un quejido ahogado—. ¡Suéltame!

—No voy a dejar que mi prometida esté a solas con ese asesino. ¡Me oyes! —La tiró a la cama y las mantas se arremolinaron alrededor de su cuerpo.

Cuando Lidia recuperó la compostura miró a Demian perpleja. Sus ojos claros centelleaban de furia y por un momento se instauró el miedo en su corazón. Las palabras salieron tiritando de su garganta.

—Demian, por favor... —suplicó Lidia, al borde del llanto.

—¡No! ¡Abandona esa idea inmediatamente! Si te atreves a sacar el tema de nuevo, no te dejaré salir de esta casa hasta que ese hombre este muerto. ¿Entiendes? —Ella asintió—. Prométeme que no vas a ir.

Se acercó a la cama y se puso sobre ella a horcajadas sin llegar a apoyar su peso. Le agarró la cara quedando a pocos centímetros de ella. Lidia notaba el aliento cálido de Demian en la punta de la nariz.

—Te lo prometo.

—No se te ocurra desobedecerme, Lidia. —Miró a sus labios y la besó.

Esos ojos llenos de furia aún la torturaban. Jamás le había visto así y por una vez en su vida había tenido miedo de un hombre. Las horas pasaron y cuando quiso

darse cuenta ya era bien entrada la noche. No entendía porque Demian se había comportado así. Lo único que ella quería era mirar a los ojos a aquel hombre y decirle lo que pensaba de él. Quería dejarle claro que el día de su ejecución estaría allí para asegurarse de que pagaba por sus acciones. Solo así podría dejar atrás a Eren. Sabiendo que se había enfrentado al hombre que la mató.

Se acercó a la ventana y miró a los vigilantes que hacían rondas. Su padre le dijo que a los reos no les dejaban tener visitas fuera del horario permitido, pero Lidia no era tan necia. Estaban en guerra y muchos hombres no tenían apenas dinero para subsistir. Puede que con algunos chelines le abriesen las puertas de la cárcel. Corrió a su armario y de detrás de sus zapatos, sacó una caja de latón rojo. Contenía algunas pertenencias de su madre y una bolsa con dinero. La cogió y a escondidas bajó al piso inferior. Avanzó por las habitaciones de los empleados hasta que se detuvo en una de las puertas. Mantuvo la mano en el picaporte y, tras unos segundos de vacilación, entró y cerró tras de sí. Era la habitación de Eren.

Aún sentía el olor a vainilla con el que Eren se perfumaba el pelo. Ella se lo regaló cuando llegaron a la ciudad. Levantó la vela para ver mejor y abrió el estrecho armario que descansaba en una de las esquinas. Buscó entre las pertenencias de Eren y encontró un vestido de lino verde.

Su doncella lo había utilizado durante su viaje a las colonias. Lo había dejado de usar porque la señora Windfield exigía un vestuario similar a todas sus criadas. Solo se lo ponía cuando Lidia le pedía que la acompañara al mercado o los domingos a la iglesia. Cuando terminó parecía cualquier otra campesina. Alisándose las faldas salió por la puerta de las cocinas.

Tenía el corazón en un puño cada vez que un guardia con mosquete pasaba haciendo su ronda. Si alguien la veía podían pegarle un tiro y ni siquiera la reconocerían. Ante esa idea tragó saliva y corrió hacia la salida de Rampson Hill tan deprisa como le dieron las piernas. Una vez fuera miró la mansión con sus altos muros blanquecinos. Era una perspectiva muy diferente a lo que había visto a su llegada. Empezó el camino al fuerte William.





FUERTE WILLIAM, 12 DE FEBRERO DE 1777

Faltaban horas para su ejecución. Habían traído a un cura para darle la extremaunción, pero no tenía ganas de recibir ningún sacramento. Tenía un sentimiento de congoja que se tornaba agónico cada segundo que pasaba. Miraba la pared pensando en todo aquello que se perdería una vez que le ciñeran la soga en el cuello. Recordaba con añoranza la tierra donde había nacido y a su familia: el sonido de los pájaros en la ribera del Susquehanna en una tarde de verano, con Margaret recogiendo flores silvestres mientras los mellizos jugaban y Ruldof pescaba con los pies metidos en el río.

Darí cualquier cosa por volver a verlos una última vez. Por poder abrazarlos y decirles lo mucho que los quería. También pedirles perdón por haberlos abandonado, por no haberlos protegido como se esperaba de él.

Y a Eren. Tenía la intención de decirle lo que sentía por ella antes de irse. Sabía que la joven criada no abandonaría a su señora y mucho menos ahora que estaba a punto de contraer nupcias. Pero él no podía quedarse. No con esas dos hienas acechando. Aunque nunca pensó que se atreverían a hacer daño a una mujer tan cercana a la señorita Warbouth.

Su falta de imaginación le había costado la vida. Le gustaría volver a verla, a hablar con ella, a besarla. Se había imaginado llevándose a Pensilvania con él, a pasear a su lado por los bosques de Tuscarora mientras la brisa mecía sus hermosos cabellos

castaños. Sueños que jamás se cumplirían. Por primera vez en varias horas escuchó ruido en los pasillos de la prisión. No se movió cuando la puerta de su celda chirrió y unos pasos hicieron eco en el interior. Quizá quisieran matarlo antes de la ejecución y habían enviado a alguien para liquidarlo. Lo cierto era que la espera lo estaba matando. Se sentó en la cama sin darse la vuelta.

—Si has venido a matarme, termina de una vez.

—Vas a morir, pero no ahora.

Walker se volvió con brusquedad al escuchar esa voz. La voz absurdamente familiar que había aprendido a reconocer con facilidad. La manta cayó al suelo con un sonido sordo.

—¿Qué haces tú aquí? —gritó sorprendido.

—Cumplir mi parte del trato... aunque si gritas así... —dijo Jamal quitándose la capucha.

El mestizo solo podía admirar la figura alta y musculosa de Jamal con asombro mientras intentaba ordenar las palabras en su mente. Sin embargo, su boca abierta no emitía más que sonidos incoherentes.

—Teníamos un acuerdo. Ya sé que te dije que zarparíamos cuando amaneciera, pero algo me dice que no te habrías presentado.

—¿Vas a sacarme de aquí? —balbuceó con incredulidad.

—Al menos voy a intentarlo.

Se arrodilló frente a Walker agachándose sobre la cadena que llevaba en el tobillo. Comenzó a probar un manajo de llaves hasta que por fin dio con la que abría la cadena. Walker intentó estabilizarse, pero tanto tiempo tumbado en el suelo le habían pasado factura.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Jamal—. En el juicio...

—¿Estuviste en el juicio? —mencionó con asombro.

—Claro que estuve —contestó como si estuviera ofendido por la duda—. Tuve que pagarle una guinea a ese colorado para que no me echara. ¿Por qué?

—No entiendo...

—Dijiste la verdad. No podías haber matado a esa chica. Estabas conmigo... Tenías una coartada, un testigo... ¿Por qué no me delataste? —Walker había pensado mucho en eso y ya sabía la respuesta.

—Lo hice por mi padre. —Era el turno de Jamal para estar confuso—. Él decía que un hombre que no tiene palabra no vale nada. ¿De qué sirve estar vivo entonces?

—¡Eres un auténtico gilipollas! —admitió jocosamente después de una pausa.

—Quería llegar al patíbulo con la conciencia limpia.

—Quizá todavía lo consigas.

Al salir los guardias que custodiaban su puerta yacían inmóviles en sus asientos. Avanzaron por los pasillos cuando un ruido de pasos les hizo detenerse en una de las esquinas. Pudieron distinguir tres sombras que venían hacia ellos. Jamal se sacó el cuchillo del cinto y esperó que la sombra más grande se acercara.

Por su parte, Walker se preparó para abalanzarse sobre la otra. En un abrir y cerrar de ojos Jamal había cogido al más grande de la camisa y había esgrimido un golpe mortal hacia su cuello. Walker le asestó un puñetazo al otro. Este cayó al suelo golpeándose la cabeza y quedó inconsciente. Cuando Walker se levantó, estampó a la tercera persona contra la pared. Su vista se clavó en la pequeña figura que tenía presionada. Sus ojos se abrieron de sorpresa al reconocerla. Esos orbes verdes eran incomparables.

—Lidia.

—¿Amiga tuya? —preguntó Jamal, pasando su mirada por la silueta de la joven.

Ambos hombres habrían esperado que se quedara paralizada por el miedo. Que suplicara por su vida. Sería comprensible, al estar indefensa ante un hombre acusado de asesinato y violación y otro con las manos cubiertas de sangre. Pero ella no era

una mujer cualquiera, era Lidia Warbouth. Echando por tierra todas sus predicciones, la joven se lanzó a por Walker.

—¡Quieta preciosa! —Jamal la interceptó y la volvió a clavar en la pared poniendo la hoja sobre su cuello.

Walker averiguó las intenciones de Jamal. Por el rostro de Lidia ella también intuía lo que estaba a punto de hacer. Tragó visiblemente y volvió su mirada hacia el contrabandista. Su mirada verde esmeralda se enfrentó a los ojos oscuros de Jamal.

—No es necesario que lo hagas. Es invitada en Rampson Hill, si nos atrapan por el camino, podemos usarla de rehén —intervino Walker.

Un movimiento rápido. Demasiado rápido para frenarlo. Un golpe seco resonó en el pasillo de la cárcel mientras el cuerpo de la mujer caía al suelo. Los ojos de la señorita Warbouth lo miraron con odio antes de cerrarse.

El eco de sus pasos resonaba en el pasillo. En toda la mansión no había ni una sola cortina y la luz entraba tenue a través de las ventanas. Era un día nuboso de cielo plomizo.

No encontró a nadie en su camino mientras bajaba al segundo piso. Turnó su vista de un pasillo a otro, pero no había ni rastro de los sirvientes. Un mosaico característico en el centro del vestíbulo la informó de que estaba en la sala principal de Rampson Hill. Lidia llamó a gritos a su padre, a Demian, a la señora Windfield e incluso a la fastidiosa señora Thompson. Los sonidos eran devorados por los pasillos como si estuviera gritando en una cueva.

Se dirigió a la puerta del estudio. Intentó abrirla, pero era como si estuviera cerrada por dentro. Tocó varias veces y llamó a ambos hombres para después apoyarse contra la puerta. No escuchó nada. Se dio media vuelta e intentó hacer lo mismo con todas las demás puertas, sin éxito. Se volvió bruscamente al escuchar como algo se rompía en el pasillo del ala este.

Caminó asustada hasta la esquina. Miraba el suelo, viendo cómo ondeaban

sombras informes. Apoyó la mano en la pared e hizo acopio de valor para asomarse al pasillo. Estaba vacío. Se adelantó cautelosa por el mismo hasta que vio un pequeño jarrón roto en el suelo. El agua de su interior se esparcía por el piso al igual que un diminuto ramo formado por violetas silvestres. Cogió uno de los pequeños tallos y lo miró mientras sentía como le escocían los ojos. Entre los pequeños tallos y hojas de la flor, a través de la ventana podía ver la silueta de una mujer con vestido verde y cofia. Dejó caer la flor al suelo al reconocer la silueta de su doncella. Gritó su nombre varias veces, pero Eren no se volvía. Esta comenzó a caminar por un sendero del jardín. Desde allí se distinguían las paredes del cobertizo a través de las pequeñas hileras de árboles jóvenes.

Desesperada recorrió los pasillos rumbo a la cocina. Se dirigió con paso veloz por el camino que había tomado su doncella. Con el corazón martilleando con fuerza y las piernas temblándole de correr, logró verla.

Se hallaba a pocos metros de la entrada del cobertizo mientras una figura encapuchada la esperaba junto a la puerta. Un escalofrío pavoroso recorrió la espalda de Lidia cuando la figura giró la cabeza para mirarla. No pudo distinguir nada en esa figura desgarrada. El agujero que correspondía a su cabeza era tan oscuro como la boca de un pozo.

La sensación que le transmitía, sin embargo, era intimidante. Se metió dentro del cobertizo dejando la puerta abierta. Eren apareció al final de la vereda, siguiendo el mismo camino que la forma encapuchada. La joven señorita Warbouth corrió tras ella gritando y haciendo aspavientos con los brazos. Sabía que esa cosa iba a hacerle daño. No podía permitirlo.

Su rostro se surcó de lágrimas cuando vio la puerta cerrarse sola y la impotencia se apoderó de ella cuando tropezó y se golpeó la cabeza contra el suelo. El viento comenzó a soplar y una tolvanera de hojas empezó a formarse a su alrededor mientras el cielo empezaba a tornarse negro. Un grito estremecedor, que se mezclaba con los truenos y el rugir del viento, le llegó desde el cobertizo.

—¡Eren! —gritaba desesperada mientras el cobertizo desaparecía tras un remolino de hojas.

—¡Lidia! ¡Despierta!

Al sentirse zarandeada, abrió los ojos de repente para fijarlos en una lámpara que ondeaba en el techo. Un dolor punzante la atravesó cuando intentó incorporarse. Notó una venda sobre la cabeza al pasar la mano por la sien izquierda. Sentía la garganta irritada y seca. Como leyendo sus pensamientos una jarra de agua fresca apareció ante ella.

—Era una pesadilla. Has estado dos días inconsciente.

En ese momento la mente de Lidia dio un salto. De golpe recordó todo. Recordó como sobornó a los guardias y como dos de ellos la acompañaban a la celda de ese rufián miserable. Fue entonces cuando se abalanzaron sobre ellos. Rápidos como felinos se deshicieron de los dos soldados que la acompañaban. Cuando vio el acero de ese hombre moviéndose a esa velocidad y el dolor punzante, pensó que estaba muerta.

«Los muertos no tienen pesadillas», pensó ella, mientras levantaba la mirada hacia los ojos azules de Walker Boulton. La bilis empezó a acumularse lentamente hasta que explotó. Dejando caer la jarra al suelo se abalanzó contra él dispuesta a sacarle los ojos.

—¡Asesino! ¡Desgraciado! ¡Tú la mataste!

Gritó intentando usar un tono firme y consiguiendo una mezcla entre un berrido y un sollozo. Walker, asombrado por la furia de aquella mujer, hasta ahora angelical e inocente, cayó al suelo. Tenía a Lidia cogida de las muñecas mientras intentaba quitársela de encima sin éxito. La jarra había caído al suelo y la espalda de Walker estaba empapada.

—¿Cómo te atreves? ¡Después de lo que le has hecho a Eren!

—¡Yo no maté a Eren!

«¡No solo es un asesino, también es un embustero y un cobarde!», reflexionó azorada Lidia. Consiguió zafarse de una de sus manos y vio que el suelo tenía esparcidos trozos de la jarra. Tomó uno de ellos e intentó clavárselo. Walker la paró

en seco sujetándola del codo y ladeó la cabeza a un lado lejos de ella. Empujada por la rabia soltó un grito colérico mientras la puerta se abría de golpe.

—¿Qué coño está pasando aquí?!

El recién llegado sujetó a la señorita Warbouth y la levantó de un tirón. Walker se limitó a decir lo evidente, que ya había despertado. Tal era su enfado que cortó el pecho de ese hombre, esperando que el dolor le hiciera soltarla. Se quedó paralizada cuando la cogió rápidamente de la muñeca y se la quedó mirando. Tras observar su propia herida, le apretó la muñeca en la que llevaba aquella rudimentaria arma.

—¿Suéltalo! —Lidia negó con la cabeza—. ¿Prefieres que te rompa la muñeca?

El pedazo cayó al suelo y el agarre sobre su muñeca se aflojó. Se tomó un tiempo para observar a ese extraño. Tenía el pelo corto, negro y ligeramente rizado. Era alto como Demian, pero sus hombros eran más anchos y de su camisa medio abierta de seda se veía un pecho masculino espolvoreado de vello negro. Abrió los ojos al reconocerlo. Era el mismo hombre que la golpeó en el fuerte.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó Jamal, mientras Walker se levantaba.

—Sí. No pensé que tuviera tanta energía después de dos días inconsciente.

—¡Dejad de hablar como si yo no estuviera! —anunció Lidia, sintiendo la mirada de ambos sobre ella—. ¿Dónde estoy? ¿Qué pretendéis? ¿Quién eres tú? ¡Exigi una explicación!

—La tendrás en su momento, mujer. —Volvió la cabeza a Walker—. Deberías echarte un rato, llevas días sin dormir. ¡Tú vendrás conmigo! —dijo echándole una mirada de arriba abajo a la mujer. Jamal se permitió aclarar las dudas de Walker antes de salir—. No voy a matarla.

Una vez fuera sintió la brisa de la noche sobre ella. El cielo estaba lleno de estrellas, aunque por la ligera línea de luz del horizonte, sabía que no era muy tarde. Estaban en un barco y los escasos hombres de cubierta la miraban cuando pasaba. Sin embargo, una mirada del hombre que la arrastraba era suficiente para que la ignorasen.

—Arrow, dile a Bu que te ayude a traer agua para la bañera.

—¿A dónde me llevas?

—A mi camarote —admitió con descaro.

—No voy a acompañarte a ningún lado hasta que no me des una explicación.

Lidia flexionó las piernas y tiró hacia atrás para evitar que siguiera arrastrándola. Nada pudo hacer ante la fuerza de ese hombre que la zarandeaba como si fuera un trapo. Aun así, intentó desterrar el miedo que tenía.

—Te dije que la tendrías en su momento. Pero antes deberías bañarte y comer algo. ¿O prefieres quedarte así?

Lidia se mantuvo en silencio por un momento. Estaba hambrienta y su pelo estaba hecho un asco. Sentía la ropa pegada al cuerpo y sus faldas mostraban grandes lamparones. Mantuvo los labios unidos y asintió. El hombre caminó por la cubierta hasta que llegó a una puerta. La abrió y entró tras ella.

El camarote era muy espacioso, muy diferente al que había estado durante su sueño. Estaba impecable en cuanto a limpieza y las velas estaban debidamente distribuidas. Había una gran cama con un hermoso dosel de madera con tallas de bestias marinas, adornada con cortinajes de azul imperio y lazos de un color semejante a la espuma del mar. Los muebles de caoba eran elegantes y bien cuidados. La mesa estaba rebosante de comida. Frutas exóticas que jamás había visto, pichón al horno con almendras y salsa de ciruelas, pescados braseados, estofado de cordero con arroz basmati, y una serie de postres que desprendían un atrayente olor de canela y miel. Incluso una botella de vino. Lidia se vio atraída por la comida y se acercó a ella con la intención de degustarla, pero una mano se aferró firmemente a su muñeca.

—Es mejor que te bañes primero.

El hombre al que se dirigió como Arrow y un niño llevaban una serie de cubos para llenarla. Tan absorta estaba por la comida que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de ambos. El niño le dirigió una mirada y una pequeña sonrisa al tiempo

que la saludaba con la mano. Ella le devolvió el saludo y le sonrió antes de verlo por última vez. Se acercó a la bañera y metió la mano. Suspiró de alegría cerrando los ojos mientras escuchaba pasos detrás de ella.

—Yo esperaré fuera a que termines. —La cogió de la barbilla para que lo mirase. —Esto no es un viaje de placer. Dentro de quince minutos entraré, hayas terminado o no. Tienes ropa limpia sobre la cama.

Lidia decidió obedecer, se desvistió y se introdujo con rapidez en el agua. No estaba caliente pero la limpieza ejercía siempre un poder relajante sobre ella. Cuando terminó, salió y se secó con presteza acercándose a la cama. Lo que vio la dejó completamente desconcertada. Solo había ropa de hombre. No esperaba grandes sedas, pero si algo que, al menos, fuera de mujer. De repente la voz de Jamal resonó en su cabeza. Ese hombre la desconcertaba. La ponía nerviosa. Sentía como si esos penetrantes ojos la atravesaran y pudieran ver lo más profundo de su alma. Era preferible que la encontrara vestida de hombre que desnuda.

Después de toda una vida llevando vestidos elaborados, ceñidos y sedas pesadas, algo tan ligero le hacía sentirse desnuda. Para colmo, el roce de la tela le erizaba los pezones.

La puerta se abrió de golpe y Jamal entró antes de lo previsto. La miró durante unos segundos. Frunció el ceño como si le molestara verla vestida y se dirigió directamente a la mesa. Se sirvió una copa de vino y de paso llenó la otra. Lidia se acercó con cautela mientras se sujetaba el cuello de la camisa. Él permanecía en silencio mientras la observaba. Sintió sus mejillas cálidas y bajó la cabeza presa de la vergüenza. Sintiendo su incomodidad, Jamal se volvió y se sentó de espaldas a ella.

—Siéntate, mujer, no voy a hacerte nada —dijo, mientras alargaba su mano hacia el cuenco de guiso.

Lidia bordeó la mesa y se sentó frente a él en la única otra silla que había. Comieron en silencio durante un rato. En un momento dado Lidia alargó la mano para coger un poco de pichón. La manga se deslizó hacia abajo, dejando el hombro completamente al descubierto y también uno de sus pechos. Cogió la tela con tal rapidez que se le cayó el trozo al suelo. Rezó para que ese hombre no se hubiera dado

cuenta, pero por la manera de mirarla sabía que había visto algo más que un hombre desnudo. Habló en un intento de recuperar la dignidad perdida.

—Me queda muy grande.

—Estás en un barco mercante. Aquí no hay mujeres y no tengo ropa para ti. Tendrás que usar la mía hasta que le encontremos remedio. —Cortó la mejor parte de su trozo de pichón y se lo dio—. Por ahora, no salgas de este camarote —dijo, mirando la cercanía de su pecho—. Si mis hombres ven lo que yo he visto, no garantizo tu seguridad.

Admiró el exquisito sabor del ave y se animó a coger un trozo más grande.

—Me sorprende que tengas un cocinero tan hábil —dijo Lidia mirando la comida.

—El señor Lémier es muy hábil en la cocina cuando no está borracho.

Ese hombre la dejaba desconcertada. La trataba como si fuera una invitada. Como si no la hubiera secuestrado a base amenazas y golpes. Incapaz de resistir la incertidumbre, carraspeó para llamar su atención.

—¿Qué hago aquí?

—No tenía intención de secuestrarte.

—Quería matarme —concluyó ella.

—Sí, aunque puedes ser más útil con vida.

—¿Dónde estoy? —preguntó, terminando el trozo de pescado y cruzándose de brazos.

—Estás en uno de los barcos mercantes más rentables del mundo, el Titán del Índico. En cuanto a su ubicación, vamos rumbo a Madagascar.

—¿A Madagascar? —dijo, levantándose del asiento—. Tengo que volver a la India, yo... —Entonces cayó en la cuenta de algo—. ¿Qué día es hoy?

—13 de febrero. —Era evidente para Lidia que ese hombre disfrutaba con su frustración.

—¡Tenemos que volver!

—¿Tenemos? —Cuando intentó objetar, la interrumpió—. ¡Lo siento, señorita Warbouth! Aunque quisiera llevarla, ya no llega a su boda. —Se la quedó mirando mientras se sentaba lentamente.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y quién diablos es usted?

—Me lo dijo Walker. En cuanto a mí, mi nombre es Jamal Bashir, contrabandista y capitán de este barco.

—Y un asesino como Boulton —escupió Lidia, con el ceño fruncido.

—Solo cuando es necesario.

—Mi prometido es el coronel Demian Hastings. Os encontrará y os hará pagar por todo —espetó con porte orgulloso.

—¿Estáis segura de que ese hombre os protegerá? ¿Qué garantizará vuestra seguridad?

Mientras formulaba sus preguntas, Jamal se levantó de su asiento. De un trago vació la copa y avanzó con tranquilidad hacia ella. Lidia se reafirmó. Su prometido le encontraría y le pondría en su lugar. Jamal dejó ver una sonrisa antes de clavar sus ojos en ella. Lidia tenía el límite delantero de la camisa pegada al cuello y por detrás le caía hasta la mitad de la espalda. Aun así, los pezones se marcaban con facilidad en la tela de seda blanca. Hecho que a su secuestrador no le pasó desapercibido.

—Y si os subiera a esta mesa y os violara, ¿vuestro amado haría algo para impedirlo?

—¿Qué os hace pensar que yo voy a dejarme violar?

—¿Qué harías para impedirlo? —mencionó con su voz profunda.

—Os mataría.

Jamal la sujetó de la cintura y la apretó contra él. Lidia cogió un cuchillo de la mesa e intentó clavárselo en el pecho. Él fue más rápido y la lanzó contra la mesa quitándole el cuchillo. Ambos hombros estaban al aire con su cabello dorado esparcido contra la mesa. Algunos utensilios habían quedado atrapados bajo su cuerpo y se le clavaban dolorosamente en la espalda. Sintió el frío acero contra el cuello.

—Quiero dejarle claro una cosa, señorita Warbouth, el único hombre que puede garantizar su seguridad soy yo. Este viaje puede ser tolerable o muy desagradable para usted. Una cosa o la otra solo dependerá de su actitud.

—¿Y quién me protege de usted?

El cuchillo se retiró ligeramente cuando el capitán se inclinó hacia ella. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, dejándola paralizada.

—Nadie puede —susurró con la nariz cerca de su cuello—. Pero mientras se porte bien, no la tocaré —la cogió de la muñeca y la ayudó a levantarse—, a menos que me lo pida —dijo con sorna.

Se alejó de él todo lo que pudo y solo se relajó cuando vinieron a recoger los platos y el agua de la bañera. Entonces se quedó sola. Lidia se sintió exhausta y se dejó caer en la mullida cama. Era extrañamente cómoda y las bestias del dosel estaban talladas al detalle. Pasó sus dedos por ellas, hasta quedarse profundamente dormida.



W



E

CAPÍTULO XXI

RAMPSON HILL, 26 DE FEBRERO DE 1777

Lidia Warbouth llevaba semanas desaparecida. Nadie sabía nada de ella al igual que desconocían el paradero de Walker Boulton. Ambos habían desaparecido el mismo día y parecía que se los había tragado la tierra. Una mujer había sido vista por algunos centinelas esa noche en el fuerte. Aunque la describían como una campesina con un vestido verde y una cofia, el coronel Hastings sabía que se trataba de Lidia.

«¿Quién más iba a visitar a ese reo?», pensó él. Walker no conocía a nadie salvo a los voluntarios del hospital y a los habitantes de Rampson Hill. De todas las mujeres aparte de Lidia que podían visitarlo estaba Petra, pero esa noche había estado con ella.

Cinco muertos habían aparecido la mañana del día 12 cuando fueron a buscar al prisionero para su ejecución. Dos de ellos, tenían varios chelines en su bolsillo. Lidia los habría sobornado para entrar y se habría topado con Boulton durante su fuga. Pero el cuerpo de ella tampoco había aparecido. Estaba seguro de que se la había llevado, pero la ubicación, desde luego, la desconocía.

El señor Warbouth estaba preocupado y horrorizado a partes iguales pensando en lo que podría estar pasando su pobre hija. Demian registró de arriba abajo toda la ciudad de Calcuta y sus alrededores. Empujado por una deferente inquietud, puso una recompensa a cualquier persona que le ofreciera información. La necesidad de

dinero agudizaba el ingenio de la mayor parte del pueblo y llegaban a sus oídos variopintas y descabelladas historias con tal de sacarle algunas guineas. Ninguna de ellas tenía una pizca de verdad.

Por su parte, sus acreedores le estaban presionando cada vez más. Altas sumas de dinero destinadas a ganarse apoyos dadas aquí y allá, estaban empezando a vencer sus plazos. Había esperado estar casado para tener acceso a la dote de cincuenta mil libras de su esposa, pero todo había salido mal. Esa gente no se andaba con tonterías. Ni siquiera ser el sobrino del gobernador le salvaría.

Si hubiera fijado la boda antes todo habría salido a pedir de boca. Ni siquiera se habría tenido que librar de Lidia él mismo. Habría quedado como el perfecto viudo adinerado. En cambio, estaba desesperado y no sabía dónde buscar. La puerta del estudio se abrió de golpe y la señora Thompson entró apresurada. El señor Hastings la fulminó con la mirada, pero ella no pareció darse por aludida.

—Tiene una visita, señor Hastings. Dice que tiene información sobre Walker Boulton. —Puso sus manos unidas mientras resonaba el manojito de llaves.

—No estoy de humor para oír más cuentos. Decidle que se largue.

—Es el señor Parkins... —Hastings la miró fijamente— dice que es urgente.

Le hizo una señal y la mujer salió rápidamente del estudio. Demian estaba enfurecido por la estupidez de ese hombre y no pudo evitar ocultar su estado de ánimo cuando lo vio entrar en compañía de la criada, que hizo una ligera reverencia antes de salir y cerrar las puertas.

—Más te vale que sea importante. —En cuanto abrió la boca hizo una mueca de disgusto—. ¿Estás borracho, Parkins?

Demian detestaba las preguntas evidentes, pero se obligó a pronunciarlas con la intención de calmarse. Sus dientes rechinaban mientras contenía el impulso de partírle la cabeza. La madera de la mesa empezó a crujir bajo su agarre.

—Solo un poquito. —Señaló con los dedos.

—¿Cómo te atreves a venir así?

—Después de que te diga lo que tengo que decirte, vas a agradecerérmelo, ¿ya lo verás?! Lo verás! —Golpeó la mesa con las palmas de las manos.

—La última vez que nos vimos, te dije que no era conveniente que nos vieran juntos.

Cuando Demian vio que Parkins estaba demasiado borracho para razonar con él, lo dejó estar. Si se había atrevido a venir a Rampson Hill así era porque realmente sabía algo. Solo esperaba que la información valiera la pena y que Warbouth no le hubiese visto entrar.

—¿Qué tienes que contarme?

—Verás, hace unas semanas fui a beber al Janglee y allí de golpe y porrazo me encontré a ese indio de mierda.

Vomitaba las palabras acompañadas de movimientos exagerados y un repentino ataque de hipo. Demian sugirió que hablara del señor Boulton y cuando Parkins asintió le dejó continuar.

—Lo increíble es con quien estaba reunido, jefe. Cuando lo sepa, no se lo va a creer.

—¡Estoy harto de tus majaderías, Parkins! ¿Con quién estaba reunido?

—Con Jamal Bashir —dijo en un susurro—, con el puto capitán del Titán del Índico.

La expresión de Demian cambió por completo. Ahora entendía porque Parkins no se lo había contado antes. Porque había tenido que ahogarse en alcohol para contárselo. Parkins era más cobarde que estúpido, pero cuando bebía ambas cualidades invertían sus posiciones. «Sobrio, jamás habrías venido», sonrió, pensando en el terror que le recorrería el espinazo cuando se le pasara la cogorza.

—¿Estás seguro de que era él?

—Sí, estoy muy seguro. —Ladeó la cabeza y se señaló la mano vendada.

—¿Y aun así lo has delatado?

Parkins levantó la cabeza y empezó a soltar fanfarronadas contra Jamal, exhibiendo su propia necedad. Conocía muy bien al capitán del Titán. Era excepcional con los negocios. Con él, el éxito estaba garantizado. Traicionarlo, en cambio, era una sentencia a muerte. Cuando terminaron, Hastings se asomó al pasillo y le preguntó a una sirvienta donde estaba el señor Warbouth. Cuando se enteró de que estaba en la habitación de Lidia, le pidió que no le molestara.

Se despidió de Parkins, pero antes de irse, este extendió su mano vendada con la palma hacia arriba. Le exigió las guineas que daba por la información. Demian, con una sonrisa, le cogió la mano apretando la zona central. Parkins se dobló del dolor.

—Te recuerdo, Parkins, que la única razón por la que no te han colgado por estafa es por mí. Todavía te debe quedar dinero del que le timaste a Warbouth y si no es así, es tu puto problema ¡Lárgate de aquí antes de que te vea!

Parkins desapareció y Demian volvió al estudio para servirse una copa bien cargada. Muchas cosas se pusieron sobre la mesa y ahora solo quedaba informar de ello a Petra. Al anochecer Demian se coló en la habitación de su hermana.

—¡Debo comentarte algo muy grave! —dijo, sirviendo dos copas de coñac y ofreciéndole una.

—¿Más de lo que nos está pasando? ¡Lo dudo!

—Quizá te falta imaginación.

Petra cambió su expresión de incredulidad por una de preocupación. Escuchó atentamente las siguientes palabras de su amante.

—Sé dónde está Walker Boulton. —Petra abrió los ojos de par en par, pero se mantuvo callada—. Hace unas semanas, Parkins vio a Walker y a Jamal Bashir hablando juntos en el Jangalee.

—¡Eso no es posible!

—Cállate y escucha. —advirtió Demian—. Por lo que Parkins alcanzó a oír,

Walker estaba negociando la suma de tres mil libras en pago a una deuda de honor que Bashir tiene con él.

—¿Deuda de honor? ¿Qué deuda?

—¿Te acuerdas la cena en la que Walker se sentó con nosotros? El señor Warbouth elogió su resolución para tratar a un paciente que tenía varias puñaladas —relató, dando vueltas por la habitación. Petra asintió—. El hombre que trató era William Arrow.

Petra se levantó lentamente de la cama. Anduvo por la habitación mientras Demian seguía hablando. Siempre analizaba en silencio la información antes de ofrecer cualquier opinión.

—Ya conoces a Jamal lo suficiente para saber el resto. Tiene una deuda con Walker y con tal de saldarla... sería capaz de sacarlo de la cárcel, aunque fuera en contra de nosotros. Pero Lidia, ¿qué gana con ella?

—Nada. —Se quedó en silencio y después miró a Demian—. A menos que...

—Lo sabe, ¡joder! —Tiró la copa contra la pared.

—Tranquilízate, puede que aún estemos a tiempo de arreglarlo.

Petra se paseaba por la habitación con un semblante pensativo mientras que Demian se desahogaba con los muebles y la ropa de cama.

—Dependiendo de lo que sepa, podemos manejarlo. ¿Sabes hasta qué punto se ha dado cuenta? —preguntó ella. Demian negó con la cabeza.

—Debemos averiguar cuánto sabe Jamal y confirmar si tiene a Lidia.

—Si la tiene, puede matarla en cualquier momento y nuestros planes se irán a la mierda.

—Si la tiene y está viva es que no lo sabe todo. Eso nos dará tiempo.

—Debo partir detrás de Jamal. Si movemos nuestras fichas a tiempo, podré

negociar con él, traer a Lidia y continuar con nuestros planes —dijo, cogiéndola del rostro.

—Y si no, lo tendrás cerca para matarlo.

Compartieron un beso acalorado, lleno de pasión y se separaron. Entre caricias, la llevó a la cama y la subió a horcajadas sobre él. Se desnudaron mutuamente al tiempo que unían sus labios.

—El señor Warbouth debe partir contigo, será más fácil así.

—No te preocupes. Si Lidia está viva, la tiene él. Estoy seguro. No hará falta convencerle, vendrá él solo.

—Hasta pondrá el dinero para rescatarla.

Demian sugirió que el viaje le saldría muy caro a su futuro suegro. Mañana pensarían en un plan para arreglar todo el asunto con Jamal y cumplir sus objetivos. Iban a estar separados durante mucho tiempo. Lo mejor que podían hacer era aprovecharlo.





TITÁN DEL ÍNDICO, 3 DE ABRIL DE 1777

Su travesía por el Índico seguía sin interrupciones y, a pesar de la oposición de algunos miembros de la tripulación, la convivencia era más o menos tolerable. Su oficial de intendencia había expresado su total desacuerdo a la presencia de los nuevos tripulantes a bordo.

—¿Estás seguro de lo que haces, Jamal? Esos dos acabarán trayéndonos problemas a todos.

—No cuestiones mis decisiones, Conner, y vuelve al trabajo. —Se limitó a contestarle.

Desapareció de su vista con un bufido antes de reunirse con Arrow, que daba instrucciones sobre el manejo de las velas. En el caso de Walker, el mismo Conner reconoció su utilidad semanas después de su partida de Calcuta.

El chico no era marino, pero se le daban estupendamente las reparaciones y ayudaba a Antonio en todo. Además, hizo grandes progresos médicos a bordo y sus labores sanitarias estaban constantemente supervisadas por Benito, que había forjado una creciente amistad con él. En general, era un miembro valioso y se llevaba cordialmente con el resto de la tripulación. No se podía decir lo mismo de la única fémina del barco. Las primeras semanas, Lidia Warbouth se había comportado de un modo insoportable.

Había tenido la tentación de ahogarla innumerables veces, y en más de una ocasión tuvo que castigarla. El primer día la había atado al mástil boca abajo durante una hora. Por él se habría quedado todo el día colgada, pero Walker y Benito se apiadaron de ella y le pidieron que la soltara. Esa misma noche se arrepintió de haberlo hecho cuando pilló a la pequeña dama intentando acuchillarlo mientras dormía. Para su suerte tenía el sueño muy ligero y la mujer tenía una expresión demasiado evidente en el rostro. No había dormido temiendo que hiciera una de las suyas.

Al día siguiente todo objeto punzante estaba fuera de su camarote. Solo su cuchillo estaba al alcance, pero nunca lo dejaba a la vista. Como acción preventiva la ataba a la cama. Salía en muy raras ocasiones del camarote y siempre en compañía de alguien, pero cuando veía a Walker se encolerizaba. Le golpeaba con todas sus fuerzas mientras se montaba un corrillo de hombres alrededor, apostando y bromeando. La pelea no cesaba hasta que Jamal se acercaba y la separaba de él. Sus continuos arranques de furia hicieron que Lidia Warbouth se ganara el apodo de la Princesa Endemoniada.

Como castigo la mantuvo encerrada en el camarote durante tres días, hasta que al cuarto le suplicó que la dejara salir a tomar el aire. Fue entonces cuando Jamal le puso como compañero al único miembro de la tripulación con el que era amable. De alguna forma el pequeño y astuto Bu se había ganado la simpatía de ese demonio de orbes esmeraldas.

La dejaba pasear por cubierta siempre que se pusiera el vestido verde en lugar de llevar las provocativas ropas que exhibía dentro del camarote. Esa era una visión que solo se reservaba para él. No le apetecía lidiar con las miradas lascivas de sus hombres sobre su inesperada rehén. Benito y Arrow eran los únicos a los que Jamal les dejaba acercarse a ella sin su consentimiento.

Para su sorpresa, la tercera semana Lidia empezó a comportarse mejor. No era amable con Walker, pero al menos ya no le pegaba. Aunque sí le fulminaba con la mirada cada vez que lo veía. Por lo visto, la mujer que Walker había matado era su doncella. Aunque Jamal sabía que no había sido él, no tenía la más mínima intención de sacarla de la duda.

Empujado por una firme sospecha, Jamal indagó hasta descubrir por boca de Arrow que aquella mujercita estaba engatusando a Bu para que la ayudara a escapar. Esa noche tuvo una fuerte discusión con ella.

—Bu es un buen muchacho, no dejaré que lo utilices. —Le advirtió, encolerizado.

—¡Ya lo utilizas tú bastante! Debería caerse la cara de vergüenza por educar a ese niño para que sea un delincuente como tú.

Forcejeó con ella hasta mantenerla presionada contra la pared mientras volvía a recordarle dónde estaba y con quién. Con su cuello peligrosamente cerca de su nariz y su entrepierna dolorosamente dura, tuvo echar mano de todo su autocontrol para no violarla. De todos los hombres del Titán del Índico, el que peor lo pasaba en su presencia era Jamal Bashir. Se veía obligado a pasar todas las noches con ella, viendo como dormía y como sus camisas se deslizaban por sus curvas como una segunda piel. Algunas mañanas la encontraba demasiado cerca de él. Haciéndose el dormido, le pasaba un brazo por la cintura y la atraía más hacia su cuerpo. Cuando ella se despertaba daba un brinco y le golpeaba, terminando al instante con los melosos sueños que tenía con aquella dama impertinente.

En la primera semana la cama ya olía como ella y el camarote entero no tardó en incorporar ese olor. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera para evadirlo. Tomó la decisión de hacer una parada en el atolón de Shaviyani, en las Maldivas. No necesitaban provisiones, pero la señorita Warbouth necesitaba ropa urgente y él necesitaba desfogarse.

Solo les quedaba una semana a lo sumo para llegar a las islas cuando Walker Boulton se acercó a él. Se quedó varios minutos en el castillo de popa en silencio mirando el horizonte mientras Jamal manejaba el timón.

—¿Qué te sucede?

—He vuelto a discutir con Lidia.

—Esa mujer está loca, no deberías preocuparte por lo que piense de ti.

—Creo que debería contárselo —comentó tras un prolongado silencio.

Jamal le miró como si fuera idiota y le advirtió que ella no le creería, que lo más probable es que volviera a la actitud del principio del viaje. Algo que a ninguno de los tripulantes, a excepción de los que ganaban dinero apostando, les agradaba. Walker siguió insistiendo.

—¡Eres un asesino! No te tomaré en serio.

—¡No soy un asesino! ¡No maté a Eren! Me tendieron una trampa... Hastings y Windfield... —continuó exaltado.

—¡Ya lo sé! Pero no tienes pruebas de ello y esa niña es demasiado ingenua. No se creará nada de lo que dices.

—Eso ya me lo has dicho antes y no le di importancia, pero ahora que te conozco mejor, ¿cómo puedes confiar tanto en mí?

Cuando Jamal le dijo que se trataba más de experiencia que de confianza, Walker no entendió a lo que se refería. Se acercó a él y acarició el relicario que el mestizo llevaba a todas partes.

—He conocido a muchos asesinos y violadores en mi vida —empezó Jamal— y por la manera en la que miras esa pintura, jamás podrías haberle hecho eso.

No volvió a hablar con Walker sobre el asunto, pero por lo que vio estuvo muy pensativo en los últimos días. Sin duda estaba reflexionando sobre la cuestión. Walker Boulton era un libro fácil de leer.

Cuando por fin arribaron en las Maldivas les sorprendió un día soleado e infinitamente caluroso. Dentro de un mes el panorama según su experiencia podría ser muy distinto. La rotura inesperada de una de las velas tardaría unos días en repararse así que podían considerarlo unas pequeñas vacaciones. Por primera vez en todo el viaje la testaruda señorita Warbouth se atrevió a sonreír.

—Esto es precioso —comentó con ojos brillantes.

—Cambiarás de opinión por la noche, cuando los mosquitos no te dejen dormir

—comentó Jamal a su espalda.

Avanzó por la pasarela sin mirarla mientras que escuchaba a Benito ofrecerle un ungüento casero para repeler a los molestos insectos. Una vez fuera se llevó a Lidia a una de las posadas y tras elegirle una habitación cercana a la suya cerró la puerta tras él.

—Te quedarás aquí los próximos días hasta que arreglemos la vela de la mesana. La necesitamos para capear. Te irás con Arrow y Bu para comprarte ropa —dijo, lanzándole una bolsa con monedas—. Nunca he comprado ropa de mujer, ¿tendrás suficiente con eso?

—Sí —afirmó, pasando los dedos por las monedas. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

—No intentes hacer ninguna tontería, no podrás enviar ningún mensaje a Calcuta.

Lidia le miró con sorpresa y de forma inconsciente se mordió el labio. La mirada de Jamalladeó ligeramente sobre ellos, y sus propios labios se tensaron.

—Cuando termines volverás aquí y no saldrás.

—¿Qué? ¡No quiero!

—No importa lo que tú quieras. Aquí se hace lo que yo digo. Vas a ir con esos dos a comprarte ropa porque estoy harto de verte con la mía.

—Mira, en eso estamos de acuerdo, yo tampoco soporto nada que venga de ti —acusó ella con los ojos centelleando.

—¡Eres una niñata insolente! —Su áspera voz sonó más alto de la cuenta.

—¡Y tú eres un asesino despreciable, altanero y sinvergüenza!

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Ninguno de mis hombres se atreve a hacerlo!

—Yo no soy un hombre. ¡Y tú tampoco lo eres! —Le acusó golpeándole el pecho,

provocando una risa ronca en él.

—En tu vida solo has conocido a una panda de niños remilgados demasiado cobardes para atreverse a dar la cara y demasiado hipócritas para decir lo que realmente piensan. Si crees que no parecerme a ellos me ofenderá, eres aún más estúpida de lo que pensaba. —La cogió del mentón. Su nariz rozaba la suya—. Yo soy el único hombre de verdad que has conocido.

—Eres un engreído miserable.

—Y tú eres una rebelde que necesita aprender a obedecer. —Su voz ronca y profunda salía forzada de su garganta.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? —escupió, intentando librarse de su agarre.

—Tengo una manera mejor de someterte.

Los labios de Jamal chocaron impacientes contra los de Lidia. La lengua del hombre recorrió su cavidad enviando espasmos de placer por el cuerpo de la joven. La arrastró a la cama sin romper el beso. Cuando ella cayó al colchón la asaltó un gemido que encendió aún más si cabe al capitán. Movidado por el intenso calor de su entrepierna, deslizó una de las manos por las caderas de ella. Presionó su delicada cintura contra la protuberancia de sus pantalones con fuerza.

—¡Suéltame! —exigió ella, empujándole el pecho.

—¿No te gusta? —dijo acariciándola y besando su cuello—. Vamos a comprobarlo.

Introdujo una de sus manos bajo las faldas de Lidia mientras continuaba besando su cuello y acariciándola por encima de la ropa. Cuando encontró la pequeña prenda que guardaba su sexo restregó su mano por encima de la tela. Ella se contorsionaba levemente por las atenciones de Jamal hasta que apartó la tela y pasó sus dedos directamente contra la piel.

—Eres una mentirosa —dijo riéndose—. Mira lo mojada que estás.

Jamal extendió sus dedos ante Lidia para que lo viera. Después se los llevó a la

boca. Tragó visiblemente sin entender lo que le pasaba a su cuerpo. Notando esa incertidumbre Jamal se acercó a ella y le susurró al oído.

—Cuando una mujer se moja es que está preparada para tomar a un hombre.

—¡Yo no quiero nada contigo! —defendió ella sin mirarlo.

Volvió a acariciarla con manos exigentes. Lidia Warbouth empezó a forcejear con más fuerza. De golpe sus gritos se convirtieron en sollozos berreones y golpeó con firmeza el pecho de Jamal cuando este se incorporó para subirle la falda.

—¡No quiero que me toques!

—¿Qué has dicho? —Jamal se quedó paralizado de repente.

—¡No quiero que me toques! —repitió con lágrimas en los ojos.

—Un día me suplicarás para que lo haga y haré que grites para mí. —La soltó bruscamente y salió de la habitación.

Había pasado toda la tarde bebiendo sin parar, después de ordenar a Arrow que acompañara a Lidia. William le dirigió una mirada agria cuando ella pasó despectivamente la vista sobre él. No volvieron hasta el anochecer. Sus hombres se divertían jugando, bebiendo o cortejando a alguna moza, mientras que Jamal se entretenía con la visión mental de cierta rubia. Podía haber estado toda la noche así hasta que una voz femenina lo sacó de sus pensamientos.

—Se le ve muy solo, capitán, ¿no quiere compañía?

Jamal levantó la vista hacia ella y se la quedó mirando en silencio. Era pequeña, esbelta, de busto mediano. Holandesa por su acento. Le llamó la atención su cabello. Rubio y largo, ligeramente ondulado.

—Solo requiero un servicio esta noche.

Los gemidos ásperos de él se escucharon por toda la habitación mientras la mujer le satisfacía. Al cabo de un rato la obligó a levantarse y la puso sobre la cama. Metió dos dedos dentro de ella y los movió con fuerza. Era el turno de la mujer para

empezar a gemir.

—Imagínate que soy ella —dijo a Jamal, provocando su sorpresa—. La chica joven que ha venido esta tarde contigo. Cuando saliste de su habitación te vi desde el otro lado del pasillo. —Miró su palpitante masculinidad y sonrió—. La tenías tan dura como ahora. Yo puedo fingir ser ella por una noche. —Sonrió con una mirada pícara.

Dirigió sus propios dedos hacia su feminidad y acarició el pequeño botón con agónica lentitud. Jamal se abalanzó contra la mujer y de un solo golpe la penetró. Ese cabello rubio del color de la paja se transformaba en un mar de bucles dorados. En su mente su piel bronceada se volvía inmaculada porcelana y sus ojos marrones adquirirían una intensa tonalidad verde esmeralda. La penetró más fuerte empujado por una pasión descontrolada y desconocida. Durante los días sucesivos estuvo alimentando sus fantasías sexuales con la ayuda de Ingrid, que se llevó una cuantiosa suma por su excelente trabajo.

Las velas de la mesana ya estaban arregladas. El Titán del Índico emprendió su camino hacia la isla de Madagascar y Jamal volvió a compartir camarote con la señorita Warbouth. Su convivencia volvería a ser insufrible hasta que pudiera encontrarse con otra Ingrid en el próximo puerto.





MASCATE, 8 DE MAYO DE 1777

La danza de las bailarinas era acompañada de los ritmos del laúd, el qanún y el nay. La casa de Eahira celebraba la victoria del clan Al Said sobre los clanes rebeldes del oeste del As Sunainah. Era un día de regocijo para su poderosa dinastía. Las velas tenues de las lámparas traslúcidas iluminaban las estancias donde los poderosos guerreros del emirato de Omán se divertían fumando y cantando mientras miraban los bailes sugerentes de las odaliscas.

Un intenso olor a incienso y perfumes impregnaba el aire mientras un muchacho con ropajes de sirviente se habría paso entre las mujeres hasta donde su señor Hasim Al Said esperaba. Cuando llegó, Hasim mantenía a su lado a una mujer de tentador aspecto que pasaba sus manos hábiles por la cercanía de su vientre. El muchacho se arrodilló ante él.

—Mi señor, traigo un mensaje para usted.

—¿Tienes que traérmelo ahora? ¿No ves que estoy ocupado, idiota?

—Señor, el mensaje viene de Calcuta —dijo, extendiendo el papel hacia su amo.

Chasqueó la lengua con fastidio y quitó de su regazo a la mujer. Leyó el mensaje y cuando terminó no pudo evitar abrir los ojos con sorpresa. Una sonrisa complaciente se dibujó en su rostro. Se levantó raudo del lecho de almohadas.

—Ibrahim, prepara mi caballo ahora mismo. Tengo que ir a ver a mi padre.

El chico salió despavorido mientras su amo se dirigía a la salida del burdel. Una vez fuera observó a su esclavo preparar su montura. Pasó los dedos sobre su barba bien cuidada. Hacía mucho tiempo que había esperado esto. Salió despavorido hacia el palacio del sultán Ahmad Ibn Al Said. Los guardias le dejaron pasar al reconocer al hijo menor de su señor aparecer por las puertas del palacio.

—Mi señor, os hacía festejando por vuestra reciente victoria —le comentó el capitán de la guardia.

—Tengo asuntos importantes que atender. —Se bajó del caballo con rapidez—. ¿Dónde está mi padre?

—En el palacio festejando la victoria contra esos rebeldes.

Hasim avanzó ignorando al guardia con el corazón henchido de rabia. Su padre, tenía la mala costumbre de colgarse las medallas de su hijo mientras él fornicaba con su ejército de concubinas. Sin embargo, a Hasim le expropiaba los éxitos con mayor frecuencia que a sus hermanos. Recorrió los pasillos del palacio sabiendo a ciencia cierta donde encontraría al sultán. Sin llamar a la habitación abrió las puertas de par en par para ver a su acaudalado padre emperifollado en sedas carísimas de hilo de oro. Estaba rodeado de cinco mujeres menores que su hijo que luchaban entre ellas por quitarle los ropajes al sultán. Todas ellas pegaron un brinco ante el recién llegado que recibió instantáneamente la furia de su padre.

—¿Qué crees que haces aquí? ¡Exigí que no me molestaran! —dijo el sultán, intentando levantar su henchido cuerpo.

—Tengo un mensaje importante que comunicarte.

Una sola mirada despectiva a las mujeres bastó para que se levantaran dispuestas a salir por la puerta. Ellas apenas se atrevían a mirar su rostro. Una horrible cicatriz lo cruzaba desde una de sus cejas hasta la comisura de la boca. Cuando el sultán y su hijo se quedaron solos, Hasim extendió la mano donde exhibía un rulo de papel bien enrollado.

—Ha llegado esta noche. Mi esclavo me ha informado de ello.

—Esto puede convertirse en un grave problema —determinó después de leerlo.

—¡Yo lo solucionaré! Dame un barco y libraré a nuestra familia de esa amenaza.

Ahmad no contestó a su hijo. Se limitó a dar vueltas por la habitación reflexionando. Suspiró y se dio la vuelta acercándose a Hasim.

—Aún no han determinado si lo sabe todo —dijo, mirándole a los ojos—. Si te ve se lo confirmarás.

—Si me ve le sacaré los ojos —espetó con odio.

—No harás nada en contra de ese hombre. Viajarás en el barco hasta el punto de encuentro. Te ceñirás al plan y nada más.

—¡No pienso hacerlo! Voy a hacer que ese hijo de puta pague por lo que me hizo —sentenció Hasim.

—Ese hijo de puta es mejor luchador que tú y lo sabes. —Pasó el dedo por su rostro emulando la cicatriz de su hijo.

Hasim se puso rojo y rechinó los dientes con tanta fuerza que produjo sangre al pillarse el labio. Se dio la vuelta y anduvo por la habitación hasta llegar a una bandeja con suculentos manjares y los lanzó por el suelo. Las piezas de fruta rodaron hasta el final de la habitación.

—Te matará si te tiene al alcance.

—Lo mataré a distancia si hace falta. —Palpó posesivamente la pistola que llevaba a la cintura.

—Eso sería contraproducente. Para capturarlo debemos prepararle una emboscada.

—De poco nos servirá intentar sorprenderle si ya conoce nuestro papel en todo esto.

—Si lo supiera, seguiría camino a la capital, pero parece que sigue con su itinerario habitual. —Se acercó al sillón y se sentó.

—Entonces, ¿qué me ordenáis? —mencionó con impaciencia Hasim, mientras se sentaba a su lado.

—Irás a Somalia y recogerás el paquete. Te hospedarás en Socotra hasta nueva orden.

—¿Y si lo veo?

—Mejor si no te ve él a ti. Y otra cosa más, el paquete no debe sufrir daño alguno, ¿entiendes? —comentó el sultán.

Su hijo Hasim no contestó. Tenía la mirada perdida y los pensamientos enfocados en Jamal Bashir. Su padre le agarró el hombro con fuerza y le zarandó para que lo mirara.

—Lo entiendo. —Se limitó a decir—. ¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo. La lanza de Mascate es nuestra nave más rápida. Úsala para interceptarle.

Hasim se levantó del sillón dispuesto a partir inmediatamente hacia el burdel. Debía avisar a sus hombres de que tenían una nueva misión cuando su padre agarró el extremo de su túnica. Lo miró desde arriba con el ceño fruncido.

—Esta misión no es de combate, Hasim. Esa mercancía no es valiosa para él. Si se la quitas sin llamar su atención, no te perseguirá.

—Eres el sultán del reino de Omán, ¿temes que ese hombre pueda hacerte algo? —dijo con una actitud divertida.

—¿Tú me lo preguntas? Lo conoces, Hasim. ¿Crees que es hombre con el que se pueda jugar?

—Lo haré con discreción. —Abandonó el palacio tan pronto como le fue posible.

En el amanecer de ese mismo día la corbeta en la que viajarían salió del puerto de Mascate hacia las costas de Somalia. Un halcón salió de la misma nave en dirección a su viaje, mientras el cielo ennegrecido anunciaba la llegada de la época de tormentas. El animal llegaría, con suerte, antes que ellos y para entonces sus subordinados en tierra ya habrían tomado posiciones.

Habían pasado años desde la última vez que lo vio, pero cada día que se miraba al espejo recordaba a ese bastardo que tantas humillaciones le había hecho pasar. Por su culpa había sido objeto de burlas, despreciado por sus hermanos y, sobre todo, por su padre. Dentro de poco tendría la oportunidad de ajustar cuentas con el capitán Bashir.





TITÁN DEL ÍNDICO, 8 DE JUNIO DE 1777.

Era una noche tranquila y despejada. Nada parecida a todo lo que habían soportado durante el mes de mayo. Ese mes era uno de los más problemáticos para navegar debido a las numerosas tormentas y ciclones que asolaban las rutas marítimas.

Walker había pasado tormentas atado en una bodega a rebosar de personas y enfermedades, y creyó que estar en cubierta no podía ser peor. Cambió de idea en cuanto las olas comenzaron a ganar altura y a golpear el barco con violencia. El viento soplaba con fuerza y el agua golpeaba los mástiles y las velas como látigos. Laceraban los aparejos de la cubierta mientras las nubes tapizaban el mundo con una capa negra y espesa. El barco se zarandeaba con tal violencia que en más de una ocasión tuvo la sensación de que iba a volcar, pero la experiencia de los marinos del Titán no tardó en hacerse palpable.

Una vez sorteada la tormenta se realizó una rápida revisión de daños. Fue entonces cuando Antonio y Walker tuvieron que ponerse a trabajar de verdad. Muchas maderas del barco habían cedido por la tormenta y pasaron varias semanas reparándolas. Por suerte ninguna de ellas estaba bajo el calado del navío.

Durante la tormenta, la señorita Warbouth se quedó en el camarote del capitán junto a Bu haciéndole compañía. Por lo que Benito le dijo, estaba muy nerviosa y mareada por las tormentas y en los días sucesivos no salió del cuarto.

Deseaba hablar con ella, pero con el demandante trabajo de carpintería a bordo y lo cansado que estaba al final del día, no le quedaba ánimo ni fuerza para enfrentarse a ella. Pero esa noche era distinta. Había esperado demasiado tiempo y necesitaba contarle todo lo que vio. Esperó durante horas en la proa del barco pasando sus dedos por las heridas de sus manos. Jamal, que lo había estado observando, se dirigió a Arrow y Bu y les dijo que preparasen la bañera para él. Después de unos minutos se dirigió a su camarote con una mirada confidente. La señorita Warbouth salió con el ceño fruncido y las mejillas coloradas a los pocos minutos.

Su ropa era muy diferente a la que estaba acostumbrada. Parecía más una campesina que una rica heredera inglesa. Un vestido de tela al estilo étnico de las Maldivas combinaba a la perfección el blanco y el rojo, mientras su cabello lo tenía recogido con un pañuelo de encaje color crema.

De espaldas a Walker contemplaba la inmensidad del mar allá donde la luz de las antorchas lograba penetrar. Las estrellas en cambio proyectaban un hermoso baile de luces imperturbables sobre sus cabezas, que se extendían más allá del horizonte. Se acercó a ella con sigilo para no asustarla mientras intentaba buscar las palabras correctas. Carraspeó para que se diera la vuelta. La mirada de sorpresa se transformó al instante en desprecio.

—Señorita Warbouth, deseo hablar con usted si me lo permite —dijo con timidez.

—Usted y yo no tenemos nada de lo que hablar.

—Entonces solo escúcheme.

Se puso junto a ella en la baranda. Se volvió hacia él con una mirada repleta de odio. Walker sintió que la garganta se le secaba y su corazón latía con fuerza en sus oídos.

—No hay nada que pueda decir que me interese escuchar.

Walker se dio cuenta de que por las buenas no conseguiría nada así que, cuando la señorita Warbouth hizo amago de irse, la sujetó con firmeza de la muñeca. Un tirón poderoso hacia él, la hizo girarse y chocarse con su pecho.

—¡Suélteme! —exigió ella, intentando patearlo.

—No voy a soltarla hasta que me escuche.

Walker paró en seco los puños que se dirigían a él. No ocurrió lo mismo con sus palabras.

—¡No quiero oír más mentiras del hombre que mató a Eren!

—¡Yo no maté a Eren! ¡Yo la amaba y ella a mí!

La señorita Warbouth se paró en seco y miró con incredulidad al mestizo que le aprisionaba las muñecas.

—Para Eren usted era su mejor amiga. Estoy seguro de que ella le contó lo nuestro.

Se la quedó mirando, esperando que le contestara. Aflojó su agarre sobre ella y le permitió enderezarse. Ella respiraba entrecortada y mantenía la cabeza alta y el rostro congestionado.

—Ella me lo contaba todo —admitió—. Lo amaba de verdad, pero usted no la correspondía. Si fuera así no hubiera hecho lo que hizo.

—Yo no hice nada de lo que me acusaron en el juicio. Tergiversaron las pruebas para culparme de su muerte.

—¿Y me va a decir que no pretendía irse? —acusó Lidia—. Le pregunté a ese hombre si te conocía de algo. Me dijo que habías salvado la vida al señor Arrow y que estaba en deuda contigo. Los casacas rojas que registraron tu cuarto vieron tus pertenencias empaquetadas. Pretendías huir en este barco, ¿verdad? —preguntó en un sollozo.

—Si —admitió él.

—¿Cuándo Eren supo que te ibas la mataste? —Parecía más una afirmación que una pregunta.

—¡Claro que no! —contestó al instante—. Me iba para protegerme de ellos. Tenía intención de decírselo a Eren, por eso cuando volví la busqué, a pesar de que me recomendaron no hacerlo. ¡Jamás pensé que pudieran hacerle nada a ella!

—¡Mientes! Tú la mataste. Estabas cubierto con su sangre.

Lidia se alejó unos pasos de él, como si todavía estuviera cubierto con su sangre. Le miraba con los ojos muy abiertos y asqueada. Como si acercarse pudiera mancharla.

—No la mate. La encontré en el cobertizo. Intenté reanimarla, pero ya estaba muerta. Busqué ayuda, pero en lugar de escucharme me encerrasteis en una celda —explicó colérico, mientras pasaba las manos por su cara.

—¡Mentiroso!

—¡Es verdad! ¡Yo la amaba y la sigo amando! —Lidia lo miró con la cara surcada en lágrimas—. Si hubiera llegado a imaginar que podían hacerle eso jamás la habría dejado. ¡La hubiera sacado de Rampson Hill a rastras si hubiese hecho falta!

—¿Entonces quién fue? ¿De quién se supone que querías protegerte?

—La noche que me fui con mis compañeros del hospital volví tarde a la mansión —empezó Walker—, fui por el jardín de atrás y vi que había luz en el cobertizo. Pensé que el jardinero se había dejado un candil encendido y fui a apagarlo. Había gente dentro.

Observaba a Lidia detenidamente mientras buscaba el valor para decirlo. Ella le miraba con el ceño fruncido y la cara con lágrimas secas marcando su rostro de porcelana. Podía ver las llamas de las antorchas ondeando en sus ojos esmeraldas.

—Vi a la señora Windfield fornicando con Demian Hastings. Ellos mantienen una relación incestuosa.

Walker se quedó mirando a Lidia que tenía una expresión indescifrable. Tuvo la tentación de golpearle el hombro para que reaccionara. El miedo empezó a recorrerle la espina dorsal cuando empezó a comprender lo que germinaba en ella.

—Eres la mayor basura que jamás he conocido y me alegro de que Eren muriera antes de darse cuenta de la clase de monstruo que eres.

—¡Lidia, sé que es difícil de creer, pero es la verdad!

—Cállate...

—¿Te acuerdas la noche que me recriminaste delante de todos? Viste que Demian tenía unas heridas en el cuello... Petra se las hizo esa noche, por eso supe que era él...

—Cállate...

—Ellos descubrieron esa noche que fui yo quien les espío en el cobertizo. Por eso mataron a Eren y me culparon a mí de esa atrocidad, para que nadie lo descubriera.

—¡Te he dicho que te calles!

Lidia explotó. Se lanzó contra Walker enfurecida, con el cuerpo tembloroso y las manos en puños. No sabía de dónde podía sacar tanta fuerza, pero apenas lograba controlarla. Intentó razonar con ella, pero era imposible. Ella ya no le escuchaba. Forcejeó con ella y la empujó contra la baranda. Un grito estremecedor se escuchó en la cubierta.

—¡Mujer al agua! —gritó Walker al verla desaparecer—. ¡Lidia! —Se asomó a la baranda, pero no vio nada salvo el pañuelo de su pelo—. ¡Maldita sea! —maldijo antes de tirarse al agua.





MADAGASCAR, 10 DE JUNIO DE 1777

El sonido de las olas rompientes en las paredes rocosas de la bahía acompañaba el canto de los pájaros. La brisa marina acariciaba su rostro incluso en el interior de la habitación. Parecía un día hermoso por lo que se veía a través de la ventana. Caminó hasta ella y se apoyó en el rudimentario alféizar de dalbergia. Ante ella se abrió una inmensa playa de arena blanca y aguas cristalinas. Varios marineros pescaban en la cala en pequeñas piraguas y en la playa consiguió distinguir las figuras de varios niños que jugaban.

—¿Dónde estoy?

—Estás en la región de Antisiranana, en la isla de Madagascar —dijo Jamal sin levantar la vista.

Estaba sentado en una silla con las piernas cruzadas y estiradas, al tiempo que utilizaba una piedra para afilar su cuchillo. Siguió con sus labores ignorando completamente a la mujer que tenía delante.

—¿Qué ha pasado?

—Has estado un día y medio inconsciente. Te caíste por la borda del barco y te golpeaste la cabeza.

—¡Walker Boulton me empujó!

—¿Ah sí? —dijo levantando la vista—. ¿Me estás diciendo que intentó matarte?

—¿Por supuesto! —contestó, cruzándose de brazos—. ¿De qué te ríes? — preguntó indignada viendo cómo se carcajeaba.

—Nada, solo me parece muy curioso que te tire por la borda y luego se lance al agua a buscarte.

—¿Él se lanzó?

Jamal dejó la piedra de afilar y enfundó de nuevo el cuchillo en su guarda. Se levantó de la silla y se acercó a ella.

—Por casualidad el señor Popper escuchó los gritos de Walker antes de que saltara y me avisó. Si no hubiéramos dado la vuelta al barco habríais muerto los dos. — Lidia parpadeó aturrida al escucharlo—. Y yo que pensaba que ibas a dejar que me bañara tranquilo.

—¿Dónde está?

—Descansando. Ha estado vigilándote desde que te sacó del agua. Seguro que quería rematarte.

Jamal volvió a usar con ella su humor sarcástico. Sus pensamientos estaban en otro sitio. Lidia miraba sus pies mientras recordaba las cosas que le había comentado de su prometido y su cuñada.

—Da igual que me haya salvado. Sigue siendo un asesino y un mentiroso.

—Eres la mujer más estúpida que he visto en mi vida —dijo con condescendencia.

—¿Qué dices?

—Walker Boulton es una buena persona. No paras de atacarlo y, a pesar de eso, se lanzó al agua en plena noche para sacarte. Yo habría dejado que te ahogaras — concluyó él.

—Tú no sabes nada de las mentiras que me dijo.

—¿Estás segura de que son mentiras?

Lidia afirmó que así era, a pesar de que la mirada del contrabandista la hizo dudar. Jamal se acercó aún más. Cuando estuvo a un paso de ella sacó de su bolsillo un relicario. Cogió una de sus manos y lo depositó en ella sin soltarla.

—No hay mayor ciego que el que no quiere ver.

—¿Qué es esto?

—Se le cayó a Walker cuando vine a buscarlo esta mañana. Estaba dormitando en la silla. Lo llevé a otra cabaña para que descansara. Creo que deberías devolvérselo. Asesino o no, te ha salvado la vida.

Jamal se marchó y cerró la puerta tras de sí. Ella abrió el relicario. La impresión fue tal que tuvo que sentarse en la cama. La imagen mostraba el inconfundible rostro de Eren. Se llevó una mano a la boca mientras se le empañaba la vista. Sus dedos acariciaron la imagen, donde la doncella exhibía una sonrisa radiante y risueña. Se limpió las lágrimas y después pensó en lo que había dicho Walker sobre lo que sentía por ella.

Había defendido que la amaba, que había descubierto un secreto atroz y por ello habían querido incriminarlo con su muerte. En ese momento la furia había nublado su juicio. Entonces recordó esa mirada carcomida por los remordimientos y esa lágrima furtiva que se deslizó por su rostro. Sus ojos se habían vuelto tan oscuros en ese momento como aquella tormenta.

Quizás los sentimientos de Walker eran sinceros, pero de ninguna forma podía creer que Demian hiciera semejante indecencia. Quizá Eren hubiera sido asesinada por otra persona. Estaban en un país en guerra al fin al cabo. La gente se moría de hambre y los hombres asaltaban incluso las casas mejor vigiladas antes de resignarse a morir en sus chozas.

Cabía la posibilidad que buscaran algo de valor en el cobertizo y Eren, que le encantaba pasear por el jardín, lo viera. Que esa persona la arrastrara al cobertizo y

la matara. Demian y la señora Windfield habían estado todo el día con ella y nunca los había visto siquiera pasear cerca del cobertizo. Puede que efectivamente Walker viera a la señora Windfield con otro hombre y lo confundiera con Demian, de todas formas, había estado en una posada bebiendo con otros miembros del hospital. Demian era militar, sin duda las heridas del cuello podrían haberse las hecho en cualquier sitio. Por tanto, Lidia no encontró motivo alguno para desconfiar de ninguno de ellos.

A pesar de todo Jamal tenía razón. Walker Boulton le había salvado la vida. Ella no era ninguna desagradecida así que le devolvería el relicario y escucharía lo que quisiera decirle.

Se dirigió al armario y se congratuló viendo que todas las ropas que había comprado con Arrow y Bu estaban allí. Tras vestirse salió en busca del señor Boulton. Se encontró que las pequeñas cabañas estaban unidas por estrechos puentes de bambú colocados directamente sobre la arena de la playa. Los recorrió hasta que reconoció al señor Sawyer. Le indicó que Walker había salido de su habitación hacía escasos minutos. Paseó siguiendo sus indicaciones hasta que divisó un promontorio rocoso donde Walker estaba plantado. La brisa, ahora más fuerte, movía su cabello negro. Antes lo tenía perfectamente ordenado. Ahora corto y enmarañado. Tan perdido estaba en sus pensamientos que no se percató de la presencia de Lidia hasta que habló.

—Es una vista hermosa

—Sí, lo es —dijo él, ladeando la cabeza antes de fijarla de nuevo en el horizonte.

—Creo que esto es tuyo. —Walker recogió el relicario con las dos manos como el mayor de los tesoros—. Jamal lo recogió. Se te cayó cuanto te relevó —dijo con una sonrisa, viendo la ternura con lo que lo acariciaba—. ¿Quién lo pintó?

La miró un instante entendiendo que sabía perfectamente quien estaba retratada en él. Había dolor en su mirada y ella le sonrió dándole tiempo para hallar las palabras.

—Lo pinté yo —dijo abriéndolo—. Hice el dibujo en mi cuaderno de estudio. Una tarde mientras paseábamos por el jardín. Estaba preciosa. —Volvió a cerrarlo.

—Seguro que a ella también le gusto.

—Nunca lo vio —confesó él—. Quería algo que fuera para los dos. Quería quedarme yo una imagen y regalarle una mía a la vez. La tarde que murió quería darle el mío. Pero no pude.

Comenzó a temblarle la voz mientras sacaba otro relicario idéntico al anterior, pero con la imagen de Walker en el interior. Perfectamente peinado y afeitado con una sonrisa capaz de fundir el corazón más frío.

—Me pareció muy apropiado dárselo. Así podía mirarlo y acordarse de mí. — Walker se dio la vuelta. Lidia se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Por qué no le pediste que fuera contigo?

—Ella me dijo que no vendría. Le comenté si le gustaría ir a Pensilvania conmigo y me dijo «Eso está demasiado lejos. Además, mi señorita Lidia está a punto de contraer nupcias, ¿cómo voy a abandonarla?».

Lidia se mordió el labio al percatarse de que los sentimientos de amistad que profesaba a Eren eran a tal punto correspondidos por esta, que había rechazado marcharse con Walker. Cogió el relicario en el que estaba la imagen de él. Le oprimía el corazón la cantidad de sueños que se habían perdido en aquel cobertizo.

—Creo que a ella le gustaría tenerlo.

—Usted volverá con su padre. Convenceré a Jamal para que la suelte —dijo él. —Cuando regrese a Calcuta, ¿puede darle esto a Eren? —dijo, rechazando el relicario que le estaba devolviendo.

—Se lo darás tú —dijo pasándoselo por el cuello—, cuando descubramos quien es el asesino de Eren.

Una ligera sonrisa se dibujó en el rostro de Walker. No tardó en eclipsarlo otro sentimiento más melancólico.

—Aún no me cree del todo, ¿verdad, señorita Warbouth?

—No puedo creerlo todo.

—Entonces espero que cuando se dé cuenta, no sea demasiado tarde —respondió con esperanza.

Las estrellas ya adornaban el firmamento cuando se dirigieron al comedor de la posada. Los miembros de la tripulación estaban al completo y por primera vez en todo el viaje, Lidia disfrutó sinceramente de la cena. Hasta Jamal parecía algo menos ofensivo que de costumbre.

Después de la cena se dirigió cansada hacia su cabaña. Iba a abrir la puerta de su choza cuando una mano autoritaria la cerró de golpe. Lidia miró al hombre que tenía frente a ella. Solo le sacaba una frente de altura, con ojos negros como la noche y cabello castaño con hebras rubias. Había escuchado a Jamal llamarlo Witsel. Aunque nunca le decía nada, la mirada de una manera que le daba escalofríos.

—Buenas noches, señor Witsel.

—Señorita Warbouth, ¿verdad? —dijo él, mirándola de arriba abajo.

Lidia asintió y apretó la manija con tanta fuerza que pensó que podría romperla. Nerviosa y asustada, su único pensamiento circundaba el alejarse de ese hombre.

—Nuestro capitán la mantiene encerrada durante mucho tiempo. —Lamió ligeramente sus labios—. Me preguntaba, ¿cuál es su papel en este barco?

—Si el capitán Bashir no se lo ha dicho, no entiendo cómo podría ilustrarle.

—El capitán puede ser muy discreto cuando se lo propone. En cuanto a lo de ilustrarme, yo creo que sí está en su mano —dio un paso hacia ella, dejándola acorralada.

—No le comprendo.

—El capitán Jamal es un hombre de negocios y usted no es una mercancía, así que solo hay otra opción.

Lidia se apoyó por completo en la puerta, para poner más distancia entre los dos.

La mirada que le dirigía le estaba empezando a revolver las tripas. Witsel habló en un tono pesado mientras la rastrillaba con la mirada.

—Que usted es su puta y una muy buena si la mantiene en el barco en lugar de dejarla en algún puerto.

—¡Se equivoca! ¡Yo no...! — la cogió de la barbilla tan fuerte que no pudo hablar más.

—Tranquila, no pretendo apartarla del capitán, solo divertirme un poco.

Empezó a acariciarla. Su aliento caliente y cargado de ron estaba por provocarle náuseas. Intentó forcejear para que la soltara.

—El capitán debería compartir el botín, no es justo que se la quede para él —dijo, mordiéndole el cuello.

—¡Déjame!

—¡Cállate, puta! —dijo, intentando meter sus manos por el interior de la falda.

Ese hombre estaba loco. Donde los demás no se atrevían a mirarla, este pasaba la franja de tocarla incluso. Consiguió lanzarla al suelo y tumbarla. Sus manos ásperas le hacían daño y sus acciones empezaron a adquirir un deje claramente violento. Sintió como los ojos le picaban hasta que una voz ronca resonó en el pasillo.

—¡Suéltala, Witsel! —La voz de Jamal era profunda y autoritaria. La levantó del suelo con facilidad y la puso tras él—. ¡La última vez te dejé claro lo que te pasaría si hacías de las tuyas!

Acompañó sus palabras con una secuencia de puñetazos. Cuando Lidia se percató de lo que estaba pasando, Witsel estaba tumbado en el suelo con la cara llena de sangre. Jamal había recibido una patada en la cara por parte de su subordinado y la nariz le sangraba con abundancia.

—¡Hijo de puta! —Jamal sacó su cuchillo dispuesto a apuñalarle.

—¡Basta, no lo hagas por favor!

Ella aún recordaba la imagen de los casacas rojas en el fuerte William cuando Jamal, sin ningún miramiento, les había cortado el cuello. Era una visión que no quería volver a ver por nada del mundo. No quería una muerte por su culpa.

—No sabes lo que podría haberte hecho este hombre. ¡No lo sabes!

Jamal estaba encolerizado. Su semblante era tan severo que ni siquiera se atrevía a contenerle la mirada. Los ruidos de pisadas en el pasillo alertaron a Lidia, que vio a Conner, Arrow y Benito avanzar hacia ellos. Los tres observaban a Witsel en el suelo. Solo Benito intentó levantarlo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Este imbécil ha desobedecido mi orden! Dije que nadie, excepto yo, podía tocarla.

—Será castigado por ello, capitán. ¡Benito, cúralo! Ya le daremos su merecido.

—Voy a matar a ese imbécil. —Reflexionó Jamal, tocándose la nariz.

—Serías un idiota si lo hicieras, sabes que nos quedan muchos meses de viaje y necesitamos a todos los hombres a punto —afirmó Arrow.

—Sí, sobre todo ahora que has decidido jugar con ciertas mercancías. —añadió Conner, mirando a Lidia con desprecio.

—¡Estoy harto de vuestros sermones!

—Lidia, llévate a Jamal, por favor —le pidió Arrow—, trata de tranquilizarlo.

Lidia colocó su mano en el hombro de Jamal al tiempo que abría la puerta de su habitación. Al principio se sacudió de su toque, pero se metió en la habitación cuando ella se lo pidió. Haciendo que se sentara en la cama comenzó a limpiarle la sangre.

—No es necesario. —Intentó quitarle el pañuelo, pero ella lo esquivó.

Dejó que Lidia lo atendiera. Poco a poco la expresión de crueldad que le

dominaba momentos antes se fue disipando. Sentía la mirada fija de Jamal en ella.

—No pensé que la conversación con Walker provocaría este efecto.

—No te relajes, sigo pensando en escaparme.

—Puede que algún día lo consigas, pero no te acerques a Witsel. —Ella cesó de limpiarlo y lo miró—. Si lo haces, no volverás a casa con vida.

—¿Y contigo sí?

—Tienes más posibilidades.

Jamal puso los codos apoyados en sus rodillas mientras se palpaba la nariz haciendo muecas de molestia. Quedaron en silencio durante unos minutos hasta que Lidia dejó de jugar con el pañuelo y le preguntó.

—¿Qué fue lo que hizo?

El capitán Bashir la miró en silencio mientras ella lo miraba con curiosidad. Durante su estancia en el barco, había sido testigo de la manera en que ambos hombres interactuaban. Jamal nunca bromeaba con él como hacía con el resto. En su rostro no se reflejaba el sentido del humor hiriente y mordaz que le caracterizaba. Aunque no entró en detalles, Arrow le dio razones suficientes para que entendiera que ambos se detestaban. Incluso Bu le había dicho que Witsel le daba miedo y que Jamal no quería que se acercara a él. Bajó la mirada pensando que no iba a decirle nada. Había pasado mucho tiempo con él para darse cuenta de que era un hombre hermético.

—Teníamos en nuestro poder a dos rehenes que debían entregarse a un hombre de Brunéi. Una madre y una niña de unos diez años. Antes de la entrega ese hombre fue asesinado. —Hizo una pausa y continuó—. Witsel se ofreció a vigilarlas hasta que decidiéramos qué hacer con ellas.

Miró hacia abajo como si estuviera viajando al pasado, recreando cada detalle. Mantenía sus manos entrelazadas y apretaba sus nudillos haciéndolos crujir.

—Conner, Arrow y yo nos fuimos de la cabaña donde estaban encerradas dejando

a Witsel con ellas. Cuando volvimos, la cabaña estaba vacía a excepción de una habitación. Al abrir la puerta vimos lo que había hecho.

—¿Qué viste?

—Había violado y descuartizado a la niña. Y amordazado y atado a la madre a una de las vigas para que viera como lo hacía.

Levantó la vista hacia Lidia. Vio en sus ojos aquello que esperaba encontrar. Tenía el rostro horrorizado con la mano tapándose la boca. Los ojos abiertos de par en par intentando imaginarse la atroz escena. El pañuelo se le había caído al suelo.

—¿Qué pasó con la madre?

—Le volé la cabeza de un tiro —soltó lacónico.

Lidia se levantó de la cama. Se alejó de su lado hasta que chocó con el armario y permaneció en silencio, hasta que él levantó la vista hacia ella.

—Sé lo que estás pensando, pero no me arrepiento de lo que hice. De hecho, creo que eso es lo más humano que he hecho por alguien en mi vida —contestó, mirándola cansinamente.

—¿Matar a una mujer indefensa? —comentó al borde de la histeria.

—Liberar a una mujer que estaba sufriendo —corrigió Jamal—. Es mejor morir que vivir deseando estar muerto.

—¿Cómo estás tan seguro de que esa mujer quería que la mataras? —Se enderezó al ver a Jamal con una sonrisa lastimosa.

—Es indescriptible lo que sé siente al vivir con la impotencia de ver morir a los que amas y saber que no hiciste nada para salvarlos. —Jamal se levantó y caminó hacia ella—. Ese dolor lo conozco mejor que nadie. —Atrapó un mechón dorado y lo colocó detrás de su oreja—. No te acerques a Witsel.

—¿Por qué no me mataste?

—No te maté porque Walker me lo suplico.

—¿Y por qué no me dejaste en el fuerte? —preguntó, acercándose a él.

—No diré ni una palabra más, Lidia. Soy tu secuestrador, no tu amigo. Si quieres saberlo, pregúntaselo al coronel Demian Hastings. Si es que vuelves a verlo. — Desapareció antes de que Lidia pudiera preguntar nada más. Pasó el resto de la noche pensando que conexión habría entre los dos hombres.

Al día siguiente, Bu fue a buscarla a su cabaña. La convenció de dar un paseo por la playa y acabaron jugando en la orilla. Bu practicaba habitualmente con Jamal en el lanzamiento de cuchillos y con la espada con Antonio y Gabriel. A pesar de la cruenta educación que recibía, seguía siendo un niño y con ella se comportaba como tal. Se aferraba a su cintura y le contaba con una sonrisa todo lo que hacía. La entristecía mucho la idea de que se convirtiera en una versión de Jamal. El niño veía al capitán del Titán como un héroe.

Ajenos a todo eso, ambos disfrutaban de su compañía y Bu era una excelente fuente de información. Mucho más hablador que Jamal, había conseguido conocer detalles curiosos sobre los otros miembros de la tripulación. Detalles que les hacían parecer más humanos a sus ojos. Por la rígida sobrevigilancia a la que la sometía el capitán Bashir, no obtenía información de boca de estos.

—Un hermoso día de playa, ¿verdad? — preguntó Benito a su espalda.

Llevaba la imperturbable sotana negra de su orden con una tela visiblemente más ligera de las que llevaba en alta mar, pero conservando el alzacuello blanco. Su biblia como compañera inseparable, tenía las tapas desgastadas y carcomidas. Al ser el religioso del barco, Lidia compartía con él el secreto de confesión y reconocía en Benito una excelente vía de escape ante las impertinencias de Jamal.

—Bu me ha sacado a rastras de la habitación.

Ella miró al mar donde el agua le cubría más allá de la cintura. Cuando una poderosa ola lo tiró de culo y su cuerpo se perdió bajo la espuma, hizo amago de levantarse.

—Déjalo —dijo sujetándola y volviéndola a sentar—, ese muchacho tiene el mar en la sangre.

—Yo no sé nadar —sonrió al ver que Bu salía del agua dispuesto a doblregar otra ola.

—Nunca es tarde para aprender.

—Benito, ¿conoces bien a Jamal? —Lidia dibujaba en la arena con los dedos mientras hablaba.

—Creo que el único que conoce bien a Jamal es William. Ellos dos se conocen desde mucho antes de que Jamal se convirtiera en capitán del Titán del Índico —le informó él, mirando al horizonte—. Mi hermano y yo lo conocimos cuando visitó Puebla, su negocio marítimo estaba bien consolidado en ese entonces.

—He oído que Jamal dejó embarcarse a Walker porque le salvó la vida al señor Arrow. Debe quererle mucho.

—Es un padre para él. —Miró el dibujo de Lidia y sonrió—. Aunque Walker salvó a dos personas aquella noche. —La incredulidad de Lidia le hizo continuar—. A mi hermano. Jamal le amenazó. Le dijo que, si Arrow moría, le mataría. Siempre cumple su palabra.

—Tú le admiras —dijo sonriente.

—Admiro su determinación, su fortaleza y la lealtad que inspira en sus hombres.

—¿Por qué te uniste a su tripulación?

—Soy un religioso, Lidia, podría haberme quedado en mí país. Tendría mi propia parroquia, con tierras anexas y viviría holgadamente de mis rentas. Una vida nada despreciable, pero un sacerdote debe ir allí donde se le necesite de verdad. ¿Qué mejor sitio que un barco repleto de almas descarriadas? —dijo con aire jovial.

—¿No es por tu hermano?

—Mi hermano es la oveja que se perdió, te lo garantizo —dijo levantando la

mano—. Viajar en el Titán me ha permitido conocer a muchas almas así.

—Y extender la religión católica.

—El auténtico valor de la fe no radica en lo que creemos, sino en su utilidad. Solo el egoísmo nos empuja a forzar la fe de las personas —dijo, con la vista en el horizonte—. Mientras sirva para algo bueno, qué más da de donde proceda.

—Creo que a mi padre le caerías bien.

—¿Siendo amigo del hombre que secuestró a su hija? Lo dudo.

Siguió la línea de visión de Lidia y luego miró al horizonte. Lidia se quedó un rato en silencio y después de pensarlo un rato, miró a Benito y se atrevió a preguntar.

—¿Te suena de algo el nombre de Demian Hastings? —dijo sin mostrar mucho interés.

—No me suena. ¿Es amigo tuyo?

—Es mi prometido.

El evento de la cena se repitió y esta vez se quedó un poco más tarde. Descubrió que Antonio y Gabriel no solo eran hábiles con las espadas, también con los instrumentos. Christopher intentó sacarla a bailar, pero se negó. Al final Bu se convirtió en su compañero de baile. Esa noche descubrió que no podía negarle nada al pequeño grumete.

Ese sería su último día en aquel lugar paradisíaco, así lo había anunciado Jamal. Después de eso había desaparecido. Paseó por la orilla del pequeño pueblo costero perdida en sus pensamientos, intentando grabar en su mente los detalles de aquel paraje idílico. El color turquesa del mar, las playas de arena blanca, los robustos árboles de baobab y las palmeras ofrecían un hermoso escenario para los paseos matutinos. La brisa marina se mezclada con el aroma de la vainilla. Incluso había podido ver animales con los que jamás había soñado como lémures y tortugas marinas. Bu había buceado por los arrecifes de coral y le había regalado una caracola

de colores blancos y amarillos que ahora llevaba en un collar. Pasó sus dedos sobre ella con una sonrisa en el rostro.

—¡Por fin te encuentro, mujer!

Jamal avanzó hacia ella mientras el viento ondeaba sus rizos azabaches. Llevaba unos pantalones claros con botas negras y una camisa blanca medio abierta. La respiración se le atascó en el pecho. Tenía que reconocer que era un hombre muy atractivo. Había dormido en la misma habitación con él durante meses y no había pasado por alto su excepcional cuerpo. En algunas ocasiones lo había encontrado abrazado a ella y se había sentido extrañamente reconfortada.

—¡Ven conmigo! —ordenó dándose la vuelta.

Llegaron a una pequeña cala rodeada de promontorios rocosos. Lidia no conocía esa parte de la isla y durante la mitad del trayecto no había vuelto a ver un alma. Jamal se paró en seco. La señorita Warbouth estuvo a punto de chocarse con él.

—Desnúdate

—¿Qué dices? —gritó escandalizada.

—No me hagas perder el tiempo y quítate ese vestido.

—¡No voy a quitarme...! ¿Qué estás haciendo? —Vio a Jamal quitándose toda la ropa menos los calzones.

—Voy a enseñarte a nadar.

De repente se acordó de la noche que cayó por la borda. Cuando entró no le dijo nada. Se quitó la ropa con ella delante. Tuvo la oportunidad de ver la amplitud de su espalda y como se ceñían los músculos de sus brazos por el movimiento. Le obsequió una visión clara de sus tonificados glúteos. Cuando le recriminó su comportamiento, le dijo que iba a bañarse y que estaba invitada a verlo si lo deseaba. Salió avergonzada y escandalizada, sobre todo ante la idea de que una parte de ella había deseado quedarse. Sabía que esto no podía acabar bien.

—Escúchame, mujer, estás viajando en un barco, llegado el momento puede que

tengas que saltar por la borda. Ya te advertí que no estás en un viaje de placer—dijo con un agarre de hierro en su brazo y su característica voz ronca—. Tienes que aprender a nadar.

—No voy a desnudarme.

—Quédate con el camisón, pero el resto quítatelo —Jamal carecía de paciencia y ante su negativa explotó—. Te doy dos opciones, te quitas tú misma el vestido y conservas el camisón o te desnudo yo, y te aseguro que volverás a la cabaña como te trajeron al mundo.

Conociéndolo lo suficiente para creer en la veracidad de sus amenazas, empezó a desvestirse. Estaba colorada como una remolacha y no se atrevía a mirar a Jamal a los ojos. Incluso sin levantar la vista podía sentir como su mirada laceraba su cuerpo. La cogió de la mano y la metió al agua con él.

Las primeras horas Lidia no conseguía mantenerse a flote. Asustada, chapoteaba con violencia y Jamal tuvo que colocarle la mano en el vientre para que no se hundiera. Lidia podía sentir la ropa interior completamente pegada a su anatomía y cuando se erguía podía ver la mirada depredadora de Jamal clavada en sus curvas. Durante toda la clase Lidia esperó que se abalanzara contra ella y atrapara sus labios y su cuerpo como lo había hecho otras veces. Sin embargo, descubrió un autocontrol desconocido en el capitán Bashir.

Al final del día y como Jamal había pronosticado, Lidia Warbouth por fin se mantuvo a flote. Entonces hizo algo inesperado y le lanzó agua a la cara alegando que no era una remilgada inútil después de todo. Ese insulto no quedó sin respuesta e iniciaron una improvisada guerra en el agua. Cuando las risas cesaron Jamal tenía las manos puestas en la cintura de Lidia mientras ella las tenía apoyadas en sus hombros desnudos. Las manos calientes del capitán hacían un delicioso contraste con el frío del agua. Sus rizos negros se le pegaban al rostro y las gotas describían un recorrido sugerente desde su barbilla hasta su pecho.

Notaba la respiración entrecortada de Jamal mientras la miraba alternar la vista a distintas partes de su cuerpo. Lidia miró su pecho y vio una cicatriz estrecha cruzándolo. Empujada por un impulso inexplicable pasó sus dedos por ella hasta

donde comenzaba el agua.

—¿Te duele? —preguntó al notar que se tensaba bajo su toque.

—Ya no —contestó uniendo su nariz con la suya—. Estas haciendo que me sea muy difícil resistirme.

La piel de Lidia se erizó al instante. Observó cómo Jamal temblaba por el esfuerzo de contenerse y ella se sentía halagada de suscitar un deseo así en un hombre que tanta experiencia tenía con las mujeres. Un irremediable deseo de besarlo la sacudió mientras notaba como sus dedos se apretaban en la curva de sus caderas.

—Será mejor que volvamos.

Se sintió algo decepcionada cuando la sacó del agua y comenzó a vestirse. Lidia cenó junto a la tripulación con una actitud más circunspecta que de costumbre. Al final decidió que era una buena idea distraerse y se quedó a escuchar las divertidas canciones de los marineros. Esta vez aceptó la propuesta del señor Sawyer para bailar.

Acabó bailando alguna pieza con Walker y Arrow también. Por primera vez en todo el viaje aceptó las bebidas que la tripulación de Jamal le ofrecía. Por primera vez en su vida, a pesar de haber asistido a un sinfín de bailes en Londres, jamás se lo pasó tan bien como con ellos. Entre los miembros del Titán no había protocolos ni formalismos, nadie podía juzgarla como la distinguida heredera de la fortuna de los Warbouth. Sin embargo, la inexperiencia de Lidia con la bebida no tardó en hacerse patente. El mundo empezó a distorsionarse y todos sus prejuicios y problemas imaginables empezaron a desaparecer. Entonces sintió que unos brazos fuertes la estrechaban, llevándola a su habitación. Tumbada en la cama, notó que le acariciaban la mejilla. Pensó que era un sueño. Frente a ella estaba Demian, con la encantadora sonrisa que tenía la primera noche que lo vio.

—Te deseo, Lidia —dijo, atrapando su boca con la suya.

Un inesperado calor se apoderó del cuerpo de Lidia y rodeó el cuello de Demian con los brazos, acercándolo a ella. Lidia sintió como las manos ásperas y expertas de Demian le quitaban la ropa. Con una imprevista delicadeza, sembró besos tiernos y

caricias en cada tramo de piel deliciosamente expuesta. Le susurraba palabras delicadas llenas de cariño; sobre lo hermosa que era, sobre el efecto enfermizo que le provocaba y lo mucho que la deseaba.

Su piel se erizó y un gemido escapó de su garganta cuando la boca de ese hombre atrapó su cuello. Un calor empezó a acumularse entre las piernas de Lidia que no pudo evitar acariciar el amplio y musculado pecho que la cubría. Él se deshizo inmediatamente de la camisa dejando que la mujer se deleitara con su cuerpo.

Empujado por un ardiente deseo se abalanzó sobre los pechos de ella, atendiéndolos con esmero y obligándola a arquear la espalda en busca de tan pecaminosas caricias. Descendió por la curva de su cadera y acarició sus lechosos muslos abriéndolos de par en par, mientras pasaba sus grandes dedos por su húmeda hendidura.

Su respiración se congeló cuando la lengua de Demian chocó con el centro de su placer probándola con intensidad. Su lengua recorría los recovecos de su sexo, atrapaba sus labios con hambre, acariciaba los muslos con sus manos y succionaba con delicadeza el pequeño botón que coronaba su feminidad. Todos sus pensamientos habían desaparecido y solo existía un placer creciente y abrasador mientras sus manos quedaban forjadas en las sábanas.

Una liberación salió de su vientre siendo rápidamente recogida por el hombre que aún se aferraba a la unión de sus muslos. Se levantó rápidamente deshaciéndose de sus prendas y volvió a tumbarse junto a ella. Restregó la aterciopelada cabeza entre sus pliegues haciéndola jadear. Se inclinó para unir su boca en un apasionado beso.

—Lidia, dímelo —suplicó intentando contenerse.

—Hazme tuya... Demian —dijo acariciándolo.

El hombre se alejó de sus manos. Temió que se fuera, pero de repente la sujetó fuertemente del cuello y la penetró de una sola estocada. Una puñalada de dolor la atravesó de arriba abajo y emitió un grito mientras Demian la penetraba con excesiva violencia.

El dolor se fue difuminando a medida que su miembro se deslizaba en su interior.

Sujetó sus caderas dejando sus dedos marcados y empujó tan fuerte que el cabecero de la cama empezó a golpear violentamente la pared. Al ruido de la madera se le sumaron los gemidos placenteros de Lidia y los gruñidos ásperos de él. Tras una serie de estocadas alcanzó el clímax y la semilla del hombre se extendió por las cercanías de su ombligo. Su respiración fue volviendo poco a poco a la normalidad, cuando sintió que él se inclinaba hacia ella.

—Te dije que te haría gritar para mí —su voz grave llena de odio resonó en su cabeza.

Los ojos de Lidia se abrieron de sorpresa ante la característica voz del hombre al que había entregado su virginidad. Solo había un hombre que fuera capaz de hablarle de esa manera. Escuchó la puerta cerrarse de un portazo antes de que una lágrima resbalara por su mejilla.





NEW FEARLESS, 25 DE JUNIO DE 1777

El señor Warbouth estaba viviendo una auténtica pesadilla. Hacía un año estaba viajando hacia Calcuta con la esperanza de ver a su amada hija casada con uno de los hombres más honorables de la India. Ahora estaba embarcado en una fragata de guerra detrás de uno de los contrabandistas más peligrosos del Índico para salvarla.

Había pasado los días posteriores a la desaparición de su hija indagando sobre su posible paradero. Buscando pistas que le condujeran a ella o a Walker Boulton, pero nadie en toda la India conocía a ese hombre. Esas primeras semanas habían sido un tormento.

Las noches se las pasaba bebiendo en el estudio o en la habitación de su hija, deseando verla entrar por la puerta como si nada hubiera pasado. Desde la muerte de su amada Elisabeth, Lidia había sido su único apoyo, el bálsamo para su tristeza. Era su mayor tesoro y el último recuerdo de la mujer que le había convertido en el hombre más afortunado del mundo. Daría gustoso su vida y su fortuna por recuperarla y le carcomía la conciencia saber que estaba a merced de unos delincuentes a causa de su propia debilidad. Había sido él quién, empujado por su deseo de salvar vidas y por su propia satisfacción, sacó a ese esclavo de ese campo de trabajo para meterlo en un hospital. Le había abierto las puertas de Rampson Hill y en consecuencia la pobre Eren Killie había sido violada y asesinada.

Se sentía enormemente traicionado por ese muchacho al que, en tan solo unas semanas, había llegado a admirar y apreciar tanto como a un hijo. Aunque en un principio había dudado de su implicación en el asesinato de Eren, ahora estaba convencido. Un temor desmesurado se instaló en él ante la idea de que a su hija le ocurriera lo mismo. Estaba impaciente por llegar al punto de encuentro.

El coronel Hastings había descubierto que el hombre que tenía a Lidia se llamaba Jamal Bashir. Este era socio de Walker y había ayudado al mestizo a escapar del fuerte William la misma noche que su hija decidió visitarlo a escondidas. Era un hombre muy peligroso, según le comentaron, y el señor Warbouth no escatimó recursos de su fortuna para ayudar al coronel en su detención.

Habían partido de Calcuta a los pocos días hacia la ciudad somalí de Mogadiscio, donde el espía del señor Hastings le había informado que haría parada el Titán del Índico. La fragata de guerra interceptaría el barco si se atrevía a salir del muelle sin tirar las armas y lo hundiría si era necesario. Aunque el Titán no fuera rival para la fragata en la que iban, el señor Warbouth temía que su hija quedaría atrapada en el fuego cruzado.

El coronel Hastings disipó al instante sus preocupaciones. Había hecho contacto con unos viejos amigos del gobierno de Omán para que se acercaran a Somalia y sacaran a la señorita Warbouth de la ciudad. La mantendrían a salvo hasta que pudieran arribar en la isla de Socotra. Pero primero iban ellos. Su yerno le advirtió que debían deshacerse de la amenaza. Warbouth estaba impresionado por el coraje y la devoción del coronel hacia su hija. Si antes sentía aprecio por esa promesa militar, ahora sentía verdadero orgullo hacia ese hombre, al que ya se refería en privado como su hijo. Empujado por el impulso de recompensar su valor, había enviado una carta a la corte de St. James relatando su andanza y recomendando a Demian para el título de sir. De esa decisión le había informado Warbouth durante su parada en Ceilán.

—Es un verdadero honor que me recomiende para semejante título, señor Warbouth.

—¡Te lo mereces! Debemos actuar como caballeros. Aunque esos rufianes no se lo merezcan deben ser juzgados en Calcuta. Ante las autoridades pertinentes.

—Está bien, pero si esos cobardes intentan hacerle daño a mi futura esposa, ¡no responderé de mí!

—Yo tampoco.

Para colmo de males un ciclón los había desviado cientos de millas hacia el sur de su rumbo y habían perdido algunas de sus velas en el proceso. Su progreso era más lento, pero seguían con el mismo plan. Si cambiaban el rumbo para reparar y comprar más velas perderían un tiempo precioso y corrían el riesgo de que el Titán del Índico se marchara antes de interceptarlo.

Se encontraba en su camarote cuando los marineros le advirtieron sobre la cena y que el coronel Hastings le esperaba como todas las noches.

—No se preocupe más, señor Warbouth, tengo buenos contactos en Somalia. Los dirigentes de Calcuta llevamos años siguiendo a ese hombre. Conocemos sus pautas. No se nos escapará esta vez.

—Me sorprende que conociendo sus pautas, no hayan capturado a ese hombre —recalcó Robert Warbouth.

—Hacer las cosas por la vía legal lleva tiempo y Jamal Bashir lleva años en el oficio. Algunos de sus clientes no son delincuentes menores ni mucho menos.

—¿Qué clase de clientes?

—Piratas, señores de la guerra, traficantes de esclavos, gobernadores, monarcas...

—¿Cree usted que podrían intentar venderla? —preguntó, perdiendo su vista en el líquido oscuro.

Hastings lo miró en silencio. La preocupación se había anidado en el señor Warbouth como una nube de tormenta. Incluso desde el otro lado de la habitación podía sentir lo asustado que estaba.

—Su hija es una mujer joven y hermosa. Con una piel pálida, cabello rubio y ojos verdes —ladeó la cabeza y continuó—, características muy apreciadas por los jeques árabes.

El coronel avanzó hacia la mesa y se sirvió otra copa. Miró de reojo a Warbouth que se atrevió a levantar la cabeza del vino temiendo lo que diría a continuación su yerno.

—Eso le otorga un precio muy alto en el mercado de esclavas —concluyó Hastings.

—La virginidad le dará más valor.

—Si es que lo sigue siendo.

—¿Cree usted que ellos...?

—Su hija lleva meses con esos hombres, es muy probable que alguno de ellos la haya violado, incluso puede que todos. —El señor Warbouth tragó de un sentada todo el vino.

—Si la han deshonrado, ¿qué pasará con vuestro compromiso?

—¿Qué quiere decir?

—No puedo obligaros a tomar una esposa deshonrada en contra de vuestra voluntad. Si queréis cancelarlo, lo comprenderé.

El coronel meditaba en silencio las palabras del señor Warbouth sin emitir opinión ni juicio alguno. Todo el ruido que se escuchaba eran sus pisadas y el roce de las olas en el casco del barco.

—¿Qué cree que siento por su hija, señor Warbouth? ¿Cree que mi amor por ella es tan débil? —Le miró con el ceño fruncido. Warbouth fue incapaz de ocultar su asombro—. Lidia no tiene la culpa de lo que le está pasando. ¡Amo a su hija! Y aunque fuera violada por cien hombres, eso no cambiaría —dijo al borde del enfado—. Porque sé que ella jamás estaría con otro a sabiendas. ¡Ella también me ama!

—Es usted todo un caballero, coronel —reveló conmovido.

—No lo soy. Soy incapaz de protegerla, ni siquiera es mi esposa. Si me hubiera

casado con ella antes sería más fácil conmovier a los dirigentes de Somalia.

—Puede hacerlo —dijo Warbouth.

Demian se volvió hacia el señor Warbouth. Su mirada rebosaba de decisión y Demian intuía por donde indagaban sus pensamientos en ese momento.

—Un matrimonio por poderes. Yo representaré a mi hija. En situaciones normales no lo haría sin estar ella presente, pero sé que lo ama y si eso ayuda a protegerla, estoy conforme.

Hastings se mantuvo en silencio durante un rato mirando al señor Warbouth. Dejó la copa en uno de los muebles y se acercó a su futuro suegro. Colocó sus manos sobre sus hombros y sonrió.

—Ahora sí podré dar a su hija el lugar que se merece, padre.





TITÁN DEL ÍNDICO, 29 DE JUNIO DE 1777

Decir que estaba enfadado era quedarse corto. Jamal llevaba semanas encolerizado, furioso con el mundo. Cualquier pequeño problema hacía que explotara y cuando eso pasaba alguno de sus hombres se llevaba un puñetazo si lo tenía al alcance. Ninguno de los miembros de la tripulación daba crédito al estado de permanente crispación del capitán. Jamás habían visto en él semejante mal genio. Tal era su estado, que Conner le relevó en la mayoría de las funciones y Arrow le ahorraba el conocimiento de cualquier altercado en el barco.

A pesar de sus esfuerzos, Jamal Bashir se seguía paseando por la cubierta como un tigre hambriento. Había empezado a ayudar en las labores más sacrificadas para expulsar el veneno que le carcomía y sus entrenamientos con armas se volvieron más violentos. Sus compañeros de prácticas acababan en el camarote de Benito o de Walker. También se dieron cuenta que apenas pasaba tiempo en su camarote y bebía más de lo habitual.

Los más apegados a él sospecharon que, detrás de su comportamiento, existía una imperiosa necesidad por evitar a toda costa a la señorita Warbouth. Ahora se encontraba en el timón, con la vista en el horizonte y los pensamientos en una diabla de cabellos dorados.

Jamal no podía negar el deseo que sentía hacia Lidia Warbouth. Cuando la secuestró pensó que mantenerla a raya sería fácil, pero esa pequeña mujer tenía un

carácter testarudo. Propio de una joven a la que siempre habían consentido. Muy pocas mujeres en el mundo se atrevían a contradecirlo y aquellas que lo hacían acababan siendo sus amantes. Las peleas siempre habían encendido en él un fuego difícil de apagar.

Podría haberla tomado a la fuerza muchas veces, pero las violaciones dejaban fuera la emoción del cortejo. Las palabras que le dirigió en las Maldivas no pudieron evitar recordarle a cierto hombre de su pasado que detestaba con un odio enfermizo. Por lo menos Ingrid calmó un poco los ánimos.

En Madagascar quiso mantenerse alejado de ella. Benito en cambio tenía otros planes. Ese religioso entrometido no era estúpido y se había dado cuenta de su atracción por ella. Estaba obsesionado en que Jamal abandonara el contrabando y pensaba que una mujer buena podía hacer que se replanteara su modo de vida. Seguro que por eso le pedía constantemente que fuera amable con ella.

—Lidia es una muchacha maravillosa y muy guapa. ¿No lo crees? —mencionó con entusiasmo, mientras miraba como jugaba con Bu.

—¡Qué más da! Es una rehén. —comentó Jamal molesto.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—La usaré contra Hastings, ese bastardo tiene un espía en el barco —replicó Jamal.

—¿Por qué?

—Querrá tenerme vigilado. Después me eliminarán. —Se encogió de hombros—. Igual que quieren hacer con ella.

—Deberías decirle la verdad —soltó el sacerdote con vehemencia.

—¿Estás loco? Ya has visto cómo reaccionó con Walker.

—Pero lo escuchó y puede que con el tiempo le crea —añadió Benito.

—Walker es un buen hombre y Hastings un hijo de puta. Esa mujer mantiene en

un pedestal a un hombre despreciable —escupió con un gesto desdeñoso.

—Tú también podrías intentarlo.

Jamal lo miró como si lo viera por primera vez. Benito tenía la habilidad de sorprenderle. Le hablaba con acertijos y, a veces, le daba la sensación de que leer tanto el mismo libro le estaba cociendo el cerebro. Aunque en el fondo lo encontraba refrescante, pues era uno de los pocos que se atrevía a regañarlo.

—Si Lidia tuviera una buena opinión de ti —continuó—, sería más sencillo que te creyera.

—¿Y cómo diablos voy a conseguir algo así? —Jamal se divertía escuchando los argumentos de su guía espiritual.

—Siendo amable con ella y dejando de ser un capullo.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser amable y empecé a ser un capullo. Ya no sé hacer esas cosas.

—Entonces, te echaré una mano. —Tenía la intención de irse hacia la señorita Warbouth cuando Jamal lo sujetó del brazo.

—No le digas nada de Hastings.

—Se lo dirás tú. —Se retiró con una sonrisa radiante mientras el viento mecía su sotana.

Permaneció unos minutos viéndolo hablar con ella. Se quedó absorto mirando el hermoso cabello de Lidia ondear al viento. Sus mechones proyectaban reflejos cobrizos con las últimas luces del crepúsculo. Desapareció de allí rumbo al comedor donde esperó a que se reuniera la tripulación para cenar. Escucharon música y bebieron. Por primera vez vio una sonrisa genuina en Lidia, mientras Gabriel le enseñaba a tocar las palmas al son de la música.

—Te alegrará saber mis progresos —Benito se sentó a su lado, utilizando un tono intrigante—. Lidia no sabe nadar.

—¡Menudo progreso! —respondió con sarcasmo—. ¿En qué puede afectarme eso a mí?

—Estamos en un barco, llegado el momento saber nadar puede salvarle la vida. Sería muy amable de tu parte enseñarla.

Después de esa conversación se llevó a Lidia a una cala apartada para que pudieran nadar a solas. A pesar de su primera impresión, se había divertido enseñándola. Una vez que venció la franja del pudor, se convirtió en una buena alumna. Jamal intentaba ser un buen profesor evitando que la visión de su cuerpo mojado le distrajera de su labor.

Cuando ella tuvo la mala idea de acariciarle se tensó por la fuerte excitación de su entrepierna. No sabía cómo había conseguido controlarse. Cuando emprendieron el camino de vuelta, ella le dio las gracias. Le había mostrado los dientes antes pero siempre en expresiones enfadadas y sarcásticas. Descubrió asombrado que su sonrisa le había suscitado más placer que todos los besos que le había robado. Por un instante, se preguntó cómo sería que Lidia le besará por propia voluntad y no pudo evitar sonreír ante la idea.

Esa noche vestía un sari de colores verdes con toques dorados, congeniando a la perfección con su cabello y sus ojos. Jamal no apartó su mirada de ella en toda la cena y tampoco lo hizo cuando Christopher se acercó a su lado. Se le dibujó una sonrisa cuando recordó su cara la noche anterior al ser rechazado, pero cuando vio que se levantaba y lo seguía hasta el centro de la improvisada pista de baile, un calor abrasador empezó a subirle a la cabeza.

Aguantó los bailes de ella con inusitada parsimonia, aunque en el fondo no lo soportaba. Nunca se había sentido así. Descubrió lo mucho que le molestaba que Lidia disfrutara con la compañía de otros más que con la suya. Entre cada baile Lidia echaba un trago a una botella de vino dulce que le había dado el señor Chack. Sin embargo, Jamal se percató que sus pies empezaban a torcerse. Sus movimientos eran cada vez más torpes y cuando la vio a punto de caerse fue inmediatamente a sostenerla.

La llevó a su habitación y la metió en la cama. Estaba dispuesto a irse cuando se

dio cuenta que le había cogido una de las mangas de la camisa. Su cabello dorado esparcido como un abanico sobre la almohada, sus mejillas rojas y sus ojos más brillantes por el vino, la proveían de una enigmática belleza. No pudo evitar acariciar su mejilla y pasar los dedos por sus labios.

Se inclinó para besarla y ella le rodeo el cuello con los brazos en el instante que sus labios hicieron contacto. Jamal Bashir se dejó llevar. Por primera vez ella correspondía sus besos. Cuando gimió, perdió el control sobre sí mismo.

Por un momento llegó a pensar en todas las veces que Benito intentó convencerlo de la idea de casarse, de compartir su vida con otra persona, de dejarlo todo por amor. Nunca le había dado importancia a nada de eso, porque ninguna mujer le suscitaba sentimientos más allá de la lujuria. Pensó que solo sentía lascivia por Lidia, pero ahora no estaba tan seguro.

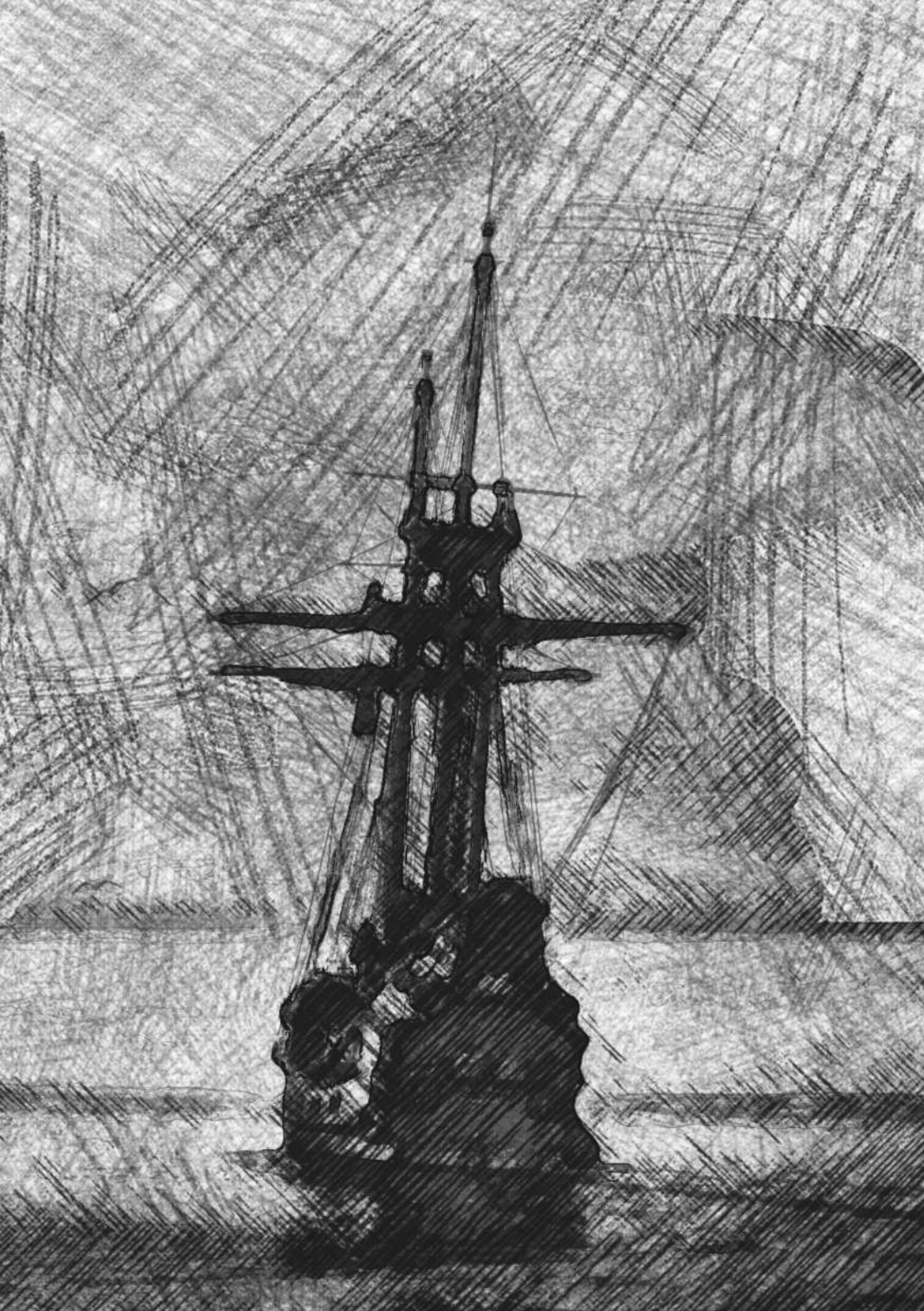
Todo era un sueño, Lidia correspondía a sus caricias. Le importaba más el placer de ella que el suyo y no escatimó ninguna de sus atenciones. No quería violarla. Le suplicó que se lo dijera, que le pidiera que le hiciera suya. Entonces ella dijo ese nombre.

El orgullo masculino se resquebrajó por completo. Tuvo la inclinación de irse y dejarla caliente y excitada, pero era demasiado tarde. Al instante una ira descontrolada se apoderó de él, la sujetó por el cuello e hizo lo que se esperaba del capitán del Titán del Índico. Violó con sangre a Lidia Warbouth.

Ahora, mientras conducía su barco hacia Mogadiscio, la realidad le golpeaba con contundencia. Odiaba a Hastings, odiaba a Lidia, pero sobre todo se odiaba a sí mismo. Era un contrabandista y un asesino. El amor, la compasión y la redención no existían en el mundo donde se había criado. Las segundas oportunidades no estaban al alcance de un hombre como Jamal Bashir. ¿En qué momento pensó que una muchacha como Lidia podía fijarse en alguien como él?

Lidia sabía que era un monstruo, era él el estúpido que parecía haberlo olvidado. Jamás volvería a hacerlo. La trataría como a cualquier otra mercancía del barco. Se encargaría de descubrir la identidad del espía. Cuando lo descubriese se desharía de él y de la señorita Warbouth para siempre.





—¡Arrow! —grito Jamal al verlo por la cubierta. Cuando se acercó, susurró—. Llama a Conner, esperadme en la bodega en diez minutos. Sé discreto.

El contraмаestre desapareció de su vista y a los diez minutos pidió a Ronald Popper que se encargará del timón. Bajó con sigilo a la bodega donde Conner y Arrow le esperaban. El lugar era húmedo y frío con solo unas escasas velas para iluminarlo.

—Es hora de descubrir al espía.

—¿Ya no tienes otro pasatiempo, Jamal? —dijo Conner con desprecio. Su mirada le hizo cambiar al instante su actitud—. Me alegro de que haya recuperado la cordura, capitán.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Arrow.

—Estoy seguro de que, a estas alturas, ya conocéis mis sospechas. —Conner y Arrow se miraron y asintieron—. Witsel se comportó de forma extraña en Calcuta.

—Creo recordar que el día que encerraron a Walker, desapareció.

—Sí... Además, por la manera en que murió esa mujer... —continuó Jamal.

—¿Crees que Witsel la mató? —preguntó Arrow.

—Sería mucha casualidad que hubiera otro asesino con el mismo modo de operar de Witsel en Calcuta. Debemos añadir la versión de Walker. —Conner se cruzó de brazos.

—Si Walker descubrió la relación entre Hastings y Windfield tendría mucho sentido que quisieran librarse de él. Por otra parte, Rampson Hill es una mansión bien vigilada. Witsel solo podría entrar si conociera la mansión o si recibe ayuda del interior.

—¿Por qué Hastings iba a arriesgarse tanto para vigilarte? —interrumpió Arrow.

—Hastings es ambicioso, pero no estúpido y lo mismo va para esa mujer. Puede que sea por nuestro conocimiento sobre sus planes, pero me atrevo a asegurar que

hay algo más —determinó Jamal, con la mirada enfocada en un lateral.

—¿Cómo qué? —dijo Conner con el semblante serio.

—No lo sé, me gustaría saberlo antes de deshacerme de Witsel. Cuanto más tiempo pasa sin descubrir al espía, más peligro corremos.

—Entonces deberías deshacerte de Witsel cuanto antes —sugirió Conner.

Jamal se irguió y se puso a pasear por la habitación. Meditaba en silencio ante la atenta mirada de Conner y Arrow. Algo le daba mala espina. Cuando su intuición le decía que se le escapaba algo, siempre acertaba.

—Podría hacerlo...

—¿Pero? —instó Arrow.

—Hay algo en el comportamiento de Witsel que no me cuadra. —Ambos le miraron intrigados—. Lidia es muy valiosa para Hastings —remarcó palmeando una de las vigas—. Si Witsel fuera su espía no habría atacado a Lidia en Madagascar.

—Puede que lo haya hecho para no levantar sospechas —intervino Conner.

—O que Witsel sea un señuelo —interrumpió Arrow. Jamal sonrió.

—En ese caso... estamos jodidos a menos que sospeches de alguien más. — Conner miró a Jamal que negaba con la cabeza.

—La verdad es que no... —Se pasó la mano por el pelo. —Y no me gustaría atacar a ninguno de ellos sin pruebas —confesó Jamal.

—¿Qué pasa con Boulton?

—¿Qué hay con él?

—¿Estás seguro de que es de fiar? ¿Y si está compinchado con Hastings? —añadió Conner.

—¡No digas tonterías! —advirtió Jamal más alto de lo necesario.

—Ese chico oculta algo y no lo conocemos. Puede trabajar para Hastings. ¿Estás seguro de que nadie sabía que Walker te conocía?

—Parkins nos vio hablando en el Jangalee.

—Parkins es subordinado de Hastings —completó Arrow.

—¡Joder! —grito Conner —, te dije que era una mala idea traer a ese chico. Puede que entre los tres planearan esto. Witsel y Boulton puede que sean espías de Hastings.

Jamal estaba enfadado y confuso. Sabía que había algo que el mestizo no le había contado, aunque no le dio importancia. Su comportamiento en el juicio, sus palabras en el fuerte William, sus conversaciones y su deferencia con Lidia, no le parecían propios de un manipulador. Si Walker Boulton estaba fingiendo, era el mentiroso más perspicaz que había conocido. Sin embargo, si las palabras de Conner eran ciertas, el mestizo no saldría bien parado.

—No tenemos pruebas de eso —dijo Arrow—, sobre todo por parte de Walker. Si al menos hubiese algo que vinculara a alguno de los dos con Hastings.

Todo quedó en silencio. Los hombres meditaban en sus adentros sobre el papel de cada sospechoso. Las facciones de sus rostros estaban más marcadas por las sombras que proyectaban las velas.

—Debemos investigarlos por separado. Yo me encargaré de Walker. Vosotros dos encargaos de Witsel —dicho esto Jamal cogió una de las velas—. No volveremos a hablar sobre el tema hasta que llegemos a tierra.

—Esperaremos cinco minutos antes de salir —informó Arrow, mientras Jamal se dirigía a la salida.





TITÁN DEL ÍNDICO, 31 DE JUNIO DE 1777

Lidia estaba atrapada en un auténtico torbellino de sentimientos. Echaba mucho de menos a su padre y su relación con Jamal estaba transformándose en un infierno. Por una parte, había en ella un enfado descomunal a razón de lo sucedido en la última noche que pasó en Madagascar. Por otro lado, estaba entristecida por el comportamiento de Jamal.

Lo natural es que fuera ella la que recorriera el barco con una nube negra sobre la cabeza. Al principio, pensó que lo había soñado, pero la molestia que tenía entre sus piernas y el pequeño rastro de sangre en las sabanas la convenció de lo contrario. Había esperado en el camarote para que Jamal entrara y recriminar su comportamiento. Pero cuando le miró a la cara, se quedó paralizada. Su rostro era severo e impasible. Antes mirar a Jamal a los ojos era un cúmulo de sensaciones. Se sentía eufórica, enfadada y nerviosa al mismo tiempo. Y en ellos, se vislumbraba una chispa y sagacidad capaz de romper todos sus esquemas. Ahora era como mirar los ojos de una sepia.

Ya no había bromas pesadas, ni comentarios obscenos y frases con dobles sentidos. Ya no la arropaba por las noches, ni se aferraba a ella por las mañanas. Cuando entraba a cenar ni siquiera la miraba. Era como si se hubiera convertido en un mueble.

Ahora solo le hablaba cuando ella le hacía una pregunta. Pero la respuesta siempre

era escueta, indiferente y tajante. El capitán jamás había sido, como se consideraba en la sociedad londinense, un caballero, pero tenía buena conversación. Era un hombre de mundo que no solo sabía de aparejos, sino que era capaz de mantener conversaciones de temas muy diversos. Sabía leer y escribir con soltura y elegancia, conocía más idiomas que ella y había viajado por todo el mundo. Como aspirante a escritora, Lidia encontraba fascinantes las historias que Jamal contaba de sus viajes y, mientras no fueran dirigidas directamente a sus negocios, el capitán contestaba a todas sus preguntas con entusiasmo.

Tal era su fascinación que un día, tras la cena y una copa de vino, se animó a decirle que deseaba ser escritora. Él se sorprendió por un momento y le preguntó qué clase de libros escribía. Como era de esperar, Jamal se rió de ella alegando que era una niñata remilgada y fantasiosa que sabía poco del mundo. Los comentarios sarcásticos de él la herían con frecuencia, pero con el paso del tiempo Lidia descubrió que encerraban más consejos bienintencionados que maliciosos. De hecho, al día siguiente de expresarle sus aficiones, encontró la mesa repleta de materiales de escritura.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó intrigada.

—No destacarás en ningún arte si no prácticas. Si quieres ser escritora más te vale empezar, porque las historias que escribes son penosas —dijo, cogiendo unos mapas de la cómoda y cerrando la puerta antes de que el zapato de Lidia impactara contra la madera.

Ahora cuando intentaba retomar las conversaciones de sus viajes la miraba con desprecio y la mandaba callar ante la amenaza de amordazarla. Ese camarote se había convertido en una prisión en la que las horas pasaban angustiosamente lentas y en las que Lidia sentía el corazón oprimido por la tristeza.

No solo se sentía afligida por la falta de compañía sino por los sentimientos que, al pasar los días, habían pasado inadvertidos y habían aflorado en ella inexorablemente. Aunque aquella noche se había imaginado a Demian, echaba mucho de menos las caricias de Jamal. Recordaba perfectamente la forma en la que la había besado, como su lengua había explorado su cuerpo y como sus caderas la golpeaban con fuerza. Cuando lo hacía su entropierna se calentaba y sentía deseos

de colocar sus dedos en su feminidad como había hecho él.

Se sentía avergonzada de esos pensamientos, impropios de una dama que ya estaba prometida. Cuando Demian se enterara, seguramente no querría saber nada de ella. Saber que la repudiaría por algo que ella no se había propuesto la apesadumbraba. Al menos Jamal debería pedirle disculpas.

Salió del camarote para ver el mar y para pasar su vista por la zona del timón donde sabía que lo encontraría. Al igual que en el camarote la ignoraba. Agachando la cabeza se dirigió a la baranda hasta que Arrow la saludó.

—¿Has estado llorando? —preguntó—. Ese no te habrá hecho nada, ¿no?

—He estado llorando, pero no por él. Por mi padre, le echo de menos —dijo pasando sus dedos por la madera.

—Intentaré convencer a Jamal de que te suelte en el próximo puerto.

—Walker también me dijo eso. ¿Sabes si le ha dicho algo?

—No creo, Jamal no escucha a nadie desde que salimos de Madagascar —comentó apoyando su brazo en la baranda.

—¿Siempre es tan odioso e impredecible?

—Antes no era así. Cuando Karim vivía.

—¿Karim?

—Su hermano mayor. Jamal le quería mucho, pero murió hace bastante tiempo. Antes de ser capitán del Titán del Índico.

—¿Cómo? —Vio como Arrow suspiraba mirando al horizonte.

—Lo apuñalaron. Después no volvió a ser el mismo. El cuchillo que tiene en la cintura es lo único que le queda de él.

Lidia entendió al instante porque Jamal era tan obsesivo con esa arma. Jamás se separaba de ella y cuando lo hacía era durante unos minutos o cuando dormía.

Expresó ante Arrow esas manías.

—Ni lo hará mientras su corazón siga viviendo en el pasado.

Por un momento, Lidia recordó el pequeño retrato que celosamente guardaba de su madre. Estaba en la misma cajita donde guardaba el dinero que sustrajo cuando se escapó de Rampson Hill. En su presencia, se encontraba segura y amparada. Si hubiera sabido lo que pasaría se lo habría llevado con ella. Jamal debía sentir algo parecido cada vez que afilaba ese cuchillo. Lidia sintió una punzada de compasión por Jamal, que dispuso cualquier deseo de discutir con él.

Sintiendo su mirada giró la cabeza en su dirección. Con el viento a sotavento los rizos azabaches de Jamal bailaban sobre su rostro mientras alternaba su mirada entre Arrow y ella. Por primera vez en semanas, frunció las cejas e hizo una mueca con los labios antes de apartar la vista con desagrado. «Al menos, aún le queda sangre en las venas», pensó Lidia.

La tarde transcurrió rauda ese día. Los miembros de la tripulación que salían a cubierta se paraban a saludarla antes de que Jamal les ordenara algo o, simplemente, les decía que no perdieran el tiempo hablando con una prisionera. La señorita Warbouth había aprendido a convivir con esos pintorescos marineros y aunque algunos los consideraba realmente cercanos otros le daban escalofríos.

Witsel seguía intimidándola y Conner la miraba como si fuera una mosca molesta. Nunca había hablado con él, pero Arrow le informó de que era un hombre diligente y leal que se preocupaba mucho por la tripulación y por Jamal. Conner no aprobaba su presencia ni la de Walker en el navío. En cuanto a este último, Lidia retomó el buen trato que había tenido con él las primeras semanas de conocerlo.

Los nombres de Hastings y Windfield eran tabú, pero hablaban mucho de sus aficiones, sus gustos y también de su adorada Eren. Poco a poco, Lidia empezaba a comprender porque Eren se había enamorado de él y ya estaba convencida de que su asesino no podía ser Walker.

Esa noche apenas podía dormir, seguía pensando en lo mucho que había cambiado su vida en solo unos meses. Un pequeño ruido a su lado llamó su atención. La noche era muy calurosa y Jamal dormía sin camisa. Se giró hacia él y

se quedó mirando absorta el juego de luces plateadas que la luna llena proyectaba sobre su piel. Respiraba tranquilamente y su rostro era apacible, con una barba incipiente de días. Estaba segura que pocas personas habían visto a ese famoso contrabandista con una expresión tan tierna. Sintió un impulso devastador de alargar la mano y acariciarlo. De apoyarse en su pecho y escuchar los latidos de su corazón mientras le rodeaba la cintura y hundía su rostro en su cabello.

Su vista pasó de su cara a la mesilla de noche que había a su lado. La luz de la luna se reflejaba en la inmaculada arma que había pertenecido a Karim. Jamal nunca se separaba de ella y cuando en los primeros días de convivir con él intentó cogerla, le sujetó con fuerza la mano.

—Si no quieres quedarte manca, jamás vuelvas a tocar ese cuchillo.

Recordó la amenaza de Jamal en un tono tan sepulcral que la piel se le erizó al instante. Sabía que no debía hacerlo, pero la curiosidad ganó la batalla a la prudencia y, con cuidado de no tocarlo, alargó su mano intentando coger el cuchillo. Consiguio quitarle el seguro, pero en ese instante Jamal abrió los ojos y la apartó. Lidia estaba boca arriba con Jamal sujetándole las muñecas a cada lado de la cabeza. La miraba con el rostro contraído por la rabia. Intentó zafarse de sus manos, pero eran como grilletes de acero sobre su piel.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Los rizos caían como lianas retorcidas sobre su rostro—. ¡Te dije que no la tocaras! —le gritó cuando intuyó lo que hacía.

—Solo quería verla.

—¿Por qué? —Miró sus ojos hasta que un brillo de astucia apareció en ellos—. Arrow te ha hablado de ella. ¿Qué te ha dicho? —adivino Jamal.

—Que pertenecía a tu hermano Karim —soltó ella tras un quejido de dolor.

—No tenía derecho a hablarte de él, solo eres una rehén.

—¡Ya basta! ¿Por qué me tratas así?

—No soy tu amigo, creo que ya te lo dije una vez —comentó con indiferencia.

—No me refiero a eso... desde que nos fuimos de Madagascar, me has ignorado —dijo al borde del llanto.

—No soy un caballero —dijo relajando su agarre—. ¿Qué esperas? ¿Quieres una disculpa? ¿Una confesión amorosa? —Jamal se carcajeó con crueldad.

—Es porque dije su nombre —gesticuló Lidia con cierto temor—. Dijiste que conocías a Demian, ¿no te gustó que te confundiera con él?

El brillo de rabia en su mirada le respondió la pregunta. La sujetó de la barbilla juntando su nariz con la de ella. Sus dedos la quemaban como las tenazas de una fragua.

—No me compares con ese cerdo, él y yo no somos iguales.

—Claro que no, nunca seréis iguales —emitió en tono hiriente.

Jamal parpadeo y acercó su rostro al cuello de ella. Pasó su lengua desde su clavícula hasta su oreja donde le mordió el lóbulo juguetonamente. Lidia jadeó con las mejillas encendidas, mientras Jamal sonreía.

—Eras virgen cuando te follé. Significa que Hastings no te tocó. —Rozó sus labios contra las mejillas de ella—. No pudo protegerte de mí, ni tú tampoco. Eres mi prisionera y puedo hacerte todo lo que quiera. —Aprisionó sus muñecas con una mano y cogió el cuchillo—. ¿Qué dices? ¿Prefieres esto? —Pegó el acero a su cuello. Mientras, cogía una de sus manos—. ¿O esto? —concluyó arrastrándola a su entrepierna.

Lidia sentía que sus mejillas estaban a punto de derretirse. Sentía el contraste del frío acero en la garganta y la protuberancia dura y caliente en su mano. Miró a Jamal y sintió como se le erizaba la piel. La estaba mirando de la misma forma que la miró en Madagascar. Sus ojos no mentían, la deseaban tanto como aquella noche. Jamal tenía razón, Hastings y él eran incomparables. Entonces lo supo, se había enamorado de Jamal Bashir.

—¿Vas a pensar en él? —dijo en un tono de decepción.

—Él no está aquí —contestó con determinación, mientras acariciaba su

miembro.

El cuchillo volvió a su lugar y Jamal estampó sus labios contra los de Lidia. Los devoró con hambre, emborrachándose con su sabor. Ella pasaba sus manos por su cuello y su pecho como había querido hacerlo hacía unos minutos. La carga de las últimas semanas había desaparecido, solo eran un hombre y una mujer en perfecta conexión.

Se deshicieron de sus respectivas ropas con celeridad. Cuando notó a Jamal descendiendo hacia la unión de sus piernas, se mordió el labio sabiendo lo que se avecinaba. Lidia no pudo hacer más que arquear la espalda y gemir sin control. Cuando se colocó entre sus piernas, ella cogió su miembro y lo condujo a su entrada.

—Hazme tuya, Jamal —dijo aturdida por el calor que sentía.

Sin dudarlo un segundo se hundió dentro de ella, interpretando una danza todavía más placentera que la anterior. Golpeando a Lidia con firmeza en los lugares más exquisitos. Su mirada jamás dejó la suya. Siguieron toda la noche en diversas posturas hasta que ambos cayeron rendidos con las primeras luces del alba.

Pronto descubrirían que el hambre que sentían el uno por el otro era insaciable. Unirían sus cuerpos en diferentes lugares y a diferentes horas del día.

Durante los días sucesivos recuperaron sus enriquecedoras conversaciones sobre viajes y Jamal leía todo lo que ella escribía. Por las noches en cambio, se imbuían en una conducta bastante depravada. El capitán Bashir volvió a recuperar su humor sarcástico y chispeante para el regocijo de toda su tripulación. Todo se lo debían a la Princesa Endemoniada.





TITÁN DEL ÍNDICO, 8 DE JULIO DE 1777

Aunque la tripulación estuviera más tranquila después de la mejora de la actitud de Jamal, ciertos miembros seguían mirándolo con recelo. Walker era consciente del desprecio que mantenía Conner hacia su persona. Le miraba como si fuera un peligro y callaba cuando le veía aparecer. Igual que con Lidia. Intentó hablar con él después de la cena y lo siguió hacia la cubierta. Cuando se acercó y le pidió unas palabras se limitó a contestar con tajante vilipendio.

—No tengo nada que hablar contigo. Ninguno deberíais estar a bordo. Eso solo nos traerá problemas a los demás.

—Entiendo lo que dices, pero solo quiero volver a casa...

—¡Ellos no te dejarán volver a casa! —Se marchó tan rápido como pudo y Walker no pudo hacer más que ver cómo se alejaba.

No veía necesario que Conner explicara a quien se refería. Sabía que, aunque no tuvieran noticias, el señor Warbouth no cejaría en su empeño hasta encontrar a su hija. Lo mismo iba para Hastings si su ambición por la fortuna de Lidia era tan grande como imaginaba. Con un poco de suerte Parkins no habría delatado a Jamal. Eso es algo que él deseaba más que creía.

Había hecho algunas indagaciones sobre el barco que interrumpió para preguntar a la señorita Warbouth su relación con Jamal. No era lo suficientemente estúpido

para creerse que no había intimidad entre ellos. Debía estar ciego para no darse cuenta de lo que le pasaba al capitán por la cabeza cada vez que veía a Lidia.

Era discreto, eso era cierto, y no mostraba apego en público con ella más de lo necesario, pero lo conocía lo suficiente para saber que la muchacha no le era indiferente. Jamás pensó que una relación así podía darse entre ellos teniendo en cuenta las circunstancias y como se trataban el primer mes de salir de Calcuta.

Sin embargo, estaba preocupado por Lidia. Jamal era un hombre reservado que no compartía sus pensamientos con él y sabía que con la joven tampoco lo hacía. Dudaba de su afecto por ella y temía que usara a Lidia solo para calentarle las sábanas.

Eren adoraba a Lidia y después de su huida, cuando Jamal le tenía el cuchillo al cuello, sintió como si la propia Eren le pusiera una mano en el hombro. «Protégela», escuchó en su mente. Su amada ya no estaba y tenía claro la clase de vida que le daría un hombre como Hastings a Lidia. Le instó a llevársela para protegerla. Aún le intrigaba la razón por la que el capitán había accedido tan fácilmente a su petición.

«¿Qué clase de vida le puede dar Jamal?», se preguntó a su vez. Estaba agradecido a ese contrabandista que le había salvado la vida. Lo consideraba mejor persona que Hastings, pero vio demasiadas veces en él a un hombre resentido con el mundo.

—¿Estás enamorada de él? —le preguntó de sopetón días antes.

—¡Walker! —respondió Lidia, incapaz de erigir nada coherente—. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Escucha Lidia, estás prometida a Hastings. No te diré que me importa, ya sabes lo que pienso de ese hombre. Realmente eres tú la que me preocupa.

—¿Por qué?

—¿Jamal está enamorado de ti? —Ella miró a un lado sin responder—. Los dos sabemos que no es un caballero, Lidia. Que intime contigo no significa que vaya a responder. —Se acercó a ella—. Sé lo mucho que amas a tu padre. ¿Crees que él aprobaría tu relación con él?

—Pensaba que erais amigos... —retó ella con la voz apagada.

—No somos enemigos, pero tampoco amigos. Para serlo, tendría que ser sincero conmigo, y no lo ha sido. ¿Ha mostrado su corazón contigo?

Ella no contestó. Solo se limitó a tragar saliva y a ejercer un esfuerzo titánico por no derramar ninguna lágrima. Incluso sin parpadear el líquido se deslizó raudo por una de sus mejillas.

—Asegúrate de que te ama lo suficiente para confiar en ti. —Le sonrió y depositó un tierno beso sobre su frente.

Aunque no se lo había dicho a nadie, se había confiado la tarea de proteger a Lidia Warbouth durante su estancia en el barco, en pago por todo lo que el señor Warbouth y Eren le habían dado. Lo haría incluso si debía enfrentarse a Jamal. Con ese pensamiento en la cabeza salió de su habitación rumbo a la cubierta y lo encontró hablando con Arrow. Cuando le llamó ambos hombres alzaron la vista en su dirección.

—Necesito hablar contigo a solas.

—Creo que es una buena idea —respondió, emprendiendo el camino hacia los camarotes de la tripulación.

Miró a Arrow de soslayo y siguió a Jamal. Se congratuló cuando vio que se dirigía a su camarote. Allí podrían hablar sin interrupciones. El capitán cerró la puerta cuando le vio entrar.

—¿Y bien, señor Boulton?

—¿Qué pretendes?

Walker pudo ver un brillo de incredulidad en esos ojos inexpugnables. Aun así, Jamal no respondió. Se colocó impasible en el centro de la habitación y le miró esperando que se explicara.

—¿Qué sientes por Lidia?

—¿No hablas en serio! —Soltó una fuerte risotada. Cuando vio que el semblante de Walker permaneció serio, su risa se apagó—. No voy a caer en eso.

—Lidia está enamorada de ti. ¿Sientes lo mismo por ella? O ¿es solo un entretenimiento para ti?

—¿Y qué si lo es?

Era evidente que al capitán no le gustaba hablar de sus sentimientos. Se volvió brusco y enfadado cuando Walker habló.

—No voy a dejar que le hagas daño. No permitiré que la utilices.

—Solo estás aquí para volver a casa, ¿recuerdas? Lo que haga con ella no es asunto tuyo.

—Sí que lo es.

Jamal se quedó unos segundos mirando el porte orgulloso del mestizo. Se acercó a él con una mirada intimidante sin perder de vista los ojos de este. Walker hubiera jurado que Jamal estaba celando a la señorita Warbouth.

—¿Qué sucede, Walker? ¿No soportas que esté conmigo?

—No se trata de eso. La protejo por el amor que sentía por Eren y el respeto que aún siento por su padre. No se merece que la utilices. Deberías ser sincero con ella.

—Sinceridad... —el tono sarcástico de Jamal volvía a surgir— hermosa palabra... carente de valor en la boca de un embustero —gruñó Jamal con voz ronca.

—Creo que hablas por propia experiencia —dijo dando un paso adelante—. Tú no eres sincero conmigo y estoy seguro de que con Lidia tampoco.

—¿Y tú, Walker? ¿Eres sincero?, ¿estás seguro de que no ocultas nada a Lidia?, ¿a mí?

—Cuando me sacaste de la celda, dejaste claro que sabías que yo no había matado

a Eren. Esa misma teoría volviste a demostrármela antes de arribar en Maldivas. —Humedeció sus labios y siguió—. Al principio me creí ciegamente tus palabras porque me aliviaba pensar que al menos una persona creía en mí, pero ahora lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que tu contacto en la India es Demian Hastings —se quedó peligrosamente cerca de él— y sabes quién mató a Eren.

Unas palmadas cortas y pausadas amortiguaron el silencio de la habitación mientras que Jamal torcía la boca en una sonrisa.

—¡Bravo, Walker! Lo que dices es verdad. —Dio un paso hacia la pared del camarote y se sentó en la silla—. Me gusta este juego.

Señaló la cama para que se sentara frente a él. Walker no mostró ninguna prisa por sentarse en el lugar indicado. Desde que habían empezado a hablar, notaba el ambiente un poco cargado. La mirada que el capitán le dirigió le daba escalofríos. Aun así, intentó parecer lo más calmado posible.

—Ahora te toca adivinar a ti —sugirió Walker cuando se sentó en la cama.

—Has mentido sobre tu identidad... Tú no te llamas Walker Boulton, ¿verdad?

—No, ese no es mi nombre real —admitió.

—Los dos somos auténticos mentirosos.

—Tendremos nuestras razones. —Walker vio sonreír a Jamal.

—Lo que me pregunto ahora es, ¿qué razones empujan a un hombre a mentir? —Sacó su inseparable cuchillo de la funda—. Desde mi punto de vista tengo dos opciones: la primera, que hayas mentido para protegerte; bien a ti o, a otra persona. La segunda; que seas un espía de Hastings.

Walker se habría carcajeado en su cara, pero la mirada de Jamal indicaba que no estaba jugando. Le acusaba de ser un espía y hablaba muy en serio. Le había visto matar antes. Había observado la velocidad de su mano y el brillo mortal de su acero,

antes de convertirse en una saeta escarlata. Cualquier movimiento que hiciera podía ser el último. Se había entrenado con los españoles y con Kata, pero las habilidades con las armas de Jamal eclipsaban por completo las suyas.

El capitán mantenía una impasibilidad ante la muerte propia de un hombre acostumbrado a los combates cuerpo a cuerpo. Walker miró el filo del cuchillo que Jamal sujetaba y consiguió ver una inscripción en el lomo. No entendió lo que ponía, pero tragó visiblemente sin poder evitarlo.

—Vas a decirme la verdad y, si te creo, me iré y nada habrá pasado —dijo con una sonrisa despreocupada—, pero si no te creo, te rajaré el cuello y tiraré tu cadáver al mar. ¿Jugamos?

—¿Tengo elección? —Sintió una gota de sudor resbalando por su cuello. Jamal también lo notó.

—Piensa bien lo que vas a decir —le advirtió, señalándole con el cuchillo—. Solo tendrás una oportunidad.

Walker cerró los ojos y respiró hondo intentando calmar sus latidos. Al abrirlos se topó con la mirada de Jamal que se tornaba como un abismo negro.

—Mi nombre es Walker Showerd, hijo del ex coronel del ejército británico Arthur Showerd y Shadka, una indígena de la tribu de los mohawk. Mentí sobre mi identidad cuando me vendieron como esclavo para salvar a mis hermanos. —Sintió una pequeña perturbación en Jamal, pero no le dio importancia.

Siguieron hablando toda la noche. Walker le contó sobre la cacería que su hermano y él habían protagonizado en Pensilvania. Cómo le habían capturado y lo habían vendido a un esclavista. Cómo se había pasado meses encadenado a la bodega de un barco, soportando temporales y enfermedades, junto a las agresiones continuas de aquellos que se consideraban sus amos.

Jamal escuchaba con suma atención. El cuchillo seguía firmemente unido a su mano como si fuera una prolongación de esta. Cuando terminó, Walker experimentó como se quitaba un gran peso de encima. Había mentido durante meses sobre su identidad. El esfuerzo psicológico que suponía lo había oprimido

durante mucho tiempo y por fin podía volver a ser él.

Miró al frente y recordó el juego de la verdad en el que había debutado. Centró su mirada en Jamal que había permanecido en silencio desde el principio. Sus ojos eran tan fríos como el acero. Era incapaz de imaginar lo que pensaba.

—No digas a nadie lo que me has contado, ni siquiera a Lidia. —Se levantó y guardó su cuchillo.

—¡Espera! —dijo antes de que llegara a la puerta—. ¡Dime quién la mató! —pidió suplicante.

—El juego se ha terminado.

Walker sintió como el calor se le acumulaba en la cabeza. Cogió su daga con rapidez. Precipitándose al capitán con presteza, levantó el cuchillo en su dirección. De un elegante giro le golpeó la parte superior del brazo para desviar el filo. Este se clavó en la madera de la puerta y Jamal ejecutó una llave de brazo, dejando a Walker con la cara pegada al paffón. Aprovechando el dolor que le provocaba el brazo retorcido a la espalda, Jamal desenvainó el cuchillo y se lo colocó en la nuca. Walker dejó de retorcerse.

—¿No has tenido bastante por hoy? —dijo el capitán con burla.

—¡Dime quién es?!

—¿Qué harás si te lo digo?

—¡Lo mataré! —escupió con odio.

—Aún estás muy verde para enfrentarlo. Te diré su nombre cuando llegue el momento. —Volvió a forcejear y lo pegó de un golpe a la puerta—. Una vez tuviste la soga al cuello y ambos cumplimos nuestra palabra, ¿Qué te hace pensar que no lo haré ahora? —Jamal le soltó al verlo asentir.

Se dio la vuelta sujetándose el brazo dolorido. Lo miró en silencio durante unos segundos hasta que se calmó. Complacido, le hizo una señal para que se apartara y abrió la puerta. Antes de irse le miró.

—Mejor entrénate, para cuando llegue tu momento.

Los días posteriores Jamal lo trató como al principio de su viaje. Parecía que su recelo de días antes venía de la sospecha de un espía en el barco. Como había hecho con Lidia, decidió convertirse en una sombra y vigilar al resto de tripulantes siempre que pudiera. A él tampoco le convenía que Hastings los encontrara. Si descubría algo por casualidad, informaría a Jamal.

Arribaron finalmente en la ciudad de Mogadiscio y decidieron quedarse en una pequeña casita cercana al puerto. Las calles eran de tierra, pero el puerto estaba protegido con robustos muros de piedra. Las casas más humildes eran pequeñas chozas de barro y paja, salpicadas entre edificios elegantes con superficies lacadas, pertenecientes a los gobernantes musulmanes de la ciudad.

Lidia iba totalmente cubierta por una capa marrón descolorida y vieja mientras una pequeña parte de la tripulación los acompañaba. Los demás se quedarían a dormir en el barco. No era conveniente dejar las mercancías sin vigilancia en un país donde abundaban los mercenarios y los piratas. Aunque muy pocos eran lo suficientemente estúpidos para asaltar al Titán del Índico.

Como era de esperar, Lidia y Jamal desaparecieron en las escaleras del segundo piso. No tardó en bajar Jamal en solitario y se acercó a Walker.

—Tengo que ocuparme de algunos asuntos. Me ausentaré durante un par de días. ¿Cuidarás de Lidia?

—¡Por supuesto! —confirmó Walker.

—Conner y Oswaldo se quedarán con vosotros. —Levantó la vista mirando por la ventana—. Mantén los ojos abiertos. —Le obsequió con un pequeño golpe en el hombro y salió con Zokan y Saeru.





WENYEJI MJAKAZI, 10 DE JULIO DE 1777

Jamal ya se encontraba en la posada de Wenyaji Mjakazi, lugar habitual de sus reuniones con su contacto en Somalia, Swalilee Badala; hijo de un agricultor suajili que había descubierto en el contrabando un negocio más lucrativo que el hallado en los campos de labranza.

Esperaba en compañía de Arrow, mientras que Zokan y Saeru vigilaban los accesos de la posada. Tomaba una copa de ron en silencio mientras despachaba a las bellezas de ébano que se acercaban suplicantes a él.

—Parece que llega tarde... —comentó Arrow mirando alrededor.

—Badala siempre llega tarde. Lo contrario me preocuparía —respondió Jamal llevando su copa a sus labios.

—Pareces muy relajado, cuando todavía no hemos logrado identificar al espía —acusó el irlandés en tono crítico.

—Ya he descartado a Walker.

—Una conversación... eso es todo lo que tuviste —escupió maldiciendo.

—Sé que no ha sido él. No estaba mintiendo... si no estuviera realmente enamorado de esa mujer, no habría explotado así.

—¿Y eso qué diablos prueba? —La indignación de Arrow no pasó desapercibida a su capitán.

—Que no está del lado de Hastings.

—¿Crees que Witsel mató a esa mujer?

—Tú estuviste esa noche, Arrow. Después de lo que te conté sobre el juicio, ¿tú que crees?

Los ojos de Arrow se dirigieron a la puerta. Un hombre de mediana estatura con una capa verde oscura completamente roída y con los extremos llenos de polvo hizo su aparición. Exhibiendo unos dientes torcidos y con un fétido aliento a ajo.

—Bashir... —Inclinó la cabeza como saludo y puso sus manos entrelazadas sobre la mesa.

—Llegas tarde, Badala.

Arrow intentó alejarse de su halitosis. Por desgracia para él, tenía la mala costumbre de inclinarse demasiado sobre la persona a la que hablaba. Arrow no pudo evitar dirigir una mirada suplicante a Jamal para que terminara la reunión.

—Bashir, quería que fuera discreto.

—Dejemos a un lado el protocolo. Tus hombres, ¿han ido ya a por las telas y las especias?

—Sí, les he dejado allí descargando.

—Hay un cambio de planes, Badala. —Los ojos de este se enfocaron en Jamal—. No podemos desembarcar en los puertos de la costa oriental. —Ante la mueca desconcertante de Badala, Jamal continuó—. Tengo a algunos militares británicos en mi cola, he tenido un pequeño percance con ellos.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿No vas a entregar las mercancías? —preguntó inquieto bajando la voz.

Badala era un hombre con muchos conocidos en los países de la costa oriental de África. Conocía bien las carreteras y, por petición de Jamal, había sobornado a los aduaneros de la totalidad de las ciudades donde operaba. Eso no significaba que fuera especialmente valiente. Se envalentonaba con los hombres y pueblos que conocía, pero cuando entraba otro jugador en la partida, su precaución rozaba la cobardía.

Era lo bastante listo para saber que en ese negocio no se podía cobrar por adelantado y largarse sin traspasar la mercancía acordaba. Incluso con la amenaza de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Sus pequeños ojos oscuros eran idénticos a los granos de café y su piel negra mostraba un aspecto lustroso debido al sudor que empezaba a recorrerle todo el cuerpo.

—Todo lo contrario, entregaré las mercancías, pero no pararé en los puertos de las ciudades de entrega como lo he hecho hasta ahora.

—Aunque no tengamos noticias, sabemos que nos están persiguiendo. —intervino Arrow—. Nuestro barco, aunque posea cuatro mástiles y más velas que una goleta normal, no es tan rápido como las fragatas inglesas.

—Es solo cuestión de tiempo que nos intercepten —continuó Jamal—, tienen un espía en nuestro barco y conocen de antemano los puertos en los que vamos a atracar. Si nos capturan no podremos entregar ninguna mercancía.

Miró a su alrededor y al asegurarse que nadie los espiaba, sacó un pequeño mapa y lo abrió en la mesa. El mapa mostraba solo la parte oriental de la costa africana con algunos puntos marcados en la costa y otros pequeños asteriscos más al interior conectados por carreteras secundarias.

—Sacaremos de la bodega todas las mercancías que venían destinadas a Mombasa y Dar es-Salam. Se llevarán por tierra. Un grupo se dirigirá a este punto, a las afueras de la ciudad de Samburu —dijo señalando el mapa—, otro grupo llevará el otro cargamento a Morogoro y lo esconderá en nuestro asentamiento. —Badala asintió—. Mandaré un mensaje a los clientes de ambas ciudades, explicándoles el cambio de planes y dónde pueden recoger sus mercancías.

Jamal se guardó el mapa con rapidez y ofreció una considerable compensación a

Badala por las molestias y para el coste de los gastos adicionales que semejante cambio supondría.

—Entonces irás directo al puerto de Beira... —supuso Badala rascándose la nuca.

—No, dejaré las mercancías en las calas subterráneas de la isla de Bazaruto. A la gente de Beira no le va a sentar bien, pero es lo que hay.

—Con un poco de suerte los despistaréis —comentó Badala algo más animado.

—Necesitaremos algo más que suerte —contestó Arrow.

Badala se despidió de Arrow que, tomando las cartas correspondientes a los tres clientes cuyos puertos iban a evadir, partió inmediatamente para enviarlos. Jamal y Badala se dirigieron hacia el puerto donde se encontraba el Titán para ir con Conner y los demás. Iban flanqueados por Saeru y Zokan mientras recorrían las calles oscuras de Mogadiscio.

Al día siguiente, bien entrada la tarde, todas las mercancías correspondientes a los puertos de Mombasa y Dar es-Salam ya estaban en carros rumbo a sus asentamientos dentro del continente.

Jamal había invertido muchos de sus beneficios en blindar la seguridad de su servicio y, para ello, había llegado a visitar las ciudades del interior, buscando un lugar idóneo para esconder las mercancías, que por una razón u otra, no podían entregarse por mar. Rara vez las había utilizado, pero las ocasiones en las que lo había hecho resultaron muy provechosas y sus clientes, aunque a regañadientes, habían agradecido su previsión.

No le quedaba ninguna duda de que el espía debía ser Witsel. No tenía ningún otro sospechoso y si tenía que hacerle hablar lo haría, aunque tuviera que arrancarle la piel a tiras. Conner, que había realizado unos recados a petición de Jamal, volvía hacia el barco apresuradamente. Tenía una carta en la mano y cuando Jamal se asomó a la baranda le miró alzando la carta.

—Deberías mirar esto Jamal —dijo muy serio, subiendo la escalinata del barco a grandes zancadas.

Jamal cogió la carta entre sus dedos. No hizo falta preguntar nada. Al terminar de leerla supo que el dueño de esta estaba destinado a morir a sus manos. Levantó la cabeza lentamente hacia Conner. Su expresión reflejaba tal rabia que su semblante, habitualmente atractivo, estaba contraído de una manera casi deforme.

—¿Dónde has encontrado esto?

—Fui a vigilar las postas como me pediste. Vi al hombre que daba esa carta a uno de los jinetes. Tenías razón Jamal, Walker no es el espía. El espía es Witsel — confirmó el oficial.

Jamal cogió la pistola de su cintura y se dirigió como un tornado hacia el camarote de Witsel. En sus manos tenía la prueba de su traición; una carta dirigida al coronel Demian Hastings sobre sus acciones hasta el momento. Reventó la puerta del camarote de una patada con el humor de un león hambriento, pero no halló ni rastro de ese traidor escurridizo. Se dio la vuelta casi chocándose con Conner y volvieron a salir a cubierta. A gritos llamó a sus subordinados que se arremolinaron ante él.

—¿Dónde está Witsel? —gritó encolerizado buscándolo con la mirada.

—Por el amor de Dios, ¿qué te pasa? —dijo Benito preocupado.

—¡Esto es lo que me pasa! —Le tiró la carta a la cara—. ¡Witsel nos ha traicionado! ¡Le está pasando información a Hastings!

Benito leyó y pasó la carta a Sawyer mientras otros miembros de la tripulación se asomaban detrás de él para ver el contenido. Varios miembros de la tripulación no pudieron reprimir las ganas de insultar y amenazar al espía.

—¿Dónde está?

—Hace tiempo que no lo vemos por aquí —dijo Gabriel, sumándose al debate.

—La última vez que lo vi fue cuando te fuiste a revisar los carros de lo que descargamos anoche —añadió Ronald.

—¿Eso fue pasadas las tres? —dijo Lémier, rascándose el pelo blanco y canoso.

—Lidia —susurró Jamal.

Corrió todo lo que pudo hasta la casa franca. No esperó a ver si alguno de sus hombres le acompañaba. Tenía el corazón en la garganta y la gente se apartaba de su camino con gemidos de sorpresa y espanto. Sin ninguna precaución abrió la puerta.

Se quedó paralizado por unos segundos cuando vio el cadáver degollado de Oswald. La sangre aún fresca le manchaba la totalidad del pecho y sus ojos abiertos e inexpresivos mantenían la mirada perdida en algún punto de la pared. Sacó la pistola y se dirigió en silencio por el pasillo hasta que en la cocina vio los pies del joven Nathian.

Se acercó a él y le dio la vuelta. Tenía varias puñaladas en el pecho y estaba frío como el hielo. Con delicadeza le cerró los ojos sintiendo una punzada de culpabilidad. Había sido él quien le había pedido que reemplazara a Conner mientras hacía unos recados.

De repente su mente volvió a esa mujer de brillantes ojos esmeraldas. Las escaleras se le antojaban lejanas y espectrales mientras los crujidos de la madera acompañaban sus pasos. Una vez en el piso de arriba se acercó a la habitación de ella y vio que la puerta estaba abierta. Vio a Walker en el suelo. Había un charco de sangre cerca de su cabeza y tras un ligero vistazo a la habitación y ver que no había nadie, se arrodilló a su lado. Arrow, que lo había seguido, se acercó a Walker poniendo la cabeza de este sobre su rodilla.

—Walker está vivo, pero Lidia no está.

—Lo curaremos —afirmó Arrow, apartándole el cabello de la frente.

—¿Dónde está Benito?

Solo tuvo una mirada como respuesta y bajó al piso inferior. Benito tenía a su hermano en sus brazos. Toda su túnica estaba cubierta de sangre y le acariciaba las mejillas mientras le miraba. Tan parecido a él y al mismo tiempo tan distinto. Juntó su cabeza con la suya y cerró los ojos mientras las lágrimas limpiaban la sangre de su cara. Cuando Jamal puso una mano sobre su hombro, él alzó la vista.

—¿Esta vez servirá para algo todo esto capitán? —dijo con una sonrisa llena de aflicción.

—Walker está vivo Benito, necesita que le cures.

Benito besó la frente de su hermano por última vez y, tras santiguarlo, se levantó directo al piso de arriba mientras su túnica dejaba un sutil rastro bermejo. Un alarido le llegó de la cocina. Supo al instante de quién venía el alarido. Al asomarse vio a Lémier sollozando de rodillas sobre el cadáver de su hijo. Nathian era lo único que tenía Lémier, la única persona de su familia que no le había dado la espalda y el único que controlaba sus excesos. Ahora el francés estaba tan jodidamente encolerizado que lanzaba por los aires cualquier cosa que encontraba a su alcance. Tenía los nudillos despellejados y sangrantes de golpear la pared.

Jamal se acercó a él y le rodeó con las manos, aprisionando sus brazos en el proceso. Le susurraba al oído que encontraría a Witsel y le haría pagar por lo que había hecho. Aunque Jamal sabía que no podía haber cometido esos asesinatos solo. Alguien debía haberle ayudado y Walker podía saberlo. Jamal se dejó caer al suelo con Lémier mientras imaginaba las atrocidades que quería hacerle a Edward Witsel.

Al día siguiente, Benito fue a buscarle a su camarote mientras ojeaba los manuscritos de la joven escritora Lidia Warbouth. Walker estaba despierto. Le agradeció que le avisara y volvió su vista a los folios una vez se hubo marchado. Aunque no quisiera reconocerlo la echaba mucho de menos. Había deseado librarse de ella, pero ahora que lo había conseguido, el hecho no le suscitaba placer alguno.

«¿Estaré enamorado de ella?», pensó, más alarmado que intrigado. Desde muy joven había comprobado cuán elevado es el precio que se paga por el amor. Conocía el sabor amargo de perderlo todo y comprendía que cuanto más profundos eran esos sentimientos, mayor daño causaban. Tras la muerte de su hermano, se había propuesto no volver a albergar ningún sentimiento que no fuera la venganza. Y durante años había sido así. Su única familia era su tripulación y la única esposa que conocería era su barco, el Titán del Índico. Eso nunca cambiaría. Interrogaría a Walker y, una vez que sopesara todas las posibilidades, actuaría de la manera que más beneficiara a su tripulación y a sí mismo, aunque ello significara abandonar a Lidia Warbouth para siempre. Eso era al menos lo que quería creer.

Avanzó hasta el camarote de Walker y se acercó a su cama mientras él intentaba erguirse con dificultad.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele mucho la cabeza. ¿Dónde estoy?

—En el barco, aún estamos en el puerto de Mogadiscio.

—¿Qué día es?

—13 de julio —tras una pausa continuó—. ¿Qué recuerdas de la casa franca?

Después de varios minutos de silencio, Walker pidió un poco de agua. Benito se acercó a atenderlo y se alejó de él cuando su sed se hubo saciado. Con una de sus manos aún en su frente, accedió a la petición de Jamal.

—Había salido a tomar el aire un momento cuando escuché un ruido —abrió los ojos mirando sus manos—, cuando entré vi a Nathian, ya estaba muerto... —Tragó saliva y continuó.— Cuando fui hacia la escalera, vi el cadáver de Oswald y escuché como algo se rompía en el piso de arriba. Sin pensarlo cogí la pistola que había en la mesa y fui hacia la habitación.

—Continua... —incentivó Jamal, bajo la mirada atenta de Arrow, Benito y Conner.

—Cuando llegué, la puerta de la habitación estaba abierta. Escuché como Lidia forcejeaba con alguien así que corrí hacia ella y le apunté con la pistola. Ese hombre tenía a Lidia con un cuchillo en el cuello.

Por un momento notó que Jamal se tensaba y que los demás escuchaban con estupefacción. Ninguno osaba interrumpir a Walker.

—Le apunté y le dije que la soltara..., entonces Lidia me avisó que había alguien detrás de mí. Witsel intentó apuñalarme... pero le esquivé y le pegué con la culata. La navaja se le cayó, pero no me soltó. Forcejamos y la pistola se disparó. El disparo no le dio a nadie, pero consiguió golpearme y caí al suelo. Me golpeó con la culata de la pistola y me desmayé.

—¿Nada más después de eso? —preguntó Conner.

—No, pensé que estaba muerto.

—El hombre que tenía a Lidia, ¿cómo era? —preguntó Jamal.

—Parecía árabe, sus ropas eran viejas y raídas. Su daga era de gran calidad, dudo que un pordiosero pudiera comprar un arma así. Era un poco más bajo que tú —dijo señalando a Jamal—, ojos marrones, barba y una cicatriz.

Arrow y Jamal, que hasta ahora no habían dado muestras de ningún reconocimiento, levantaron la cabeza de un respingo. Se miraron entre ellos y Jamal lo miró colocando una mano en el hombro de Walker.

—¿Qué clase de cicatriz?

—No era reciente, debió hacérsela hace años. Estrecha y alargada como si le hubieran...

—Cortado con un cuchillo —completó Jamal temblando.

—Le cruzaba la cara desde la parte izquierda de la barbilla hasta la ceja derecha.

Jamal se levantó, cogió la silla donde se había sentado y la reventó contra la pared. Chirriaba los dientes y todo el cuerpo le temblaba. Estaba completamente rojo y sus ojos centelleaban con un brillo vengativo.

—¡Voy a matar a ese hijo de puta!

—¡Jamal, cálmate! —dijo Arrow, acercándose a él e intentando sujetarlo.

—¡Déjame! Voy a buscar a ese cabrón y le meteré la daga por donde no le da el sol.

—No te precipites, Jamal...

—Benito tiene razón. Hastings nos está pisando los talones y está claro que Witsel y Hasim se han ido juntos a saber dónde.

—¿Que no me precipite? ¡Han matado a dos de los nuestros! Si Hastings nos persigue es porque Witsel le ha informado de nuestro itinerario. Y se la han llevado a ella. ¿Por qué se la han llevado?

—Jamal, tenemos que irnos de aquí antes de que... —empezó Arrow.

—Hastings... —dijo arrastrando el nombre como si al hacerlo pudiera hacer que se le reventara la cabeza al aludido—. Hastings y Hasim Al Said están compinchados...

—Capitán, por favor... tenemos que irnos. —Conner le suplicaba, pero Jamal parecía no escucharle—. Lidia Warbouth era un estorbo desde el primer momento, ahora nos han librado de ella y Hastings no nos perseguirá.

—Cierra la puta boca, Conner.

Conner calló al instante. Conocía a Jamal lo suficiente como para temer su temperamento. Cuando este explotaba era mejor callarse y alejarse hasta que se calmara. La irritabilidad de su capitán con determinadas personas era lo único que Conner no admiraba de él.

—¿Quién es Hasim Al Said? —preguntó Walker desde la cama.

—El responsable de la muerte de Karim —contestó Jamal consumido por el odio.





AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco la ayuda de mi camarada y gran amigo Álvaro Villareal. La primera persona que leyó la obra en un tiempo récord y cuyas alabanzas me han dado fuerzas renovadas. A mí hermana Trinidad, que ha escuchado mis anécdotas y expectativas de escritora con la paciencia de una santa. Por último, a todos aquellos lectores que habéis hecho un hueco en vuestras ajetreadas vidas para perderos en esta aventura.

Espero que disfrutéis tanto leyéndola, como yo escribiéndola.

